



Seix Barral

**Tomás González**

# La espinosa belleza del mundo

Cuentos más que reunidos



 Seix Barral

**Tomás González**

# La espinosa belleza del mundo

Cuentos más que reunidos





*OceanofPDF.com*



Seix Barral Biblioteca Breve

---

# **Tomás González**

## **La espinosa belleza del mundo**

Cuentos más que reunidos

*OceanofPDF.com*

Título original: *La espinosa belleza del mundo*

© Tomás González, 2019

©Editorial Planeta Colombiana S. A., 2019

[www.planetadelibros.com.co](http://www.planetadelibros.com.co)

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

ISBN 13: 978-958-42-8398-6

ISBN 10: 958-42-8397-9

Primera edición (Colombia): diciembre de 2019

Impresión: xxxxxxxx xxxxxx

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*OceanofPDF.com*

# ÍNDICE

*Carta a Tomás González por Peter Schultze-Kraft*

*La espinosa belleza del mundo*

Verdor

Volver

El lejano amor de los extraños

Miel

La playa silente

Los muchos recodos del río

Cuarto menguante

Aguaceros de mayo

Nostalgia por el mar ya visto

Brisa, flores

Luz de tus ojos

Flotar

Resplandor de los ramos

Flor de azalea

Mar sin orillas

La luz en el almendro

Arcángel

Mujer que sale por la ventana

Esto contaba Roberto Maldonado Parnell

Las palmas del *ghetto*

El filo de la medianoche

Historia del rey del Honka-Monka

Más allá

Las cosas menos pensadas  
Brillo de la alegría imprevista  
Sol sobre los cafetales  
La casa en llamas  
Cielo con cuervos  
Luz de luna sobre el agua oscura  
Mangos amargos  
Luciérnagas  
La orquesta y la montaña  
Perros  
Flores guardadas  
Largo es el arte del olvido  
Viaje infinito de Carola Dickson  
Víctor viene de regreso  
El Expreso del Sol

*Nota del editor*

*OceanofPDF.com*



## CARTA A TOMÁS GONZÁLEZ

¿No te asustaste, don Tomás, cuando te dijeron que iban a publicar todos tus cuentos recogidos en un volumen? Pues con un proyecto de esta clase lo lanzan a uno al parnaso de los clásicos, es decir, a la cómoda esfera en donde se es consagrado e intocable, a salvo de las animosidades de unos y la envidia de otros. Cuentos reunidos suena a punto final, a labor cumplida, a despedida de la lucha cotidiana contra sí mismo y contra las desgracias del mundo, esa lucha que es un elemento imprescindible para la creación artística. «Mi arte siempre es *contra* algo», me dijo una vez el pintor alemán Dieter Masuhr.

Sin embargo, para tus lectores es una bendición tener ahora fácil acceso a tus cuentos en un solo tomo y hacerse una idea de lo vasta y profunda que es esta parte de tu obra literaria. Van a descubrir las constantes en tus cuentos, que son básicamente las mismas de tus novelas. No tratas de construir historias artificiales y espectaculares, sino que te limitas a los temas eternos de nuestra existencia: el amor, la vida y la muerte, la fragilidad de las aspiraciones y empresas humanas y la fugacidad del tiempo y de la memoria. El enigma de la psique humana. La grandeza del hombre en su fracaso. La hermandad con la Naturaleza.

Nunca cometí la estupidez de preguntarte cómo escribes tus cuentos. Porque es un secreto. Un secreto que ni siquiera tú conoces. «Nadie sabe escribir. ¡Ay del autor que sabe!», dijo, con sabia humildad, el escritor suizo Peter Bichsel. Algunos autores a quienes les va bien con su primer cuento creen que dominan ya el oficio y fácilmente caen en la trampa de su aplomo. Se repiten entonces y como resultado los textos siguientes les salen rutinarios, insípidos, estériles. Cada obra literaria debe ser una nueva aventura en la que el autor hasta el último momento no está seguro de lograr salvar su piel. Cuando recién terminaste el cuento «Esto contaba Roberto Maldonado Parnell» —uno de los nuevos textos que escribiste para este libro—, me dijiste que su escritura te había dado



«bastante guerra». Esta es una de las razones por las cuales tu literatura es tan fresca y no se marchita.

Es interesante estudiar en el caso de tu cuento «El Expreso del Sol» cómo fue el proceso de creación y cómo lo interpretó un lector extranjero. El cuento se publicó primero en alemán que en español, con el título «Viaje a la Costa», en mi última antología del cuento colombiano a la que le di el mismo nombre, *Reise an die Küste* (Edition 8, Zürich 2013). En el epílogo a la antología traté de acercarme a tu relato de la siguiente manera:

Un día Rosario González informó a su hermano Tomás de un incidente casero del que normalmente sólo se habla *en famille*. El tío demente de su marido, oriundo de Barranquilla y antes de su jubilación viajero frecuente de la ruta ferrocarrilera del río Magdalena, había entrado, con la maleta hecha, al baño de la casa y se había sentado en el inodoro, dispuesto a viajar en el Expreso del Sol a la Costa. Esta historia trágica, casi tragicómica, ya de por sí hubiera servido para un cuento conmovedor. Pero Tomás González vio más potencial literario en ella. No sólo escribió un cuento sobre una enfermedad, sobre una familia, sobre el trópico, un recuerdo de los ferrocarriles colombianos estúpidamente abolidos, sino que convirtió el episodio, además, en un cuento de amor.

Al comienzo el protagonista principal es don Rafael, quien padece de Alzheimer; al final su esposa Jesusita es la heroína. El viaje de don Rafael a la Costa es en verdad un viaje a las riberas del Hades y Jesusita recupera a su marido en el umbral de la muerte, una inversión del mito de Orfeo y Eurídice. Cuando se lo advertí a Tomás, me contestó: «Esto no lo tenía en mente, pero me alegra, y más aún me alegra que sea al revés».

Como es obvio, el cuento «El Expreso del Sol» tiene mucho que ver con Gabriel García Márquez. Por un lado, porque don Rafael tiene la misma enfermedad de la que padecía el Premio Nobel (a quien el cuento está dedicado); por otro lado, porque el tren de don Rafael nos lleva exactamente al mundo tropical, al cual pertenecen García Márquez y su obra. Veo en este texto de González un desarrollo continuado del realismo mágico en el sentido de una «secularización» o interiorización, una ruptura con él, y al mismo tiempo un homenaje a su maestro. En el texto no hay nada exagerado, nada increíble, no hay milagros, todo queda concebible y en el suelo, los protagonistas ni siquiera salen de su casa. Hay que reconocer que también el mundo de un enfermo de Alzheimer es real. El único milagro lo realiza Tomás, quien logra que no sólo don Rafael y poco a poco Jesusita, sino también los lectores, participen en el viaje como si estuvieran a bordo del tren que no existe.

Para mí, tú eres singular en la literatura colombiana contemporánea por tres factores: por la muy distinta filosofía que se trasluce en toda tu obra, por tu lenguaje particular y por los puntos tangenciales con algunos autores de la literatura universal.

Cuando digo «filosofía» tengo en mente la máxima estética que rige tu literatura y que se manifiesta en tu visión de la convivencia y la mutua

correspondencia de los extremos, la luz y la sombra, lo hermoso y lo horrible, la vida y la muerte, en una frase, «la espinosa belleza del mundo» que se volvió tu *leitmotiv*. Esta dualidad la logras expresar a veces en una sola imagen como, por ejemplo, en una escena de la novela *La historia de Horacio* donde un apuñalado que, esperando al médico en un bar fétido, «perdía sangre y tomaba cerveza». Incluso te atreviste a sugerir al autor del Libro de Job, con la debida alusión al cambio, un *addendum*: mientras en Job 14:1 se dice que el hombre en su corta vida solamente es «hastiado de sinsabores», propones en el epígrafe de la novela *Para antes del olvido* ampliar las experiencias del hombre diciendo que su vida está «toda llena de alegrías y miserias».

Para ilustrar tu concepto literario me escribiste una vez: «El arte del arte consiste precisamente en captar la realidad toda. Tal como lo logró Goya en su pintura *Los fusilamientos* del 3 de mayo de 1808 en Madrid. Aquí el horror es reconciliado por la estética, aquí domina la fuerza de la vida frente a la muerte». Está bien escogida la palabra «reconciliar» porque tu literatura tiene en verdad un efecto reconciliador y consolador. Tu obra está llena de tragedias, de muertes, de sufrimiento, pero al final no dejas al lector deprimido y destrozado sino que lo elevas y le haces sentir que él, a pesar de todas las calamidades, es parte del universo. Le muestras que la muerte pertenece a la vida y que la vida está por encima de la muerte y no se deja detener. Miremos el cuento «Luciérnagas». Después de la conmovedora tragedia que termina con el amor y las vidas de Jesús y Atilano, en la finca en la que habían pensado pasar las vacaciones, el mundo y la vida siguen su curso:

A eso de las tres de la tarde, en el prado, frente a los vidrios de la sala, caminó un castor, que se levantó sobre las patas traseras, miró desde lo alto de su cuerpo y se internó de nuevo, sin prisa, entre los árboles.

Llegó también puntual el atardecer y empezaron a sonar los fuegos artificiales en Susquehanna y otros pueblos.

Aunque ya no estaban ellos dos en este mundo, nada faltaba.

Se encendieron una a una las luciérnagas y comenzaron a llenar de luces el prado, los arbustos, el cielo, la arboleda.

En este contexto cabe mencionar tu novela *La luz difícil*, donde lograste reconciliar la máxima angustia y pena que el protagonista sufre en una tragedia familiar con la alegría de vivir recobrada al final de su

vida. El escritor alemán Martin Mosebach captó esto muy bien al comentar: «El libro logra la hazaña casi increíble de hacernos vivir intensamente el dolor físico y mental y, al mismo tiempo, experimentarlos como algo superado. Después de que *La luz difícil* ha llevado al lector a través de una noche tortuosa, lo deja tan ligero como un pájaro que abandona la rama en la que brevemente se había posado».

La novela a la que se refiere Mosebach es una de tus grandes obras, Tomás. Te vas a divertir si te digo que Hermann Hesse en un poema de 1922, «Beim Wiederlesen des *Maler Nolten*» («Releyendo a *Maler Nolten*», la novela de Eduard Mörike de 1832), tiene un verso que parece como un resumen del contenido y del mensaje de *La luz difícil*: «*Und heilig wird, was sonst so wehe tut, [...] und lächeln lernt der Schmerz*» («Y sagrado se vuelve lo que otras veces tanto duele, [...] y el dolor aprende a sonreír»). Aquí tres poetas de diferentes épocas se dan la mano: Hesse, Mörike y tú, González.

Dije que tu literatura se distingue por no envejecer. Esto se debe por un lado a tu estilo breve y compacto y tu lenguaje sencillo y plástico. Por el otro lado, tienes la rara capacidad de escuchar a la gente e incorporar su habla en tu literatura, no como un elemento folclórico sino como una expresión del fondo de su ser. Martín Lutero, quien antes de existir una gramática oficial creó con su traducción de la Biblia la base para el desarrollo de la lengua alemana, tenía esta capacidad de escribir «a la pata la llana» o, como hubiera dicho él, «*den Leuten aufs Maul zu schauen*».

Es un hecho que el idioma nunca se nutrió del mundo amanerado y pretensioso de las cortes ni recibió impulsos del lenguaje torcido y estéril de los abogados y mucho menos de la retórica vacía y mentirosa de los políticos, sino que está más bien siendo creado y continuamente renovado en el campo, en la calle, en las cantinas y en la cama, es decir, en los lugares donde se habla sin ringorrangos. Los gramáticos sólo han tratado de disciplinar (y a veces estrangular) el lenguaje que habla la gente. Los verdaderos voceros del «pueblo» son los poetas y escritores. (Como si esto no fuera mucho, en ciertos momentos de la Historia en que la mentira es declarada verdad o en que la barbarie se apodera del espíritu

y del lenguaje de la gente, al pobre poeta le toca también otra función: la de preceptor, domador, purificador de su pueblo.)

Entre paréntesis, el habla popular es un desafío insuperable para el traductor. En él se refleja, más que en el lenguaje culto, la mentalidad de un pueblo —y la mentalidad no puede ser traducida—. De ninguna manera debe el traductor aquí emplear, como se hace frecuentemente, un dialecto del idioma de la traducción o términos gramaticales incorrectos. La única aproximación respetuosa al habla popular es verterlo a un lenguaje muy simple.

El primero en señalar tu afinidad con unos escritores de la literatura universal fue el historiador Jorge Orlando Melo, quien hace treinta y cinco años escribió en una reseña sobre tu novela *Primero estaba el mar* en el *Boletín Cultural y Bibliográfico* de la Biblioteca Luis Ángel Arango: «Se trata de una breve narración que, sin que puedan advertirse influencias evidentes o modelos obvios, evoca la desesperanza de las obras clásicas de Onetti, la sutileza psicológica de Updike y esa compaginación de poesía y destrucción que aflora en muchos de los relatos de Malcolm Lowry, y que está a la altura de ellos».

Melo tiene razón en hacer hincapié en tu rumbo literario independiente («sin que puedan advertirse influencias evidentes o modelos obvios») porque escritores de tu talla están lejos de imitar a los clásicos —deben más bien competir con ellos—. Con el epígrafe de *Robinson Crusoe* en *Los caballitos del diablo* tú mismo creas un nexo con la literatura universal. Con toda razón, porque tu novela de hecho puede leerse como «robinsoniana», es decir, como relato sobre la vida en un ambiente similar a una isla aislada. Sin embargo, tú vas más allá de Daniel Defoe. Mientras en *Robinson Crusoe* el lector está todo el tiempo (y en vano) esperando a que algo pase en la isla, en *Los caballitos del diablo* entremezclas el continuo desarrollo de la finca con todo un drama familiar: la querella entre los hermanos, los asesinatos de Emiliano y J., la soledad de la madre. Los filólogos van a descubrir, además, paralelos entre *Los caballitos del diablo* y la novela *Verano tardío* (1857) del austriaco Adalbert Stifter y el relato «El hombre que amaba las islas» (1927) de D. H. Lawrence.

También en tus cuentos están esos puntos tangenciales de los que estoy hablando. En «Flotar» reconozco la sabia serenidad y el humor recóndito que compartes con Chéjov. Y en «Verdor» te acercas a otro gran autor al presentar un indigente que se ha retirado del mundo viviendo «con la cabeza metida en una bolsa de plástico negro a la que le había hecho orificios para respirar», una bolsa que «le proporcionaba su noche perpetua, su intimidad». Este individuo es más que un tipo grotesco, es una figura como salida del teatro del absurdo de Samuel Beckett, igual que la escena en el mismo cuento donde, en un albergue neoyorkino para indigentes, «más de cincuenta personas desvencijadas, sentadas frente a un televisor, miraban sin alegría a un hombre muy rosado que le hacía chistes a una audiencia invisible que se desternillaba de la risa».

«Verdor» tiene en verdad muchas facetas. Es un cuento emocionante por su tema, un gran cuento neoyorkino y hasta un cuento con una dimensión premonitoria. ¿Recuerdas el relato «Mario y el mago» de Thomas Mann? En él, Mann presiente, años antes de que ocurriera, el surgimiento del fascismo en Italia. En «Verdor», escrito en 1987 y publicado por primera vez en 1993, tú describes los chorros de agua que salen de los hidrantes en Nueva York y que «de noche caían contra el espejo del asfalto como si arrastraran carros y edificios, sirenas y neones, y los aniquilaran en un cataclismo espectacular contra la tierra». Leyendo esto hoy día, ¿quién puede evitar pensar en un acontecimiento apocalíptico real que conocemos con la fecha 9/11?

Y ahora, después de tu odisea por Nueva York, Chía, Cachipay y Guatapé, te pusieron en el parnaso de los clásicos, don Tomás, el Olimpo literario donde tienes el derecho a hablar con los dioses y compartir su mesa. Allí la vida es amena, eso sí. Todo el mundo se llama sólo por el apellido —«Qué tal, Borges», «Hola, McCullers»—, se tutea y, aunque cada poeta hable en su propio idioma, todos se entienden. Sin embargo, no puedo imaginarme que te vayas a contentar con tomar néctar todo el día así sea en la mejor compañía. Seguro que de contrabando te habrás llevado tu pluma y un día nos sorprenderás con un nuevo libro, *Obra completa y otros cuentos de Tomás González*. Estaré a la orden para traducirlo,

*Peter Schultze-Kraft\**  
*Septiembre de 2019*

---

\* Peter Schultze-Kraft (Berlín, Alemania, 1937) está vinculado con Colombia desde hace sesenta años y a través de sus antologías de cuentos y traducciones de novelas ha sido el principal promotor de la literatura colombiana en el mundo germanoparlante. En 2003 publicó la primera traducción de Tomás González a un idioma extranjero. A partir de entonces tradujo al alemán seis novelas, un tomo de cuentos y la obra poética de este autor, y gestionó su publicación.

*OceanofPDF.com*

# **LA ESPINOSA BELLEZA DEL MUNDO**

*OceanofPDF.com*



*Y otra vez viene la lluvia, ¿dónde ahora? Cae serena sobre sauces,  
pastizales, violenta sobre gente en estampida, violenta sobre barcos  
agobiados mar adentro, suave sobre techos sobre amantes, sobre niños,  
sobre perros a cubierto, limpia sobre el agua clara de algún lago,  
atribulada por las rejas de las calles se dibuja como telas verticales  
sobre valles, se repite, cae, se evapora y cae y se repite.*

POEMA VIII, *MANGLARES*

*Ve más allá de este camino o de aquel otro a la playa más lejana, donde  
el mundo se disuelve y todo se vuelve claro.  
Ve más allá de esta playa y también de la más lejana.  
Ve más allá de más allá, donde no hay principio ni hay fin.  
Ve sin miedo.*

ADAPTACIÓN LIBRE DE UNA TRADUCCIÓN DEL PALI AL INGLÉS DE PALABRAS  
ATRIBUIDAS A BUDA

## **VERDOR**

### **[1993]**

Después de la tragedia se quedaron todavía por un tiempo en Bogotá. Pasadas las molestias del entierro, las palmadas en el hombro, la piedad de gente que apenas conocía, él perdió la fortaleza que se le había visto después de la noticia y durante las ceremonias que siguieron. Y entonces a ella, que había sufrido de desmayos primero y luego había sido sacudida por crisis nerviosas que debieron ser calmadas con enormes dosis de Valium, le tocó oírlo llorar a altas horas de la noche, encerrado en el baño, con gemidos contenidos de persona corpulenta.

No volvió a tocar un pincel y amontonó los cuadros, sin mirarlos, en una especie de bodega que había bajo la escalera. Y aunque seguía siendo una persona silenciosa y afable, se le podía notar cierto desgano, cierta agresividad refrenada. Todavía andaba con muchos amigos, pero ahora se quedaba alelado mientras los otros hablaban, mirando al vacío con ojos desolados. A veces bebía demasiado y terminaba dejando su pesado corpachón colgado de la silla. Los amigos lo cargaban entonces y Lucía los veía entrar, sudando, los tragos pasmados por el esfuerzo de bajarlo del carro y subirlo hasta la alcoba. Lucía les servía un trago, les ponía un disco, conversaba un poco, los besaba en la mejilla y los echaba. Después de un año de verlo como roto e inmovilizado, ella empezó a preocuparse. Con los cuadros terminados se había logrado montar una exposición que resultó ser un relativo éxito, tratándose de un pintor todavía joven y poco conocido. Pero si en condiciones normales el éxito le producía cierta desconfiada curiosidad, ahora lo dejaba indiferente. Lucía tuvo que disfrutar sola con las reseñas donde se alababa su extrema habilidad y se le auguraba un futuro promisorio; y sólo ella pudo alegrarse por la rápida venta de los cuadros y recibir unos dineros que llegaban bien, aunque en el fondo no los necesitaran. Entonces metieron los muebles en un

depósito, alquilaron la casa y se fueron. Volaron a Los Ángeles. Alquilieron un carro.

Al principio él pareció aliviado con el cambio, y por momentos se le pudo ver alegre con aquel vagabundeo que los metía veloces entre naranjales infinitos y después los hacía entrar a los deslumbrantes paisajes resecos de Nuevo México y Arizona. Vieron soles enormes desaparecer entre piedras y cactus; vieron camiones lejanos titilando en la distancia requemada.

Se quedaban un par de días en algún motel o cabaña y después volvían a meterse en los paisajes gigantescos, donde podía sentirse al mismo tiempo la sensación de la inmovilidad y del vértigo. Y si viajaban de noche, él incluso podía poner música, subir el volumen y dejar que el sonido de mandolinas saliera por las ventanillas y se fuera como chispeando contra la enorme oscuridad.

Pero fue un entusiasmo fugaz. Antes de llegar a Nueva Orleans su mal genio volvió a acentuarse. Se quejaba de la monotonía de hoteles y autopistas, hacía comentarios sarcásticos sobre la pulpa insípida en que los gringos convertían todo lo que tocaban y se burlaba de los cuadros de Picasso que colgaban sobre los inodoros de los hoteles. Cuando llegaban a algún hotel, se quedaba esperando a que ella saliera de la oficina con la llave, y entonces estacionaba el carro, entraba al cuarto y se tiraba a la cama sin ayudar a bajar nada, sin lavarse los dientes, sin desvestirse siquiera. Y al día siguiente Lucía debía cargar maletas y maletines, y entregar la llave en la oficina. En Nueva Orleans se alojaron en el barrio francés en un apartamento bello y polvoriento que les alquiló una señora que tenía los dientes podridos y parecía la bruja de Hansel y Gretel. Salieron de día a pasear por las aguas lodosas del Misisipi en un pequeño vapor de aspas rojas, cargado de turistas, que navegaba bien aunque pareciera de confite y caramelo; por la noche recorrieron Bourbon Street, mezclados con los demás turistas a medio emborrachar que recorrían la calle de arriba abajo oyendo música y mirándose los unos a los otros. Y aquella primera noche, rematada en un bar donde un pianista musculoso que tenía nariz quebrada de boxeador le dedicó a Lucía una versión algo desvencijada de *Farolito*, él pareció divertirse.

Durmió mal, sin embargo. A las cuatro de la mañana, sentado en el balcón frente a un cenicero repleto de colillas, miraba pasar los últimos borrachos. Y a las diez miraba su desayuno con cara ceñuda y cenicienta.

Ella le recordó, en el tono más severo del que era capaz, que no era sólo él quien había sido golpeado por la desgracia.

Se quedaron cuatro días en Nueva Orleans. A pesar de los comentarios sarcásticos que debía oír de tiempo en tiempo, Lucía se sintió fascinada por esa ciudad alegre, un poco sucia y un poco fermentada, tan parecida a las ciudades del Caribe. Como pasa a veces con la gente silenciosa, él parecía certero cuando hablaba; pero si alguien se hubiera puesto exigente, lo del Disney World para borrachos o lo de los prostáticos tocando clarinete habrían resultado apenas intentos débiles de hacerle daño a un sitio que resultaba difícil dejar de querer. Lucía se quedaba un rato callada, mirándose las manos, y después de darle la razón volvía a dejarse llevar por un bullicio y un movimiento que la deslumbraban.

En Nueva Orleans entregaron el carro, que con su olor a resinas sintéticas, sus blanduras plásticas y sus peluches a base de petróleo había empezado a asquearlo a fondo, y se fueron para el norte en la litera-camarote de un enorme tren expreso. Por la noche, mientras pasaban postes y fábricas sombrías, mientras él dormía o fingía dormir en la litera, Lucía miraba la eternidad que cada cierto tiempo abrían hacia el este los relámpagos de una tormenta cercana. Horas después se acostó y lo sintió llegar, innecesariamente brutal —dulce y cariñosa, ella nunca se le había negado—, arrancándole la ropa a manotazos y penetrándola, rasgando y magullando, mientras el tren pitaba feroz, metido ahora en la tormenta masiva que azotaba las ventanillas y revolcaba los árboles vertiginosos y relumbrados. El clímax fue rápido y aterrador, y pareció venirles desde el corazón mismo de las tinieblas.

Días después, sin camisa, él miraba llover por la ventana de un nuevo hotel. Aunque estuvieran todavía en plena primavera, sobre la ciudad había caído una ola de calor y lluvia que la oscurecía y la hacía aún más densa. Frente al hotel un hombre despatarrado dormía aferrando una botella de vino en la mano derecha. Lucía había salido temprano y esta vez ni se había tomado el trabajo de invitarlo. Cuando lo llamó a

mediodía para decirle que todavía se demoraba otro par de horas, él le contestó que podía demorarse lo que quisiera; cuando regresó, a eso de las cuatro de la tarde, lo encontró sin camisa, mirando llover por la ventana. El hombre despatarrado se había despertado y, sin levantarse, sin soltar la botella ni quitarle la cara barbuda a la lluvia, le pedía plata a la gente que pasaba.

Dejó de llover.

Visitaron a un amigo pintor que se vestía de negro, llevaba el pelo muy corto y usaba una gota de oro en una oreja pulcra y rosada como un caracol. Tenía un estudio grande, donde producía cantidades abrumadoras de animales como electrizados sobre fondos de colores primarios. Después de dos tragos empezaron a recorrer el estudio mirando esa serie infinita de imágenes —vendidas, ciertamente, mucho antes de que empezaran a ser pintadas—.

«Esto lo que es es una puta fábrica», dijo él, y Lucía lo miró con ojos muy abiertos. El amigo no parecía ofendido, pero tampoco encontraba qué decir. Sonrisa cordial y ojos helados, mencionó los tiempos, que cambiaban.

Lo de la puta fábrica fue lo único que dijo hasta el final de la visita. Para salvar las apariencias, ella tuvo que sostener la conversación con su inglés precario mientras un macaco endemoniado la miraba desde uno de los óleos. El cielo se había cerrado otra vez y había tomado el color del cemento. De regreso al hotel, Lucía sintió ganas de llorar.

El domingo siguiente miraban a un maromero chino que con dos palos lograba mantener otro en el aire, golpeándolo constantemente hasta dar la sensación de que flotaba. La pequeña plaza era un caos de prestidigitadores, equilibristas y músicos. Jóvenes de pelo verde y pantalones de cuero fosforecían de palidez bajo el sol. Después de hacer flotar el palo, el maromero chino empezó a escupir candela, pero sólo Lucía pudo verla, porque él estaba sentado en una banca, encorvado bajo sus grandes espaldas, mirándose los zapatos. De regreso al hotel vieron a una viejita en patines, con la cabeza canosa llena de flores plásticas de colores. Cruzó frente a Lucía y le sonrió, afectuosa y feliz.

«¿La viste?», preguntó ella. Él no contestó. Lucía dijo que había visto a una viejita en patines con el pelo lleno de flores plásticas de colores.

«¿Y qué quieres?», preguntó él. Y entonces preguntó que si ella quería que él se orinara de la risa.

Para la primavera siguiente el pellejo le colgaría de los huesos como a un buey enfermo.

Después de la partida de Lucía —lo dejó, por supuesto, incapaz de aguantar por más tiempo esa mezcolanza de apatía y crueldad— se sintió aliviado, como si le hubieran quitado un morral de encima. Caminó liviano por las calles, sin rumbo. Entraba a los bares, salía de los bares, disfrutaba de una inmediatez que por su intensidad abolía el pasado por completo. A la señora que le alquiló el cuarto, uñas roídas, joyas baratas y una actitud impersonal algo ingenua, le dijo que se llamaba Boris y se dedicaba a la reparación de instrumentos. Adornó la mentira con algunos detalles y dejó aparecer el gesto más parecido a una sonrisa que había tenido o iba a tener en mucho tiempo. Y se instaló en un cuarto que olía a humedad y a estiércol de palomas.

Las palomas venían de todas partes y anidaban en el alféizar de las ventanas. La primera mañana fue despertado por su arrullo desapacible y por el aleteo sórdido que producían cuando llegaban o se iban del alféizar. No sin esfuerzo abrió la ventana, que había sido pintada muchas veces sin nunca abrirse y estaba soldada al marco, y vio dos nidos, cada uno con un par de pichones implumes y ciegos. Blandos reptiles del Apocalipsis, gárgolas repugnantes, abrieron sus desmesurados picos con avidez primordial y cayeron al vacío como pequeños demonios, para estrellarse y desaparecer tres pisos más abajo, entre pedazos de ladrillo, pedazos de alambre, sillas desbaratadas y colchones sucios, todos desperdigados en el patio que correspondía al edificio.

Dos edificios vecinos estaban abandonados: uno tenía las ventanas tapiadas y parecía un enorme nicho funerario, del otro entraban y salían las palomas. Y del reguero de ladrillos del patio brotaban pequeños árboles, muy proporcionados, frescos y de un verdor absurdo para aquellos lugares donde no llegaba nunca el sol.

Durante el verano durmió de día y caminó sin rumbo por las noches. Tal como se había anunciado desde la primavera, el verano llegó especialmente caliente y sofocante: llovía mucho y antes de cada aguacero el aire se ponía espeso y aplastaba. Metido en una penumbra de

persianas bajadas, él sudaba en pantaloncillos, durmiendo o mirando girar un ventilador de aspas metálicas que sonaba como si alguien estuviera sacudiendo una bolsa con clavos o monedas. Por la noche se ponía la ropa sobre el cuerpo todavía encharcado de sudor y salía a la calle después de sacar un par de billetes del sobre donde Lucía le había dejado una suma grande, tan grande al menos como irían a ser sus necesidades durante el verano, dinero que él ni había pedido ni había rehusado.

Después de caminar un rato se metía a cualquier bar, pedía una cerveza y se sentaba a mirar la televisión.

En las tinieblas del bar alumbraba el verde del pasto en estadios donde hombres de mandíbula cuadrada escupían y rasgaban el aire con miradas diamantinas. Señoras de ojos azules abrazaban con amor cajas de detergente mientras maridos vestidos con camisas impecables las miraban complacidos. Una pareja de novios se arrebatava una galleta de chocolate y se reía. La espuma de su cerveza se desvencijaba poco a poco, regresando de una elaborada e ilusoria estructura a la sencilla repugnancia del líquido plano y ahora tibio, que él bebía sin asco y casi sin pensarlo. En la pared de los baños, vulvas humilladas recibían falos en los que el orgullo masculino se sumaba a la propia torpeza del dibujo para plasmar una vanagloria atroz que alcanzaba los últimos límites posibles de la fealdad. Cuando algún fanático del béisbol le palmoteaba la espalda, sin sospechar que no se trataba de un camarada sino de alguien que sólo miraba el verde puro, abstracto e irreal de los prados lejanos, él encogía sus hombros anchos, cada vez más huesudos, de modo que el fanático dejaba congelar un poco la sonrisa, enfriar sus ojos entusiastas, y retiraba el brazo, consciente de que había tocado un territorio profundo y prohibido.

Después de mantener por horas el codo sobre la barra y la mandíbula apoyada en la palma de la mano, salía del bar a la hora de cerrar con el hombro derecho cubierto por la ceniza de los incontables cigarrillos que habían ardido entre sus dedos mientras miraba a los novios que se disputaban las galletas de chocolate. Caminaba por calles que olían a orines, llenas de periódicos y paraguas desmembrados, y se dirigía hacia los parques del río. En las bancas dormían los hombres desplomados. El

móvil reflejo de un aviso de Pepsi-Cola flotaba sobre las aguas oscuras. A veces dormía en una banca, como los otros, a veces se amanecía viendo bajar las aguas sucias hacia el mar. Cuando llegaba al cuarto se tomaba un trago grande, para escapar del aleteo de las palomas, y se tiraba en la cama a sudar y a soñar con un pasado que regresaba en imágenes descoyuntadas y revolcadas, como si por su memoria acabara de pasar un viento furibundo.

Sin hablar casi con nadie, sin lavar su ropa, sin preocuparse por su creciente mal olor, se le fue pasando el verano. El pintor de animales endemoniados lo invitó un día a una fiesta a la que irían amigos comunes, pero él no fue, por supuesto. Ni siquiera pensó que resultaría difícil entenderse con gente demasiado inteligente, que el buen gusto de una rebeldía aparente iba a hastiarlo o que las mínimas formas convencionales de trato irían a resultarle insoportables. En un tono neutro dijo, sin más, que no quería ir; miró con sencillez al pintor de animales electrizados, como se mira y entiende un cactus o una rosa, le dio la espalda y lo olvidó por completo. El clima todavía no empezaba a refrescarse. Los hidrantes elevaban de día chorros de agua en los que se bañaban los niños como pájaros; de noche caían contra el espejo del asfalto como si arrastraran carros y edificios, sirenas y neones, y los aniquilaran en un cataclismo espectacular contra la tierra.

Él recorría las noches que quedaban del verano metiéndose por sitios profundos, recovecos turbios, pero casi siempre buscando terminar la noche bajo cielo abierto. Por algún tiempo anduvo con una mujer morena que tenía el tatuaje de una culebra en el estómago. Con ella entró y salió de bares, con ella pasó días en cuartos de hoteles desastrados, que tenían bañeras negras y cortinas espesas y raídas, y que parecían estar más hondo que los trenes subterráneos cuyo ruido los calaba por completo. Envuelta en la luz de mecheros de alcohol, la vio hacer brillar jeringas, la vio casi diluirse de placidez en el fluido de su propia sangre como quien se deja llevar por un ancho río hacia el olvido. Aparte de que se hacía llamar Boris, ella no supo ni quiso saber nada de su vida. Se poseían con lujuria y sin ternura. Se encontraban al azar, sin alegría y de un modo fatal, como si dioses desgastados hubieran tenido el momentáneo



capricho de arrimarlos. Se despedían sin darse cuenta, desapareciendo el uno del otro como desaparecen las personas en los sueños.

Cada cierto tiempo recibía cartas con estampillas de animales, plantas tropicales, próceres. Las dejaba sin abrir hasta que llegaba una nueva y entonces leía las dos con desatención, chismes lejanos, historias de amigos que ya había olvidado, formas afectivas que de lo puro marchitas ya ni tristeza producían. A veces se quedaba largos ratos mirando el azul intenso de las grandes mariposas, y a duras penas leía la letra abierta, pulcra, femenina, que le hablaba de gente que para él ya estaba muerta. Las orquídeas, las mariposas de Muzo, los héroes de mirada ingenua, en la barra de un bar, en su propio cuarto, en los hoteles, eran despojos mínimos y nítidos de un inmenso naufragio que a estas alturas ya ni centro tenía, ni periferia. En un sobre le llegaron las páginas dobladas de un periódico, donde se hablaba de él y se reproducía uno de sus cuadros. Las miró y volvió a doblarlas como si fueran un documento amarillo y apolillado, un poco repugnante, que hablaba de gente remota, desde hacía mucho tiempo convertida en polvo.

Para entonces el pelo le había crecido demasiado y se lo había agarrado atrás con un caucho. Su frente se veía muy amplia, sus ojeras muy grandes.

Los vientos empezaron a soplar más frescos. Las camisas de pana que había traído de Bogotá le colgaban abundantes y le daban una apariencia mística. Se afeitaba cuando el roce de la barba con la almohada empezaba a fastidiarlo, cada tres o cuatro días, sin espejo, rápido y sin preocuparse por los parches de barba que quedarán.

Una vez, ya casi de madrugada, lo sorprendió un aguacero mientras miraba bajar el agua del río para el mar. Caminó despacio bajo la lluvia y sintió que uno de sus zapatos estaba roto. La noche siguiente, en un baratillo que abría las veinticuatro horas, compró unos tenis que al principio casi cegaban de blancura en contraste con su ropa oscura, pero que rápidamente se fueron curtiendo con el polvo de calles y bares hasta ponerse casi negros, y que serían usados sin lavarse nunca y de un modo continuo hasta su disolución total.

Otra noche un hombre tan flaco y grande como él mismo le pidió cuarenta y tres centavos que le faltaban para una botella de vino. Con uno

de los billetes que le dejara Lucía compraron una botella de coñac caro y se sentaron a beber frente al río. Un pequeño velero, con sólo una luz verde en lo alto del mástil y las velas desplegadas, pasó remontando la corriente en la oscuridad, como una mariposa nocturna. El hombre dijo ser sueco. Durante la noche dijo ser exmarino mercante, exingeniero, exgeólogo. También era alemán, y él entonces lo dejó hablar, sin creer ni dejar de creer, como el que se deja acompañar por el ruido del agua que baja entre las piedras. La noche era limpia y las luces de los aviones se movían muy nítidas contra la negrura compacta del cielo. Una rata larga pasó en la oscuridad y desapareció en un bote de basura volcado. El sueco, ya borracho, terminó una historia que lo había conmovido y agitaba los hombros bajo el peso de sollozos vigorosos. Se bebió un trago grande. Pareció aliviado de la angustia que le había producido su propia ficción y siguió hablando sin parar, como saltando un abismo a cada instante, creyéndose por turnos extopógrafo, finlandés, exgeólogo, exmarino, holandés, unas veces arruinado por los viajes, otras por las mujeres, el juego y el alcohol.

Como esa noche pasaron muchas. Las personas desaparecían y volvían a aparecer. A través del sueco conoció mucha gente. Había ajedrecistas fétidos, borrachos y caballerosos, muy raídos, que jugaban partidos a veces insensatos, a veces brillantes; había hombres abstraídos que garrapateaban incansables cosas en cuadernos sucios; había gente que con el alcohol comenzaba a discutir minucias a grandes voces y con gestos ampulosos y violentos, como si estuvieran en juego los destinos últimos. Noches largas durante las cuales probó por primera vez vinos dulces que llevaban nombres como Rosa Salvaje de Irlanda, o Pájaro del Trueno, los más baratos tal vez sobre la Tierra; noches que terminaban en un reguero de papeles y botellas quebradas que chispeaban después con el sol mientras los hombres que las bebieron, desperdigados ahora, quedaban caídos en bancas, donde respiraban apenas entre su propia sombra, o intrincadamente ocultos en las grietas del cemento, como si fueran cucarachas o murciélagos.

Las hojas empezaron a caer copiosas y a acumularse junto a las basuras de los parques. Él caminaba metido en una gabardina demasiado larga, aunque corta de mangas, como las de los espantapájaros de las tiras

cómicas. La había comprado por dos dólares a un amigo que ofrecía mercancía vieja, casi basura, en la plazoleta donde había una escultura que representaba un dado gigantesco. Por algunos días alcanzó a sentir el espeso olor acumulado de anteriores propietarios, sedimento oscuro que se perdía en los orígenes de la raza humana, pero ahora su propio olor había tomado posesión, o se había tal vez integrado al antiguo, y ya no lo sentía. Y como la caldera del edificio aún no había sido encendida, muchas veces él llegaba y se tiraba a la cama con la gabardina puesta — mientras afuera arrullaban las horripilantes palomas— a soñar con un pasado que cada vez le llegaba más trocado y equívoco.

A finales de septiembre recibió una carta donde se anunciaba la llegada de un pariente para principios de octubre. La carta decía que ellos estaban muy preocupados por la falta de noticias, y él tuvo que hacer un esfuerzo para recordar de cuáles «ellos» se trataba. A la dueña del cuarto todo en la vida, al parecer, le importaba un bledo, y se encogió de hombros cuando él le dijo que se iba. Recibió la llave sin mirarlo y no se tomó siquiera el trabajo de levantar los ojos para verlo salir con su pequeño maletín en la mano y perderse en una noche excepcionalmente cálida, aunque llena de bruma.

Horas después la mujer entraría al cuarto y metería medias rotas, tubos de papel higiénico y colillas en una bolsa de plástico negro. Lo haría con gestos mecánicos, sin siquiera odiar, sin recordar siquiera a la persona que había dejado tras de sí semejante basural.

Se metió en un hotel pequeño, al frente de una avenida que cruzaba la ciudad de este a oeste, apretujado entre un almacén de almohadas y colchones demencialmente desordenado y una ferretería polvorienta. Alquilaban cuartos por horas, días, semanas, años, tal vez siglos. Al otro lado de la avenida había un parque con columpios y balancines oxidados, donde alumbraban por la noche los botes de basura a los que hombres oscuros metían fuego y después rodeaban para calentarse. Su cuarto tenía un inodoro rajado con minucia, como una cáscara de huevo, y un lavamanos mugroso. No había ni ducha ni ropero. Ni él ni las demás personas que entraban y salían parecían ya necesitarlos. Se salía del hotel por corredores y escaleras iluminados con débiles lámparas de neón que soltaban luz nebulosa. Todas las noches, al lado de las canecas de basura

y de la escalera que bajaba del hotel a la acera, había un viejo que se acurrucaba para dormir protegido del viento. Mantenía la cabeza metida en una bolsa de plástico negro a la que le había hecho orificios para respirar. Una vez él le ofreció dinero, pero el hombre no quiso recibirlo; dejó en cambio oír una voz áspera y gruesa que venía de las profundidades de su cerrada noche de plástico, y le dijo que se llevara su dinero para otra parte, que nadie le estaba mendigando.

Por entonces había empezado a dibujar con carboncillo a la gente de los bares. Una noche quisieron comprarle el dibujo que había hecho de modo mecánico sobre una servilleta, y que mostraba a un hombre pequeño sentado en una banca alta, encorvado sobre la barra del bar, a la vez envuelto en sí mismo y echado para adelante, como un ave de rapiña o un demonio. Esa vez no quiso recibir dinero, aunque no tuvo inconveniente en dejarse invitar a un par de tragos que, como siempre, le duraron hasta que cerraron el sitio. Pero después decidió comprar un revólver que le ofrecían por ahí, contó lo del sobre y vio que le alcanzaba para el arma y sólo le sobraba algún ripio. Entonces comenzó a dibujar a la gente y a recibir lo que quisieran dar por los dibujos.

Los retratos eran tan oscuros como los bares, y las personas, aunque todavía identificables, aparecían a medio tragar por las tinieblas. Pero el límite de la oscuridad no se adivinaba en el bar (esquinas que, aunque invisibles, estuvieran allí; estructuras que, sin ser vistas, llenaran el alma con la luz de su lógica, tranquilizándola), sino que se perdía sin remedio en un abismo sin fondo. El reflejo de unas gafas, una mano cundida de anillos de plata, eran creados con la nitidez necesaria para que todo lo demás cayera en el vientre horroroso de lo oscuro. Sin embargo, la gente, metida en su sopor de alcohol y cigarrillo, rara vez se horrorizaba; miraba el dibujo con interés, sorprendida por la evidente habilidad del dibujante, hablaba un rato con él, le ponía las manos en el hombro y se mostraba casi siempre generosa. Tan pronto recogía lo necesario para pagarse la habitación, la comida y los tragos, él dejaba de dibujar y se quedaba otra vez en la barra, inmóvil y en silencio. Pagaba el hotel cada madrugada. Llegaba poco antes de que saliera el sol y le daba el dinero al empleado soñoliento, que le entregaba una llave atada a una lámina metálica de apariencia carcelaria y le devolvía el maletín repleto de ropa sucia que

había dejado en la oficina al salir. Caminaba por escaleras inundadas de luz lechosa —el revólver, helado, subía metido en una media entre la ropa— y entraba a un cuarto que cada noche era distinto. Todos tenían espejos desportillados y borrosos e inodoros rajados, pero unos daban a la avenida y otros a pasadizos oscuros donde las ratas hacían sonar las latas en las basuras. A él todos le daban lo mismo. Por las delgadas paredes llegaban sonidos que a veces eran vagos, sollozos lejanos que se fundían con los ruidos del vapor en los tubos de la calefacción, disputas deshilachadas; pero a veces eran demasiado nítidos: bofetadas en cuartos adyacentes, gemidos sexuales, carcajadas crueles.

Antes de que su apariencia alcanzara el límite donde la mugre comenzaba a molestar a los clientes, obligando a los dueños a pedirle que se fuera —de modo cortés, pues algo en él inspiraba respeto, tal vez su tamaño—, vivió de dibujar en los bares. Había noches, por supuesto, en que se quedaba quieto a pesar de que en el bolsillo tendría acaso para pagar en el bar y comprar la botella de vino que le ayudaría a dormirse en un parque sobre una banca retirada; pero la mayoría de las veces, dibujando la penumbra en la penumbra, alcanzaba a recoger para pagarse un día de calor y sueño.

A mediados de diciembre vio en un noticiero de televisión que en la ciudad estaba nevando. Cuando salió a la calle vio que todo estaba cubierto de nieve y la sintió crujir bajo sus tenis sucios. La blancura se acolchaba y alumbraba con un resplandor a la vez espiritual y mineral, como de ultratumba. En alguna parte había conseguido un par de suéteres gruesos y raídos que usaba uno sobre otro y le bastaban, además de la gabardina, para protegerse del frío. Sentado en la puerta de un edificio abandonado, sobrevivió a esa larga y fuerte nevada con la gabardina subida hasta las orejas. Los copos a veces caían lentos y verticales, como si apaciguaran el desgarrador paso del tiempo, a veces enredados en ventisqueros que profundizaban el silencio. Terminó de nevar poco antes del amanecer y por algún tiempo logró sostenerse todavía la quietud de la nieve recién caída. Entonces aparecieron camiones que retumbaron infernales y empezaron a convertir la nieve en barro. Durmió por un rato con la cabeza apoyada en las rodillas y soñó que flotaba entre láminas, que se movía en una geometría vitrificada, elaborada y sin escape. Se

levantó con un cansancio de plomo y caminó por calles donde la nieve ya comenzaba a derretirse. Gastó sus últimos billetes en una cafetería muy caliente, donde durmió otro rato con la cabeza apoyada en las palmas de las manos. Y entonces fue a un parque, limpió a manotazos la blancura acumulada en una banca y cayó como un tronco bajo el cristalino sol de invierno.

La nieve derretida encenagó los prados de los parques. El invierno a veces aflojaba, creando la ilusión de que el frío profundo nunca llegaría. Pero después de una ola de calor vino un frío seco, de cielos despejados, que congeló el agua en los charcos y el pantano en los prados. Él ahora sólo dormía uno o dos días por semana en el hotel. Le había tomado un desgano grande a dibujar las sombras de los bares, y sus bolsillos casi siempre estaban vacíos. Cuando no tenía cigarrillos, les pedía a las personas en la calle; y cuando no quería pedirles, recogía colillas grandes y se las fumaba mientras caminaba ensimismado. Para entonces su amistad con el sueco que se volvía alemán o irlandés se había hecho más estrecha. Juntos se sentaban en las bancas o caminaban por las calles, huesudos y corpulentos. Él oía las fantasías infinitas que el otro tejía segundo a segundo para existir, para darle forma momentánea a un pasado que se había evaporado. El sueco hablaba de su vida en Ámsterdam y se ponía poético describiendo la ciudad y sus canales. Lloraba de remordimiento recordando a una muchacha que se había envenenado por su culpa en Viena. Caían lágrimas copiosas (preferible la desdicha al vacío) mientras él lo miraba llorar y le pasaba la botella de vino, de la que el otro bebía sin secarse los lagrimones.

A mediados de enero cayó otra nevada enorme que sepultó las bolsas de basura en las aceras y los carros en los parqueaderos. Él había pasado el día en el hotel y al salir vio las enormes cuchillas que arrastraban la nieve en el pavimento. Ya no nevaba, pero el frío se había hecho cortante. El hombre de la cabeza en la bolsa, sentado sobre los botes de basura sepultados, parecía un borrón contra la nieve. Con el frío fuerte había comenzado a meterle papelitos a la bolsa —a la que amarró una cuerda que pasaba por debajo de la nariz y anudaba atrás, en la nuca— y parecía un monstruoso sultán. Cuando no estaba acurrucado en su sitio, caminaba por ahí, levantando de vez en cuando la bolsa, que le proporcionaba su

noche perpetua, su intimidad, para poder ver los papelitos que recogía, industrioso como un pájaro, y metía por debajo de la cuerda en la cabeza.

Las cuchillas apilaban la nieve a los lados de la calle, sepultando aún más los carros ya sepultados. Él y el sueco caminaban echando vapor con la respiración. Tenían hambre, pero el dinero sólo les alcanzaba para comprar algún vino, de modo que un día compraron el vino y caminaron hacia un parque donde a veces regalaban comida. El sueco, demasiado hambriento, iba en silencio. Un viejo peludo venía comiendo, seguido de media docena de perros negros y gordos. En el parque, bajo los árboles pelados, vieron a un monje inclinado sobre una estufa, que repartía, entre cantos y campanillas, verduras hervidas y un arroz casi tan anaranjado como su túnica a una hilera de vagabundos harapientos y malolientes.

Comieron los grandes grumos, que tenían regusto perfumado, mientras miraban sin interés al grupo de jóvenes de cabeza rapada que cantaban al son de tambores y panderetas. Los vagabundos metían arroz en sus caras barbudas. Tres hombres negros ponían pedazos de madera y cartón en un bote de basura. Un grupo grande bebía en una de las bancas. La agitación era de plaza pública, ágora harapienta. El bote de basura echó candela, relumbró como un tulipán en la oscuridad del parque y dejó caer largos reflejos anaranjados sobre la nieve, que empezaba a endurecerse.

Aquella noche la temperatura bajó aún más y alcanzó niveles que serían considerados como históricos. La superficie de los lagos se volvió como de piedra, se congeló el agua que colgaba de las ramas de los árboles y la gente que vivía en la intemperie empezó a buscar resguardo como podía para escapar de la muerte. Muchos borrachos morirían dormidos en las bancas.

Él y el sueco, buscando un albergue para indigentes que el sueco conocía, caminaron contra el ardiente ventarrón. Entraron tiritando a un edificio gris donde los recibió el vaho espeso de una mezcla de vómito y desinfectante con olor a pino. El sueco conocía el nombre del recepcionista tras la cortina metálica y empezó a repetirlo como si fueran amigos. Sin hablarles, sin siquiera mirarlos, el empleado llenó unas fichas, que les pidió firmar, e hizo sonar el timbre que abría una enorme puerta con malla.

Caminaron por un corredor de paredes altas y llegaron a un salón donde más de cincuenta personas desvencijadas, sentadas frente a un televisor, miraban sin alegría a un hombre muy rosado que le hacía chistes a una audiencia invisible que se desternillaba de la risa.

El cubículo que le asignaron era apenas un poco más grande que la cama estrecha, como de cárcel. Cuando se cerraba la puerta la oscuridad era como la del carbón de piedra. Entonces aparecía la luz, débil, en las rendijas, y el peso en el corazón se hacía aún más grande.

Acostumbrado a dormir de día, casi no pudo dormir esa noche. Lagunas de sueño, pobladas de imágenes grotescas, le venían de tiempo en tiempo; lo demás fueron horas interminables pobladas de toses, gargajos y lamentos.

En algún momento durante esa noche larga salió de uno de los sopores turbios con la sensación, luminosa por lo cierta, de que alguien alguna vez se había ahorcado en ese cuarto.

«Que Dios nos compadezca», dijo. «Que alguien se apia de de nosotros», dijo, o pensó, mientras el pecho se le llenaba de hielo.

Palabras en todo caso grandilocuentes e inútiles que pensó o pronunció en un momento de terror y más tarde dejó ir sin más de su memoria.

Cuando el frío se hizo menos fuerte, pasaba las noches en algún parque con toda la ropa encima y los zapatos rellenos con periódicos, dejándose calentar por las llamaradas de los basureros encendidos. A veces llegaba mucha gente, gente con perros, incluso, encendían varios fuegos y bebían alrededor haciendo chistes o enmontándose en discusiones absurdas, ajenas por completo a la civilización y al progreso. Los industriales, los urbanistas, los cirujanos plásticos que pasaban en Mercedes-Benz o en Rolls-Royce miraban a los vagabundos agrupados por la candela, que aventaba un reguero de chispas cuando alguno la atizaba, y no lograban entender cómo se podía llegar tan bajo. Y, para impedir que el caos se abriera bajo sus pies, repetían que era gente que nacía para perder o que le gustaba vivir en la miseria.

Recibía y pasaba la botella mientras dejaba que el calor del fuego lo agarrara hasta casi encenderle la barba. Cuando estaba bien caliente se sentaba en una banca con el maletín a un lado y se ponía a mirar las



llamaradas. En el maletín sólo llevaba papel y carboncillos, periódicos viejos y un pequeño cojín que había encontrado y usaba como almohada. El revólver, envuelto en periódicos y metido en una caja cuidadosamente cerrada, había quedado en una tienda donde, por algunos dólares, les guardaban las pertenencias a los vagabundos. Este era un negocio que hacía las utilidades no tanto por esos dineros, sino porque los clientes muchas veces no volvían (se morían de frío, se regeneraban, eran metidos a la cárcel), y las cosas, joyas, radios, cámaras, después del año que estipulaba la ley, pasaban a las estanterías donde eran vendidas a los buscadores de gangas.

Pero si el frío era demasiado fuerte había que dormir en el albergue. Casi siempre él se había tomado algunos tragos antes de entrar, de modo que enfrentarse a la malla metálica no sólo no resultaba doloroso sino que podía hacerse hasta con gracia. Le hacía chistes al empleado hosco, quien, representante insignificante del poder —pero del poder, al fin y al cabo—, se quedaba mirándolo con desprecio y algo de recelo. Después se sentaba a ver televisión en el salón caliente y se sentía hasta contento. De vez en cuando alguien caía entre convulsiones alcohólicas y otro se levantaba y le ponía un taco de periódico entre los dientes para que no se partiera la lengua. Llegaban entonces los paramédicos, amables y eficientes, y se llevaban al convulso mientras él miraba el proceso con el brillo, la nitidez que le habían dado tantos días de vino barato sobre un estómago casi siempre vacío. Cuando pasaba el alboroto volvía a mirar la televisión, por completo lúcido y abierto a la fascinación que despertaban en él sus imágenes esquizoides e infantiles.

A finales de febrero se instaló en una de las estaciones del tren subterráneo. Era muy ruidosa pero abrigada en comparación con otras, y la policía no rondaba demasiado. Colgó sus dibujos de una puerta de barrotes de hierro que quedaba al final del corredor y clausuraba, al parecer a perpetuidad, una escalera que subía repleta de desperdicios, se alejaba de la luz de neón de la estación y se deshacía en una oscuridad completa e inhumana. Además del maletín, andaba con un talego de dormir que le habían regalado y que alguna vez había sido verde y él debía remendar constantemente para que no regara sus plumas. Usaba un periódico como escoba, extendía el talego del modo más nítido posible,

ponía el cojín encima y se sentaba, peludo y digno, recortado contra sus propios dibujos que atrás, colgados de la reja, parecían manifestaciones de las sombras absolutas que había detrás de los barrotes. Las personas que esperaban el tren lo veían llegar, casi solemne de lo lento, y desplegar su personalidad fuerte y apacible en aquella escasa superficie. El tren casi siempre tardaba y ellos alcanzaban a mirar los dibujos. Cuando le preguntaban que de dónde era, él decía cualquier cosa; cuando se mostraban sorprendidos de que una persona tan hábil viviera de ese modo y querían saber si alguna vez había tratado de buscar trabajo como dibujante, les sonreía. A veces compraban, a veces dejaban la plata pero no se llevaban el dibujo. Entonces llegaba el tren, recogía a los pasajeros, se los llevaba entre vientos amoniacales y explosiones voltaicas, y él los olvidaba por completo.

Así pasó muchas noches. El sueco nunca quiso acompañarlo, pues al parecer había sufrido mucho en una o muchas guerras, cuando se había visto obligado a buscar refugio en subterráneos fétidos. Si los trenes empezaban a escasear y la gente bajaba menos, él sabía que la noche era más honda. Entonces podía encontrarse sin más compañía que el ruido del agua bajando por las paredes del túnel, o bajando por las cañerías, y el ocasional movimiento de las ratas que caminaban rápido al lado de los rieles o hacían sonar las basuras en las escaleras. Y en aquel espacio cavernoso, roto de vez en cuando por el estrépito de los trenes, dibujaba.

Sus dibujos se habían hecho un poco incomprensibles y parecían abstractos. Eran, sin embargo, las últimas vibraciones de la luz al ser tragada por lo oscuro. Y si uno miraba con detenimiento podía vislumbrar formas humanas que respiraban en la oscuridad apenas un poco más allá de la agónica porción de luz donde todavía era evidente una columna o el inicio de un tramo de escaleras. Formas que a pesar de lo remotas y hundidas no siempre se presentían desgraciadas.

Cuando empezaba a llegar la gente, abundante y fresca, él sabía que había llegado la mañana. Descolgaba los dibujos de la reja, los guardaba con cuidado en el maletín y se metía en el saco, donde se quedaba dormido de inmediato a pesar del ajeteo exterior. A veces podía dormir retazos largos, pero casi siempre lo despertaba la policía con suaves patadas en las costillas o pequeños porrazos en los pies. «¡A perderse!»,

le decían, y él recogía sus cosas sin mirar a nadie y salía del subterráneo para enfrentarse a una brillante luz de invierno, confusa, dolorosa. Se escabullía entonces, enceguecido como un topo, y buscaba otras escaleras que pudieran llevarlo a la oscuridad de la tierra, donde en otro rincón pudiera extenderse y lograr otro pedazo de sueño. O, si el frío no era muy intenso, iba a los parques y se tendía, metido en el saco, en una banca donde quedaba convertido en un bulto inmóvil que recordaba los funerales de alta mar. Su descanso perdió todo sistema. Podía verse borracho, acostado bocarriba en uno de los cubículos del albergue, podía dejarse revolcar el sueño por las vibraciones profundas de los trenes, o despertarse en una zanja que había al fondo de un parqueo de carros, donde el hombre que vendía basura había acondicionado una guarida que le dejaba usar durante el día. El hombre vivía con dos perros. Su hueco, lleno de edredones viejos y almohadas medio podridas, era una espesa selva de insectos sangradores. Pero ya entonces él no escogía el mejor sitio posible para dormir sino que caía en lo que hubiera a mano. Cuando llegaba la noche salía de la madriguera y se quedaba un rato sentado afuera, sacándose las pulgas de la barba y matándolas con sus uñas llenas de mugre y polvo de carboncillo. Después le daba la espalda a la calle y, protegido por la gabardina andrajosa, se bajaba los pantalones para sacarse las que caminaran por la ingle o en la base del sexo. Su pene se veía marchito. De vez en cuando soñaba con Lucía, pero sus sueños no eran eróticos sino que terminaban en escenas donde, a pesar suyo, la golpeaba e insultaba.

Había que beber mucho para resistir tanta inclemencia. Durante algún tiempo pudo todavía dormirse borracho y despertar con una noción clara de lo que había sido el día anterior y la certeza de que el movimiento siguiente era poner cualquier cosa en el estómago y tratar de conseguir algo de plata para vivir las horas que vendrían. Pero esa sombra de rutina comenzó también a desdibujarse. Cuando se despertaba un poco borracho y encontraba que esta vez nadie le había robado el vino, podía beberse un trago grande y caer otra vez dormido hasta que la policía en los túneles o los empleados en los albergues lo despertaban de nuevo. Empezó a salir del subterráneo sin saber si afuera iba a encontrar la luz o las tinieblas. Y

cuando se quedaba abajo, se sentaba por horas, sin mostrar sus dibujos, absorto, sacándose las pulgas.

Los tenis se acabaron y en sus pies aparecieron botas grandes, de apariencia militar, que le causaban ampollas pero no dejaban entrar el frío. Los tenis habían comenzado a desintegrarse en pleno invierno, el papel periódico con que los rellenaba se había empezado a salir por los boquetes y él debía pasar un buen rato cada noche tratando de recomponerlos. Sin desesperación, con la paciencia artesanal y la expresión atenta con que había trabajado siempre, les había cosido pedazos de tela, amarrado cordones y pegado hule a los rotos de las suelas. Pero al fin se deshicieron y un día se vio en un hospital donde gente vestida de blanco le curaba las heladuras de los dedos. Tal vez ellos le regalaron las botas. También era posible que alguien en el subterráneo se las hubiera puesto al lado mientras dormía, o que alguno de sus amigos se las hubiera vendido o prestado. Un médico joven le advirtió que, a pesar de su fortaleza natural, el maltrato podía causar daños irreparables en su organismo. Una enfermera le preguntó, como queriéndole arrancar un secreto simpático, la razón de haberse entregado a la bebida, y él le contestó que había sido a causa del invierno.

Pero no habría podido decir si había salido con las botas del hospital o si alguien se las había vendido o regalado tiempo después. Caminaba arrastrándolas, y los cordones venían atrás como algas. El mundo se había hecho imprevisible. Se dormía en un sitio y se despertaba en otro. Le aparecían mantas en los hombros, guantes en las manos. Del aire caían monedas, que miraba un rato, asombrado, y luego recogía. Le aparecían peladuras infectadas en los codos, llagas en los sobacos. Una mañana se vio frente a un charco de agua que se estaba congelando y dio gracias a Dios por haberle dejado presenciar semejante maravilla. Después se vio sentado en una banca frente al río, mirando bajar el agua helada y sucia para el mar. Por algún tiempo estuvo durmiendo en un camión estacionado que tenía un carro volcado en la carga; el motor del carro goteaba hacia el interior del camión y el aceite lo fue empapando por completo. La gente se cambiaba de acera cuando lo veía venir. Turistas de los pueblos pulcros y legendariamente aburridores del oeste central se agolpaban en las ventanillas de los buses para verlo pasar,

inmundo, como una avanzada del fin de los tiempos. Su mirada se había hecho muy limpia y cristalina.

Un día dos policías enormes y rubios le pidieron de mala manera que se fuera del pequeño parque de un vecindario de gente rica donde había pasado horas, días tal vez, fumando y cantando en voz baja. Había cantado *La Marsellesa*, *La Internacional*, había cantado viejas canciones de la revolución mexicana, boleros viejos, melodías que alguna vez tuvieron mucho significado y que ahora, desde su pozo ciego de consciencia, desgranaba con voz gangosa mientras se mecía constantemente mirándose las botas. No es probable que haya tratado de rebelarse, pues la intemperie lo había dulcificado demasiado y su carácter había alcanzado una docilidad absurda. Más posible es que se haya demorado en levantarse o que haya continuado cantando como si se burlara de la autoridad. Lo metieron entonces a estrujones a la patrulla y se lo llevaron a un lote vacío donde empezaron a golpearlo.

Uno de los policías, que sabía romper las botellas de los vagabundos sin sacárselas del bolsillo, le dio los primeros golpes, que le hundieron un vidrio hondo en la nalga. Después cayeron otros que le rompieron la nariz y le partieron algunos dientes. Débil como estaba, se desmayó y ni siquiera sintió las patadas que iban a romperle las costillas.

Cuando salió del hospital el pellejo le colgaba de los huesos como a un buey enfermo. Con el dinero que le regalaron las enfermeras se metió otra vez al hotel al lado de la ferretería polvorienta. El hombre con la cabeza en la bolsa dormía acurrucado entre los botes de basura. La mañana de primavera estaba repleta de luz fuerte y confusa. Vendado y débil, él subió por corredores lechosos y entró al cuarto, donde dejó caer las persianas y sintió que sus ojos descansaban. Con la sobriedad le había llegado también un desgano profundo. El recuerdo del invierno reciente, sus noches de desenfrenado y reblandecido amor por la humanidad, sus amaneceres llenos de admiración mística por fenómenos nimios le producían ahora náuseas. Tendido bocarriba dormía y volvía a despertar con la desagradable sensación de estar otra vez ahí, la evidencia lamentable de no haber desaparecido para siempre de la Tierra.

No se trataba de que la golpiza lo hubiera desilusionado de la grandeza del género humano, pues hacía rato que había dejado de creer

en tal cosa. Se trataba de un cansancio que le venía de los huesos, tristeza desbordada que se ampliaba con cada respiración y llenaba las fronteras del mundo con su niebla. No quería ver gente, no quería mirar los retoños de los árboles. La inminencia de parques florecidos le causaba dolor; hasta el agua oscura del río lo hastiaba, hasta el cielo de la noche le dolía. Si se dormía y dormido su cuerpo buscaba descansar de costado, una violenta punzada en las costillas volvía a despertarlo y lo dejaba otra vez con ganas de meterse un tiro en la cabeza. Varias veces quiso dejar el hotel e ir a buscar su revólver al depósito, pero saber que afuera estaba esa luz deslumbrante, ese cielo azul bajo el cual hormigueaban, repulsivos, los humanos, lo disuadía de abandonar la sombra.

Tres días y dos noches sin salir del hotel, sin comer nada y sin matarse. Al final del tercer día debió salir, pues ya no tenía cómo pagar el cuarto. Las rodillas le temblaban. La piel aparecía lívida en la raíz de los pelos de la barba y la cabeza. La venda con la que le curaron la nariz estaba suelta. En el hospital lo habían bañado y ahora la gente volteaba la cabeza, no porque oliera mal, sino porque parecía muy seco y polvoriento. Cada cierto tiempo tenía que sentarse a esperar a que el corazón dejara de bombear temblores fríos, y entonces se levantaba despacio y seguía caminando hacia el río.

El sueco casi se pone a llorar cuando lo vio sentado en la banca como un espectro harinoso. Le enderezó el cuello de la chaqueta y le peinó el pelo reseco con sus manazas sucias. Le entregó la bolsa que traía (papeles, trapos) y le dijo que se la cuidara, que no se fuera a mover, que ya volvía.

La persona a quien llamaban Boris se quedó mirando hacia adelante con ojos envejecidos. En los árboles cantaban los pájaros y por el río, entre gaviotas, bajaba una enorme barcaza cargada de basura. Volvió el sueco y comenzó a desenvolver con cierta ceremonia la lasaña vieja que le habían regalado en un restaurante. Traía también dos platos de cartón y dos tenedores de plástico. «Me la calentaron», dijo, y se pudo sentir, casi ver, el olor vinagre de la pasta enredándose en el aire. Vagabundos conocidos pasaban y los saludaban, efusivos. La comida le bajó al estómago y trató de acalambrárselo; el vino le trajo una sensación de bienestar que se le regó por las venas.

Pasó la noche en esa banca durmiendo y despertando mientras el sueco hablaba sin parar. Volvió a un río, selva adentro, donde había estado cuando era adolescente. Los matices del verde en el agua, verde mineral de los grandes peces que nadaban en el verde vegetal de las aguas limpias, verde azulado de las enormes piedras sumergidas, volvieron a despertar aquel deslumbramiento. Volaban los papagayos, bullían las bandadas de micos en las ramas altas. La selva envolvía todo con su dulce estrépito. El sueco hablaba de un sitio en las montañas donde había hoteles que recibían a todo el que estuviera dispuesto a lavar ollas y platos. Les daban cuarto, comida y un cheque semanal. El trabajo podía ser fuerte los fines de semana, cuando llegaba la gente escapando del humero de las ciudades, pero después no había casi nadie y uno podía descansar y gozar del aire puro. La bandada de garzas que se dejó ver por entre un claro en los árboles altos se reflejó en las aguas profundas y voló, blanca, entre los peces esmeralda. Uno iba a una agencia, decía el sueco. Ellos lo hacían afeitar y lo metían a un carro que lo subía a las montañas. Él, el sueco, al día siguiente subiría a trabajar a las montañas. También él podía ir si quería, pues total era siempre mejor andar con los amigos. El agua era fresca y liviana, y uno se desplazaba en ella sin esfuerzo, como un rayo de luz entre las piedras.

A la mañana siguiente estaba afeitándose con mano temblorosa frente a un espejo grande y despiadado. La cuchilla que le habían dado era vieja y le dejó la cara ensangrentada. Si con barba parecía un anciano, sin barba parecía un muerto. El color de la sangre reverberaba con nitidez en el espejo; lo demás era un blanco amorfo y unas ojeras muy negras y explyadas.

Viajaron veloces por entre árboles todavía leñosos pero ya con brotes nuevos, sólo visibles para quienes quisieran mirarlos con detalle. En el maletín llevaba papel, carboncillos y el revólver, que había sacado del depósito e iba ahora metido como siempre entre una media. Después de la afeitada, al sueco le había quedado la mandíbula larga y huesuda, y sus ojos parecían más azules que antes. El chofer era un hombre negro, de modales cariñosos, que se la pasó hablando de lo mucho que les iba a sentar una temporada en las montañas. En la parte de atrás llevaban cajas con envases de vidrio que repicaban a cada desnivel del pavimento.

También venía con ellos un hombre pequeño y pálido, con cara de desahuciado y ojos malignos, que bebía de una botellita cuando nadie lo miraba.

Horas después, flaco como un náufrago, él entraba al cuarto de la dueña del hotel. Era oscuro y olía a cosméticos. Jennie Grossinger, anciana de voz fuerte, le dijo que, como él bien debía saberlo, aquel era un hotel, es decir un negocio, no una institución de beneficencia. Ella esperaba que todos entendieran eso y confiaba, como siempre, en que la caballerosidad natural los haría comportarse como era debido. Carraspeó y acentuó sus gestos dignos y fuertes. Se trataba del pequeño discurso que repetía de todo corazón año tras año, severa, cuando llegaban los desamparados. Sus diamantes chispeaban en la oscuridad. Jennie Grossinger se acercó, lo miró a los ojos y dijo que él era un «*gentle man*». Él supo que Jennie Grossinger había querido significar no un caballero, sino un hombre suave, y que lo había expresado además como un elogio. Jennie Grossinger dijo que creía saber por lo que él había pasado, que era obvio que las rodillas apenas podían sostenerlo, que descansara un día y se alimentara bien para que comenzara a trabajar al día siguiente. «Eso es todo», dijo al final, seca, fibrosa. «Ahora puede irse». Afuera, liviana, caía la última nevada de aquel año.

El trabajo era fuerte pero él lo tomó con entusiasmo. Vestido de blanco, todavía muy pálido, con el pelo cogido atrás con un caucho (de soltarlo le habría llegado a la mitad de las espaldas), raspaba con fuerza el fondo de las ollas inmensas. Había dormido por lo menos veinticuatro horas, sin soñar, entre sábanas muy limpias y frescas. Para Jennie Grossinger era cuestión de principios que sus empleados, y con mayor razón los vagabundos que habían sufrido y llegaban derrengados, disfrutaran de un alojamiento tan cómodo como el de los huéspedes. Aquello no era una institución de beneficencia, era cierto, y no podían darles cuartos individuales, pero en cambio las sábanas eran finas, los baños grandes y limpios, las toallas abundantes. Cuando los huéspedes se iban, ellos tenían derecho a usar las instalaciones, el billar, el sauna — después de recuperarse un poco, pues podía matarlos— y por supuesto la piscina, para los que vinieran durante el verano. Jennie Grossinger se aprendía sus nombres, los saludaba severa cuando los veía y les



preguntaba si estaban cómodos y si creían que se estaban recuperando. Nunca trataba de retenerlos cuando, después de algunas semanas de buena comida y cama, empezaban a mostrarse inquietos y daban señales de querer volver a la intemperie; les agradecía por la ayuda prestada y les recordaba que el hotel siempre los iba a estar necesitando.

El sueco y él lavaron ollas, barrieron, trapearon, sacaron las basuras mientras el hombrecito de mirada mala manejaba la máquina de lavar platos. Fumaba y bebía constantemente —aunque hubiera resultado difícil sorprenderlo cuando empinaba la botella—, y a pesar de que se veía insalubre y tan blanco como la ropa que ahora llevaba, evacuaba con eficiencia el torrente de platos que llegaba del comedor. Una tarde, cuando se terminó la avalancha del almuerzo y ellos acabaron de lavar ollas y platos y pudieron a su vez sentarse a almorzar, el hombrecito se encerró en el baño. Media hora más tarde salió, más pálido que nunca, bailando eufórico al son de la música de un pequeño radio portátil del que nunca se separaba, y miró de reojo y con disgusto la comida que ellos devoraban. Le hacía chistes pesados al sueco, de quien ahora parecía muy amigo.

El sueco comía como si no lo hubiera hecho nunca. Aunque aquello no era una institución de beneficencia, Jennie Grossinger nunca había querido poner restricciones a las cantidades que quisieran consumir sus empleados. El sueco roía los huesos de pollo, paleaba el arroz, vaciaba el plato y le pedía al cocinero que se lo llenara de nuevo. Cada cierto tiempo mataba el ojo y preguntaba con la boca llena si no era cierto que él, el sueco, sabía dónde ponían las garzas. Era evidente su orgullo por haber conocido el hotel, haberlo invitado y haberle proporcionado el placer de comer tanto pollo en salsa de champiñones como quisiera recibirle el organismo.

Trabajaron duro y comieron copiosamente desde el viernes por la mañana hasta el lunes a mediodía, cuando el hotel quedó vacío. Sólo entonces pudieron mirar las montañas y sus árboles leñosos que se erizaban contra un cielo muy azul. En el fondo de la piscina estaba aún la hojarasca del otoño. Los parasoles descoloridos, abiertos sobre las mesas, daban una sensación triste, no del todo desagradable, como si también el verano estuviera allí, aunque reseco y suspendido. Él se puso la

gabardina sobre la ropa de trabajo y salió a caminar por los bosques que rodeaban el hotel. La nieve se conservaba en los repliegues de la tierra; lo demás tenía el color de las hojas convertidas casi en tierra o el pardo de los árboles invernales. De regreso se sentó a mirar la piscina. El fondo de hojas podridas tenía su belleza (gradaciones de lo muerto camino a convertirse en tierra) pero se podía sentir soledad, nostalgia por insectos, reptiles y batracios. Hubiera querido ver lagartijas centelleantes removiendo la hojarasca, hormigas, ranas, sapos plácidos sentados en medio de una abundancia inenarrable de moscas y libélulas.

Durante las primeras semanas el sueco se portó bien: casi no bebía y no acompañó ni una sola vez al hombrecito con cara de desahuciado a los bares del pueblo vecino, a los que iba cada noche a emborracharse. Por todas partes brotaban las lanzas verdes de los tulipanes. Algunos árboles florecidos deslumbraban en medio de los colores negruzcos dominantes; en los demás, los bulbos hinchados estaban a punto de reventar. El sueco y él se sentaban al lado de la piscina, él a dibujar, el sueco a leer un tratado sobre pájaros que en algún lado se había conseguido. El sueco comenzaba a hablar con exuberancia sobre lo que leía, pero poco a poco bajaba la voz, se levantaba con menos frecuencia a mostrarle diagramas de huesos, plumajes espectaculares, y terminaba ensimismado mirando algún punto vaporoso entre los árboles. Entonces roncaba en el aire puro. Él seguía dibujando algún detalle de la piscina que, separado del resto y tratado con mucha paciencia, alcanzaba límites espectrales de fugacidad.

Los brotes siguieron reventando, se hicieron vertiginosos y apabullaron el espacio con colores y perfumes. El sueco había empezado a acompañar al hombrecito de mirada mala en sus escapadas nocturnas. Una vez desaparecieron por tres días y volvieron el viernes por la mañana, barbudos y sucios pero sobrios. Se afeitaron, se cambiaron la ropa y entraron a la cocina. A medida que todo a su alrededor se llenaba de color, el tono del hombrecito, que se llamaba Willy, pasaba del blanco amarillento al blanco azulado. Ya no bailaba y a veces se olvidaba de encender el radio. Pero bebía constantemente, casi no comía y desaparecía largos ratos en los baños, de donde salía alumbrando de palidez, aunque con energía suficiente para raspar las sobras con la espátula y trepar los recipientes repletos de platos en la correa que

entraba al dantesco aparato lleno de chorros de agua y vapor hirvientes. Un día Jennie Grossinger lo mandó llamar y habló con él durante largo rato. De regreso, Willy comenzó a maldecirla y a llamarla «sucia vaca vieja», hasta que algo en la expresión del sueco le hizo entender que más le convenía enfurecerse en silencio.

Cerca de la bodega donde se guardaban las herramientas, un cerezo alcanzó los últimos límites posibles del color. Los pétalos caían a la tierra entre bulla de pájaros y revuelo de insectos. De pie frente al caballete rústico que había construido, él empezó a dibujar la multiplicidad caótica y minuciosa de hojas secas, los entreveros de pasto y tierra, las flores a medio podrir que se extendían donde el árbol daba sombra. Dibujaba sin parar, interrumpiéndose sólo para orinar o comer alguna cosa.

La luz llegaba y se iba como un soplo.

Willy salía cada noche y volvía cada mañana, blanco como un cadáver. Un viernes se desmayó frente a la máquina y él tuvo que remplazarlo. Trabajó entonces con vigor entre el bullicio de loza, el olor a comida y el vapor de la máquina, y en medio de la agitación (en lugares extraños sorprende a la gente la alegría) llegó a sentirse hasta contento. Esa noche el sueco y él se bebieron media botella de whisky. El sueco no dejó de asombrarse cuando lo oyó hablar de algún sitio, en su pasado, donde los micos revolcaban las copas de los árboles y las piedras se veían azules en el fondo de aguas limpias y profundas.

Engordaron un poco mientras por todas partes se afianzaban los colores de la primavera. Willy, en cambio, empezaba a toser y a encogerse como una hoja de papel a fuego lento. Se ponía cetrino y cada vez recordaba más a un pequeño y solapado vampiro. El sueco lo sorprendió una vez tratando de robarle cigarrillos; lo agarró por el cuello, lo sacudió en el aire como a un talego de huesos y lo miró caer al piso y escabullirse, rencoroso y veloz. El cheque que les entregaban los viernes a mediodía a Willy se le volvía humo ese mismo día, y entonces les pedía plata prestada, no siempre de buen modo, poseído por una urgencia que le llenaba la frente de sudor. Ellos no parecían tener muy claro qué hacer con el dinero y a veces le prestaban, en especial cuando Willy, angustiado, se ponía obsequioso y había que quitárselo de encima. El sueco dejó de acompañarlo a los bares y ahora prefería beber en el cuarto

o sentado en una banca hablando como loco al lado del cerezo que había estado florecido.

Un sábado a la hora del almuerzo Willy se metió al baño y no volvió a salir. La puerta ni siquiera estaba con seguro y lo encontraron en el piso botando espumarajos. La ambulancia llegó ululando entre los bosques reverdecidos, y ululando se llevó al hombrecito, que ya para entonces no tenía convulsiones y parecía respirar con facilidad. Aunque Willy nunca le había caído bien, Jennie Grossinger fue incapaz de dejarlo ir así nomás y le metió un sobre en el bolsillo de la chaqueta: el cheque con el sueldo y otro cheque, relativamente generoso, como reconocimiento por los servicios prestados.

Los días llegaban cada vez más tibios. Un muchacho venía del pueblo los fines de semana a lavar ollas y él heredaba la dudosa gloria de la máquina de lavar platos. Jennie Grossinger había ofrecido ascenderlo a mesero, pero él rehusó: no tanto por no cortarse la cola de caballo, sino porque estaba seguro de no tener paciencia con los inofensivos caprichos de los clientes.

El sueco se había puesto inquieto y nostálgico. Miraba en silencio los árboles, ahora furiosamente reverdecidos, y tenía la expresión del náufrago perdido en una isla esplendorosa. Se quejaba del hotel. Decía que las toallas no estaban limpias, que el pollo había quedado grasiento. Casi se va a las manos con el cocinero cuando dijo haber encontrado una pata de cucaracha en la comida. Se despertaba por las noches a fumar y a mirar por la ventana. Una noche confesó que respetaba mucho a Jennie Grossinger pero que no le gustaba en absoluto ser tratado como un animal doméstico. «A nadie le gusta que lo traten como un gato», dijo. También dijo que había tomado la resolución de irse: creía haberse recuperado por completo, tenía el alcohol bajo control y estaba seguro de que esta vez, cuando regresara a la ciudad, iba a encontrar un trabajo decente y tal vez hasta un apartamento. Sólo tenía cuarenta y cinco años (a veces eran cincuenta y cinco, a veces sesenta y cinco) y aún estaba a tiempo de rehacer su vida.

Preguntó, retórico, si aún estaba a tiempo de rehacer su vida, y él le contestó que sí, que aún estaba a tiempo.

Se fue el sueco y los días empezaron a hacerse demasiado largos. Poco antes de terminar de pintar la sombra del cerezo florecido, él se puso a mirar el cielo, donde nubes borregudas contrastaban con un azul tedioso, y a mirar los árboles, que tenían el verdor de los folletos de turismo, y se encontró pensando que estaba cansado de tantos colorines. Y esa misma tarde, después de seguir al pie de la letra las ceremonias que habían precedido la partida del sueco, fue al pueblo y compró un par de botas fuertes, un abrigo grueso, mucha ropa interior y una maleta burda y resistente.

Pero no se fue de inmediato. Jennie Grossinger le pidió que se quedara hasta que pudieran remplazarlo, cosa que hizo con gusto, y cuando regresó a la ciudad era ya casi el final de la primavera.

Se metió otra vez en el hotel al lado de la ferretería polvorienta. Todo giraba sobre el mismo eje y sólo cambiaban los detalles. El hombre con la cabeza en la bolsa, por ejemplo, había desaparecido: no logró sobrevivir a los últimos fríos del invierno y envuelto en su precaria noche personal pasó a la noche eterna. Al muchacho que había estado a cargo de la oficina lo habían remplazado por una señora que tenía la cara más grande que él había visto jamás, y quien, a pesar de su aspecto horripilante, era amable y hasta maternal. En los cuartos habían cambiado las cortinas deshilachadas por otras que aunque nuevas parecían ya sucias y, aunque enteras, se veían tan rotas y fúnebres como las anteriores. Los inodoros rajados seguían inmutables, lo mismo que los gemidos de placer o los desgarrones de odio que atravesaban por las noches las paredes y las puertas.

Al principio vivió de noche, tal como el verano anterior, después de la partida de Lucía. En las montañas el dinero se había acumulado y, salvo por los préstamos a Willy y la compra de ropa, estaba completo. Pero a diferencia del verano anterior, ahora la plata se alargaba: sabía dónde regalaban comida, prefería las bancas de los parques a los bares y sabía escoger los mejores sitios para mostrar sus dibujos. De modo que pasaba las noches como un sueño, los días durmiendo, y así alcanzó a llegar al siguiente otoño sin ir a los albergues o a los subterráneos del tren.

El otoño llegó denso y oscurecido por grandes nubes grises, de apariencia catastrófica, que corrían veloces mientras abajo la gente caminaba con las gabardinas subidas hasta las orejas, entre hojarascas revueltas y basuras voladoras. Por un par de meses el sueco había trabajado en un supermercado recogiendo los carritos metálicos y metiéndolos unos dentro de otros en hileras largas de donde los clientes volvían a sacarlos. A pesar de su locuacidad, los compañeros lo querían y los jefes lo respetaban. Pero aquel trabajo sin fin comenzó a desmoralizarlo, la vida sin Dios ni ley a reclamarlo, y un viernes cambió su último cheque y se dio una borrachera que duró tres días con sus noches.

Se emborracharon juntos, por supuesto. Pero mientras el sueco caía dormido en una banca al final de la tercera noche, él seguía bebiendo y caminando sin rumbo, o al parecer sin rumbo, pues en el hotel terminó de todos modos. Al día siguiente recordaría vagamente una discusión con un portero de guantes blancos a quien había reprochado que le abriera la puerta del carro a un hombre joven, de apariencia adinerada. Creía haberle preguntado al portero —anciano dulce aunque servil que lo miró con desorbitados ojos azules— si acaso creía que era manco el hijo de puta. Y después le había dado lecciones sobre la igualdad humana, mientras el joven a quien acababan de llamar hijo de puta hacía venir con discreción a la policía.

Los problemas con la autoridad no eran siempre culpa suya, sin embargo. Sólo se metía a reformador social después de haber bebido demasiado, y sólo borracho entraba a barrios donde la gente de bien podía hacer llamar a la policía. Pero el pelo cogido, la barba, la mugre acumulada, su manera de mirar daban una sensación de irrespeto por la ley que atraía a los agentes como a gallinazos. Y a pesar de la habilidad que había desarrollado para evitarlos, o para quitárselos de encima una vez caía en sus manos, era inevitable que cada cierto tiempo diera con sus huesos en la cárcel. Los cargos eran casi siempre pequeños y nada gloriosos: «Borrachera en lugar público», «Conducta escandalosa» o «Irrespeto a la autoridad». Una vez lo encarcelaron por orinar contra un árbol y escribieron en el informe: «Exhibicionismo en lugar público y obscenidad».

A finales de octubre se hizo arrancar un colmillo podrido.

Para entonces había empezado a dibujar en las aceras con tizas de colores. Había dejado el hotel y vivía en un hueco que le alquilaron muy barato y que, a pesar de no tener ducha y contar sólo con una ventana que daba a un muro y únicamente agarraba un pedazo de cielo, era considerado apartamento. Cada quince o veinte días iba a un baño público, se quitaba toda la cal de tiza, toda la mugre, y caminaba por las calles sintiendo en la piel el aire limpio y la liviandad de la luz. Compró una hornilla para hervir huevos, preparar café y calentar el sitio. Cuando volvió el calor compró una hamaca de malla y la colgó frente a la ventana, donde podía recibir la poca brisa que llegaba. Dormía en pantaloncillos y, tal vez por el calor, tal vez por el movimiento de la hamaca, creía sentir entre las emanaciones de anhídrido carbónico un débil olor a sal y a algas. El sitio era oscuro en invierno y en verano; pero a veces, mientras miraba su pedazo de cielo, veía pasar gaviotas que se remontaban repletas de sol y que no por alimentarse más de basura que de peces habían perdido su capacidad para evocar barcos, horizontes abiertos.

Empezaba a trabajar después del mediodía y se acostaba después de la medianoche. A pesar del profundo, irreversible desarraigo que lo mantenía flotante, moviéndose como un espectro entre estructuras ajenas, aquello era otra vez rutina humana. El vértigo del caos y la atracción de la disolución todavía lo vencían, por supuesto, y cada cierto tiempo se daba borracheras anárquicas que podían dejarlo otra vez en el hospital o en la cárcel. Pero siempre lograba salir del infierno y vivir de nuevo entre la luz y los colores.

Nunca quiso desprenderse del revólver.

Un día estaba en la acera dibujando, absorto y sucio, cuando oyó a uno de los que lo miraban llamarlo por su nombre. Hacía tanto tiempo que no oía su propio nombre que sintió mareo. Y le llevó mucho rato, como si apartara con trabajo las múltiples cortinas que habían crecido en su memoria, reconocer al hombre pequeño, con gafas doradas, que había sido su compañero en Bellas Artes. Se veía bien vestido y parecía haber alcanzado el éxito. Sinceramente se alegró por él. También se alegró de verlo. Le sonrió incluso. Ya para entonces, cansado de verse los rotos de

los dientes, se había hecho poner una prótesis barata, que asomaba alambres brillantes entre sus otros dientes manchados de café y de nicotina.

Lo primero que dibujó en las aceras fue la creación del hombre.

Al principio fue una copia, copia perfecta, de una pintura famosa donde Dios, terrible como siempre, arranca a Adán del barro. El color dominante era el de la tierra; el hombre, parte barro, parte raíces, parecía gemir bajo la tortura de su propia creación. La repetía todos los días, cada vez en un sitio distinto, ayudándose con la pequeña reproducción que había arrancado de un libro en una biblioteca pública. Dejaba un sombrero viejo a un lado, se ponía a dibujar olvidándose de todo y al final podía encontrar veinte o treinta dólares entre el fieltro oscuro. Metía la plata en el bolsillo, el sombrero y las tizas en la maleta, y salía caminando despacio, las monedas repicando en los bolsillos. Atrás quedaba una vez más, perfecto, el atormentado amasijo humano.

Pero el papel con la reproducción terminó por deshacerse. Entonces empezó a dibujar de memoria y la pintura fue cambiando. Después de varios meses la figura de Dios, abuelo aterrador, desapareció casi por completo y terminó, desdibujándose, transformada en una luz que podía ser la de un amanecer o un atardecer. Ahora daba la impresión de que Adán, crispado y angustiado, emergía por sí mismo de la tierra.

El sueco recogía latas vacías de gaseosa en los basureros y las cambiaba por dinero en los supermercados. Como tenía que caminar mucho y pasar mucho tiempo en el frío, los tobillos se le hincharon de un modo monstruoso y tuvo que hospitalizarse. Cuando lo dieron de alta pasó un par de semanas con él en el apartamento, hablando todo el tiempo, reinventándose sin cesar, como un nacimiento de agua. Y apenas se recuperó lo suficiente se fueron otra vez para las montañas.

Allí él no dibujó ni pensó en su pintura. Bebió whisky, lavó platos y caminó por los bosques mirando ramas secas y formaciones de nieve entre las piedras. Jennie Grossinger, exuberante como siempre, lo felicitó por haber logrado recuperar el control de su vida. Había enmarcado la sombra del cerezo florecido y la había colgado en su cuarto, donde se perdía entre las otras sombras.



Regresó a la ciudad y continuó pintando en las aceras. El contraste entre tierra y luz se fue perdiendo, acolchado por un verdor que al principio llegaba apenas insinuado y después francamente opulento. La cara atormentada del hombre se suavizaba hasta alcanzar la paz del sueño, y lo que había sido barro se volvía ciénaga. Adán, en paz, se deshacía. Crecía la vegetación. En los mangles resonaba el estruendo de los pájaros. Plátanos salvajes repletos de humedad hacían brillar en la luz sus abanicos. Zumbaban sobre el agua los insectos. La gente miraba la selva poderosa que nacía en la raíz de los enormes edificios. Aparecían guacamayas, garzas. Aparecían ranas rojas en las cuencas vegetales llenas de agua. Desaparecían las guacamayas, paulatinas como Adán, deshechas sin dolor, y aparecían monos de mirada brillante entre el follaje. Seres vagos y amenazantes se movían en las solemnes oquedades formadas por las raíces de los mangles. De la llama quieta de la curiosidad, los micos pasaban al movimiento relampagueante, a la fuga, a los chillidos, a la disolución. Los gavilanes volaban alto en el atardecer. Florecían las orquídeas en las rugosidades de los árboles.

Sin verse, otra vez se empezaban a presentir micos, tal vez gente.

Volvían a aparecer las guacamayas.

Terminaba el día y encontraba otros veinte o treinta dólares anidados en el fieltro maloliente. Compraba trago, a veces caro, y se acomodaba frente al agua que bajaba para el mar. Desde una banca miraba el sol caer entre edificios teñidos de naranja, violeta y púrpura, miraba el blando reflejo de los neones que flotaban sobre el río. Se emborrachaba, hablaba, abrazaba a sus amigos con sentimentalismo de borracho. Se quedaba en silencio.

Se iba para su cuartocho y descansaba.

## VOLVER

### [2019]

Estuvo tres días en coma y despertó otra. La trajeron de cuidados intensivos a la habitación y venía quejándose con mucha debilidad. Me preguntó que dónde estaba, que qué había pasado, que dónde estaban todos.

—Allá en la sala de espera, mamá. Usted estaba en cuidados intensivos. Todos no, porque no caben.

Me había acostumbrado a hablarle medio brusco, para defenderme. Le hice la lista de los que había en la sala de espera, que eran como diez, y le dije que el resto del batallón estaría durmiendo en sus camitas a esa hora, ni bobos que fueran.

—¿Y qué fue lo que me pasó?

Le expliqué lo que le había pasado, pero como yo misma no lo entendía demasiado bien, hablé muy rápido para que de pronto no fuera a ponerme contra la pared. No trató de ponerme contra la pared. Apenas dijo:

—Ah, ya veo. Gracias, Lucerito.

Era de no creer. Eso en lugar de «¿Cómocómocómo? Explíquemelo otra vez, Lucero. ¡Usted sí que es maneada para hablar! ¿Y así me la van a graduar de bachiller? ¡Me expreso mejor yo, que me sacaron del colegio en quinto de primaria! A ver. ¿Un coma *de cuáles* fue que me dijo?». La famosa sacada del colegio era uno de los temas con los que martillaba y martillaba, y siempre con las mismas palabras. La habían sacado del colegio en quinto de primaria, porque según mis abuelos las mujeres no habían nacido para el estudio. Mi mamá había sido la mejor de la clase, como yo, y nunca se los perdonó.

Le informé que era martes —el año se lo sabía— y se quedó otra vez dormida, con un sueño tranquilo, de los que llaman reparador. Despertó como seis horas después, ya por la mañana, y no alcancé a saber si iba a

llamarme Lucerito o qué, porque las enfermeras la agarraron por su cuenta para ponerle el pato y bañarla con trapitos mojados en alcohol o quién sabe en qué mientras todos bajábamos a la cafetería por unos huevos revueltos a los que les echaban demasiada margarina, arepas santandereanas, buenas, y café con leche, bueno también. No todo el mundo sabe preparar bien el café con leche, que tiene sus secretos, para que no parezca tetero ni tampoco agua puerca, como hubiera dicho mi mamá antes de sus tres días de coma.

Subimos de la cafetería y ya la tenían lista, toda peinada y limpia, y estaba hasta sonriente, pero todavía con mucho gesto de debilidad, y se volvió a dormir hasta por la tarde. Despertó con más energía como a las cinco y aquello fue Felixito por aquí, Betico por allá, Lucerito, que tan bonita que está, y ese bebé como tan bello ¿de quién es? ¿Sí? Vea lo respingón que salió, no parece de Ada. Tráiganmelo, Lucerito, que le quiero dar un beso. Le llevé al niño, que se echó para atrás y empezó a querer llorar, pero mi mamá le hizo carantoñas, increíble en ella, hasta que el chiquito le sonrió por fin, con los dos lagrimones que no habían alcanzado a caer alumbrándole en los ojos.

—No se imaginan ustedes, mis hijitos, lo agradecida que estoy y voy a estar siempre con todos y cada uno de ustedes diez y con mis nietos por lo bien que me están cuidando. Con hijos así, para qué...

Paró en la mitad de la frase como si se le hubiera ido la paloma e hizo primero un gesto de pánico y, después, de ancianita confundida. La mirada se le puso vidriosa, me pareció a mí, como si fuera a desmayarse, y le traje un vaso de agua. Entregó el niño, cerró despacio los ojos y nosotros nos miramos. «Con amigos así para qué enemigos» había sido uno de sus dichos preferidos, y se lo había dedicado en algún momento a todos y cada uno de nuestros amigos y conocidos. Mencionábamos a cualquier amigo o mencionábamos la amistad, así, en general, y ella soltaba la frase. A Félix le gustaba jugar a hacérsela decir.

Félix precisamente se arrimó y me preguntó al oído:

—¿Y aquí qué pasó?

Otra afición de mi mamá antes del coma había sido hablar mal de los médicos. Cuando se disparaba con el discurso, que nos sabíamos de

memoria, tenía ya que soltarlo todo hasta el final. No había manera de pararla.

—Son unos atracadores...

—No, mami, ¿otra vez?

—Usted cállese, señorita. Esos pícaros le inventan a uno enfermedades para así meterle la mano en la cartera. Y que le roben no es lo peor. Lo malo es que lo desbaratan a uno, lo vuelven pedazos y lo vuelven a armar. Si les sobran piezas las botan a la basura o se las dan a los perros...

Gran sorpresa oírla ahora decir que el cirujano que la había operado era su ángel de la guarda, y verla, ya de vuelta en la finca, prepararle encomienditas con arepas o bocadillos de guayaba para mandárselas al hospital de Bogotá donde trabajaba. «Bocadillos para mi angelito», decía, o decía «para que mi ángel disfrute de una verdadera arepa santandereana». Al tal angelito de mi mamá lo consideraban tan infalible en su especialización como el papa y lo llamaban de todos los hospitales del país. Demasiado joven para ser tan importante, pienso yo, y se la pasó coqueteándome, el descarado. Ningún Brad Pitt.

Mi papá nos estaba esperando en la portada cuando volvimos. Sacarlo a él de la finca ha sido siempre imposible, tanto que ni siquiera había querido ir al hospital, que está en un pueblo grande o ciudad mediana, a una hora en carro particular y toda una vida en bus. En la casa tenemos un campero Nissan viejo que anda bien, y por ese lado no hubo problema. En la portada, al lado suyo y con la lengua afuera, estaba la perrita negra esa de la que a veces él dice que es labradora veleña y al rato dice que lo ha estado pensando mejor y que no es veleña sino barbosana. ¡Como si hubiera mucha diferencia! La animalita vive muy agradecida con él, en todo caso, por haberla recibido hace ya como dos años, cuando llegó tan flaca y hambreada que le daba brega tenerse.

La noche en que salimos corriendo para el hospital con mi mamá privada y tan desmadejada que parecía acabada de morir, mi papá había dicho:

—Si se muere la traen y la enterramos por aquí. Si no se muere, la traen también y la enterramos por aquí de todas maneras.

—¡Papá!

—Charlando, niña, charlando, charlando. Ya quisiera yo. Usted no se preocupe, que ella no se va a morir.

Tan difícil es el temperamento de mi mamá que no lo culparíamos si muchas veces ha soñado con verse viudo. Él tiene ese humor afilado y sabe defenderse, y así y todo se lo llevaba a veces por delante, lo avasallaba. Cuando eso pasaba, él sacaba un revólver imaginario, le disparaba un balazo y soplabla el cañón imaginario. A mí no me gustaba verlo en esas, pues sabía lo que le estaba corriendo por dentro a pesar de la mucha gracia que le ponía a toda la payasada. Me daba algo así como tristeza.

Yo quería verle la cara de sorpresa en el momento en que se diera cuenta de la mujer que le habíamos traído. Preciso. Su gesto fue de filmar cuando ella le dijo, al bajarse del carro:

—Hola, mi viejito. ¡Por fin de regreso al hogar!

Mi mamá estaba llorando, cosa nunca antes vista, y también él me preguntó pasito:

—¿Y esto qué?

Así siguió, corazoncito por aquí, bellecita por allá. Era como si no estuviera convencida de que se había salvado y pensara que los elogios para la comida que le hacíamos o esos abrazos tan apretados que les daba a los nietos y los asustaba la fueran a mantener viva. Las alabanzas para mi repostería eran cosa nueva también. Antes no soltaba un elogio ni aunque la mataran. Recuerdo la vez que preparé una crema de maracuyá y el comentario fue que ella le tenía muy poca afición a las pomadas estas de Lucero. Y decía, cuando por alguna razón uno de nosotros había tenido que cocinar: «Esta sopa sabe a caldo de puchos» o «si yo misma no soy la que siempre cocina me toca comer porquerías» o «esta carne ni para los perros».

No ahora. Hasta le gustaban las recetas supuestamente de la India que preparaba mi hermana Rosa Flor, la cuarta de nosotros, y que a mi modo de ver no son aptas para el consumo humano. Y así con todo. Estaba débil, pero rogaba que le llevaran a los bebés, sin decir, como antes, «mucho cuidadito, eso sí, culicagado, con írseme a pipislar encima o lo zarandeo». Y, decía ahora, «venga, Lucerito, le hago la trenza», y sus manos eran distintas. Me acariciaba de vez en cuando mientras la hacía y

me preguntaba por mis novios y cosas de esas, que antes le habían importado un pito. Yo me sentía feliz, tengo que reconocerlo. Desde que yo era chiquita a mi mamá le ha gustado hacerme la trenza en mi pelo abundante y rubio dorado, que es orgullo de mi familia, como si todos fueran sus dueños. Por aquí se me menciona como «la muchacha bonita aquella, la del cabello. ¿Cómo es que se llama? La menor de Tobías y de Rosa». Rosa es mi mamá. La trenza me queda como melcocha de panela, oro.

En la época de antes mi mamá habría dicho:

—Venga le hago la trenza.

—¿Ya mismo? No, mamá. Yo...

—Siéntese ahí.

Le quedaba bien, pero no se cuidaba mucho de no jalarme y al final sentía yo la cara estirada por el pelo, del que mi mamá se sentía más orgullosa que todos los demás. En eso quería siempre ayudarme y en nada más. Tanto como ofrecerse a pintarme las uñas de los pies, ni soñar.

La recuperación fue despaciosa durante los tres primeros meses. Los retrocesos nos alarmaron. Entonces se estabilizó del todo y desde ahí la mejoría se hizo rápida. Un día, después de muchos meses y ya bastante recuperada, mi hermana fue a entregarle su bebé y mi mamá dijo que en ese momento, hijita, no estaba para cargar bebés. Me extrañó, porque sonó medio brusco, como si le estuviera dando brega ser amable y no pudiera disimular lo poquito que le llamaba la atención cargar al buchón. Me dio aprehensión también. Me daba miedo que se esfumara la de ahora.

Empezó otra vez a sorprendernos a todos, pero digamos que por el camino de regreso. Los gestos bruscos o malucos se hicieron más comunes y se le veían cada vez más las ganas de volver a manejar todo y a todos. Se me fue yendo. Lo mismo que había pasado cuando la recuperación, también ahora tenía recaídas, el tira y afloje. Hacía llorar a alguno de los chiquitos y después se arrepentía y lo empalagaba todo con halagos, lo besuqueaba, le daba dulces que eran para él solo... O se arrepentía de haber llamado Pinocha a mi hermana Ada —y no por mentirosa precisamente, pues ella es un alma transparente y nunca dice mentiras— y luego con el arrepentimiento no paraba de alabarle el

vestido o de decirle lo especialmente bonitos que le habían amanecido los ojos, hasta que mi hermana tenía que decirle «¡ay, mami, ya! Por favor, ya, ¿sí?». Ada tiene ojos verdes, muy parecidos a los míos.

Las recaídas que menciono comenzaron a mermar y lo mismo pasó con los arrepentimientos. El gesto de dulzura y amabilidad con el que había salido del hospital se fue secando y endureciendo igual que las marialuisas hasta terminar duro como la panela. Empezó otra vez a herirme y yo a devolvérselo con la misma moneda y a pensar que ya iba siendo hora de irme. Quería estudiar Medicina o Arquitectura, ojalá en Bogotá. Mi mamá tenía su ratico de delicadeza temprano en la mañana, con el café, pero durante el resto del día era como antes y hoy en día ni siquiera mientras el café es amable. De a poquitos se fueron yendo los diminutivos, y todos y cada uno de nosotros tiene otra vez su nombre normal y corriente, rejudo, sin música.

—¿Y Lucero sí cree que va a pasar a Medicina? —me dijo la semana pasada—. Eso no es para niñas bonitas. Para eso se necesita cacumen.

Mi mamá es otra vez inmortal.

## EL LEJANO AMOR DE LOS EXTRAÑOS

### [2012]

Llegó al golfo en la temporada baja, cuando los turistas hacía días se habían ido y el eco de su bulla ya se había apagado. La arena sin papeles ni botellas era otra vez luminosa y pura. Alquiló una casa con un corredor largo que miraba al mar, tres cuartos, sala, cocina, comedor, un patio central al que daban los tres cuartos, y varios almendros en el patio.

Lo había decidido el mismo día de la graduación como ingeniero del mayor de sus cinco hijos.

—Me voy —le había dicho a su mujer, al regresar de la ceremonia.

—¿Para dónde te vas?

—Al mar.

—¿Cuándo te vas?

—En tres días.

—¿Volvés o no volvés?

Él sonrió.

—¿Cómo que no vuelvo? Vuelvo —dijo—. El 30 de octubre.

—¿De octubre? Bueno.

Amaba a su mujer y a sus hijos, pero eran demasiado sociables y ruidosos, y cada año, año y medio, alcanzaba un punto de saturación en que ya no aguantaba más la exuberancia y tenía que escapar y descansar algunas semanas. Los hijos se parecían mucho a ella. Hablaban todo el día y gran parte de la noche, ponían música, se peleaban y se reconciliaban, invitaban amigos, hacían bailes, se reían a carcajadas. Su mujer y sus hijos lo querían mucho, a pesar de lo silencioso, pero a ratos él sentía que en aquella casa era una especie de perpetuo invitado de honor.

Cuando llegó al golfo, el mar estaba sin nubes, el aire era transparente. Pasaban los pelícanos en cuña sobre el agua, volaban las garzas sobre los mangles. A su casa se llegaba por una carretera sin



pavimentar, paralela a la playa, casi playa, que no tenía mucho tráfico y que el mar a veces inundaba y cubría de arena. Detrás de su casa estaba el manglar. A la derecha, a más de doscientos metros, había una casa moderna, de ventanales grandes, metida entre mangos y tamarindos, y a la izquierda, a media cuadra, también en un lote grande con almendros y cocoteros, se levantaba un rancho de paja al estilo de la región, pero arreglado con todas las comodidades por alguna familia adinerada del interior del país. Lo cuidaba un matrimonio joven que tenía dos niñas de menos de diez años. Ponían música salsa y vallenato en el radio desde muy temprano hasta muy tarde, pero a volumen que no alcanzaba a molestar.

Las primeras semanas fueron maravillosas. De día se bañaba en el mar, recorría las playas vacías, cocinaba, barría y trapeaba los corredores de su casa. A veces iba a conversar un poco con la pareja que cuidaba el rancho vecino. Después de cenar, y para descansar de las lecturas bastante más serias que hacía en Medellín, leía novelas de detectives, bebía aguardiente y seguía las fluctuaciones de la noche y del mar.

Entonces el clima comenzó a cambiar. Día a día las nubes se acumularon y se pusieron cada vez más grises. El aire se adensaba. El calor se hizo húmedo y pesado, y al final se desencadenó una tormenta que duró tres días y tres noches, con olas de más de dos metros y ventarrones que doblaban los cocoteros hasta casi hacerles tocar la arena con las hojas.

Si en las primeras semanas se había sentido contento, durante los días de tormenta alcanzó la alegría total. Se quedaba en la mecedora en el centro de la sala, dedicado a oír el rugido del mundo, sin pensar en nada, envuelto por el olor del aire saturado de agua. Desde joven había tenido la capacidad de permanecer quieto durante ratos largos, solamente respirando y dejándose atravesar por la luz y por la sombra. Ahora, con el alcohol, sentía que los rayos le tronaban en el corazón y que las ráfagas le nacían del bulbo raquídeo, de la médula.

Al final de los tres días amainaron los vientos y en las nubes negras se formaron boquetes por los que se despeñaba el resplandor del sol. Las olas se fueron calmando hasta apaciguarse del todo y las playas quedaron cubiertas de palos y algas que poco a poco el mar otra vez se llevaría.

Entonces, como si también hubiera sido depositada en la playa por la tormenta, apareció gente en la casa de los tamarindos.

La pareja era de mediana edad y ella estaba embarazada. Los dos hijos tendrían trece y catorce años. La muchacha del servicio era negra y se mantenía de uniforme blanco. La camioneta en que habían llegado era roja, lujosa, de las que él siempre había detestado por lo grandes y aparatosas, y el hombre, de pelo rubio ensortijado, sobrepeso y piel rosada y muy blanca, gustaba de encenderla largos ratos y hacerla rugir para luego desacelerarla, como si escuchara música. Afiebrado con su chatarra, pensaba él. Un hijo de papi estancado en la adolescencia. Cuarentón.

A pesar de que la casa quedaba lejos y el ruido del motor no era tan fuerte como el sonido del mar, empezó a irritarse y a perder la paz.

La mujer, pálida y delgada, a veces les hablaba en voz alta a los hijos, y su modulación, el timbre un poco chillón de la voz, hacían que a él casi se le alzaran como a los perros los vellos del cuello y de la espalda. El marido muy de vez en cuando hablaba también en voz alta y daba órdenes cortantes a los hijos, pero se trataba apenas de un simulacro de mando que la mujer le permitía, pues era alrededor de ella que giraba todo en la familia.

Aparte de eso y del motor, los nuevos vecinos casi no producían ruido.

Antes de salir a caminar, él se aseguraba de que no estuviera ninguno de ellos en la playa. Por fortuna no eran aficionados al mar y se mantenían casi siempre en el interior de la casa. Pero aquello también terminó por molestarlo. Esta gente recorre setecientos kilómetros hasta el mar para encerrarse en una casa a jugar solitario o ver televisión, pensaba. Es cierto que a veces los hijos jugaban fútbol en la arena, pero lo hacían sin hablar, sin alegría, y sólo se oía la respiración agitada de los jugadores y el sonido profundo del balón.

Una tarde hizo una pila de hojas secas de palma y le puso fuego. Su intención había sido divertirse, por supuesto, no ahumar a nadie, pero ocurrió que el humo, llevado por el viento, inundó la propiedad vecina, y la mujer vino a quejarse, a ordenar, mejor dicho, que apagara lo que llamó «la fogata». Se produjo el inevitable altercado; la mujer regresó

furiosa a su casa y él buscó hojas de palma no demasiado secas para que soltaran mucho humo.

Si antes se habían saludado de lejos y con poca simpatía, a partir de entonces dejaron de relacionarse por completo, y las contadas veces que se cruzaban por la playa era como si allí no hubiera nadie. De esa casa ya él sólo saludaba a la muchacha del servicio, que era muy sonriente. Por ella se enteró de que la vecina era autoritaria, cosa que él ya suponía, y supo que se alimentaba casi exclusivamente de papaya y limonada, pues todo lo demás le producía náuseas. El marido era ingeniero.

Pasaron casi dos semanas. La vecina se ponía cada vez más pálida y más rubia, y su barriga, muy apretada y definida, parecía haberse quedado estacionaria. Él empezó a dudar de que en realidad estuviera embarazada, pero no encontraba el modo de preguntárselo a la muchacha del servicio. ¿Cuánto más se irán a quedar?, pensaba. Algún día el marido tendrá que volver a su trabajo, que alguno ha de tener, y ella, dar a luz o algo.

Una mañana se fueron todos en la camioneta, incluida la muchacha del servicio, y él, contra toda cordura, alcanzó a abrigar esperanzas. «Vida triste la mía», dijo, fatigado, cuando los vio regresar por la tarde. La mujer y los hijos entraron a la casa sin hablar y el marido levantó el capó y se puso a mirar funcionar el motor.

Trataba de no pensar en ellos, de no mirar hacia esa casa, y no podía. Por la noche veía apagarse las luces de unos cuartos y encenderse las de otros. Ahora sí la soledad me está reblandeciendo, pensó. Añoró a su mujer, sintió que había llegado el momento de regresar y decidió quedarse solamente otra semana. Hasta el 30 de octubre, ni pensar. Fue al pueblo vecino, reservó el pasaje y habló con el taxista que habría de recogerlo y llevarlo al aeropuerto.

Las horas empezaron a hacerse muy largas.

Tres días antes de su partida lo despertaron los ruidos que llegaban de la casa de los tamarindos. Salió al corredor y vio la luna casi llena sobre el mar. La arena brillaba y la cresta de las olas se veía muy nítida y del color de la sal. La bulla aumentó de volumen cuando abrieron la puerta y el hombre salió con la mujer en brazos, desmayada, seguido por la muchacha del servicio y por los hijos, que gritaban.

Los gritos se apagaron cuando las puertas de la camioneta se cerraron con estrépito. Las farolas alumbraron la playa —a esa hora poblada de cangrejos—, alumbraron la carretera sin pavimentar y las olas coronadas de espuma. La luz y el ruido del motor empezaron a menguar hasta que otra vez quedaron sólo la oscuridad y el sonido pausado de las olas.

Al día siguiente no pasó nada.

Dos días después regresó el hombre, y sin mirar hacia ninguna parte ni llorar, pero con un aire de soledad que se extendía por la playa y por el agua, guardó en la camioneta lo que se tenía que llevar, la hizo rugir un poco por última vez, como un adolescente afligido, y se alejó despacio por la carretera, que la noche anterior el mar había cubierto de arena.

*OceanofPDF.com*

## **MIEL**

### **[2012]**

Néstor encendió la televisión en el momento en que dos soldados sacaban un cadáver carbonizado del edificio, lo arrojaban sin ceremonias a la calle, para que lo recogieran las ambulancias, y entraban por más. Néstor se quedó sentado frente al aparato, mirando las llamas, los tanques, los soldados. Se encerró entonces en el baño y Matilde se acercó a la puerta y lo oyó vomitar, lavarse la boca y ponerse a llorar.

Diez minutos después salió del baño, y Matilde, ya en la sala, le dijo sin mirarlo que regresaría para el almuerzo. Tan embebido estaba él con las llamas, tan aturdido estaba, que no le pareció raro que ella no le comentara nada de lo que estaba ocurriendo. Vivían lejos del centro de la ciudad, pero, de haberse asomado por las ventanas del segundo piso, habrían alcanzado a ver el humo que subía hacia un cielo gris, los helicópteros.

Matilde regresó en el momento en que Néstor colgaba el teléfono. Al parecer le habían confirmado la muerte de Rebeca, pues corrió otra vez al baño y se quedó allí mucho tiempo. El olor del bagre en salsa que preparaba Nela se sentía por todas partes. Matilde hablaba por teléfono, se ocupaba de sus propias cosas y no preguntaba nada, pero Néstor ni cuenta se daba.

Llamaron a la mesa, y él, sentado frente al televisor, contestó que no iba a almorzar. Nela preguntó que si era que el doctor estaba enfermo y Matilde dijo algo que él no alcanzó a oír. Néstor era abogado. Ni muy alto ni muy bajo, delgado, de bigote bien recortado, vestido siempre de paño, amable, culto, cívico. Ese día se había quedado en pijama y levantadora, y tenía los ojos enrojecidos. Rebeca, su amante, había sido delgada en su juventud, bonita a su manera y brillante abogada. Magistrada de la Corte Suprema de Justicia, cuyo edificio ahora estaba en llamas.

Sus relaciones duraron veintidós años. Se acostaban en la casa de Lía, que era hermana de Rebeca y alguna vez había sido amiga de Matilde. Rebeca se murió sin saber que Matilde, aunque había decidido hacerse la desentendida, siempre había estado enterada de sus relaciones con Néstor. Durante esos años él y Rebeca almorzaron juntos casi todos los días, en restaurantes que quedaban cerca de sus despachos profesionales, y por prudencia, pues también ella era casada, se acostaban una o dos veces al mes, si acaso.

Aunque a Rebeca con los años la piel se le marchitó más que la suya, Matilde supone que para Néstor seguiría siendo tan bella como siempre. Y las nalgas, que se le explayaron tanto a pesar de las dietas y gimnasias, para él serían igual de atractivas. Después de tanto tiempo, piensa Matilde, llegarían a la casa de Lía, enmelados todavía de amor a esas edades, par de ridículos, Rebeca con los senos y las nalgas por el piso, Néstor con la piel casi azul de lo blanca y las tetillas también flácidas, y con toda seguridad se lamían en el cuarto, hacían ruidos. Pobre Lía.

La televisión no dejaba de pasar las imágenes. A los locutores se les quebraba la voz ante el horror. A Néstor se le veía venir la angustia como los cólicos, alcanzar el clímax y relajarse un poco, como para no matarlo.

—Es para ti —dijo Matilde, y le entregó el teléfono.

Era Lía, justamente. Matilde no cree que Lía le haya dicho «valor», ni «tienes que ser fuerte», pues ella no dice esas cosas. Matilde no puede imaginarse, en realidad, qué le haya dicho.

Nela venía cada rato a ver la televisión y hacía comentarios a los que Matilde no respondía. Néstor tenía los ojos hinchados y no se daba cuenta de que las dos mujeres lo miraban cada vez que entraba al baño.

Por la noche Matilde se acercó a la puerta y dijo:

—Puedes llorar en la sala, si te apetece, Néstor. Ya sé que se te carbonizó la zorra esa con la que te acostabas. Y mucho que me alegro, ¿sabes?

Olor de chocolate batido. Sonido del molinillo. Helicópteros.

## LA PLAYA SILENTE

### [2016]

Teresa llegó de Bogotá a principios de julio. Victoria, su hermana dos años mayor, fue a recibirla. Tomaron el tren elevado que presta servicio en el aeropuerto y conecta con el subway. Habrían podido agarrar un taxi, que tampoco valía demasiado, cuarenta y cinco dólares, tarifa fija, pero Vicky quería que a su hermana le llegaran primero las imágenes de la gente, las del subway, no las de las postales. En la estación Jamaica acababa de pasar el tren y no había casi nadie. Comenzaba la hora pico, sin embargo, y el vagón vacío del siguiente, que llegó casi de inmediato, empezó a llenarse muy rápido en las próximas estaciones.

—Te vamos a hacer una fiesta en la terraza —dijo Victoria y agregó algo que a su hermana podía parecerle curioso—: pero te toca tener cuidado, eso sí, porque tiene un murito bajito nomás. Nada de barandas. Y en el murito algunos hasta se sientan.

Su hermana no alcanzó a responderle. Se abrió la puerta del vagón y un hombre bajo y fornido, tal vez mexicano, de sombrero de copa y vestido de negro, entró con un carro de supermercado cubierto por un terciopelo rojo que hacía visos y tenía bordes de flecos dorados. Parecía un coche fúnebre en miniatura. El maguito se situó con algún trabajo en la mitad del vagón, en el que ya había bastante gente de pie, sacó un conejo de su sombrero de copa y lo guardó rápidamente en una caja de zapatos que había sacado del carrito y volvió a poner en él; sacó una paloma de un pañuelo y la metió con rapidez en una caja igual a la del conejo. El conejo era blanco con pintas negras y la paloma, gris, de las de parque. El mago se arrancó dos monedas de la oreja, se las metió al bolsillo y sacó del carrito un pequeño rollo rojo que desenvolvió rápido, mostró rápido y envolvió de nuevo. Era un pendón, también con flecos dorados, y decía *Thank you!* en letras blancas sobre fondo rojo. Empezó entonces a pedir plata a gran velocidad, pues debía bajarse en la siguiente

estación a esperar el próximo tren y no tenía tiempo de pedir despacio. Era un mago que iba de afán, y los pasajeros que se demoraban en sacar la plata se perdían la oportunidad de darle.

—¡Tan bello! —dijo Teresa cuando el hombre se bajó con el carrito y se cerró la puerta.

Vicky se sintió feliz. No le había querido pedir a Aramburo que la acompañara al aeropuerto, pues cuando él estaba presente ella tendía a distraerse, tal vez por enamorada, en todo caso por la mucha atención que él exigía, y hoy había preferido mirar cómo le iba pareciendo la ciudad a su hermana.

Se bajaron en Union Square. Fueron a Traders' Joe y compraron muchas bolsas de tostitos de maíz azul y varios frascos de dip picante. Aguacates para el guacamole. Compraron varias botellas de vino rojo, pan, salmón ahumado y jamón serrano. Aramburo se iba a encargarse de comprar el licor fuerte, justo él, que llevaba ya tres meses asistiendo a unas reuniones de jóvenes alcohólicos, cerca de Washington Square, aburridoras, sí, eso ni qué decir tiene, pero que hasta ese momento, y en opinión de Victoria, le habían salvado la vida.

Nunca sabe uno por qué se enamora del que se enamora, pensaba.

Llegaron cargadas con bolsas y maleta al apartamento de él, Avenida A con Sexta, en el cuarto piso de uno de esos edificios viejos y renovados de esta zona que había sido parte del Lower East Side y ahora era el East Village. El sector se había puesto de moda. Habían abierto muchos bares, galerías de arte y restaurantes, y era cada día más caro. Nunca vivieron juntos, Aramburo y ella. Llevaban dos meses de noviazgo y Vicky apenas lo estaba conociendo. El suyo era un apartamento minúsculo en Broadway y la 101, bonito, una sola habitación, lleno de luz.

—Huele a curry —dijo su hermana mientras subían las escaleras de madera, que parecían ligeramente inclinadas hacia la derecha y además traqueaban.

—Así huele siempre esta escalera, quién sabe por qué. Familias de la India no hay. ¡Las cosas que habrán pasado en estos edificios!

Subieron las compras de una vez a la terraza, que tenía jardineras de madera con tulipanes de varios colores, un chinchorro blanco colgado bajo un toldo de lona de rayas amarillas y blancas, y tres mesas de



madera con parasoles de color rojo vivo. Un muro bajo de ladrillo hacía las veces de baranda. Había también dos asoleadoras de madera, de las de piscina, con colchonetas del mismo rojo vivo de los parasoles. Teresa se acostó un instante en una de ellas y miró las nubes blancas que recorrían, lentas, el azul del cielo.

Entraron desde allí al apartamento. Aramburo estaba de delantal, preparando para esa noche una olla grande de fríjoles con pezuña de cerdo, siguiendo la receta que, según él, le había dado en secreto la muchacha del servicio de su casa, en Medellín. Era encantador cuando quería, eso nadie lo negaba, y ese día todo parecía indicar que iba a estarlo. A veces el malhumor que le producía la abstinencia era tanto que bordeaba la maldad y, cuando se ponía así, ella casi habría preferido que tomara.

A Teresa le gustó el delantal, que un amigo pintor le había regalado a Aramburo y en el que aparecían nubes blancas enmarcadas por un borde de hojas de mariguana. Su otro delantal, con un cardumen de peces azules, lo había conseguido en un pequeño almacén de la calle Bleecker. Sabía encontrar cosas especiales por ahí, en almacenes perdidos de Chinatown o en los anticuarios.

Bajaron las dos a comprar las flores en la tienda que ocupaba el primer piso del edificio.

—¡Diez dólares por doce rosas! —dijo Teresa.

Los estantes con flores ocupaban el frente de la tienda y doblaban la esquina. Se quedaron un rato mirándolas todas y volviéndolas a mirar, y al final llevaron tres docenas de rosas amarillas. En la registradora las atendió un coreano muy buenmozo y sonriente, y las dos se miraron. Envolvió las flores y les regaló dos bolsitas del polvo que se les pone en el agua para que duren. Le dio una a Vicky y otra a Teresa, en la palma de la mano, como entregándoles una sorpresa. Les dijo que eran muy bellas las dos y les preguntó si eran mellizas.

Sirvieron los fríjoles en tres soperas blancas chinas que habían costado dos dólares cada una en un almacén donde todo valía dos dólares. Aramburo las había comprado para uso exclusivo en estas fiestas suyas que se habían hecho célebres entre los amigos y también en el vecindario, por lo aparatosas y largas. Su otra especialidad era el

mondongo, y los invitados se terminaban siempre la olla entera, es decir, las tres soperas de dos dólares —que tenían asas con figura de dragón— rebosantes de mondongo. Los estadounidenses comían como por cortesía al principio, pero muy pronto dejaba de importarles que la sopa fuera de estómago de res. Aramburo le quitaba el olor fuerte al callo con limón y vino blanco, mientras lo limpiaba, y con cilantro, ya para servir. Y repetían.

La música y las voces empezaron a subir de volumen. Vicky estaba pendiente de Teresa, pues los amigos de él, fueran latinos o de otras partes, eran personas recorridas y no hubiera sido de extrañar que alguno le ofreciera cocaína o éxtasis, de los que Pablo, un amigo judío que estudiaba Teatro en Columbia, se mantenía demasiado bien provisto. Así le cayera bien, ella habría preferido que Pablo no fuera tan amigo de Aramburo o, por lo menos, que no hubiera ido a esa fiesta en particular. Incluso había decidido irse con su hermana si la situación en algún momento amenazaba con salirse de cauce. Teresa no era remilgada, pero no estaba para ciertas cosas.

En las fiestas se oía al principio rock del viejo, Led Zeppelin y demás, pero esa noche unos amigos músicos cubanos tocaron son con guitarras, maracas y timbales. Todo siguió ya por ese lado y cuando menos pensaron estaban bailando salsa y hasta merengue. Los amigos que iban a hablar con Pablo bajaban después al baño o a encerrarse un momento en el cuarto de Aramburo, y al rato volvían a subir a la terraza a hablar o a bailar, o a las dos cosas a la vez, con más entusiasmo que arte, algunos de ellos, y con demasiada fuerza todos y sin parar.

—Me estoy emborrachando —le dijo Vicky a Teresa— y esto aquí se está poniendo maluco. Bailamos un par de canciones y nos vamos. Media horita y salimos.

El verano había estado mucho menos caliente y húmedo que otros años. Esa noche, por momentos, Vicky sintió frío y se puso un suéter. Hubo además viento, a veces en ráfagas súbitas que hicieron daños en el vecindario y fueron noticia en los telediarios. Y es posible que el viento o Aramburo o alguno de los demás bailarines o el muro demasiado bajo hayan tenido algo que ver. La policía lo pensó así y también los vecinos, que durante la investigación lamentaron mucho lo ocurrido, pero más se

la pasaron quejándose del mucho ruido que hacía Aramburo en sus fiestas, como si la música y las risas y los gritos que según ellos no los dejaban dormir fueran el motivo de la investigación y la causa de la conmoción toda. A él se le encontró cocaína en la sangre y también dos bolsas de a gramo que confesó haber dejado olvidadas entre una media en el clóset, un agravante serio en su caso. Además hallaron que había ingerido mucho, mucho alcohol.

En las fiestas también Vicky tomaba bastante, es cierto, pero casi nunca se emborrachaba. En uno de los giros fuertes del baile se produjo un tropezón o un empujón o una ráfaga de viento, y durante dos o tres segundos ni siquiera alcanzó a pensar en lo sola que dejaba a Teresa en una ciudad que no conocía.

El vértigo pasó pronto. Ingrávida de repente, se posó como pluma de torcaza, como copo de algodón, como semilla de balsa, como pompa de jabón sobre un lecho de barro sedoso y en su vida apareció esta playa, donde no hay ruido ni hay gente ni hay nada, ni siquiera ella.

## **LOS MUCHOS RECODOS DEL RÍO**

### **[2012]**

Shōkō Inoue era persona de temperamento teatral. Durante los primeros días, al hablar del final de su matrimonio había acostumbrado colocar las carcajadas una por una en el aire, como rocas flotantes, como nubes sólidas. Buscaba simbolizar así lo mucho que lo alegraba el fin de una relación que se había convertido para los dos en un infierno.

Los compañeros de trabajo lo habían mirado, corteses, incrédulos, púdicos, incómodos.

Pero la euforia pasó como pasan las borracheras. Recordó entonces lo mucho que la había amado, vio lo definitivo de haberla perdido y se sintió deshecho. Buscó refugio en el alcohol, como suele hacerse, y llegaba a trabajar al restaurante con resacas enormes y gafas negras, y se mostraba tan silencioso ahora como antes se había mostrado exuberante. Aguantaba el sake y el dolor como un guerrero o un monje, y sus compañeros lo miraban, solidarios, preocupados, admirados.

Hasta que se cansó del alcohol, pues de las borracheras le interesaba el tinglado dramático, no los trastornos nerviosos y estomacales que le producían, y se sintió desconcertado. Su mujer se había ido para Brasil con un hirsuto turista brasileño, y ahora a él se le empezaba a ocurrir que tal vez podría ir a buscarla y convencerla de que volviera. Pasó una noche pensándolo. Pasó todo un día pensándolo. No fue a trabajar. Siguió pensándolo la siguiente noche.

Compró por internet un boleto barato a Río de Janeiro, con escala en Ciudad de México. La compra le creó la ilusión instantánea de haber recobrado a su mujer, y otra vez se puso eufórico. Fue al trabajo y con gestos amplios, aéreos, bien delineados pidió una licencia de dos meses e hizo una venia al concluir lo que tenía que decir. El dueño del restaurante le devolvió la venia. Si fuera posible mirar a alguien a la vez con burla y

con respeto, así se habría descrito la mirada de su jefe cuando levantó de nuevo la cabeza.

Le concedió la licencia.

No pudo retener el nombre del aeropuerto de Ciudad de México. Se lo dijeron varias veces las azafatas en el avión y las autoridades en el aeropuerto, pero tal vez porque ellas lo pronunciaban con acento japonés, y las autoridades con acento mexicano, y no se parecían mucho el uno al otro, casi de inmediato lo olvidaba. A las seis de la tarde cruzó el puesto de inmigración, reclamó su pequeña maleta, cruzó el de aduanas y se sentó en una cafetería. Pidió por señas un croissant con café con leche — para indicar la leche imitó el ordeño de una vaca—, el primero en la larga serie de croissants con café con leche que le reservaba el inmediato futuro.

Se durmió un instante en la silla y soñó que caminaba por una playa, y de repente sobre él se levantaba una ola que nunca terminaba de caer y aniquilarlo. Abrió los ojos. La empleada le sonrió desde el mostrador, mientras ponía café en la cafetera expresso y abría una llave para que soltara vapor. Los ojos de él eran siempre sonrientes y atentos, y desde niño la gente había acostumbrado sonreírle.

Le indicó por señas a la empleada que por favor le cuidara la maleta, que iba al baño. Hizo la vívida pantomima de mojarse la cabeza y sacudirse, como un pájaro, y ella, que volvió a sonreír, pues casi vio salpicar el agua imaginaria, le dijo en español muy modulado, y además por señas, que se la dejara detrás del mostrador. Él la llevó y dijo algo que sonó como «¡grachias!».

Era esa, su expresión siempre sonriente, la que había terminado por arruinar el matrimonio. A su mujer la había exasperado hasta el odio el hecho de que aun en los momentos más difíciles él se las arreglara para mantener la que ella llamaba cara de idiota. Cuando decía enojarse, por ejemplo, salirse de casillas, era como si representara un papel, y levantaba la voz, sí, y cerraba los puños y fruncía el ceño, como si se pusiera la máscara de un demonio, pero una vez terminada la actuación regresaba a su expresión alegre y apacible que tanto la enfurecía. Tal vez por eso mismo, y no por el hecho de que fuera millonario, había ella elegido al hirsuto turista brasileño, de temperamento más que rudo, patán

a ratos, pelo más que negro, barba azul, dientes blanquísimos, cejas unidas, pestañas largas y ojos grandes color de miel.

En el baño se quitó la camisa frente al espejo y repitió con exactitud, en la realidad, lo que antes había hecho con mímica, salpicando todo de agua, como un mirlo, y asombrando por su expresividad a las pocas personas que entraron. Regresó al mostrador por su maleta, dio las gracias a la empleada y se sentó en la misma mesa de antes. De allí la llamó. Ella se acercó sonriente, y él le pidió por señas otro croissant con café con leche. Esta vez no hubo necesidad de ordeño. Cuando se lo trajo, él se puso de pie, hizo una venia, le tendió la mano y se presentó.

—¿Cómo?

Él repitió su nombre y se puso en el pecho la palma de la mano.

—¡Ah, sí! —exclamó ella, ruborizándose—. Yolima Zambrano, mucho gusto.

—Grachias.

A las doce del día, una hora antes de su vuelo para Río, se levantó de su mesa y pidió otra vez a la empleada que le cuidara la maleta. Pero no fue a consultar la pantalla para confirmar la salida de su avión, sino que caminó mirando vitrinas por un sector muy poco concurrido del aeropuerto.

Contra toda evidencia, el Tiempo transcurría sin hacer ruido por el interior de las cosas que pasaban frente a él en las vitrinas. Las cámaras de fotografía estaban en movimiento aunque no lo pareciera; una hilera de matrioskas esperaba a que el devenir avanzara con más energía y las desvarara por fin de la orilla donde estaban detenidas; los frascos de perfume parecían a años luz de sus futuros dueños.

Rugió el fuego en las cámaras de las turbinas, universo no menos infernal por lo remoto, y su avión se movió menos de dos centímetros, sin él, por la pista y volvió a detenerse. Las alas le temblaban. Un segundo después rugió más fuerte y se movió de nuevo, esta vez para no detenerse —mientras él regresaba a su mesa—, y en un delirio de segundos y centímetros, y con sus más de cuatrocientas almas a bordo, soltó la tierra y se precipitó hacia el sur, a su destino.

A las cinco de la tarde pasadas llegó el hermano de Yolima a acompañarla a casa, como llegaría todas las tardes durante las semanas

que siguieron. Trabajaba también en el aeropuerto, pero lejos, en los hangares. Y así como ella era delicada, de facciones casi asiáticas, él era corpulento, de cara grande y pelo muy negro, brillante y lacio, peinado hacia atrás con mucha brillantina, y piel cobriza oscura como la madera. Era extraordinariamente simpático y sonriente.

Yolima se lo presentó. El hermano no dijo «mucho gusto», ni nada parecido. Dijo:

—Qué pasó, güey.

Y él, también sonriendo, se puso otra vez en el pecho la palma de la mano y le dijo su nombre.

Entonces llegó la persona que se encargaría del negocio hasta la medianoche, un joven hosco, tal vez estudiante de alguna escuela politécnica, que traía libros para leer y cuadernos para escribir en ellos, y no parecía querer conocer a nadie. Yolima, sin presentárselo, se sentó con el empleado un momento a hacer cuentas y a hablar del inventario, mientras él la miraba desde su mesa con admiración.

—Nos vemos, chinito —le dijo al rato el hermano y le apretó con fuerza la mano.

Se fueron los hermanos sin despedirse del empleado, ella sonriendo. Y así llegó la primera noche. Como si confluyeran dos ríos en su corazón, la alegría y liviandad de sentirse libre empezaron a dar paso a una corriente de melancolía. Los ventanales se pusieron negros al entrar la noche, y en ellos se veían los puntos diamantinos de los aviones y vehículos terrestres que recorrían las pistas. Él se quedó todavía un rato en la cafetería, y a eso de las siete se fue con su maleta, caminó un rato por el aeropuerto, mirando el piso, y se sentó en uno de los salones, lo más lejos posible de la pantalla de televisión.

Se durmió, recto en la silla, hasta la una de la mañana más o menos, sin soñar nada, y cuando despertó había dejado de sentir el vacío que le había dejado la ausencia de la empleada. Otra vez se alegró de todo corazón por haber entrado a este territorio maravilloso, donde se veía libre del dolor y la humillación que el abandono de su mujer le había producido. Sintió frío, abrió por primera vez la maleta y se puso otro suéter. Al día siguiente trataría de comprarse una cobija en alguno de los almacenes.

Cuando despuntó el día, miró desde lejos hacia la cafetería, para ver si Yolima había llegado. No había llegado, por supuesto, era demasiado temprano. El joven del turno de la noche leía sus asuntos en una mesa y él no tuvo interés en acercarse. A eso de las seis y media volvió a pasar por allí. A las siete y media se instaló en una de las salas de espera, desde la cual podía verla llegar. Quería café con leche y un croissant, pero prefirió no pedirselo al empleado, que ahora organizaba la nevera y limpiaba las mesas, como preparando todo para el fin de su turno.

—Buenos días —le dijo al rato Yolima, que se había acercado a su silla por detrás, sin que él se diera cuenta.

—Buenos días —respondió sobresaltado.

—¡Pero miren lo bien que pronuncia!

Dio las gracias.

A los veinte días aparecieron los primeros periodistas. Vinieron antes de que comenzara el turno de la noche y le tomaron fotos en su mesa de la cafetería, envuelto en la cobija que se había comprado. Le hicieron preguntas que no entendió y sin embargo respondió en su lengua. Tampoco ellos entendieron las respuestas, pero tomaron notas. Salió serio y adolorido en la mayoría de las fotos, como correspondía a su historia de amor trágico, pero en algunas apareció amable y sonriente, como siempre.

La entrevista real se la hicieron a Yolima, quien les informó que él tenía el corazón destrozado, que llevaba ya eso de un mes viviendo allí, que se sentía muy bien por la manera como lo habían recibido los mexicanos, que le gustaba el aire que se respiraba en México —nadie en este punto quiso anotar que el aire en esta parte del mundo mataba gorriones en pleno vuelo— y que la policía lo había tratado bien hasta ahora, tanto que incluso se había retratado con algunos agentes. Tenía todos los papeles en regla, tenía su visa y algún dinero, y dormir en una silla no era delito, que ella supiera. Aquí Yolima, que era suave de por sí, dejó ver cierta acritud que indicaba que podría ponerse beligerante y hasta agresiva en caso de que alguien intentara decir que él estaba haciendo algo ilegal. Entonces llegó el hermano de Yolima con su cara grande, su gran sonrisa y su overol de trabajo, y los periodistas los fotografiaron a los tres. Una familia italiana que pasó en ese momento



aprovechó también para fotografiarlos, y la hija, de unos diez años, le pidió un autógrafo, que él escribió con mano firme, como si estuviera acostumbrado.

Fotos y autógrafos se hicieron cosa de todos los días. A la gente le gustaba su gesto de samurái, y era ese el que adoptaba con más frecuencia para las fotos. Aparecieron artículos sobre él en periódicos de todo el mundo. Muchos traían también las fotos de un actor que había hecho una película sobre una persona que se quedaba a vivir en un aeropuerto durante varios meses. La naturaleza imita el arte, decían, sin tener en cuenta que esa película había sido basada en una persona que, como él, aunque por otras razones, también se había quedado a vivir durante meses en un aeropuerto.

La ropa le olía mal y Yolima empezó a traérsela lavada cada semana. También le traía a veces mole poblano, pozole, torta azteca y otros platos mexicanos, para que descansara de los croissants. Él hacía gestos dramáticos por el chile picante, se reía. Había hecho amistad con el personal de limpieza y ya para algunos de ellos, hombres o mujeres, empezaba a ser costumbre hacerle compañía un rato por las noches. Mantenían el balde y el trapeador a la mano, por si aparecía de repente el supervisor, y le contaban por señas sus vidas.

El dique que había ido formándose alrededor de las matrioskas se rompió un día y fueron arrastradas al torrente de la vida, no porque alguien las hubiera comprado —la hija adolescente del dueño del almacén se quedó con ellas y se las regaló a su maestra en su cumpleaños—, sino porque la tienda quebró y en su lugar se montó una pizzería, empresa también destinada al lento fracaso, pues el lugar quedaba en un recodo del terminal al que poca gente llegaba.

Yolima, que había trabajado antes como manicurista, le arregló las uñas y le dijo, sin que él entendiera mucho, que tenía bonitas manos. Eran alargadas, ciertamente, delgadas, delicadas en extremo, pero las uñas estaban largas y sucias. Mientras ella limaba la uña, sana, firme, y corría hacia abajo la cutícula como ampliando una playa, él la miraba con ojos serenos. De haber estado un poco más atenta, en el fondo de su mirada Yolima habría podido ver, muy intensa, la luz por muchos temida, el amor, la antigua llama. Él, por su parte, no tenía ni idea de que ella

pensara que sus manos eran como de mujer, y sobre todo que esa no fuera opinión halagadora, ni mucho menos, pues a Yolima le gustaban los hombres como su hermano, de espaldas muy anchas y manos cuadradas y fuertes, no importaba que no supieran fruncir el ceño de vez en cuando o poner mirada poética pero firme, como los guerreros asiáticos de las películas. Aunque él no sabía lo que Yolima pensaba, empezó a sentirlo en las entrañas —pues no es la gente sino los nervios del vientre de la gente los que intuyen todas las verdades de este mundo infinito que moriremos sin conocer—. Y vio con desesperación cómo sus gestos de amabilidad cada día se hacían menos frecuentes y menos cálidos, repitiéndose así de forma casi idéntica y al parecer ineluctable el profundo dolor que hacía tan poco tiempo había vivido.

Ya a mediados del segundo mes habían comenzado a distanciarse, sin que él supiera por qué, y empezaba a verse claro que su partida y el fin de este universo —que había nacido con el aterrizaje de un Boeing y el despegue de otro, y se había consolidado y desplegado con tanta riqueza y delicadeza durante ese par de meses— estaban cada vez más cerca.

—Estoy hasta la coronilla de tenerlo todos los días ahí sentado, riéndose con todo el que pasa. ¿Será que no se va a ir nunca? —le decía ella a su hermano, a pesar de estar él presente, y el hermano lo miraba con cierta compasión y le palmoteaba las espaldas delgadas con su manaza de mecánico.

Yolima dejó de cuidarle las uñas y de lavarle la ropa. Y él, que en el aeropuerto había alcanzado tan altos límites de libertad, poco a poco, como un papel a fuego lento, se fue convirtiendo otra vez en huérfano, en náufrago. Los turistas seguían llegando a tomarle fotos, pero ahora se quejaban a veces por su olor. La barba se le puso seca, malsana. Los ojos, sin perder la expresión amable que a ella tanto exasperaba, se veían lagañosos, abotagados. Ya rara vez ponía sus gestos de guerrero o demonio y más bien tendía a quedarse pensativo, mirando hacia un mismo punto. El cansancio comenzó a apoderarse de él y a veces se le veía derrumbado sobre la silla, totalmente envuelto en su cobija, como un bulto de trapos sucios.

Una mañana soñó que se bañaba en una fuente de aguas termales en las montañas de su país, acompañado de una tribu de macacos. Cuando

despertó, la sensación de limpieza profunda que traía del sueño contrastó con su mugre, y en ese momento tomó la decisión de partir.

Compró ropa, fue a los baños, se aseó bien y se la puso. Compró un pasaje de una aerolínea chilena. No se despidió de Yolima ni de nadie. De haber avisado, habría llegado una nube de reporteros y de cámaras.

El avión se movió con una lentitud que casi habría podido tomarse por cautela. Llegó al final de la pista y allí, en un remedo de vida, los alerones subieron, bajaron, se quedaron quietos. Entonces la nave tomó impulso y echó a volar, pero no como los cisnes, las garzas o los gansos, sino muy rígida, llevando el espíritu de él y de muchos otros en su vientre muerto.

Quince minutos después la azafata avanzaba por el pasillo y le entregaba los audífonos. Se parecía un poco a su mujer y también a Yolima, pero tenía los ojos muy maquillados. Él sonrió y dijo «grachias».

Se vio claro que a ella él le agradaba.

—Shōkō Inoue —dijo él, todavía sonriendo, y se puso en el pecho la palma de la mano.

## **CUARTO MENGUANTE**

### **[2012]**

Hace algunos años dos jóvenes se dieron cuenta de que nunca podrían vivir juntos y decidieron matarse. Salieron el atardecer de un lunes para un hotel frente al mar, no lejos de Santa Marta, y pidieron la cabaña grande de atrás, la que daba a los jardines. Llegó la noche. Hicieron el amor, conectaron la manguera al tubo de escape del carro, la entraron por la ventana y se acostaron a oír el mar, que sonaba a pocos metros, iluminado por la luna.

Los dos se quedaron dormidos bajo el efecto del monóxido de carbono, pero mientras Tamaris ya no volvió a despertar, él lo hizo en el hospital. El administrador del hotel, en su recorrido de las doce de la noche, vio lo que estaba pasando y alcanzó a salvarlo.

Sus padres vinieron por él, de Medellín.

Pasaron los años. Diego superó la afición juvenil por los amores imposibles y los gestos suicidas, terminó la carrera de Derecho y se dedicó con pasión a la política. Ocupó varios cargos de importancia. Durante mucho tiempo fue presidente del directorio departamental de su partido, y se retiró de las contiendas políticas a los sesenta y cinco años de edad —respetado por amigos y enemigos, pues era de natural muy amable y sensato— para dedicarse a la familia y a sus propiedades.

A los setenta y dos años comenzó a sufrir olvidos que preocuparon a su mujer y al resto de la familia. Cierta vez dejó el carro estacionado en la calle y cuando volvió no pudo abrirlo. Regresó a su casa en taxi, fue con uno de sus hijos a la calle donde creía haberlo dejado y se dieron cuenta de que había estado tratando de abrir un carro ajeno. Era blanco también, pero ni siquiera de la misma marca que el suyo, que estaba a dos cuadras de distancia. Con la pérdida de la memoria le llegaron las depresiones, cierto malhumor infantil y el gusto por el lenguaje soez, que, por venir de alguien como él, asombraba y ofendía bastante a Olga,

su mujer, aunque divertía a hijos y nietos. «¡Y preciso su papá, que siempre fue tan pulcro!».

Se le empezaron a caer las cosas de las manos y tumbaba cuanto tocaba en las repisas y alacenas. «Yo no sé lo que le pasa, que le dio por hacer daños», decía Olga. Y Diego, como si hubiera regresado a la adolescencia, se besaba los dedos cruzados y juraba por esta Cruz Bendita que quien estaba rompiendo todo no era él. «Pero si yo misma he visto, Diego, cuando soltás las cosas de las manos. ¿O no es verdad?», decía Olga, que sin embargo no quería saber nada de demencias seniles ni demás enredos de los médicos.

También por las noches empezaron a quebrarse los objetos. Aquello siempre ocurría cuando él venía de regreso del baño, de modo que a ella la despertaba el estruendo y después lo veía llegar, desconcertado, como si tampoco él supiera lo que estaba pasando. Una vez regresó sin que nada se cayera, volvió a dormirse, se despertó de repente y prendió un cigarrillo. Su mujer lo miró un rato desde la almohada y le preguntó que si estaba desvelado. «No te metás en lo que no te importa. Callate más bien, ¿sí?, que no me dejás oír, vieja pedorra», respondió, y ella quedó tan asombrada que ni siquiera alcanzó a enojarse.

Las depresiones y el lenguaje soez aumentaban. Los familiares decidieron esconder el revólver y todos los cuchillos de la casa, así como el martillo y las cuchillas de afeitar. Él se dio cuenta, claro, y les dijo con sorna que si era que iban a tapiar las ventanas del segundo piso, pendejos, o a quitar las vigas y a esconder las sábanas. Dejó de hablarles y empezó a hablar solo. Mencionaba a Tamaris con frecuencia. Y por las noches las cosas seguían cayéndose de repisas y alacenas.

—¿Ta qué?

—Tamaris, querida. Eso es lo que él dice. No te imaginás, en todo caso, las peleas, las discusiones con ella por ahí solo. O los arrumacos, las zalamerías. Hasta boleros le canta a veces.

—¡No bromiés!

—*Cachito de luna* y eso.

—Ese no es bolero, querida.

—Ay, no me molestés ahora vos también, ¿sí?

Otra familia habría terminado por llevarlo a alguna institución. A muchos ancianos de buenas familias los internaban, a veces por su propia voluntad, en aquellos sitios, que tenían salón de baile y masajistas. No ellos. Olga era orgullosa. Si él se empeñaba en cometer el disparate que todos temían, que por lo menos lo hiciera en su propia casa, en su cuarto, entre los suyos.

*OceanofPDF.com*

## **AGUACEROS DE MAYO**

### **[1993]**

La mujer de don Eduardo se bañaba poco y se pintaba con frecuencia las uñas de los pies. Cuando don Eduardo salía para el colegio, ella se ponía una levantadora rosada semitransparente y unas pantuflas desbaratadas e iba a la cocina y apilaba sobre otra loza ya sucia la que él había ensuciado mientras se preparaba el desayuno. Caminaba sin ganas y hacía sonar las pantuflas como pequeñas bofetadas contra la carne del talón. Amontonaba la loza sin ver las cucarachas que escapaban abundantes del platero y se iba a acodar un rato a la ventana. Miraba las palomas agrupadas que se metían entre nubes, miraba los fogonazos de sol que reventaban contra los vidrios de enfrente, miraba con somnolencia a la gente que caminaba en la calle, abajo; les echaba agua a las matas y se iba a la cama a pintarse las uñas de los pies.

Le gustaba el olor a esmalte y a disolvente. Se ponía el frasco de esmalte en la nariz hasta sentir que la contundente delicia de su química le daba una ligera borrachera. Y apenas salía del letargo volvía a apoyar la barbilla en la rodilla y seguía esparciendo rosados intensos o rojos agudos sobre sus uñas cortas y fuertes. Si se cansaba, o mientras esperaba a que el esmalte se secara, leía revistas sobre moda y belleza. Entonces se quedaba dormida, bordeando entre la respiración y el ronquido, sin soñar nada, flotando como un cuerpo estelar en el vacío.

Siempre había sido somnolienta. La única persona que nunca se irritó con su laxitud fue su madre. Pero su madre (madre adoptiva) había sido una persona extraordinaria, que sabía hacer cantar himnos a los loros, zarzuelas a los turpiales y sentía un amor y una paciencia profundos por todos los seres vivos de este mundo. Su casa estaba en las afueras de un pueblo cafetero que colgaba nítido del hondo flanco de una cordillera azul. Los campesinos enruanados que subían colgados de los jeeps podían ver los pavos reales que caminaban sobre el caballete de la casa y

emitían desagradables trompetazos que resonaban en las montañas enormes, repletas de guamos y cafetos y salpicadas de guayacanes rosados y amarillos.

Sus hermanastras siempre se habían sentido exasperadas. «Esta siempre es que es la más perezosa del mundo», decían.

La mujer de don Eduardo se había criado en aquel paisaje espectacular, lleno de neblinas deslumbrantes y gallinazos serenos, sin preocuparse demasiado por los oficios domésticos. Si le hacían una guerra sin cuartel y finalmente tenía que trapear los corredores, olvidaba lavar el trapeador y terminaba repartiendo la mugre en las baldosas. Y como las hermanastras querían mantener todo relumbrante, terminaban por arrebatarle el trapeador y trapear los corredores ellas mismas. «Esta siempre es que es la más inútil del planeta», decían.

Si la exasperación alcanzaba límites insoportables, perdían el control y le gritaban «retardada» o «maldita parásita». Y como la otra no parecía afectarse en lo más mínimo, se desesperaban aún más y le decían «torpe», «morronga» y «echada», entre lágrimas copiosas y gemidos pasionales. Entonces la mujer de don Eduardo iba al solar y se ponía a cantar *A la orilla de un palmar* con una voz curiosamente plana y blanca. Algo de sentimiento se percibía cuando cantaba la estrofa donde se decía que era huerfanita y no tenía padre ni madre. Pero el resto era tan correcto y seco como la música que salía de las pianolas mecánicas antiguas.

La mamá trataba de explicar que, a pesar de las evidencias, la muchacha hacía las cosas lo mejor que podía, y que presionarla demasiado iba a hundirla aún más en los abismos de la indiferencia y la pereza. Pero eso era fácil de decir para alguien que había nacido con una paciencia que de lo profunda e infinita resultaba casi contra natura.

Las hermanastras se enfurecían y le gritaban que ella, por andar teniéndole lástima a la tarada esa, era la culpable de que todas en la casa se hubieran convertido en sus sirvientas. «¡Cría cuervos!», gritaban, desgreñándose, y la mamá tenía que disimular una sonrisa.

La mamá se había encargado de enseñarle a leer después de que la maestra se la devolvió de primero elemental diciendo, con una mínima dosis de histeria en la que se mezclaban la frustración y el odio, que se



consideraba incapaz de enseñarle nada a esa niña. Con paciencia de amaestradora logró inculcarle una habilidad que la mujer de don Eduardo usaría a lo largo de su existencia para entender horóscopos de periódicos y revistas, chismes sobre artistas de cine y subtítulos de películas como *Sissi Emperatriz*. La mamá le habría enseñado a leer de todos modos, incluso de haber sabido para qué iban a ser usados sus esfuerzos, convencida como estaba de que en todo, aun en artículos sobre cómo impedir los juanetes, aun en películas como *Sissi Emperatriz*, estaba la mano de Dios.

Pero enseñarle a restar y a dividir resultó imposible. No valió el truco de evitar la palabra «restar», demasiado abstracta, y cambiarla por «quitar». Cuando al que tenía ocho naranjas le quitaban dos, lo más sencillo era contar las que quedaban. Pero si el que tenía las naranjas era tan imaginario como las naranjas que tenía —para no mencionar las que, vaya a saber cómo, le quitaban—, el resultado era inevitablemente una sensación de blancura tan intensa como las nubes que flotaban sobre los cafetales. Y cada vez los esfuerzos se perdían sin remedio en aquel aéreo vacío. Otras personas habrían terminado cada clase dándole una cachetada a la niña, aunque no fuera más que para sacarla de su odioso sopor de ojos abiertos, y tal vez gritándole «retardada» e «inútil»; la mamá sólo la miraba con curiosidad y le arreglaba las hebillas del pelo, que siempre llevaba torcidas. «Andá a jugar al solar si querés», le decía.

La que iba a ser mujer de don Eduardo jugaba en el solar mientras las hermanastras iban al colegio. La niña se quedaba horas mirando los árboles, viendo el sol redondear las naranjas, viendo los azulejos llegar y salir de los racimos de banano. Hasta que descubrió los placeres de leer revistas sobre moda y chismes de artistas de cine. Entonces dejó el solar y se quedó días enteros, meses, años, leyendo revistas y pintándose las uñas de los pies mientras las hermanastras trapeaban los corredores, la odiaban, recibían novios, preparaban el ajuar y se casaban. La tarde en que don Eduardo llegó al pueblo con el bus lleno de muchachos, vivía sólo con la mamá y era considerada una mujer muy difícil de casar.

El bus venía lleno de adolescentes gritones, unos un poco bebidos, otros mareados por las vueltas y más vueltas que tuvieron que dar por las montañas para treparse a aquel pueblo que parecía siempre al alcance de

la mano pero nunca llegaba. En el techo del bus, en cajas de cartón cubiertas con lonas gruesas, venían espadas, capas, pelucas, dagas, un Renacimiento de confección artesanal con el que el grupo de muchachos, bajo la dirección de don Eduardo, recorría los pueblos de Antioquia representando una tragedia española. Don Eduardo era, había sido siempre, una persona de múltiples intereses y habilidades. Con su abuelo abrió, cuando joven, fincas por la Costa; el abuelo las perdió después, pero don Eduardo conservó lo aprendido: avanzados rudimentos de albañilería, carpintería, habilidad con los animales y un muy lúcido sentido agrícola. Del abuelo heredó también una curiosidad voraz que lo llevó a leer sin medida, ilusionado tal vez por la ingenua creencia de que el mundo puede ser copado con palabras escritas y conocimientos cifrados.

Don Eduardo se ocupaba de varias de las actividades culturales extracurriculares del colegio, clubes de lectura, concursos de ciencias, lo que se presentara, y enseñaba lo que quisieran que enseñara. El rector del colegio, por ejemplo, preocupado por los problemas que había tenido con los profesores de Historia, siempre borrachos o lunáticos, le pidió que enseñara la materia en primero y segundo de bachillerato. Don Eduardo, que era ya profesor de Biología y había montado en el colegio un pequeño museo de historia natural, se encerró en la biblioteca hasta que la sucesión de batallas estuvo muy clara en su cabeza, además de los datos adicionales sobre el lugar físico ocupado por Bolívar en tal o cual batalla y lo que le había dicho a este u otro general en cada momento desesperado.

Era apenas natural, entonces, que una persona como él hubiera tenido la iniciativa de montar el grupo de teatro con el que viajaba por las montañas, dándole renombre así a un colegio como aquel, que carecía por completo de grandeza. Dos veces por mes iban a los pueblos y representaban la tragedia en colegios oficiales, colegios de curas, cárceles y seminarios. Al principio los muchachos tuvieron problemas con las arcaicas expresiones españolas, pero después se volvieron fluidos y ya no tenían que hablar despacio cuando llegaban palabras como «debéisme» o exclamaciones como «¡vive Dios, que a mí me buscan!». Y el público, que al principio era sólo amable y parecía confundido con la entradera y

salidera de soldados y con el arbitrario empozamiento de gente en mazmorras tenebrosas, empezó a entender la obra a medida que los mismos actores la entendían, y a veces las personas lograban incluso conmoverse con semejante cadena de infortunios.

Todo lo había logrado don Eduardo, que por entonces era aún joven y entusiasta, sin presionar a nadie, con el convencimiento de que los detalles eran valiosos y la paciencia la mayor virtud en este mundo. Cuando llegó al pueblo donde vivía la que iba a ser su mujer, el grupo ya representaba bien. Padres de familia ricos, apegados al colegio, le habían entregado generosas donaciones con las que cambiaba poco a poco los elementos más crudamente artesanales del equipo, ciertas barbas que parecían de estopa, ciertos sombreros que parecían emplumados con plumas de gallina.

Entonces el bus estrepitoso (tango tocado por un acordeonista pasable y coreado atrozmente por todos) pasó por fin frente a la casa en cuyo caballete cantaban los pavos reales. En una pausa del acordeón se pudo oír su trompeteo feo y rústico, y un muchacho que sabía imitar lo imitó con voz nasal. En el bus aumentó la algarabía. Las vacas pastaban, nítidas como porcelanas, en aquella luz de tierras altas. Don Eduardo, con un par de aguardientes en el estómago, subía feliz, rodeado de gente joven, conversando con un muchacho por quien sentía mucho afecto. La que habría de ser su mujer leía en el corredor y no levantó la cara de la revista a pesar del fragor que subía con lentitud y alcanzaba el tope de la cuesta.

El bus bajó la pequeña pendiente que daba a la última subida y, con dolorosos y rechinantes cambios de marcha, subió resonando por las calles del pueblo. Esa noche, como muchas otras, soldados de sombrero emplumado metieron en cárceles oscuras a un hombre en harapos que hilaba con voz de adolescente desgarradores soliloquios. En un patio abierto (arriba, las estrellas) don Eduardo, sentado al lado del cura, los personeros, el alcalde, recibía el empalagoso perfume de las señoras y sentía un poco de náusea. Como no podía odiar a las mujeres, don Eduardo odiaba sus cosméticos. Y se apasionaba de tal modo hablando de las que se pintaban y perfumaban tanto que parecían damiselas de la noche, que se podía pensar que para él todas eran damiselas de la noche.

Aquella vez, sin embargo, no le importaron tanto las orquídeas químicas, los lirios de laboratorio, pues vio que la obra había agarrado y que el aplauso que cerraba el último acto había nacido de los corazones. Los actores se retiraron, se apagaron las luces del escenario —pues no había telón— y cuando volvieron a encenderse, los actores estaban otra vez allí, inclinándose frente al público y recibiendo otro aplauso nutrido.

En una pequeña fiesta en la que se repartió vino y whisky, don Eduardo recibió las felicitaciones de los hombres públicos y de sus perfumadas mujeres. En el vino flotaban partículas de corcho. La ceremonia fue rápida y algo confusa: hubo un brindis en el que un personero habló de la cultura y alabó al alcalde; otro personero, de quien más tarde don Eduardo supo que el alcoholismo lo estaba destruyendo, se emborrachó a la velocidad del cianuro y cayó entre un estrépito de vasos.

Muchas señoras invitaron a don Eduardo a pasar la noche en sus casas, pero él insistió en dormir con el resto del grupo en los dormitorios del colegio. La mamá de su futura mujer, ojos grandes cafés claros, cejas gruesas sin depilar, expresión inteligente, pequeño anillo de diamantes en el índice y cucarrón de plata en la solapa de un vestido sencillo, le dijo que la tragedia había sido representada con mucho sentimiento. No usaba perfume. Hablaba sin rebuscamientos provincianos y lo que decía tenía la sencilla profundidad de quien ha pasado su vida entendiendo y sintiendo afecto por todo lo que existe.

Al día siguiente, don Eduardo y los muchachos fueron a nadar a un charco de aguas heladas y cristalinas, a tres horas del pueblo por un camino transitado por campesinos a caballo. De regreso, poco después de salir otra vez al pavimento, entraron a la casa de los pavos reales. Mientras don Eduardo y las dos mujeres tomaban café en el corredor, los muchachos armaban porterías con piedras y empezaban un partido de fútbol en el potrero al lado de la casa. Uno de los equipos tenía que jugar montaña arriba y el otro controlar la pelota cuando ganaba demasiada velocidad montaña abajo. Si un balón rápido le daba a una boñiga, se disparaba hacia arriba y desconcertaba a todo el mundo. Y si tiraban contra la portería de abajo, al portero le tocaba recoger la pelota en el fondo del potrero, casi en la quebrada, y muchas veces se demoraba en encontrarla. La quebrada resonaba mientras don Eduardo escuchaba a la

madre. «Allá uno no puede mantener las ventanas abiertas como aquí», decía, refiriéndose a las desventajas de vivir en las calles del pueblo. «Uno nunca puede estar sin bulla y al oscuro. ¡Todas las noches los jeeps y los borrachos! Mija, sírvale más tintico a don Eduardo».

Cuando uno de los futbolistas vino a pedir agua, la mamá le entregó una canasta completa de gaseosas que el muchacho se llevó corriendo al potrero mientras los envases repicaban. La madre, la hija y don Eduardo, en anticipo de lo que iba a ser el corto noviazgo, caminaron por el solar mirando los frutales. La mamá y don Eduardo conversaban con gusto, y la muchacha de vez en cuando decía algo que, aunque sencillo, sonaba como de otro mundo: «Este año no van a dar los zapotes», decía, o «¡miren la niebla, lo bajita!».

Al día siguiente, ya de regreso, los muchachos volvieron a empezar la algarabía. Unos cantaban, otros bebían, otros vomitaban mientras el bus bajaba en eternas espirales. Alguien, de pie y levantando un dedo como un orador en plaza pública, repitió por centésima vez un chiste que ya comenzaba a cansar: «La vida es una barca...», sentenció solemne mientras afuera pasaban los mareadores cafetales, «... como decía el gran Calderón de la Mierda».

Hubo carcajadas y el que sabía imitar imitó a los pavos reales.

A la discreta ceremonia asistieron familiares y amigos cercanos. Las hermanastras se codearon cuando la mujer de don Eduardo confundió un poco las respuestas y se sonrieron cuando vieron asomar el vestido agarrado por la puerta del taxi que los bajó de la montaña. El matrimonio se consumó sin ganas en el cuarto más lujoso de un hotel lujoso, y al día siguiente otro taxi los llevó a la que sería su casa hasta que a don Eduardo le cayera la desgracia.

Casa de dos pisos, sin solar, sin jardineras, cemento puro, construida cuando la adoración por el concreto alcanzó su punto más alto y devastó las tapias, las tejas de barro, el ladrillo cocido y por supuesto el verdor. Al frente había un banco que tenía vidrios grandes que recogían el sol de la mañana; al lado, un teatro de donde llegaba la voz varonil, probablemente ecuestre, de Pedro Infante y, en Semana Santa, la ibérica voz de Jesucristo; abajo, una calle sin árboles por donde pasaban en una dirección las señoras que iban para misa, en la otra la gente que iba para

cine, y en las dos, sonando campanillas, los vendedores de paletas. Personas profundas pueden pensar, si quieren, que todas las jerarquías geográficas son ilusorias y todos los lugares el centro del universo. Ubicar el centro del universo en esa casa, sin embargo, necesitaría más profundidad de la que cualquier persona está dispuesta a soportar. Aparte del sol reflejándose por las mañanas en los vidrios del banco, por las ventanas no había nada de interés para mirar. En algunas ocasiones se producían tumultos en el teatro, cuando estrenaban películas taquilleras; a veces la policía pasaba haciendo sonar sirenas tras un ladrón que al parecer nunca atrapaba, y una vez pasó un avión bajito, echando humo, que aterrizó sin matar a nadie en un aeropuerto repleto de carros de bomberos. Pero a la mujer de don Eduardo no le interesaban los tumultos, la tenían sin cuidado ladrones y policías, y el avión no pudo verlo, pues se había dormido tan profundamente que no la despertó su ruido, que alborotó al vecindario entero y puso a vibrar vasos y ventanas.

Las cosas que don Eduardo trajo de su agradable cuarto de soltero nadaron en la nueva casa. En la cocina tres vasos, un par de ollas y algunos cuchillos y tenedores; en la sala tres sillas, una mesita y un cisne de cristal; en el comedor una cama matrimonial grande, donde se vivió el tedio que durante mucho tiempo mantuvo a don Eduardo a salvo de calumnias y habladurías.

La casa no se quedó vacía para siempre, sin embargo. Otros objetos fueron atraídos de manera fatal, y después de dos años habían aparecido dos mecedoras, una televisión y un Sagrado Corazón con ojos color de miel. Luego llegaron cajas de embolar, lámparas, porcelanas, mesitas esquineras y mil objetos que se embrollaban de tal modo entre sí y también con revistas, brasieres, cosméticos y medias de nailon, que en la casa resultaba difícil moverse, respirar. La mujer de don Eduardo, llevada tal vez por la nostalgia de guamos y cafetales, empezó a cultivar plantas que se le daban tan fértiles como si crecieran en la selva profunda. Al lado del comedor, en una sección de tronco de palmera repleta de tierra muy negra, un balazo multiplicó tentáculos que entraron y salieron del tronco, y extendió hojas muy anchas e impúdicas. En la sala, la deslumbrante belleza de un helecho, que hizo desaparecer por completo la canasta donde lo habían sembrado, parecía una burla al sitio, como un

tigre de Bengala en una perrera, y hacía lucir las mecedoras, la televisión y hasta el Corazón de Jesús especialmente pobres y desabridos. Había otro par de helechos salvajes en el cuarto, cuatro poderosas matas de las que llaman sinvergüenzas colgando de la pared de la escalera y una planta filosa y puntuda, parecida al fique pero aún más inhumana, al lado de la puerta de entrada. Don Eduardo conocía la selva, habría de morir cerca de ella, y amaba el verdor más que ninguno. Cuando llegaba del colegio, sin embargo, y veía esa vegetación creciendo con violencia entre el vacuo cemento de la casa, su estómago se enfriaba como frente a una modesta aberración de la naturaleza. Bajo cada mata había siempre un charco grande, donde espejeaba el caótico abandono del hogar. Y cuando ella había abonado y removido, quedaban en el piso tierra, borra de café, pellejos de papa y cáscaras de huevo.

A don Eduardo no le tomó ni dos meses perder cualquier ilusión sobre la posibilidad de un hogar cálido y amable, y ni siquiera seis la de una casa limpia y confortable. Los muebles se llenaban de polvo, los techos de telarañas. Don Eduardo era suave y convincente, un buen pedagogo, y trató de insinuar, ordenar sin ofender, enseñar con el ejemplo. Pero las insinuaciones se perdían, las suaves parábolas del maestro dejaban lela a su mujer y la casa se metía cada día más en el caos y la mugre.

Él le mostró el detergente para el baldosín del baño, la escobilla para el excusado, la manera como los muebles debían quedar cuando se les quitaba el polvo, y dejó la casa resplandeciente en el proceso de enseñarle a su mujer cómo limpiarla. Pero ella, después de algunos meses de hacer lo mejor que pudo, se fue dejando vencer otra vez por la desidia. El polvo volvió a acumularse, el musgo se vino otra vez fértil en el baño y las arañas volvieron a extender sus telas en los rincones. Don Eduardo, irónico, decía que alguien iba a morir desnucado en ese baño. Pero ella no entendía. «¿Cómo así, vos?», preguntaba, luego de meditarlo un momento. Don Eduardo, asombrado por su propia impaciencia, se ponía entonces demasiado claro y mencionaba los «hijosdeperra baldosines». Ella decía que sí, que mañana los lavaba, y seguía concentrada, pintándose las uñas de los pies.

Después de seis meses de matrimonio, él se mantenía lejos de su casa el mayor tiempo posible. Nunca había sido una persona infeliz y no empezó a sentirse infeliz después de ver la forma que había tomado su matrimonio. El grupo de teatro, la biología, la siempre creciente pasión por los de talles heroicos de la guerra de Independencia y, por supuesto, el afecto por sus alumnos le hacían sentir que su vida estaba llena de sentido. Un sentimiento indefinido, sombra que le flotaba alrededor del corazón, agobio que de vez en cuando lo hacía suspirar y que lo debió prevenir, es cierto, de la carencia que lo mantenía y lo había mantenido siempre al borde de la perdición. De haberlo reconocido a tiempo, de haber podido medir la profundidad de su poder, tal vez se habría salvado. Pero a pesar de los sueños bien dibujados que lo despertaban con el cuerpo tenso y ansioso, don Eduardo no podía mostrarse demasiado sincero consigo mismo. Era un maestro y debía mantener a la juventud lejos de la corrupción. Y cuando el chorro de agua fría lo golpeaba en el baño lamoso, las formas carnales creadas por la noche se habían ya deshecho y en su cerebro sólo quedaba el deseo de un día limpio y laborioso.

Años largos, limpios y laboriosos en lo que a la vida consciente se refería; llenos de fermentos, delicias pantanosas, manglares prohibidos donde se podía gozar lejos del ojo de Dios y del castigo de los hombres, durante las calientes mareas nocturnas. Don Eduardo salía temprano y volvía muy tarde, cuando su mujer ya dormía, semicomatosa, y en la casa sólo se movían las potentes cucarachas. A menudo se quedaba bajo una lámpara en el museo, embalsamando pájaros, metido en el silencio y en un fuerte olor a formol que lo hacía sentir recogido y feliz, mientras un esqueleto humano colgaba, cómico, en la penumbra. Se le iban entonces las horas abriendo buches, apretando algodones y colocando criaturas atónitas en ramajes ficticios. De vez en cuando descansaba sentado en las gradas que subían al museo, mirando volar los cocuyos del pequeño jardín. Salía pasada la medianoche y se tomaba un par de aguardientes disciplinados, medicinales, en una de las heladerías que permanecían abiertas la noche entera. Conversaba un poco con el mesero y se iba para su casa, donde se acostaba sin siquiera encender la luz. Renacían entonces los manglares malditos donde ciertos placeres parecían no sólo



legítimos sino también inminentes. Y sin embargo casi nunca llegaban. Y cuando llegaban no parecían reales. Hay personas que pueden vivir sin dejarse obsesionar por las formas, el olor, el timbre de voz que la naturaleza dio a otras. Don Eduardo tenía disciplina y estaba convencido de la utilidad de su profesión. Don Eduardo lo habría logrado de no ser por la mala suerte. A la altura de su quinto año de matrimonio era uno de los profesores más respetados y se pensaba que su mujer tenía la culpa de que no llegara aún más lejos. Las señoras hablaban de papas retoñadas, brasieres roídos por las cucarachas, pescados alumbrando en el fondo de ollas podridas. Curiosamente, don Eduardo resultaba engrandecido. No faltaba, por supuesto, el visionario que tras las apariencias del matrimonio —desvencijado pero convencional, al fin y al cabo— creía ver lo que los demás no veían, pero era sólo la habladuría casual que en lugares como aquel podía afectar a hombres de apariencia suave, no el murmullo corrosivo que arruinaba a quienes no sabían esconder bien sus pasiones.

Cuando apareció el que iba a ser su perdición, don Eduardo tenía cuarenta y dos años. El museo se había enriquecido con los objetos precolombinos encontrados o comprados en los pueblos de Antioquia, con las monedas, estampillas, minerales y otras colecciones menores que apuntaban en tantas direcciones como la curiosidad del maestro. Ya no era el museo de biología del colegio sino el Museo, lugar nutrido pero ascético, saturado de formol, compartido por el rey de los gallinazos, un par de gallinazos rasos, mariposas de Muzo, estampillas con próceres de mirada severa y piritas tan bellas como el oro, traídas de las minas de Marmato. El neón establecía su luz fría en las vitrinas. Los estudiantes ponían cigarrillos en la dentadura del esqueleto. La bandera colombiana alumbraba con colores vivos aunque estuviera siempre en la penumbra.

Los bucles del muchacho eran dorados. Su piel de porcelana tenía un trasfondo azul que a veces (rara vez) se arrebolaba. Usaba ropa que le quedaba un poco estrecha. La ácida altivez que se le vería en el futuro pareció al principio inseguridad y gusto enfermizo por el alejamiento. No hablaba con nadie, nunca pedía ayuda, andaba en los recreos por los corredores como si buscara las sombras. Se limpiaba interminablemente las uñas con una navajita sucia y de vez en cuando se alelaba mirándose

las manos. El segundo día después de su llegada le reventaron una naranja en la nuca, delgada como un tallo de azucena. Como había sonado la campana y todo el mundo corría hacia los salones, pocos vieron el incidente, mucho menos las miradas rápidas, los fulgurantes latigazos de odio que podían soltar sus ojos, grandes como los ojos de las vacas.

Don Eduardo no entendió, o entendió tarde, que el muchacho era mucho menos frágil de lo que parecía.

A la naranja podrida siguieron letreros obscenos, insultos no identificables que salían de grupos cobardes, proyectiles mezquinos (tizas, piedras pequeñas) brotados de la cavernosa confusión humana. El muchacho, si lloraba, no lloraba en público; y si sentía miedo, no lo demostraba. De vez en cuando algún imprudente se salía del grupo y era arañado, rasgado sin misericordia, devorado por una pelea sin reglas, por una vorágine loca que casi le arrancaba los ojos y de la que sólo podía escapar, sofocado de terror, dejando atrás zapatos, mechones de pelo y jirones de camisa. Volvía al rebaño, arañado y sangrante. Escondía las lágrimas y, apenas el miedo daba otra vez paso a la cobardía arrogante, empezaba a burlarse de la loca tormenta por la que, jugando, se había dejado sacudir. Los muchachos se desplazaban por el patio en pequeñas nubes oscuras o en pandillas zigzagueantes. Se agredían unos a otros y tragaban polvo mientras arriba los maestros, ciegos a la tremolina, caminaban como dioses burocráticos.

No fue, pues, la atracción por la belleza sino la compasión lo que llevó a don Eduardo a acercarse a la criatura. Durante su vida como maestro había ayudado a muchachos que parecían empozados sin remedio, gente entristecida, prematuramente agotada y derrotada que, gracias a él, había aprendido a controlar la angustia o la vergüenza y a caminar más o menos erguida y en paz. Estimulaba las buenas cualidades, les construía un rudimento de autorrespeto, poco a poco, como levantando un castillo de naipes. Muchas veces se iba todo a tierra. Pero con frecuencia, adolescentes corroídos hasta el hueso por el pecado y los remordimientos escapaban de su palidez infernal y volvían a interesarse por cosas separadas de ellos mismos.

Don Eduardo logró que el muchacho se entusiasmara por los asuntos del museo. Le mostró monedas y cucarrones, gallinazos y colibríes, terracotas panzudas que llevaban narigueras de oro, y billetes impresos durante la Guerra de los Mil Días. Don Eduardo se sorprendió cuando el muchacho, al día siguiente de su primera visita al museo, empezó a traer mariposas.

Diurnas y nocturnas. Soles pequeños, metales azules, resplandores anaranjados, óvalos de luz... o felpas, terciopelos nocturnos que se matizaban al infinito en una profunda estratificación de las tinieblas. Mariposas que traía quién sabe de dónde, tal vez compraba, y que junto con el rey de los gallinazos y la bandera nacional hacían que en el museo relumbraran los colores de la vida.

Como el muchacho tenía gusto natural por los colores, los insectos empezaron a ser acomodados en las vitrinas con criterio artístico. Los nombres latinos fueron escritos en tinta china con su bella letra, curva como las olas. Su olor no era agrio como el de los otros, mezcla de sudor, pedo, brillantina y ripio de lápiz. Era una fragancia indefinible, tal vez talcos, perfumes de mujer usados con mucha cautela, que se filtraba entre el denso olor a formol y llegaba a la sangre del maestro.

Trabajaban después de clases. La noche caía con grillos y cocuyos y ellos descansaban sentados en las gradas, mirando las estrellas. Don Eduardo señalaba toros, carretas en el cielo que el muchacho dejaba reflejar en sus ojos enormes. Se quedaban en silencio. Don Eduardo decía que no entendía, sinceramente no le cabía en la cabeza, cómo la gente, mirando los astros, la perfección del mecanismo celestial, podía dudar de la presencia de Algo, llamémoslo Dios, Yahvé, Alá o lo que se quiera, un Supremo Creador. El escándalo inicial que provocó la llegada del adolescente se fue serenando poco a poco. Los tumultos disminuyeron, los proyectiles se hicieron cada vez menos frecuentes. Algunos condiscípulos olvidaban sus rarezas y lo trataban sin prevenciones. Admiraban su letra, su capacidad para el dibujo, se sentían sin duda atraídos por su belleza. Aunque crueles, no habían acabado de salir de la edad de la inocencia. Una tarde, un muchacho peló una mandarina y, sin agresividad, sólo por costumbre, le tiró las cáscaras a la cabeza. Don Eduardo se acercó casi corriendo y muy pálido. «Si no te gusta, no lo

mirés», le dijo. «Pero no le tirés piedras». El muchacho palideció también entre el aroma de la fruta, dijo que no habían sido piedras sino cáscaras y su ingenuidad lo salvó de una ardiente bofetada.

Se convirtió en su ayudante en el museo. A pesar de la apariencia delicada no se asqueaba con facilidad y podía arrancar buches y tripas con pericia. Con el delantal blanco parecía una hermosa enfermera. Don Eduardo lo miraba de reojo y se asombraba de la belleza de su perfil cuando, serio, con los bucles brillando en la media luz, trabajaba concentrado sobre gatos despojados, gavilanes cóncavos.

En el museo siempre había flores, que el adolescente traía cada mañana, sin importarle que lo vieran. Para don Eduardo el museo se fue convirtiendo en el lugar más hermoso de la Tierra. La letra del muchacho adornaba todos los especímenes, aun los repugnantes, y su olor parecía posarse entre las cosas y sedimentarse, de modo que más tarde don Eduardo, acomodando libros o moviendo estanterías, lo removía y, sin darse cuenta, alcanzaba a sentir tristeza por su ausencia.

Consciente del alto aprecio en que lo tenían, el muchacho se hacía más audaz. Caminaba con altivez por patios y corredores, dejando traslucir la vanidad cruel que iba a asegurarle un futuro de maquillajes violentos, siliconas opulentas y puñales escondidos en ligeros de seda. Se jactaba de su trabajo en el museo y de su amistad con don Eduardo. Una vez, en uno de los baños, cortó en la mano con su pequeña navaja a un adolescente que por burlarse quería tocarle las nalgas. Cuando le insinuaban que el profesor era su amante, dejaba aparecer un gesto ácido donde no se ocultaba cierto halago.

Una mañana no llegó al colegio y don Eduardo sintió que el corazón se le encogía. Los alumnos faltaban y al día siguiente traían notas donde se hablaba de ataques de laringitis, muertes en la familia. Pero al día siguiente tampoco vino, ni al otro, y don Eduardo no tenía paz. Soñó que estaban juntos, sentados en las gradas que bajaban del museo, mirando flotar las libélulas. Se hizo de noche y miraron caer estrellas fugaces. La sensación de cercanía fue tal que don Eduardo se despertó con el corazón como lleno de jalea. Su mujer dormía sin roncar, con la cobija subida arriba de las caderas. Los recogedores de basura trabajaban en la calle, gritando entre el fragor de las canecas. Don Eduardo reconoció por fin

que el amor, como una enredadera, se le había regado adentro, feraz, por todas partes.

Luego de una semana el muchacho volvió, muy pálido, con una nota mal redactada en la que se decía que había estado enfermo de «unas fiebres raras y temblores en todo el cuerpo». En cierto modo la nota sobraba, pues don Eduardo había estado en la casa del enfermo y lo había visto en la cama, más bello que nunca, las mejillas arreboladas y los ojos dulcificados por la fiebre. Sonreía como desde lejos mientras la mamá se explayaba interminablemente en el recuento de sus propias desgracias. La vida de la madre había sido de mártir. El padre, persona irascible y autoritaria, Dios lo tenga en Su Reino, se ponía violento cuando las cosas no marchaban. Ella nunca había podido ir a un cine, con las amigas tenía que hablar al escondido, ir a misa era su único consuelo. La autocompasión le astillaba la voz, se la rajaba y derrumbaba, pero el orgullo del martirio volvía a levantársela. Lloraba con discreción, enjugándose con un pañuelo estrujado, y seguía enumerando sus desdichas. Su entonación se hacía monótona y don Eduardo era incapaz de mantenerse atento. El muchacho lo miraba con ojos brillantes y sonreía. Ella los había tenido que defender toda la vida, de no ser así tal vez habría sucedido una desgracia. Cuando hablaba del marido no lo mencionaba por su nombre sino que decía «Él». A Él nunca le gustó que los muchachos le llegaran tarde. Cuando Él volvía del granero había que tenerle la comida servida o se ponía como una fiera. Cuando Él se emborrachaba los agarraba a correazos. Su muerte, Dios me perdone, fue tal vez un bien que Dios les hizo. En el momento de despedirse, don Eduardo puso la palma de la mano en la frente del enfermo, como para medirle la fiebre. El adolescente se la besó con labios calientes, en un gesto filial que parecía bíblico, y a don Eduardo las piernas le temblaron.

Después de la enfermedad sus relaciones se hicieron muy estrechas. El muchacho cada vez era más altivo y hablador, y se llenaba de amaneramientos. Cuando en los recreos hablaba del profesor, lo mencionaba como «Eduardo». Se presentía ya el desastre. «Eduardo me regaló una caja de lápices divina», decía; o decía, repleto de fatal orgullo, que Eduardo y él se iban en diciembre para el mar. El profesor vivía como en una borrachera y no sentía las miradas que le llegaban de todas

partes como pájaros. En los baños aparecían dibujos donde se los representaba cometiendo actos inmencionables. El maestro se dirigía como ciego hacia su ruina. Sin saber ni cómo ni cuándo ni para qué, ciertamente lo había invitado al mar, y el adolescente lo proclamaba a los cuatro vientos. En clase lo hacía recitar, cantar, borrar el tablero, sólo por el placer de contemplarlo. Los alumnos murmuraban. Le regalaba plumillas, pinceles caros, papeles delicados.

En la historia que circuló por los corrillos malsanos, historia que pudo ser cierta, teniendo en cuenta que el profesor estaba actuando con imprudencia demencial, se decía que maestro y alumno habían sido sorprendidos en el museo, en pleno día. Se detallaban posiciones obscenas, se repetían gemidos; se decía que el muchacho estaba arrodillado en su propia ropa envuelta, para no lastimarse con las maderas del piso, y que el profesor, desnudo y aterrado, había intentado cubrir su deshonra con la bandera nacional.

Ciertos o no, estos murmullos ni siquiera ayudaron a perder más a alguien que ya estaba todo lo perdido que se puede estar en esta vida. Dado el carácter del muchacho, es muy posible que haya sido él quien provocara a aquel hombre hundido hasta las cejas en el amor, precipitando el gran escándalo. Los dos fueron expulsados del colegio entre la risotada pública, pero mientras el profesor salía tapándose la cara con las manos, casi carbonizado por la vergüenza, el adolescente actuaba como príncipe despectivo, envuelto en luces fatuas y engrandecido por un orgullo barroco y luciferino.

Don Eduardo se encerró en su casa y sólo volvió a salir dos días más tarde, cuando la policía vino a buscarlo. Mientras estuvo en su casa no lloró ni hizo ningún escándalo, sino que se quedó por ahí, desolado hasta la raíz, quieto, marchito. A pesar de no ser curiosa, su mujer alcanzaba a sentir que algo andaba mal y hacía preguntas que él contestaba de modo solemne. Ella oía sin entender, se encogía de hombros y volvía a sus revistas. Cuando se quedaba dormido, don Eduardo descansaba un poco. Al despertar, el recuerdo de lo sucedido volvía a anonadarlo y, lleno de pánico, buscaba otra vez dormirse. Entonces sólo lograba un sopor lleno de sueños macabros, o una especie de hipnosis en que, a pesar de tener los párpados cerrados, parecía mirar al vacío con los ojos muy abiertos.

Del limbo lo sacaron dos policías de civil y uno de uniforme, que se lo llevaron como al ser más despreciable del planeta.

A los homosexuales los dejaban de pie en el centro del patio de la cárcel por un día y una noche después de lanzarles un bochornoso discurso moralizante en presencia de reclusos y carceleros. Pero tal vez porque don Eduardo no parecía una loca de prostíbulo ni un bujarrón baboso, los policías no se atrevieron. También podía ser que el rector del colegio, que presumía de «humanista» aunque era en realidad buena persona, estuviera tratando de ayudarlo. Al día siguiente de su encarcelamiento y después de un interrogatorio en el que se enteró, para su consternación, de que el muchacho lo acusaba de haberlo corrompido, un oficial le hizo saber a gritos la repugnancia que le producían los que, habiéndolos formado Dios como hombres, preferían revolcarse entre las sábanas con seres de su mismo sexo.

«¿Acaso usted no sabe —preguntó el oficial con voz seca y brutal, no exactamente hecha para acariciar oídos de mujeres— que la mujer es el ser más hermoso que existe sobre la Tierra?».

Afuera seguía la bulla, la sórdida tormenta en el vaso de agua parroquial. Aun la gente inteligente, aun el rector del colegio, que era humanista y estaba haciendo lo que podía para sacar a don Eduardo de la cárcel, aun los compasivos tuvieron que sonreírse cuando, en alusión a Policarpa Salavarrieta, la heroína que cayó bajo las balas españolas envuelta en la bandera tricolor, se empezó a hablar de don Eduardo como «Policarpo». Algunos decían que los tíos del muchacho iban a matarlo, pero la verdad era que el muchacho sólo tenía un tío, pacífico, hermano de la madre, que trabajaba manejando una bodega de granos en Puerto Berrío. Algunos decían que don Eduardo había tratado de envenenarse en la cárcel, pero don Eduardo todavía no tenía alientos para envenenarse. Los marihuaneros, los cuatrerros, los atracadores y violadores le dirigían la palabra y él no entendía nada, lo cual los despistaba, pues lo hacía aparecer como un hombre duro, salvándolo de mayores ultrajes.

Después de una semana volvió a su casa barbudo y maloliente y le dijo a su mujer que empacara sus cosas, que se iban. Ella no preguntó para dónde ni por qué; preguntó que si tenía que empacar ya o después de un rato. Tenía que empacar ya, por favor, y no se demore, dijo don

Eduardo con voz opaca y determinada que se hizo obedecer de inmediato. Afuera sonaban las campanillas de los vendedores de paletas. «¿Y es que usted no va a empacar?», preguntó ella mientras metía ropa interior sucia en los bolsillos de nailon de la maleta, pero como él no contestó le dio pereza seguir preguntando.

En el atrio del teatro, bajo un sol muy brillante, la gente se apretujaba para ver *Los Diez Mandamientos*. La mujer de don Eduardo se retrasó mirando las fotos de los actores norteamericanos disfrazados de judíos o egipcios que, bajo la versión gringa de la mano de Dios, zanjaban de modo solemne ancestrales diferencias. El profesor la esperó mirando una rajadura larga en la acera y entonces siguieron caminando, ante la aparente indiferencia pública, hacia la plaza donde estaban la iglesia, las ceibas y los taxis.

Por última vez en su vida don Eduardo dio vueltas y más vueltas por aquellas montañas enormes, acercándose imperceptiblemente a un pueblo que parecía siempre al alcance de la mano pero nunca llegaba. Sus ojos tristes no vieron los árboles de mango cargados de frutas maduras que matizaban succulentos rojos y amarillos entre el poderoso verdor de los follajes; no vieron las neblinas brillantes flotando sobre cañadas repletas de musgo y de sol. El chofer del taxi empezó a hablar y, como no le contestaban, siguió hablando solo, incapaz de soportar el vacío, llenando la carretera con sabiduría, dichos, chistes que nadie quería oír ni celebrar. Por última vez en su vida don Eduardo vio aparecer la casa donde chillaban los pavos reales. La madre supo de inmediato que algo había sucedido y, cuando sintió el olor de don Eduardo, supo que había sido una desgracia.

«En el alambre hay toallas, Eduardo», dijo. «Vaya báñese mientras le preparo un caldo».

Al día siguiente don Eduardo volvió a bajar, bañado, afeitado y más deprimido que nunca. A la madre le había dicho que la semana siguiente volvía por su mujer, pero en realidad bajaba a suicidarse. Esta vez le tocó en suerte un chofer silencioso y melancólico, y esta vez el taxi bajó de la montaña entre nieblas, truenos y relámpagos.

Las plumillas acompasadas separaban con trabajo las aguas que caían sobre el parabrisas y parecían anegar el corazón. Primero hubo un



derrumbe que los mantuvo quietos casi dos horas, después la policía detuvo el tráfico y los carros volvieron a acumularse en la montaña mientras se rescataba un camión que acababa de irse por un precipicio. El chofer del taxi dormía con la ruana subida hasta las orejas y don Eduardo miraba los cafetales atormentados por la lluvia y los relámpagos. Entonces el flujo volvió a reanudarse y aparecieron las sábanas que cubrían los cadáveres del chofer del camión y su ayudante, fosforescentes en medio del diluvio. «Nada somos, nada valemos», dijo don Eduardo, saliendo del mutismo.

De modo que el viaje, usualmente de seis horas, se hizo en trece, por los accidentes y por la cautela con que el taxi se movía en la carretera borrada por la niebla. Y como don Eduardo no estaba de ánimo para dormirse en una carretera, mucho menos en aquella llena de peligros, entró a su casa con el cansancio acumulado del escándalo, de la cárcel, del viaje de ida y del eterno viaje de vuelta, en la diligencia de devolver a su mujer.

Se acostó vestido y se metió en un pozo de olvido. Al día siguiente abrió los ojos, oyó las campanas que llamaban a misa de once y los recuerdos se le vinieron otra vez como avalancha. Maldijo su vida. La imagen del que lo había llevado a la perdición flotó en su imaginación despojada de los atributos que el amor le había dado —pasión que había desaparecido casi sin dolor, aniquilada por el dolor de la traición— y provocó algo parecido a la sorpresa. «Por semejante mariconcito, Dios mío, por esa loquita pendeja», habría dicho entonces, si hubiera estado para soliloquios.

Los días pasaban, todos iguales, y él caminaba por la casa como un fantasma. Las plantas se morían. Con las cortinas bajadas, don Eduardo se mantenía en una perpetua tiniebla. Llamó a su suegra para decirle que estaba bien y que regresaba en quince días. El teléfono sonaba, pero él no contestaba; de vez en cuando tocaban a la puerta, pero no abría.

Trataba de no hacer ruido para que nadie supiera que estaba en la casa. Las plantas adquirieron primero una consistencia desmayada, parecida al trapo, y después perdieron el color en una combustión final, lenta y crujiente. Don Eduardo seguía deambulando como espectro por la casa en brumas. Cuando el hambre era insoportable, comía chocolate en

pasta o roía un pedazo de panela. Arrancó el cable del teléfono. Se quedaba en trance mirando las cucarachas que caminaban en la turbia luz de la cocina. De vez en cuando iba al baño y observaba con ojos engrandecidos por la oscuridad y la mala alimentación el fulgor hipnótico y mortal que salía de las cuchillas de afeitar. A duras penas se limpiaba después de defecar. Cuando se acabó el papel higiénico comenzó a usar papel periódico y los inodoros se taparon. El aire encerrado se hizo denso y pútrido. Don Eduardo perdió la noción de hora, día, fecha o año. Parecía suspendido entre la vida y la muerte, atónito por la cercanía de Dios mientras caminaba entre las brumas fétidas.

Y al fin no se cortó las venas.

Sin darse cuenta, sin poderlo evitar, don Eduardo empezó a olvidar sus sufrimientos. Un día se encontró afeitándose frente al espejo y esa misma semana se vio en el comedor recordando los días lejanos de su juventud, las selvas repletas, los ríos imprevisibles, inhumanos, apacibles. Antes de morir habría querido ver otra vez pasar las guacamayas. Entrar otra vez a los manglares llenos de ruidos y ecos, solemnes como catedrales, donde el silencio venía de pronto sin razón aparente, puro y grande, se sostenía un segundo o menos para derramarse otra vez, como cuerno de abundancia, entre chillidos de micos, gritos de pájaros y resonancias acuáticas.

Morirse, se quería morir. Pero nadie lo estaba apresurando. ¿A quién, aparte de Dios, le tenía que rendir cuentas? Don Eduardo despanzuraba una cucaracha enorme con una *Vanidades* envuelta e iba a buscar otro pedazo de panela. De soñar con el pasado empezó a creer en el futuro. Los lugares remotos todavía no se habían acabado. Aún había sitios sin teléfonos, televisión o luz eléctrica, donde la gente sabía respetar al prójimo. Don Eduardo empezaba a dormirse con más facilidad, y al despertar no sentía tan fuerte el garrotazo de la desgracia. Si alguna vez fue feliz en el monte, no había razón para que no pudiera serlo de nuevo.

Era como una luz frágil, arriba, donde estaba el aire, la esperanza. Me puedo ir, pensaba y volvía a pensar, como sin de verdad creer que podía irse. No se necesita mucho para vivir, un rancho, sembrar alguna cosa, los ríos y el monte dan el resto. Me puedo ir. Lejos. Donde nadie me conozca. Yo sé sembrar, levantar casas.

La mano que le había apretado el corazón por tantos días empezaba a aflojar. ¿Por qué no iba a poder irse? La casa era propia, venderla. Algo de plata había en el banco. No se necesita mucho para vivir. Pescado, cocos, criar marranos. Aligerado por los sueños, don Eduardo empezaba a comer mejor, a dormir sin pesadillas. La certeza de tener el destino en sus manos (todavía podía cortarse las venas, si quería) le dio el coraje para salir de la casa y entrar a la tienda, donde compró enlatados, arroz, papel higiénico y una bomba para destapar los inodoros. Que lo miraran con sorna si querían. Que se pudrieran en el murmullo y la mala fe. Que se cocinaran en el caldo de su propia hipocresía. Don Eduardo abrió cortinas y destapó los inodoros. Barrió, trapeó, compró pintura, hizo una matazón de cucarachas. Mientras trabajaba pensaba en el futuro. Las palabras «un par de cerdos» podían repetirse veinte o treinta veces seguidas, como si tuviera fiebre. Entonces dejaba las brochas y se sentaba en el comedor a mirar los mapas. Corrían los ríos, se abrían las selvas y lagunas bajo sus ojos deslumbrados. Los nombres resonaban. San Bernardo del Viento, Bahía Solano. Su mirada viajaba al sur y al norte, Casanare, Leticia, Santa María la Antigua, buscando el sitio lejano donde pudiera ver otra vez volar las guacamayas. Mejor el mar, pensaba mientras cepillaba con fuerza los baldosines de los baños, mejor el mar, mejor el mar, hasta que soltaba el cepillo y deliraba otra vez sobre los mapas.

La finca quedaba cerca de acantilados donde las olas resonaban día y noche como un enorme caracol que se atenuara o acentuara según la fuerza de las mareas o la dirección de los vientos. Al frente de la casa estaba el mar y atrás la selva. Pero la casa no tenía vista al mar, pues en la distancia que la separaba del agua había un denso platanar. Don Eduardo habría podido construir una con sus propias manos, pero la que había estaba en buen estado y se debió conformar con mejorarla. Tenía piso de cemento y la cocina, atrás, piso de tierra. Todo iba a mantenerse muy bien barrido con escobas que don Eduardo fabricaría utilizando un arbusto que se daba abundante en la selva.

Cuando don Eduardo llegó, encontró pequeños boquetes en el techo, que remendó al día siguiente aunque estaban en verano y no se vislumbraban aguaceros por ninguna parte. Del techo se podía ver el mar,

muy azul, más allá de las hojas de los plátanos. Las aves marinas volaban en el sopor del mediodía. Con el torso desnudo, don Eduardo, pequeño, fibroso y casi azul de lo blanco que venía, trabajó hábil entre el olor espeso de la palma impregnada de sal, mojada innumerables veces por la lluvia y ahora recalentada por el sol.

Se plantó en su nueva tierra con el entusiasmo de los que regresan de la muerte. Los vecinos, negros en su mayoría, adoptaron desde el principio un tono a la vez burlón y cariñoso para hablar de aquel hombre entusiasta y veloz que lograba trabajar con semejante empuje en esa región fértil y caliente donde se podía vivir con placidez confiando en la generosidad del mar y de la selva. El primer día los niños del caserío vinieron a mirarlo laborar en el techo bajo el ardiente sol del mediodía. Don Eduardo les sonrió, ya desde entonces bíblico, y los niños lo miraron, serios, con dilatada curiosidad. Había apilado mangos maduros en una mesa en el corredor y les dijo que cogieran los que quisieran, pero ellos no los tocaron. En tres horas el techo quedó listo y por la noche don Eduardo debió untarse casi la mitad de la botella de aceite de coco que compró en el caserío para refrescar un poco su piel ardida por el sol.

Desde entonces los vecinos asombrados lo vieron trabajar sin descanso desde el más temprano amanecer hasta el más entrado atardecer. Su misticismo, que empezó apenas insinuado y se dio a crecer como una planta de la selva, sería atribuido al modo como su cráneo aguantaba sol y lluvias. La creciente presencia de Dios no iba a impedir, sin embargo, que sus trabajos fueran planeados con cuidado y realizados con excelencia: le había dejado, meticuloso, la mitad de sus bienes a su mujer, y ahora debía pesar cada gasto y asegurarse de que fuera productivo.

Después de enderezar el rancho, al que logró imprimir cierta belleza sobria, comenzó a organizar la platanera. Desmalezó, cortó hojas secas, aporcó y resembró. Los corredores se vieron limpios, las matas, nítidas y jugosas, y los racimos empezaron a darse con una abundancia que sobrepasaría con mucho la capacidad de consumo del que los había ayudado a brotar. Los dos marranos, repetidos durante sus primeros sueños esperanzadores, cuando todavía estaba en manos de la muerte, se hicieron reales y gruñeron y se revolcaron entre la platanera. Don

Eduardo comenzó una parcela de maíz y sembró naranjos. En el caserío le vendieron a buen precio una burra de carácter amable que sabía arrastrar la yunta, a la que el maestro empezó a llamar Criatura de Dios. Iba y venía con la burra por todas partes, dándole consejos a la gente, entablillando huesos, poniendo inyecciones y mencionando a Dios cada vez con más frecuencia. Sembró caña de azúcar. Empezó a planear un gran cacaotal. Consiguió dos perros, un mico y dos guacamayas. El mico se hizo amigo de uno de los perros y pasaba todo el día trepado en su lomo. Perro y mico caminaban por la playa, se metían a la selva y al regresar se echaban a dormir bajo los mangos.

Don Eduardo sembró piñas. Empezó a enseñar a leer a los niños y a lavar e inyectar a los muertos. En esa región lejana, donde no había dinero para atraer médicos o pagar maestros, su presencia fue apreciada. Las cañas crecieron gordas y abundantes. Mañana y tarde se podía oír el machete rítmico y rápido del maestro picándole caña a la Criatura de Dios, que masticaba entrecerrando sus ojos bondadosos. Conejos blancos, de ojos rojos, dormían en la placidez de las conejeras que don Eduardo había construido al lado de la casa. Brotaron, abundantes, piñas y naranjas. Don Eduardo vendía lo que podía y lo demás lo cambiaba o regalaba. El cacaotal empezó a crecer tan vigoroso como el resto. De la huerta sacaba repollos y tomates. Los pavos se inflaban. De vez en cuando los gavilanes traían terror al gallinero (insinuación de universos vecinos: el caos, la muerte, las tinieblas), pero dejaban pocas pérdidas. Don Eduardo construyó un acueducto de guadua para los semilleros, pintó con cal el rancho y pintó de azul maderas, zócalos.

Todo empezaba a mostrarse demasiado nítido y bien recortado. Le disgustó ver a los marranos moviéndose obscenamente sucios y anárquicos por todas partes, y les construyó una marranera. Aprendió a barrer la tierra al frente de su casa en círculos decorativos, a la manera de la gente del caserío. Actuaba, invitación al desastre, como si sus trabajos fueran parte de la divina maquinaria celestial. Con las utilidades de la primera cosecha de cacao pensaba hacer aparecer una vaca con su cría.

Pasaron dos veranos y las lluvias regresaron dos veces. Todo crecía con potencia selvática y ordenamiento perfecto. Con tarros de galletas y pedazos de piña como cebo diseñó trampas para atrapar a los cucarrones

gigantes que se metían por el tronco de las palmeras, matándolas, y todo el mundo empezó a usar su invento.

La gente del caserío le regalaba pescado, carne de guagua; las mujeres de los terratenientes vecinos, camisas, bluyines usados. Ofrecían comprar el perro con el mico, pero don Eduardo rehusaba sonriendo y decía que pertenecían a Dios. Su sonrisa se hacía cada vez más condescendiente y bondadosa. Para la gente de la ciudad, que venía por negocios o turismo, aquel gesto sereno en un hombre blanco que vivía sin mujer ni hijos en un rancho perdido entre el mar y la selva era signo indudable de locura. La gente de la región lo consideraba también signo de locura, pero no lo veía con ojos trágicos, pues para ellos la de don Eduardo era una demencia alegre, que no disminuía su extraordinaria habilidad ni su capacidad para ayudar a los demás.

Don Eduardo inyectaba, entablillaba, sobaba coyunturas, recetaba curas homeopáticas, casi siempre eficaces, y predicaba la palabra de Dios al que se dejara. El cacaotal, que habría de traerle la segunda amargura grande a su vida, crecía como empujado por la Divina Providencia. Las lluvias llegaban a tiempo y se iban a tiempo, las gallinas se multiplicaban. La gente de vez en cuando se moría, por supuesto, los niños de disentería o sarampión, los adultos de mordeduras de culebra, asesinados o envueltos en fiebres palúdicas. Don Eduardo confortaba entonces y ayudaba, lavaba los cadáveres, inyectaba el formol y se mostraba muy útil durante los posteriores rituales del entierro. Tenía ahora barba larga, veteada de blanco, que lo hacía parecer mucho más viejo. Los ojos le alumbraban con alegría constante y desmesurada. Sus manos eran cada vez más nudosas y hábiles, y su piel tomaba el color de la madera curada. Con sandalias, la barba larga y las camisas grandes que le habían regalado las mujeres de los terratenientes caminaba por todas partes al lado de la burra, con una guacamaya en el hombro, acompañado por el perro con el mico a cuestas, como un profeta salido de alguna delirante Biblia selvática.

Agregó un cuarto al rancho, donde molía hierbas curativas que guardaba en frascos y ordenaba en una estantería construida por él mismo; en otra mantenía jeringas, vendas, pomadas, algodón y las drogas que lograba sacarles a las mujeres de los terratenientes y a los médicos

que pasaban de vez en cuando. En el centro del cuarto había una mesa que le servía para sus trabajos como farmacéutico y como carpintero.

Poco antes del incendio comenzó a trabajar en el trapiche. El cañaduzal se había hecho demasiado abundante y don Eduardo pensó que debía aprovecharlo produciendo panela. Lo más caro eran las pailas y el molino para la caña —confiaba en poderlos comprar con las utilidades del cacao—, pero el resto podía construirse con los materiales que tenía. Cavó hornos, fabricó ladrillos y forró los hornos, tendió los conductos para el zumo, pintó de azul los pilares que sostenían la estructura de palma y un domingo se sentó a mirar su obra y vio que su obra era buena. El trapiche parecía flotar en medio del cañaduzal movido por el viento. Don Eduardo apiló la leña que iba a hervir y espesar los primeros zumos, atraer las primera abejas y avispas, y siguió esperando a que la cosecha de cacao hiciera aparecer vaca, ternera, molino, pailas de cobre y tal vez un motor de gasolina.

Durante años don Eduardo había recorrido el cacaotal, atento a pestes y anomalías, podando varas estériles, tapando raíces y abonando. Cuando vio que la primera cosecha se venía, empezó a limpiar el terreno donde pastaría la vaca. Al lado del cañaduzal sembró pasto de engorde. Y puso en formol las dos culebras que a su pesar se vio obligado a matar mientras limpiaba el potrero, a las que extrajo el veneno, que guardó en oscuros frascos rotulados.

Porque Dios es Dios para todas las criaturas, decía, las que vuelan, las que laboran, las bípedas de lengua dañina y las que se arrastran, de colmillo ponzoñoso. Frases espectaculares, de difícil coherencia, que se quedaban flotando como humareda frente a los ranchos vecinos después de que pasaba don Eduardo con la burra, el perro flaco con el mico a cuestas y la guacamaya sobre su hombro menudo y fibroso.

Clavó postes para cercar el potrero y en cada poste sembró badeas y estropajos. Sembró guayabos y papayas. Comenzó a considerar la posibilidad de sembrar tabaco, poner abejas. Volvió a pasar pintura azul a puertas y ventanas, que se habían descolorido y amenazaban con descascararse por el sol.

Entonces las lluvias se demoraron y la vegetación empezó a secarse demasiado. El maizal se puso crujiente y don Eduardo, después de

recoger la cosecha, lo cortó y apiló, previendo la posibilidad de algún incendio. Como las aguas de su tierra no se agotaban en el verano, se enfrentó con optimismo a la posibilidad de una sequía fuerte. Para asegurarse cavó un pozo grande, más ancho que hondo, especie de piscina que serviría a la vez como depósito de agua y alberca para patos. Le diseñó un sistema perfecto, aunque rústico, de aprovisionamiento y desagüe, para evitar que el agua se pusiera pútrida, y le sembró lotos selváticos que daban flores azules parecidas a las de la batatilla y tenían tallos que, molidos y mezclados en agua, eran buenos para disolver los cálculos renales.

Se dijo que Rafael Millán, siempre desmañado para hacer sus cosas, no había limpiado bien el lindero después de una quema, y que el fuego, empujado por vientos sesgados, había entrado de ese lado. Pudo ser cierto. Rafael Millán se defendió diciendo que había sentido caer un rayo poco después de medianoche y que seguramente una chispa le había dado a alguna mata seca. No pudo explicar, sin embargo, de qué modo había salido un rayo de una noche repleta de estrellas. Y como don Eduardo no era persona de denuncias o juzgados, Millán empezó a encogerse de hombros cuando los vecinos hablaban del desastre y a decir con cinismo que cuando alguien estaba de malas no lo salvaba ni el Altísimo.

Poco después de la medianoche del 23 de abril de 1978 don Eduardo se despertó tosiendo y sintió que la candela estaba encima. Sólo tuvo tiempo de escapar corriendo hacia la playa y ver desde allí cómo su trabajo de años crujía, crepitaba infernal y se iba en humo. La gente de los camaroneros, mar adentro, dejó de trabajar para mirar las llamas grotescas que enrojecían cielo y agua. Entre las olas eternas y el fuego imperecedero, don Eduardo en calzoncillos, sombra menuda, parecía poco más que un hilo de humo. La lengua ardiente arrasaba el cacaotal, quemaba cañas y trapiche, hacía arder mangos, naranjos y totumo —con gallinas como teas—, se bifurcaba para perdonar la casa, alcanzaba la marranera y, entre chillidos que el fragor no dejó oír, carbonizaba a los marranos. La burra galopaba hacia su salvación con los ojos dilatados. El fuego aniquiló las piñas, asfixió los patos del estanque, enloqueció las guacamayas, que volaron casi en llamas entre el humo denso, calcinó las conejeras, los conejos, barrió la platanera y, furibundo hasta el final, llegó



a la playa y se apagó. Don Eduardo tuvo al frente los rescoldos humeantes de su tierra y atrás el mar, donde el nítido horizonte de verano empezaba a clarear. El aire olía a chamusquina. Perro y mico aparecieron trotando por la playa como si vinieran de una correría. Don Eduardo los vio llegar y regresó a este mundo. Los vecinos habían venido a ayudar y a consolarlo. Le habían dado café, lo habían arropado con una sábana. Repetían que era un milagro que la casa estuviera intacta.

Don Eduardo oyó golpear el agua en el acantilado.

Años atrás la había oído, pero entonces el empuje de sus trabajos se había hecho más estrepitoso que el ruido del mar. Y ahora el rugido cóncavo y pausado le volvía a llegar, pero no como aquella vez, con alegría, sino como puede llegarles a los exiliados o a los náufragos. Don Eduardo se había quedado sin futuro. Multitud de aves pequeñas, moviéndose como ripio de papel, picoteaban bichos marinos en la orilla cuando se retiraban las olas. En la arena había manchas bituminosas, manchas iridiscentes, semillas de mangle, envolturas de cigarrillos, nudos de algas... Todo lo que don Eduardo miraba se dibujaba con una nitidez que daba pasmo. Sentado en un tronco veía a los vecinos recoger escombros, apagar rescoldos, poner un poco de orden en las ruinas. Un gesto amable, una ilusión. El pasmo no le permitió ayudarles, ni siquiera agradecerles cuando se fueron, ya entrada la noche, y lo dejaron en la casa ahumada, con un sancocho en la cocina y una botella de aguardiente en la mesa.

Pasó la noche oyendo el mar en el acantilado. Esa, y la siguiente, y muchas noches, don Eduardo estuvo atento al ruido de las olas o a las algarabías de la selva. No se cepillaba los dientes, no se bañaba, no se cambiaba la camisa. Del caserío venían a traerle comida y a conversarle. Cuando lo necesitaban para que inyectara a alguien, don Eduardo, maloliente y silencioso, encendía el mechero de alcohol y esterilizaba la jeringa. Con gesto de resignación miraba el líquido que salía de la aguja como una fuente; y con gesto de absoluta resignación la hundía en la carne morena y encogida.

De todo lo que el fuego aniquiló, lo primero que se vio regresar fue la platanera. Las hojas, extraordinariamente verdes y vitales, brotaron de los troncos renegridos, y don Eduardo decidió cuidarla después de pensar

que no era justo hacerse alimentar por los vecinos. Entonces en el resto de la finca lo verde, renacido de la ceniza, empezó a crecer como le dio la gana.

Con el tiempo don Eduardo volvería a bañarse y a cambiarse de camisa, pero jamás recuperaría el tremendo impulso colonizador. Hasta el final de sus días continuaría entablillando huesos, moliendo hierbas y poniendo inyecciones, por cariño a sus vecinos, amor al prójimo, gusto por esa particular actividad.

A Dios no volvió a mencionarlo, ni para bien ni para mal.

Dos años después del incendio llegaron otra vez las lluvias. Fue un invierno pesado, masivo, que hizo bajar mucho barro de la selva y mantuvo a la gente en los corredores, hablando y mirando el agua. Ya casi al final de ese invierno, cuando lo despertó una gotera en plena cara, don Eduardo corrió el catre y se durmió otra vez como si entrara al paraíso. Volvió el verano y se olvidó de la gotera. Durante los inviernos siguientes aparecieron otras, que don Eduardo sólo remendaba cuando ya no había sitio seco donde hacerse.

Lo enterrarían en un cementerio pequeño, a orillas del mar, a no más de dos leguas de la que había sido su casa.

Lugar enmontado y descuidado, los túneles de los cangrejos se cruzaban entre ataúdes y muertos. Había algas enredadas en las cruces y lagartijas azules centelleando sobre lápidas y cementos. Cuando la marea venía muy alta se metía espumosa y depositaba entre las tumbas caracoles, conchas, semillas de mangle y estrellas de mar. Y por las noches, cuando había tormentas, los truenos retumbaban y los rayos abrían instantáneas visiones del mar y de la selva.

Se perfilaban entonces los caracolíes como ramazones de mercurio. En el mar podían aparecer barcos pesqueros o veleros solitarios que eran tragados otra vez por las tinieblas, pero casi siempre aparecían el agua sola y un horizonte muy nítido y fugaz.

Imágenes que don Eduardo había gozado cuando se levantaba del catre a altas horas de la noche e iba a la playa a sentir la arena en los pies descalzos, a fumar y a ver caer los rayos en el agua.

Esplendor de todo desde el más espeso centro, el sitio más remoto, la más cerrada oscuridad.



## **NOSTALGIA POR EL MAR YA VISTO**

### **[2012]**

A César Rengifo, médico forense, le empezaron los síntomas de úlcera duodenal a finales del año 55 y se puso más flaco y pálido que nunca. Las tres tías que lo criaron le decían que la enfermedad le había aparecido por la vida desorganizada que llevaba, por andar con malas mujeres, pobrecitas, por beber tanto y comer mal, por solterón. «Casate», le decían. Y como se dejaba un poco largo el pelo y también la barba, entrecana ya a los veintisiete años de edad, su apariencia, especialmente cuando estaba con las gafas negras —que era casi siempre—, además de malsana se había vuelto un poco estafalaria.

Sus amigos le aconsejaban cambiar de especialidad, poner un consultorio, como le recomendaban las tías, o buscar un puesto en el hospital. Estaban convencidos de que era ese martillar constante de la muerte durante tantos años, ocho horas diarias, siete días a la semana, lo que estaba empezando a minarle la salud. César respondía que lo del consultorio no era muy viable y tampoco lo del hospital, que llevaba tanto tiempo ocupándose de los muertos que ya ni se acordaba de cómo funcionaban los vivos, y que algún día todo aquello pasaría.

«Todo pasa», decía.

César lo decía sin pensar, como se dicen los lugares comunes, y se le alcanzaba a sentir el toque de desesperanza que ya habían notado en él otras veces. Como si en realidad estuviera diciendo que nada iba a acabarse nunca.

Cuando uno de sus amigos le propuso que pasaran algunos días en la costa del Pacífico, a ver si se recuperaba, César le contó que no conocía el mar. La última oleada de muertes había comenzado cuando estaba en segundo año de Medicina, y como empezó a trabajar desde antes de graduarse, no había tenido tiempo.

A ríos más o menos grandes había ido, dijo, pero nunca al mar.

El joven forense nunca supo qué le había parecido más sobrecogedor, si los aguaceros inhumanos de aquella costa selvática o las marejadas del Pacífico. No tuvo tiempo de averiguarlo. Fue al mar, volvió del mar, y había terminado apenas de sacar las cosas de la mochila, que sólo diez días antes era nueva y ahora estaba deteriorada por la humedad y el salitre, cuando lo llamaron para que ayudara a sacar a dos familias vecinas a las que habían asesinado y arrojado a un pozo profundo abandonado, a unos cincuenta metros de una de las casas. No se sorprendió. Sabía que algo así lo estaría esperando y no le dejaría sentir lo fortalecida y purificada que había traído el alma.

En el camino trató de no pensar en lo que muy pronto estaría haciendo. Miró los guayacanes florecidos de amarillo entre los cafetales, los mangos maduros en los árboles, los geranios florecidos en tarros de galletas, que servían de adorno a los pilares de las casas. ¿Quién habría podido adivinar que recorrían el territorio del horror? Vean las cercas tan bien templadas, pensó, los corredores tan barridos, las nítidas, casi cristalinas huertas de cebollas.

La casa tenía su respectivo corredor y sus geranios, su huerta de cebollas, sus gallos y gallinas que escarbaban en un paraíso que para todos ellos —los humanos, los campesinos que habían descubierto la matanza, los policías que fumaban al lado del pozo con las carabinas al hombro— y sobre todo para él, que tendría que bajar a sacar muerto tras muerto, era el infierno. Pues no lo habían llamado para que supervisara la sacada de los muertos, sino para que, de hecho, los sacara.

Un campesino rubio, fuerte como un pescador de Galilea, se ofreció de voluntario a bajar con él y ayudarle a amarrarlos de las axilas —a los que no les habían cortado los brazos— para que desde arriba, como a muñecos, los alzarán. Era necesario pararse sobre unos para amarrar a otros, pues habían matado a tantos, que cubrían el fondo del pozo unos sobre otros y no había sitio libre donde poner los pies. El olor era intenso, pero ya después de tantos años casi se había acostumbrado. Además ¿cómo sentir repugnancia por gente que había tenido la desgracia de morir de esa manera? Los miembros sueltos, las cabezas, los brazos, iban metiéndolos en costales que, una vez llenos, enganchaban a la cuerda para que de arriba los subieran. La última en elevarse fue una niña de

unos diez años, sin cabeza, con vestido de boleros enfangado, que subió despacio, como un globo, mientras el campesino que ayudaba la alumbraba con la linterna.

De regreso, en la camioneta de la policía, bajo un cielo con estratos color de piedra, César recordó el estrépito de los aguaceros de la selva y sintió una punzada, como las de amor, en el estómago. Bebió de la botella de aguardiente que le pasaron y se quedó mirando unas vacas que pastaban debajo de un árbol. No quiso tomar más; ya tendría tiempo de emborracharse por la noche, si quería. Antes de ir a la morgue entró a su casa a recoger los regalos para las tías: dos caracoles que tenían el color y casi el tamaño de sandías, una estampa de la Virgen enmarcada en conchas blancas y un tarro de galletas lleno de dulces de papaya.

Las tías tampoco habían ido nunca al mar ni a la selva, y le hicieron muchas preguntas. Cómo era de grande el mar, quisieron saber, cómo sonaba. ¿Viste tigres?, preguntaron. Se sentían felices de que él, siempre parco, esta vez se hubiera acordado de ellas y les hubiera traído tantos regalos. Y como se mostraba tan amable, Livia, la que mandaba entre ellas, se sintió audaz y le dijo:

—Oíste, ¿a vos no se te ha ocurrido venirte a vivir otra vez aquí con nosotras? ¿Para qué andar pagando esa casa tan cara y tan grande para uno solo?

—Muy cara y muy grande —dijo Merceditas.

—Grande y cara —dijo Albita.

—Y además necesitás comer a horas —continuó Livia, que acostumbraba agarrarse el pelo atrás en una moña y se mantenía de chal, pues sufría de frío.

—Y cuando te casés podés vivir aquí con *Ella* —dijo entonces Albita.

Albita era la que más se embebía en la lectura de novelas de amor. Por eso al mencionar la palabra «esposa» y hasta palabras más sencillas, como «ella» o «él», les daba una resonancia especial.

—¿Cuál ella? —quiso saber el forense.

—Tu *Esposa*, bobito. Tu *Futura Esposa*.

Veán, pues, en lo que me supe meter, pensó César. Mañana mismo me vengo a vivir aquí para perder la chaveta en menos de tres días.

Les dijo, sin embargo, que iba a pensarlo, pero que no hicieran planes ni empezaran a arreglarle el cuarto y cosas así, porque ellas sabían bien que él se había acostumbrado ya a vivir solo. Recibió la bolsa de peras de agua que le dieron y fue al café a buscar a algún amigo, para jugar tal vez una partida de billar. No encontró a ninguno, jugó un rato solo, se tomó un trago y salió para la morgue.

Cuando se agachaba a trabajar sobre sus muertos el médico parecía un gallinazo, sí, pero también un ángel.

Pasada la medianoche llegó a su casa vacía y se dedicó a fumar, a recordar el mar y a esperar el ruido de los pájaros.

## **BRISA, FLORES**

### **[2016]**

La mañana de la bomba yo había salido a trotar y me había parado a unas seis cuadradas de mi apartamento a admirar las hortensias del antejardín de una de las pocas casas del barrio que no habían sido demolidas para levantar edificios de apartamentos. Las admiraba sin verlas, pues tenía la mente puesta en lo que la muchacha iba a preparar para el almuerzo. A Francisco no le gustaba que se repitiera demasiado pronto el mismo menú, así que yo pensaba en gambas gratinadas, torta azteca, palmitos al horno y otros platos refinados que me daban náusea a esa hora de la mañana de sólo imaginármelos.

Estaba con mi perro, que salía siempre a trotar conmigo. Se me quedaba al pie y no había necesidad de traílla, como si lo hubieran adiestrado. Yo le decía «pare» y paraba. «Échese» y se echaba. «Bocarriba» y adivinen lo que hacía. Y no tenía que hablarle en alemán ni en inglés, como era el caso de muchos de mis vecinos con los perros de ellos. Me acompañaba desde chiquito y tenía nombre de perro popular, que son los que me gustan. Cuando me lo regalaron pensé en Káiser, Guardián, Dantón, Negro, Capitán, Tarzán y Trotsky, entre otros, y me decidí por este último. Trosky, mejor dicho, sin la segunda te, que es como dice la gente. Es grande, negro rojizo, serio, una mezcla de pastor alemán con algo, e inspira respeto, cosa que se necesitaba, teniendo en cuenta que las calles del sector a esa hora eran muy solas. El perro dormía al pie de mi cama en una colchoneta muy elegante que le conseguí en un almacén llamado Pet Store. Francisco y yo dormíamos en cuartos distintos. Yo había prometido no volver a pisar ningún sitio con nombre en inglés, pero era allá donde tenían la colchoneta más bonita, con forro de dulceabrigo estampado con huellas de patas de perro, así que la compré y para tranquilizar la conciencia le dejé una nota muy amable al dueño del almacén diciéndole que le debería dar vergüenza haberle



puesto así a la tienda, habiendo nombres en español igual de bobos, como La Mascota Feliz, La Casa de la Mascota o La Mascota que Ríe.

Que yo sepa, todavía no le ha cambiado el nombre. Las hortensias tenían un sistema de riego no visible que las mantenía espectaculares, y bajo la luz artificial se veían más hermosas todavía. Una escritora que me gusta mucho dice en un cuento que el color de una flor azul, no me acuerdo cuál —podría ser la hortensia—, es igual al del gas de las hornillas. Tener que pensar en los menús me molestaba más de lo que yo misma me daba cuenta. Le gustaba el buen vino, a Francisco, y la comida refinada —o «sofisticada», como dicen por ahí—, mientras que yo disfrutaba tanto de una langosta al ajillo como de un pedazo de salchichón con pan y naranja Postobón en alguna tienda del centro. A fin de cuentas las dos producen la misma agriera. Yo soy nacida y educada en el centro de Bogotá y sé de salchichón cervecero con pan de mil pesos y sé de tamales al desayuno y de chocolate espeso y espumoso.

Cuando estaba casada casi nunca podía ir a visitar a mis papás, pues lo del manejo del hogar no me dejaba tiempo, con invitados llegando casi todos los días a comer, y con lo de ese colegio antipático de los niños, tan exigente con ellos y con los padres. En este caso con la mamá, porque él se limitaba a garantizar que mantuvieran su excelencia académica y su beca. Es decir, era la policía. Menos mal que al final logré que se cambiaran de colegio y mandaran a la porra los tales promedios y la tal beca, que a fin de cuentas nunca habían necesitado.

Lenguas de ternera con alcaparras en salsa de vino Marsala, decidí, mientras miraba las hortensias que tenían flores esféricas del tamaño de mapamundis de los pequeños. Puré de arvejas. Arroz horneado con queso en refractaria de barro. Yo estudié Antropología en una universidad del centro, precisamente, a escasas cinco cuadras de mi casa, que ha sido de mi familia paterna desde siempre y que es donde otra vez vivo con mis papás, bastante ancianitos ya y algo achacosos. Mi papá es poeta, de los buenos, pues fue hijo único y pudo darse el lujo de dedicarse de tiempo completo a los versos, como dice él. Y mi mamá es hippie de las que estuvieron en Woodstock y se escaparon por un pelo de freírse el cerebro con lsd en aquel pantanero. Colombiana nacida y educada en Washington y después casada con mi papá y re colombianizada. Y la casa es helada,

tanto que le hice poner calefacción de gas en los baños y en algunos de los cuartos, carísima, pero que nos cambió la vida a todos, especialmente a mi mamá, que se mantenía de gorro de lana, ropa interior térmica y una ruana gruesa que casi no la dejaba ni moverse. La chimenea es grande, pero calienta dos metros a la redonda y ahí empieza el hielo.

Por los días de la bomba yo me desempeñaba no como antropóloga sino diseñándoles los menús a Francisco y sus invitados, y cuidando de que a los niños no se les bajara el promedio en el colegio. Él les había organizado todo, y casi desde kínder habían estado cuidando el promedio de las calificaciones, ya que se había decidido que irían al mit, en Chicago, donde él había estudiado. Los dos sacaban muy buenas notas, pero eran propensos a diarreas y cólicos, especialmente en época de exámenes. Uno iba en cuarto y el otro en quinto de bachillerato.

Las del antejardín eran hortensias de las clásicas, es decir, de las azules. Las rosadas y las blancas me gustan menos. No me acordaba si había alcaparras en la despensa. Sal marina sí había, y vino Marsala quedaba apenas lo suficiente. Si se usaba sal común, Francisco se daba cuenta y en el comedor el ambiente podía ponerse muy tenso, como siempre que se desoían sus consejos. Dejaba de hablar, su malhumor se expandía como una neblina y también yo me quedaba en silencio. Lo sentía por los muchachos, que trataban de romper ese hielo mostrándose alegres y dicharacheros, pero cada cierto tiempo miraban de reojo a su papá, tratando de calcular lo enojado que estaba. A Francisco le brillaban las gafas pequeñas, como si tuvieran filo. En cierto modo era mejor cuando había invitados, pues se cuidaba y no dejaba ver el frío, la mucha lejanía.

José iba flojo en Química y eso nos tenía preocupados. A mí me inquietaba que el niño sufriera, no sus debilidades académicas, pues a mí la Química m.i.u.c., como dice mi cuñado Roberto, es decir, Me Importa Un Culo y creo que al pobre muchacho le importaba otro, pues terminó estudiando Artes en la Universidad Nacional con todos esos muchachos de recursos económicos modestos y mucho talento que allá llegan. Hoy sus trabajos son reconocidos aquí y en España, donde vive desde hace varios años, ya ni sé cuántos. Más años de los que yo hubiera querido, en todo caso, pues poco me gusta eso de que los jóvenes se estén yendo para

otros países, aunque entiendo que se sientan inseguros, pues este va demasiado mal y vivir aquí no es fácil. Pero que el país esté así, con todos los diablos sueltos, robando, matando campesinos, es más razón para que no se vayan, digo yo. ¿O vamos a dejarles el Gobierno para siempre a los rateros, a los incompetentes, a los matones?

Mi otro hijo se llama Luis. A ellos les pasó algo parecido a lo de Trosky. No quise ponerles los nombres que estaban de moda por aquellos días, nada de Mateo ni Sebastián, sino comunes y corrientes, del montón. Y tuve razón. Las modas van y vienen, pero los nombres de mis hijos se han sostenido siempre iguales, como las piedras grandes. Resistentes y además bonitos, aunque poco llamativos, eso sí.

El portero de la casa de las hortensias salió de su caseta y conversamos un rato. Me dijo que el jardín lo cuidaba una empresa que remplazaba con plantas nuevas aquellas que medio flaquearan, y que por eso se veía tan bien. Me dijo que se llamaba Pedro, y ya iba yo a preguntarle que si la casa era de una familia o de alguna institución, cuando explotó la bomba a unas cuatro cuabras hacia el norte, y los tres nos quedamos como de piedra, por el fogonazo y el ruido, y después por la bola de llamas y humo que subía hacia un cielo que apenas había empezado a clarear. Llegó entonces una especie de brisa fea que puso a temblar los vidrios de la casa, sin alcanzar a romperlos, y movió las flores de las hortensias. Yo la sentí en la ropa y en la cara. El perro ladró. Caminamos despacio Trosky y yo hacia el sitio de la explosión y nos quedamos como hipnotizados por todo ese infierno. Yo quería ayudar, pero unas personas me dijeron que mejor me fuera para mi casa, por favor, que ellos se encargaban, y nos volvimos casi sin darnos cuenta al apartamento. Los muchachos habían salido a buscarme y Francisco estaba asomado a la ventana, mirando las llamas y el humo espeso que se levantaba a diez cuabras hacia el norte. Cuando me vio, marcó en su celular, seguramente a los muchachos. Me ayudó a ponerme la pijama, me ayudó a acostarme, como a una sonámbula, y desperté dos horas después, es decir a eso de las ocho de la mañana.

José me esperaba en una silla al lado de la cama, como si yo regresara de alguna cirugía. Francisco y Luis se habían ido, el uno para su oficina, el otro para el colegio. Entró Emilse, la muchacha, con una aromática de

manzanilla para calmarme los nervios. Pero nerviosa yo no estaba. No quería ocuparme del almuerzo, eso era todo. Quería irme y no volver a pisar ese apartamento nunca más. Fui al clóset y empecé a empacar ropa, lo básico, en una maleta pequeña, mientras José me miraba sin preguntar. El perro se mantenía a mi lado como una sombra. Fui al baño por los cosméticos, y eso fue ya lo último que empaqué. Lo demás lo dejé atrás, pues era peso muerto, basura, y bajé al estacionamiento del edificio con mi hijo y el perro, agarré mi carro y me fui con los dos para la casa de mis papás, que es donde vivimos ahora. Por la noche allá llegó Luis.

*OceanofPDF.com*

# LUZ DE TUS OJOS

## [2012]

Antes de casarse con Lurdes, cuando aún no había cumplido treinta años de edad, Jairo Garcés, abogado, era ya dueño de tierras, casas y muchas otras propiedades. Entre esas propiedades había un almacén de materiales de construcción que quedaba a las afueras de la ciudad, donde empezaban los primeros cafetales. Allí trabajaba, más de administradora que de secretaria, Obeida, que era muy gorda y bonita, aunque no tan bonita como Zaida, su hermana menor, que también era alta y muy metida en carnes pero sin llegar a la gordura, y usaba faldas ajustadas, escotes amplios y tacones altos y delgados.

—Camina con todo eso y nunca se cae —decía Lurdes.

Jairo había conocido a Lurdes cuando ella tenía quince años y estudiaba cuarto de bachillerato. Llevaban dos años de novios. Era hija única y vivía con sus padres en una casa grande, cerca del cuerpo de bomberos. De mediana estatura y pelo abundante y negro, como de gitana, se movía con una desenvoltura natural que la hacía parecer muy hermosa.

A Jairo no le había sido difícil empezar a salir con ella, a pesar de que le llevara tantos años, pues no era feo y a Lurdes le gustaba de verdad. Además la halagaba el hecho de que fuera conocido, rico y manejara su carro con mucho aplomo. A él le gustaba Lurdes por el pelo, la voz clara y firme, la manera de caminar, la manera de ponerse la boina del colegio, el negro de los ojos, lo apasionado de su temperamento, la simpatía, la risa y la sonrisa.

Desde el principio la relación fue turbulenta. Él no era mujeriego, pero Lurdes era muy celosa y como el orgullo le impedía reconocerlo, estallaba por motivos que nada tenían que ver con la causa del enojo. De modo que sus celos, hasta que él perdió la vista y ya no pudo mirar más a las mujeres, siempre lo desconcertaron.

De haber sido persona de introspecciones, Jairo quizás se habría dado cuenta de que en los sitios públicos de vez en cuando se dejaba llevar y admiraba la especial cadencia y armonía de las mujeres que se sienten bellas, y que eso molestaba a Lurdes. Pero Jairo no era persona de pensar frases que tuvieran que ver con armonías. Lo suyo habían sido sólo los negocios y ahora eran sólo Lurdes y los negocios.

—Usted no tiene por qué tratarme con tanta indiferencia —le dijo ella una tarde, en una de las heladerías del parque principal.

Se habían encontrado allí con un amigo y su esposa, y el amigo, dueño de una firma de ingenieros, había hablado del contrato que acababa de firmar para los trabajos de ampliación de las calles que daban precisamente a ese parque. Jairo era uno de los socios capitalistas y había movido sus muchas conexiones políticas para la aprobación de la obra. Se iban a derribar unas veinte casas, de las primeras que fueron construidas en la ciudad, y la oposición al proyecto había sido grande.

La miró desconcertado.

De haber sido persona atenta a los detalles, Jairo habría quizás reconocido que tampoco esta vez había dejado de admirar, cuando se alejaban la esposa y el amigo, la vena de las medias veladas de la esposa y su cadencia especial y su armonía. Así que ahora, totalmente confuso, se preguntaba cómo diablos habría él podido hacer participar a una muchacha de diecisiete años en una conversación sobre la oposición de un puñado de concejales lloriquetas a un proyecto que implicaba el derribo de unas pocas casas de bahareque. Con tal de hacer política, a cualquier cosa llamaban joya arquitectónica o patrimonio histórico, pensaba Jairo. No eran seguras las tales casas, además, por lo viejas: muchas de las celosías de madera y de los tan cacareados portones y escaleras, por más labrados que fueran, estaban llenos de gorgojo. ¡Cómo estarían las vigas!

—¿Indiferencia? —dijo.

Así como el amor por Lurdes era cada vez más hondo, su estilo para los negocios se había hecho cada vez más brusco y, según algunos, más implacable. Cada día era mayor el número de campesinos asesinados que llegaban a la morgue, mientras él se hacía, día a día, más rico e influyente, y había gente que no dejaba de relacionar justa o injustamente

una cosa con la otra. Nadie se lo iba a preguntar de frente, pero si por casualidad alguien lo hubiera hecho, bien habría podido Jairo responder con toda sinceridad: «Yo no he matado a nadie».

—Cuando no hay nadie por ahí, se sobra usted en zalamerías. Pero vaya que aparezca alguien y ya no me vuelve a determinar.

—Pero, mujer, lo que pasaba era que estábamos hablando...

—No me importa de qué estaban hablando. O sea, pues, que me das por bruta. A mí se me respeta.

La discusión alcanzó momentos absurdos. Él se miraba los zapatos y se preguntaba si no estaría soñando. A Lurdes se le desbordaban las lágrimas, y cuando él trató de tomarla del codo para tranquilizarla se apartó con violencia y derribó sillas, vasos y botellas con un estrépito que ocupó el parque entero y casi hace levantar el vuelo a las palomas.

Las reconciliaciones fueron siempre difíciles. Lurdes se encerraba en su casa después del colegio y él no podía hablarle. Le llevaba serenatas, pero las luces de la casa permanecían apagadas. La esperaba a la salida del colegio, y ella, como pez en un banco de peces, se las arreglaba para desaparecer entre el revuelo de los uniformes. Le mandaba razones, le mandaba regalos. Y aunque no llegaba al punto de emborracharse y llorarle en la puerta de la casa, se ponía sí muy melancólico por ahí, en bares donde no lo conocieran demasiado. Los suegros intervenían, ella cedía y todo comenzaba de nuevo.

Lurdes terminó bachillerato y se empezó a hablar del matrimonio. Pero paz nunca había, y cada vez que Jairo creía haber aprendido a cuidarse mejor, algo ocurría. A sus espaldas se decía que ella le pegaba. Falso. Una patada en la espinilla una vez, pero aquello fue casi jugando. Otra vez trató de arañarle la cara, pero él la mantuvo agarrada con firmeza de las muñecas hasta que la tensión pareció ceder. Cuando la soltó, se le lanzó de nuevo y tuvo que volver a agarrarla.

—Ahora sí me podés soltar, maldita sea, que no te voy a hacer nada —dijo—. Pero ni se te ocurra venir a lloriquearme, como siempre, tras las faldas.

Aquella vez se demoró tres largos meses en perdonarlo, pues alcanzó a sentir que él había estado a punto de golpearla.

Entonces la obesa Obeida quedó en embarazo de su marido, que tampoco era delgado, y se puso aún más gorda, por lo que muy pronto estuvo incapacitada para seguir trabajando, pues se fatigaba y jadeaba mucho al desplazarse y casi no podía pasar por la puerta del baño del depósito.

—No me imagino el tamaño del niño que van a tener —decía Lurdes.

La bella Zaida, a quien su hermana Obeida había estado empapando del negocio casi en secreto desde que supo de su embarazo, entró a remplazarla sin que Jairo le dijera nada a Lurdes. El abogado quería evitarse problemas inútiles, al fin y al cabo ella nunca iba al almacén, y si se lo decía corría el riesgo no sólo de que se enojara, sino de que impidiera que Zaida remplazara por un rato a Obeida, y en ese caso él mismo tendría que ponerse a enseñarle a alguien, cosa que no tenía ni el tiempo ni la disposición de hacer.

Nunca faltaban los líos. Cuando no eran por un lado eran por el otro. A veces es mejor no tener plata, pensaba el abogado Garcés, y no sólo por los enredos sino por las envidias. Sabía muy bien lo que de él decían en la calle, especialmente sus enemigos políticos. ¿Que había tenido algo que ver con lo de El Jardín? Pues que lo probaran, partida de resentidos. Aquella finca la había comprado mucho después de la tan mentada matanza, y a buen precio, no lo negaba, pero ¿es que hay obligación de comprar caro? ¿Que financiaba a los bandidos conservadores? Acusación más absurda no podía haber. Era amigo de algunos, por supuesto, con algunos incluso había ido al colegio, y si se los encontraba cuando iba a sus fincas, pues los saludaba y hablaba con ellos. ¿Y era que estaba prohibido saludar a gente que había conocido toda la vida?

Y ahora el enredo de Zaida.

Jairo acostumbraba hacer visitas diarias rápidas al almacén, aunque a veces se permitía dejar de ir dos o más días seguidos, pues sabía que con Obeida estaba en las mejores manos. Ahora, con la llegada de su hermana, el abogado se la pasaba allá, y él mismo pensaba que lo hacía para vigilar que todo estuviera en orden, pero en realidad era porque los escotes de Zaida eran amplios y sus senos tersos y abundantes, y porque cruzaba y descruzaba las piernas con frecuencia y dejaba ver sitios donde se mezclaban el rosado asfixiante y el poderoso negro. Cuando Zaida le



sonreía recorría a Jairo con toda la extensión de sus ojos maquillados, y cuando pasaba a su lado lo arrastraba casi, como un viento fuerte. Al soñar con ella, cosa que ahora sucedía casi todas las noches, Jairo siempre llegaba, después de recorrer terrenos escabrosos, a una ciénaga que se abría con la suavidad del raso y dejaba ver a veces una especie de mercado, a veces dunas o grupos de palacios.

Entretanto Obeida seguía engordando. Lurdes la vio una vez de lejos en la calle y quedó maravillada.

—Si el niño sale demasiado grande para criarlo en la casa, les podés prestar el depósito del almacén —dijo, inocente de lo que estaba a punto de ocurrir precisamente en el almacén.

Claro que él no estaba muy seguro de que Lurdes hablara en broma, pues la conocía cada vez mejor y sabía que su lógica se acercaba mucho a la alucinación. A pesar de la atracción sin tregua que ahora sentía por Zaida, cada vez admiraba más a la que iba a ser su mujer. Y sonreía, dándole la razón a Lurdes, al imaginarse al bebé gigante gateando por el depósito o alimentándose con un biberón del tamaño de un cilindro de gas. Habían comprado el vestido de novia. Habían hecho el primer ensayo de la ceremonia y tenían los muebles y la ropa de cama.

Cuando no pudo más y las sonrisas de Zaida lo desbordaron, Jairo recorrió por fin aquel territorio vasto y entró a lugares a veces oscuros, a veces muy iluminados, iguales a los de sus sueños; a sitios recogidos y abrumadores donde olía a veces a rosas, a veces a algas o a cangrejos, y donde al final terminó extraviándose. Entonces se quedó inmóvil y fueron las manos de Zaida las que lo recorrieron ahora mientras él cerraba los ojos y se abandonaba a algo que jamás había sentido, placer en lugares de los que no era sabido que brotara el placer y también en aquellos de donde era bien sabido que brotaba, como si lo estuviera poseyendo, no Zaida sola, sino una multitud que lo arrollaba hasta casi desbaratarlo, semejante a un alud de plumas, talcos y colchones. Ya, ya, Zaida, ya no más, dijo en algún momento de esa tarde, ahora sí no más, ahora sí necesito dormir, o me le muero. Y cuando despertó era de noche y ella ya se había ido.

Algo semejante ocurrió al día siguiente, y al siguiente, y al otro, mientras Obeida seguía creciendo y se acercaba el momento de dar a luz.

La inocencia de Lurdes no duró mucho. Y no porque ancianas verrugosas hubieran venido a tocar a su puerta, tarde en la noche, para advertirle de lo que estaba ocurriendo en el almacén y luego desaparecer entre risitas y pedos. Necesidad de eso no hubo. Tampoco fue necesario que la bella Zaida se descuidara y no le quitara bien a Jairo el lápiz labial de todos los lugares que había visitado. Ocurrió simplemente que Lurdes un día se enteró de que era Zaida la que estaba trabajando en el almacén, y a la mañana siguiente, cuando se vio con Jairo, lo miró con un poco de detenimiento y no sólo supo que algo había ocurrido, pues cosas así necesariamente cambian la expresión de los ojos de la gente, sino lo que había ocurrido. Entró en una especie de trance helado.

—¿Sabés qué? Yo mejor me voy —dijo de pronto, y Jairo se quedó en mitad de una frase, sin saber qué hacer ni entender lo que había pasado.

Lourdes llegó a la casa como una ráfaga.

—Lurdecita, niña, ¿qué le pasa que la veo tan pálida? —preguntó la mamá cuando la vio entrar, y ella nada contestó.

Maldita cochina, perra sucia, marrana hedionda, pensó Lurdes. Vas a ver, maldito. Cerda sinvergüenza, ojalá y se te repudran los ovarios. Ya verás lo que te va a pasar por puto, desgraciado. Por andar detrás de la gran cerda, pensó.

—Adiela, ¿qué le pasa a la niña que la veo tan descolorida? —preguntó el papá.

Lurdes recorría su cuarto con el abundante pelo negro revuelto, sin contestar a lo que le decían, y después recorría el solar y pasaba, sin ver nada, por debajo de los mangos.

—¿Qué horas son? —preguntó de pronto.

—¿Por qué, hija?

—¿Qué horas son?

La mamá dijo las diez, y Lurdes dijo allá deben estar los infelices, y entró al baño y salió del baño con una bolsa, y se fue para la calle sin siquiera cerrar el portón. Reinó el silencio más grande que en esa casa se había conocido hasta entonces. El papá y la mamá se miraron, pero no hablaron. Ni siquiera los gallos cantaban. La mamá sirvió café con pan y se sentaron a esperar a que lo que fuera a pasar pasara. Y cuando faltando

un cuarto para las once sonaron en la puerta los golpes que habían estado esperando, la mamá se quitó el delantal y salió a abrirle al niño que tocaba.

—Corra, doña Adiela, que Lurdes dejó ciego al doctor con Ángel Rojo.

El envase del líquido para destapar inodoros que Lurdes le había arrojado a Jairo tenía el sello de un ángel con espada y alas rojas, y el líquido borbotaba, echaba humo y zumbaba cuando tocaba agua o cualquier materia orgánica.

La mamá salió corriendo y muy pronto el papá la alcanzó en el carro. Todos los niños de la ciudad parecían haberse volcado a las calles y empezado a correr hacia el almacén. Cuando el papá y la mamá llegaron, a Jairo y a Zaida se los habían llevado para el hospital, y a Lurdes la conducían a la inspección de policía. Se la veía aún furiosa. La melena parecía habersele puesto más negra y abundante. Y los dos policías jóvenes y de mejillas coloradas que la llevaban la miraban de reojo con algo de admiración y de recelo.

—Ropa, dentífrico y Kotex —dijo Lurdes cuando el papá quiso saber lo que necesitaba, y la mención con voz firme y alta de los paños higiénicos hizo que en los dos policías aumentara la admiración y sobre todo el recelo.

Entretanto Jairo, tan pronto los analgésicos le aliviaron un poco la tortura de los ojos, preguntó por Lurdes y mandó llamar a Herminio, el abogado que había contratado hacía algunos años para que hiciera cosas que a él no le gustaba ni le convenía hacer. Desde la oscuridad de sus vendajes le pidió que se ocupara de que no se fueran a llevar a Lurdes para la cárcel de mujeres, que allá esa loca era capaz de hacerse matar o algo, que la sacara cuanto antes de la inspección y la llevara para la casa de los padres.

—Listo, doctor —dijo Herminio—. Se hace.

Jairo se quedó, pues, ciego y a Zaida se le formaron cicatrices en el hombro parecidas a sedas movidas por el viento, a rizos de agua. Un juez le dio a Lurdes la casa por cárcel, decisión más bien inútil o redundante, ya que ni ella pensaba ir a ningún lado ni en la puerta de la casa hubo

nunca policías que le impidieran salir, pues Jairo era amigo de los funcionarios judiciales y se ocupó de que no la molestaran con tonterías.

Pasaron los días. Obeida tuvo por fin un hijo de tamaño normal, que había estado sumergido en un océano de líquido amniótico, y Zaida se hizo novia de un comerciante de ganado. Lurdes seguía con la casa por cárcel, aunque de vez en cuando acompañaba a la mamá a la plaza de mercado. Finalmente Jairo —a quien le había quedado brillante y arrugada la piel alrededor de los ojos y usaba gafas negras grandes, de modo que no se le vieran la cicatrices— logró que levantaran de manera oficial la sentencia, y cada rato le pedía a Herminio que hablara con los padres, para saber cómo iba todo.

Herminio iba a la casa de Lurdes, tomaba café y pan con el papá y la mamá, hablaba con ellos un rato en la sala y volvía a irse. Lurdes lo veía llegar e irse y no preguntaba nada. Pasaron casi seis meses y Herminio seguía yendo, jueves tras jueves: el mismo pan, el mismo café con leche, la misma conversación en la sala. La niña estaba bien, le decían. Estaba tomando clases de mecanografía y consideraba la posibilidad de hacerse normalista. ¿Y es que piensa ponerse a trabajar?, preguntaba el abogado, y ellos decían que no, no era eso, no, Herminio, no que ellos supieran. Era porque no le gustaba permanecer ociosa.

Jairo aprendió muy rápido a moverse con bastón por la calle y sin bastón por los amplios corredores de su casa. Los negocios, que ahora manejaba desde un mapa mental, prosperaron como nunca. Y aunque en los campos y veredas seguía corriendo la sangre —a veces ríos, a veces con menos abundancia—, en su casa el horror no se sentía: sólo sonaban la lluvia en el solar y, en días de sol, el viento entre los árboles. Se le empezó a afinar el oído y mandó colgar jaulas grandes en el patio central, para mantener turpiales y sinsontes.

Hasta que un día Herminio, que esa tarde masticaba el pan con el lado derecho porque se le había caído un empaste grande del izquierdo, vio entrar a Lurdes a la sala y caminar hacia él.

—Dígale a Jairo, por favor, que bueno. Que está bien. Que todavía me caso con él, si quiere. Yo lo cuido.

Herminio no sintió sorpresa ni emoción, pero se distrajo con el pan y sufrió una descarga de dolor que le arrancó una lágrima. Odió a la

muchacha morena que lo miraba como a un esclavo, como si ella fuera una puta princesa del Sahara o algo, pero el odio duró lo que duró el dolor, y otra vez asumió sus funciones de abogado.

—Muy bien, señorita Lurdes, yo se lo comunico. Doña Adiela, mil gracias por el café y el pan. Don José Manuel, buenas tardes.

A Lurdes le brillaban los ojos mientras caminaba hacia el altar con el ramo de flores en las manos. Jairo mantenía la mano derecha sobre el hombro de uno de sus sobrinos. Sentía el perfume de las rosas y también distinguía el de las otras flores. Antes de entrar se había tomado un aguardiente grande y ahora se sentía volar. No había querido casarse con las gafas negras.

Sólo veía las sombras y la luz.

*OceanofPDF.com*

## **FLOTAR**

### **[2016]**

Mi tía Angélica, la menor de mis tías maternas, desapareció de nuestras vidas y de la vida de la familia cuando mi hermana gemela y yo teníamos trece años. Después de cuarenta, Ramiro, su segundo marido, vino un día a mi casa y me dijo que la tía nos mandaba a pedir el favor de que la acompañáramos en la clínica, porque se iba a morir.

De niñas, Jimena y yo éramos flacas y largas, como alambres. Íbamos todos los días a la casa de la tía, a que nos mostrara cómo doblaba cucharas o apagaba las luces con la mente, y a que levitara o tocara el acordeón o el serrucho. La música era lo que más me gustaba, pero la apagada de luces tenía su gracia y también la levitada, así fueran sólo uno, máximo dos centímetros los que se elevaba.

Cuando se le menciona el asunto, Jimena, que es escéptica, dice:

—¿En centímetros? Yo diría que ninguno. Nos hipnotizaba como a gallinas.

No creo que a nosotras nos hipnotizara. A las gallinas, sin duda. Con dos pases las dejaba quietas, como si fueran de madera, o las ponía a empollar huevos que no había, o a picotear en las baldosas granos de maíz que tampoco existían. Pero una cosa es hipnotizar a una gallina y otra, a dos niñas de ruedo zafado y rodillas raspadas, tremendamente inquietas, como éramos nosotras.

—Vos te sentís la más bella entre las incrédulas, ¿no? —le digo a Jimena como para burlarme de tanto escepticismo.

La afición por la música me viene de la tía Angélica. Poco antes de que desapareciera, yo había seguido su consejo y estaba tomando clases en el conservatorio y también con profesores particulares. Mi tía tocaba el acordeón, Bach, Rameau, Scarlatti, adaptaciones, claro, pues que yo sepa ellos nunca escribieron para acordeón, y también cumbias y rancheras, aunque le gustaba más la música clásica. Y lo hacía de oído,

sin partitura, pero había que rogarle un rato para que sacara el acordeón del armario y se lo colgara en ese cuerpo tan poco agraciado que tenía. Sus manos eran corticas, gruesas y agilísimas. A ella se debe que hoy enseñe yo acordeón en el colegio, cosa que hago por afición y por amor al instrumento, y sólo a aquellos niños que de verdad tengan interés en aprenderlo, pues lo mío oficialmente es el piano.

Mi hermana y yo fuimos gemelas idénticas, que en nuestro caso quería decir idénticas idénticas, como dos gotas de agua. Yo terminé por quedarme como Juliana y ella como Jimena, pero cuando éramos muy niñas nos trocábamos los nombres para entretenernos y confundir a los grandes, y a veces se nos olvidaba cuál nombre era de cuál y nos peleábamos cuando no lográbamos ponernos de acuerdo. También nos oíamos el pensamiento la una a la otra, como pasa a veces con los gemelos. Todavía de cincuentonas nos parecemos, pero de idéntico ahora sólo tenemos la estatura y el sobrepeso. Además nos maquillamos distinto. Yo no me maquillo, casi no me maquillo, mejor dicho, y Jimena se pinta esos ojos que parecen... Ni sé qué parecen. Como mariposas o chapolas grandes es lo único que se me ocurre. Como esas estatuas de las diosas del Nilo o peor.

Las dos señoras altas y robustas llegamos, pues, a la clínica, una muy maquillada y con el pelo demasiado negro, la otra casi sin maquillar y con el pelo gris plateado, a acompañar a la tía que se iba a morir. Es bonito mi pelo, no sé a Jimena por qué le dio por teñírselo. Le brilla horroroso, como el carbón. En la recepción nos atendió un enfermero mariconcito que me hizo pensar que algunos de ellos son más mujeres que las mismas mujeres. Por mucho esfuerzo que haga, ninguna mujer alcanzaría a tener tanta gracia como este enfermero. Pero amable, eso sí. Caminaba adelante de nosotras meneándose, aunque tampoco demasiado, y cuando abrió la puerta de la habitación nos picó el ojo.

La tía era pequeña de estatura, y de joven había sido vivaz y alegre, pero estaba lejos de ser bonita. Lejísimos. Era fea de cuerpo y de cara, y así y todo siempre tuvo novios y pretendientes. Le gustaban mucho los hombres, pero lo que se dice hombres oficiales que se le conocieran, solamente fueron Santiago y Ramiro, es decir su primer marido y su segundo marido. Que una mujer tan poco favorecida atrajera tanto era

más gracia, pienso yo, que doblar cucharas o hacerles dar vueltas a los cuchillos como aspas en las mesas.

Entramos al cuarto y nos dimos cuenta rápido de que la situación en materia de belleza no había mejorado. Todo lo contrario. La tía Angélica estaba muy vieja, había disminuido aún más de tamaño y tenía la cara torcida por la trombosis. Cuando llegamos, miraba hacia la puerta desde la cama, esperando a que apareciéramos, pues muchas veces ella sabía lo que iba a pasar a continuación, como si ya hubiera visto la película. Nos vio y dijo con la boca torcida y voz débil:

—¡Eftán como hipopófamos!

—¿Qué dijo? —preguntó Jimena.

—Que parecemos hipopótamos, mi amor —contesté con voz firme.

Mi tía Angélica hablaba con la efe, por la trombosis, pero yo tengo el oído fino y había alcanzado a entenderle. Pensé en contestarle que ella parecía un gnomo y estaba más boquitorcida y fea que un extraterrestre, pero habíamos venido a acompañarla a morir, no a alegar con ella.

—¡Exagerada! —dijo Jimena.

—Gordaf fero bonitas.

—Ah, eso sí —dijimos Jimena y yo al mismo tiempo.

Levantamos la cama con la manivela para que la tía Angélica quedara bien sentada. Nos acomodamos Jimena y yo en el sofá de tres puestos, dos en nuestro caso, y nos pusimos a conversar. «Conferfamos» de muchas cosas durante las horas que siguieron. Nos contó cómo había sido su vida después de dejar a su primer marido, el escándalo más grande y tal vez el único que ha habido en la familia. Al primer marido, Santiago, un administrador con el que vivió muchos años, lo dejó por Ramiro, que era médico veterinario y había sido el mejor amigo de Santiago desde la época del bachillerato. Un día mi tía y Ramiro se fueron juntos, sin dejar ninguna nota, y sólo vino a saberse de ellos hasta ahora, cuando mi tía se materializó de pronto con trombosis cerebral en una clínica del sur de aquí de Cali. Ramiro andaba por ahí, nos dijo, pero ella prefería que estuviéramos también nosotras, pues él, según mi tía, era un inútil para cuidar enfermos que no fueran vacas, y además las enfermeras no le hacían caso. Y con las tres hermanas que todavía vivían no podía contar, pues ellas mismas estaban todas desvencijadas, a la tía



Angélica poco la querían y además eran demasiado orgullosas para acompañar enfermos.

—Claro que se supo de nosotros —dijo mi tía cuando mencioné el tema—. Lo que pasa es que a ustedes, muchachas, nunca les contaron nada. En esta familia todo lo esconden —agregó con rapidez y mucho sentimiento, de modo que no fue fácil entenderle con todas aquellas efes apiñadas.

Ya no se le sentía debilidad en la voz.

—Después de que dejé al boboncio de Santiago, Ramiro y yo vivimos muchos años en una finca por Puerto Gaitán, Llano abajo, y después en otra, por Arauca.

—¿Puerfo qué? —me preguntó Jimena en voz no tan baja, y yo le di un pellizco para que no fuera imprudente. Ella me dio otro.

—No te me acerqués tanto, que me marea el olor a cosméticos.

—Sin pelear, niñas.

La tía Angélica nos contó que la vida con Santiago, su primer marido, había sido muy tediosa y llena de rutinas. Se había casado demasiado joven con una persona como él, que le llevaba doce años y ni siquiera de joven fue muy aventurero que digamos.

En los Llanos mi tía Angélica y Ramiro se movían de un lado al otro en un jeep, visitando haciendas, atendiendo partos de vacas, vacunando ganado. Dormían en hamacas y veían los amaneceres y los atardeceres más bonitos «fe uno fueda conofer». Y yo sé bien a qué se refería, pues voy con cierta frecuencia a acampar al Llano con mis estudiantes y los obligo a levantarse temprano para que vean el amanecer, así estén medio dormidos y llenos de lagañas.

Después de contarnos de su vida feliz, primero en el Meta y luego en Arauca, cerró los ojos como para descansar y nosotras dos nos quedamos calladas. Al rato una enfermera flaca entró como Pedro por su casa, sin golpear ni nada, y le preguntó a mi tía que cómo estábamos hoy, con esa manera de hablar en plural que le gusta tanto al personal de los hospitales y que nos va a acompañar a todos en el tránsito final, cuando se nos acabe el mundo y las oigamos decir: «Ahora nos vamos a morir, ¿bueno? ¿Estamos listicas?».

—Jodidas —contestó mi tía Angélica, y la enfermera se hizo la indiferente, como si nada hubiera oído.

—Nos vamos a poner el pato —dijo entonces, levantando sin miramientos las cobijas de la enferma y encajándole el pato de metal en las nalgas.

—¿Todas? —dijo Jimena.

—¿Y usted cómo se llama? —le pregunté a la mujer con voz que me sale autoritaria cuando se necesita, por lo mucho que he bregado con estudiantes difíciles. Entre mi voz fuerte y lo del pato de Jimena, que parecía ya lista para ponérselo, la mujer se empezó a desconcertar. Yo me le había acercado y no me llegaba ni a los senos. La habría despescuezado en medio segundo por poco que chistara. No me contestó nada, pero cuando sacó el pato lo hizo ya con menos brusquedad y arropó con cariño a la enferma.

Son unas hipócritas.

—¡Pero qué bueno que nos estén acompañando las sobrinas! —dijo. Entonces trató de abrir la puerta sin soltar el pato y no pudo. Dejó en el piso el recipiente con su pizca de meados amarillos, para hacer girar mejor el pomo de la puerta, y tampoco pudo. Miré a mi tía, que se hizo la desentendida.

—Bendita puerta —dijo la enfermera y siguió luchando con la manija. Yo fui y la abrí con dos dedos, mirando a la mujer desde arriba, para que se apabullara todavía más. Al salir se chocó con Ramiro, que entraba.

Coincidencia tal vez, pero con mi tía uno nunca sabía.

Ramiro era de tamaño mediano. Debió ser muy buenmozo cuando joven, pues tenía cabeza bonita, de frente alta y ojos grandes y verdes. El cuerpo era enclenque, pero proporcionado, y las canas le lucían cantidades. No sonreía nunca —por la preocupación con lo de la tía Angélica, tal vez—, pero su boca era bonita, o alguna vez había sido bonita, de esas que las mujeres decimos que provoca besarlas. Mejor dicho, entendí lo que mi tía había visto en aquel tiempo en esta persona que ya debía estar llegando, y a las carreras, a los ochenta años. Y cuando comenzaba uno a hablar con él entendía también por qué la tía nos había mandado llamar. Ramiro no hubiera sido capaz de manejar el lío aquel de

la trombosis. Tenía la memoria casi en ruinas e iba a ser más un estorbo que una ayuda en esas circunstancias.

—Angelita se concentra y se les salen los nuches a las vacas —dijo de pronto, sin ton ni son, después de las presentaciones, para empezar la conversación con nosotras, las robustas sobrinas de su mujer.

Las Angélicas no tienen diminutivo, pues serían Angeliquitas, así que el hombre había optado por aquel. En todo caso yo me imaginé a la vaca muy quieta, a «Angelita» en ese trance pacífico pero intenso con que la veíamos doblar las cucharas, y a las larvas, como si las estuvieran llamando con alguna flauta, saliendo de los nidos calientes debajo de la piel donde se habían acomodado.

—¡No me diga! —dijo Jimena. Y cuando le vi las ganas de darme en las costillas un codazo de complicidad le hice un gesto de advertencia.

—Ya empezaron a llegar estas viejas pesadas —dijo la tía Angélica.

Se abrió la puerta y entró mi tía Norma, la primera de sus tres hermanas que todavía estaban aproximadamente vivas. El televisor se prendió de repente y la tía Norma hizo primero un gesto de alarma, y después, de impaciencia, pero nada dijo. Estaba toda coja y descuadrada, y cualquiera hubiera pensado que se estaba recuperando de algún implante reciente de cadera, así de insegura caminaba. Venía con su chofer, un negro alto, fornido y serio que le cargaba la cartera. Yo me levanté, no a apagar el televisor sino a desenchufarlo, para que mi tía Angélica no siguiera molestando con eso, y volví rápido al sofá, no fuera que el chofer acomodara a la tía Norma en mi puesto. Ramiro se puso de pie y le ofreció su silla. Todo un caballero, aunque ya casi ni supiera cómo se llamaba.

—¡Por Dios, Norma, sí que estás descuadrada! —dijo la tía Angélica, pero la tía Norma no supo de qué le hablaba. Sólo yo le entendía bien, aunque Jimena estaba aprendiendo rápido.

Entonces, y casi al mismo tiempo, llegó la tía Doris, que se había quebrado la cadera con todas las de la ley, ella sí, y había recibido su respectivo implante. Venía con caminador y traía también un chofer. Este era huesudo, fuerte, de bigote negro, ojos claros y gorra de paño. Tenía por allá su toquecito de hampón, como si trabajara en los ratos libres para

alguna banda de secuestradores de señoras de cadera quebrada. Los dos choferes llevaban corbata roja y saco de paño azul.

—Se van a agarrar —me dijo pasito Jimena.

Era la época en que a los cuartos de los hospitales podía entrar tanta gente como les cupiera, así se quedarán sin aire los enfermos. Y hasta se fumaba. El hampón huesudo salió al corredor y volvió con dos sillas. Acomodó en una a la tía Doris, su patrona, y él se sentó en la otra. Ramiro quedó de pie, como sin saber qué hacer. El fornidísimo chofer negro, también de pie, cargaba la cartera al lado de la tía Norma.

—Le apuesto al moreno —susurró Jimena, atenta a la posibilidad de pellizcos de mi parte, pero esta vez no se dieron.

La conversación no fluyó fácil, no porque mis tías fueran calladas, sino porque no le entendían nada a la tía Angélica. Doris, la del chofer zarco y huesudo, no tenía audífono, y mucho que lo necesitaba. Norma sí tenía su audífono, pero se la pasaba tocándolo con el dedo, como para subirle o bajarle el volumen, hasta que le chillaba y a ella se le descomponía la cara por el ruido. Se lo entregaba entonces al chofer negro, que lo manipulaba con una delicadeza rara en alguien tan fornido, y se lo devolvía para que mi tía otra vez luchara con él y volviera a descuadrarlo.

Me distraje tanto mirando todo eso que ni siquiera supe de qué hablaban las tías. En la habitación, por el gentío, el aire empezaba a sentirse enrarecido. Los cosméticos de Jimena ayudaban. Y por último llegó Lucy, la mayor, que era imponente, como las malas lenguas dicen que soy yo. No traía chofer sino enfermera, y no supimos para qué, pues parecía sana y fuerte. Por si se quedaba inválida de repente, tal vez. Y como la enfermera era negra y muy bonita, el chofer negro y fornido salió con cartera y todo y les trajo sillas. Ramiro seguía de pie.

—Angelita sabe tocar con el serrucho *El cóndor pasa* —dijo.

Sólo Jimena y yo le hicimos caso. Había sido emocionante para nosotras de niñas ver a la tía Angélica sacar el arco de un armario y el serrucho del baúl de las herramientas y prepararse para tocarlo. Se lo ponía en las rodillas y después de una venia profunda, como de concertista, que nos divertía mucho, empezaba a tocar hasta que adivinábamos de cuál canción se trataba. Entonces tocaba el comienzo de

otra. A veces nos pedía que nos quedáramos calladas y tocaba piezas completas.

—Yo sabía tocar serrucho —dijo con amargura y las efes llorosas—. Ahora no sé ni orinar.

—Vaya le trae, por favor, una silla al doctor —le ordené al chofer huesudo, y le señalé a Ramiro.

—¿Él es el doctor? —preguntó la tía Doris.

Es el problema de decirle a todo el mundo «doctor» aquí en Colombia. Cuando le aclaramos que no era el doctor, no, que era el esposo de la tía Angélica, la tía Norma oyó mal y comentó, mirándolo con mucha atención y algo de recelo:

—¿Sí? Pero doctor no parece.

El chofer huesudo salió, volvió con la silla y la puso al pie de Ramiro, que no se sentó. Me levanté y fui a sentarlo, un poco a las malas, porque me caía muy bien y ya me estaba poniendo nerviosa de verlo ahí todo descolocado. Mi tía Norma, que había perdido la desconfianza, dejó de tocarse el audífono y le preguntó:

—¿Y usted cómo la ve? Hable con toda franqueza, doctor, que nosotras somos mujeres fuertes.

Ella fuerte no se veía. Lo que tal vez quiso decir era que a todas les importaba un pito la suerte de su hermana, que tantos problemas y vergüenzas le había traído a la familia.

—¡Pero si aquí lo que hay es una convención! ¿Y este negro tan bonito quién es? —dijo la tía Angélica, que había dejado de tenerse lástima y se había olvidado de que ya no sabía ni tocar el serrucho ni orinar. Desde siempre había llorado muy fácil, e igual de fácil y rápido había olvidado siempre las penas y las lágrimas. Era una capacidad como de fantasía, tan notable como la levitación o el serrucho.

Aparte de Jimena y yo, nadie le entendió lo de la «convención» ni lo del «negro tan bonito».

En serrucho la tía Angélica no solamente había tocado *El cóndor pasa* y cosas de ese estilo, sino también música clásica. Por ejemplo el concierto de Tchaikovsky en re mayor para violín, los fragmentos que se dejan tocar en el serrucho, claro, que salían muy agitanados en la versión de ella. Impresionante. Hasta los *pizzicatos* los lograba hacer. ¿Sería que

tenía sangre gitana? Pero si hubiera sangre gitana en la familia también habría corrido en las venas de la tía Lucy, por ejemplo, que es tan imponente como sosa, es decir, lo más alejado de una gitana que uno pueda imaginarse. Por eso me choca cuando me dicen que me parezco a ella. Tocando el serrucho, mi tía Angélica se iba acelerando y terminaba por despelucarse. Se olvidaba de todo y el alma se le pasaba al instrumento, o a la herramienta, más bien, como si estuviera loca.

Llegó entonces el médico, el de verdad, y nos hizo salir a todos del cuarto. Era bajito, moreno, macizo, de cejas gruesas, por ahí de cincuenta y cinco años, y seguramente sabía entender el español con la efe, pues no quiso que le hiciéramos de intérpretes. Después de examinar a mi tía Angélica salió, habló un rato con las otras tías y se fue. Y como ellas eran duras de oído —las dos que entendían, mientras que la que oía, Lucy, era dura de entendederas—, nos quedamos al fin sin saber qué había dicho. Se lo preguntamos a la tía Angélica.

—No me dijo nada. Que me esté tranquila, que todo va a salir lo mejor posible.

Las tres tías y todos sus allegados y dependientes se quedaron mucho tiempo, demasiado, en el hospital. Casi a las seis de la tarde llegaron siete sobrinas, todas bastante quedadas, curiosa la coincidencia, y ya sin muchas esperanzas de casarse, hijas de las tres tías, dos de una, tres de otra y dos de la otra, pero en el cuarto ya no había espacio y debieron quedarse afuera todas siete. Lo cual me alegró, pues venían por curiosidad, me parece, para ver si la tía era tan fea y estrambótica como decían, y también por si acaso la veían hacer alguna de sus famosas magias.

A las siete de la noche estábamos otra vez solas. La tía Angélica, muy fatigada, se había quedado dormida, y Jimena y yo hablábamos en voz muy baja en el sofá y decidíamos cuál de las dos iba a acompañarla esa noche. Jimena dijo que ella prefería quedarse la noche siguiente.

—Noche siguiente no hay.

Me levanté rápido del sofá y cuando llegué a la cama vi que mi tía estaba profunda. En eso nadie me engaña. Sé cuando las personas están fingiendo, pues las muevo un poco para despertarlas y les veo la mentira en los ojos tan pronto los abren.

—¿Y a esta qué le pasó? ¿Por qué me sacudís? —dijo la tía Angélica sorprendida, pero no alarmada. Le solté los hombritos, que se sentían como de leña, y le pregunté:

—¿Usted dijo algo, tía?

—¿Algo?

—¿Usted habló?

La tía Angélica ya se había despabilado.

—Llevo setenta y tres años hablando. Empecé cuando tenía menos de un año, por precoz que he sido, y desde entonces no he parado —dijo—. Y nadie me ha hecho caso.

—Estábamos viendo cuál de las dos se quedaba esta noche.

Mi tía Angélica nos pidió que nos quedáramos las dos, y así lo decidimos. Una iba a dormir en el sofá mientras la otra velaba en la silla y miraba que todo estuviera bien.

Llegó con la comida el enfermero que ya conocíamos. Y mientras él alimentaba a la tía con cucharadas a las que agregaba frases bonitas —«la sopa para la hermosota», «carnita para la preciosa», cosas así—, nosotras bajábamos al restaurante. O subíamos, más bien, porque nos despistamos y fuimos a dar al cuarto piso. Bajamos entonces al primero y nos enteramos de que el restaurante quedaba en el segundo. Parecíamos yoyos de los grandes. Ni modo de subir, par de mujeronas, por las escaleras, o sea que esperamos otra eternidad mirando como bobas los números que no se movían, pues los tres ascensores parecían haberse parado en el cuarto piso a conversar entre ellos.

Cuando por fin llegamos al restaurante, y para sacarnos el clavo por lo que nos había pasado con los ascensores, pusimos tantas cosas en las bandejas que a la muchacha de la caja registradora le sonreían detrás de las gafas gruesas los ojitos muy bizquitos que tenía. Era de esas personas que van a parecer menos feas cuando estén viejas, porque ya no va a importar cómo se vean. ¡Lo paradójico! Y claro que se nos había ido la mano en la abundancia de comida, en eso había tenido razón la muchacha, y le habrían brillado los ojos a cualquiera, así los tuviera derechos. ¡Qué manera de alimentarse! Baste decir que esa noche me serví de postre brevas en almíbar con manjar blanco y también islas flotantes que navegaban en un océano de crema inglesa. Nada mal la

comida, para ser de clínica, hay que reconocer. La sopa había estado medio fría, eso sí.

—Quedé como una vaca —se quejó Jimena.

—Así venías, me parece —le dije.

Jimena también se había servido dos postres: uno, torta de chocolate con una bola grande de helado de caramelo muy dulce, como es bueno; y dos, una gelatina de color verde esmeralda, horrible pero de buen sabor, enorme y temblorosa, bañada en leche condensada hasta cubrirle casi todo el verde. Los postres eran vulgares por el tamaño, menos mal, y también por la presentación.

Me pongo a hablar de comida y no termino.

De regreso nos encontramos al enfermero por el corredor. Era bonito, de barba cerrada y muy bien afeitada, y pelos crespos, medio dorados, que le asomaban del uniforme por el cuello y también le cubrían los brazos. Casi siempre cuando son buenmozos son además odiosos, creídos. No este.

—¡Su tía me comió todo, muchachas! Así sí es bueno, ¿cierto? —dijo con picardía y se fue como ondulando con la bandeja vacía por el corredor.

Al tratar de abrir la puerta de la habitación me pasó lo mismo que a la enfermera al mediodía. No giró el pomo. Pensé al principio que otra vez era Ramiro que lo agarraba del otro lado, ahora tratando de salir, pero ya él se habría ido para su casa hacía rato o quién sabe para dónde. ¿Quién lo estará cuidando al pobre?, pensé.

—Tenés que tocar —dijo Jimena.

Toqué tres veces, el pomo cedió, entramos y allá estaba la tía, mirándonos, y también estaba ni más ni menos que Ramiro, todo preocupado, en una silla al lado de la cama.

—Angelita sabe comunicarse con los muertos —dijo.

—Se puso medias de distinto color —comentó mi tía Angélica, señalando a Ramiro con un movimiento de la cabeza.

Nos sentamos otra vez en el sofá. La habitación era agradable. Había flores en la mesita de centro y las cortinas eran de tela de un verde savia bastante descansado y bonito. Le pusimos otra vez el tema de lo que había sido su vida durante los años que estuvo desaparecida.



—Otra vez vos con eso. ¡Desaparecida, nada! Mis hermanas sabían dónde estábamos. Lo que pasaba era que mantenían todo en secreto.

De los Llanos tuvieron que irse cuando un grupo de asesinos con nombre de corrido les mandó decir que si no se iban los mataban. Y eso sólo por la mera posibilidad de que en algún momento pudieran servirles de espías a los insurgentes de la guerrilla, qué tal. Y se fueron a Ibagué, por ser ciudad tranquila y no muy grande.

—Imagínense acusar a este de insurgente. ¡Cómo se les ocurre! Mírenle nada más las medias —dijo mi tía Angélica. Ramiro se había puesto una blanca y la otra roja.

—Ella decía que rezaba las vacas, pero no las rezaba —dijo él—. Se concentraba nada más y los nuches salían.

—¡Y dale con los nuches! No ha podido con eso, el pobre. Es que es veterinario —dijo mi tía Angélica.

Ramiro puso consultorio en Ibagué y le fue muy bien durante algunos años, pero entonces empezó a fallarle la cabeza y cometía errores que le hacían perder clientes y perjudicaban su buen nombre. Los que más perdieron en todo esto, digo yo, fueron los animales. ¡Pobres! Inyecciones enquistadas; cirugías mal hechas, infectadas; vacas envenenadas con medicamentos errados...

—Los gusanos quedaban retorciéndose todos en el suelo y al rato se volvían tierra —dijo Ramiro.

Mi tía también había montado en Ibagué su consultorio, el de ella esotérico, en el centro de la ciudad, con música hindú, inciensos y sahumerios. No se había puesto nombre esotérico, para qué si el que tenía le servía, ni usaba turbantes ni demás bobadas, porque su ropa tenía ya un estilo muy propio y también le servía. La clientela estuvo ciento por ciento contenta desde el principio. Lo único era que había que tener cuidado de no decirles siempre la verdad a los clientes, o la satisfacción podía bajar. Y tampoco era bueno, según mi tía, que supieran demasiado sobre ellos mismos, pues se iban a entristecer y abrumar, en fin, no les convenía.

—¡Eso es fácil, muchachas! —nos dijo, hablando de la profesión del esoterismo—. Seguir el instinto y no es más. Ahí a uno se le va ocurriendo.

El consultorio veterinario cerró cuando Ramiro castró mal un último perro y debió responder a una demanda grande que terminó por quebrarlo. Desde entonces vivieron del esoterismo, sin problemas, hasta ahora, cuando de pronto a ella le había dado por ir a ver a la familia. Estaba escrito que todo esto le pasara, nos dijo. Ella había pensado que no les tenía apego a sus familiares y de pronto se había visto trepada en un bus de la Flota Magdalena para venir a saludar a unas viejas ricachonas creídas que poco o nada se iban a alegrar de verla.

La trombosis le dio en el taxi que la llevaba del terminal de buses a la casa de la tía Norma. El taxista, cuando vio que la pasajera empezaba a hablar gangoso y quedaba con la cara torcida, volteó a la izquierda en el siguiente semáforo y se enrumbo a la clínica más cercana, ya en un sector de ricos. Era como si ella misma hubiera cambiado de planes y le hubiera dicho al chofer: «No, ¿sabés qué? Mejor vamos a la Clínica Claret, que es buena y queda por aquí cerca», y él le hubiera contestado, todo eficiente: «¡Listo, listo, listo! Volteamos por el próximo semáforo a la izquierda y en cinco minutos la pongo allá, señora».

El hecho fue que allá la puso. Cómo y cuándo llegó Ramiro, nunca supimos. Del hospital lo llamarían, supongo yo, o ella lo llamó de alguna manera.

Dejé que Jimena durmiera primero. Se acostó tal cual, sin lavarse la cara para que no la vieran sin maquillaje. Todas las noches, antes de dormirse, mi hermana se encierra en el baño a desmaquillarse y es como si se borrara la cara. Se ha depilado tanto toda la vida y se ha puesto tantas pinturas y productos, que sin ellos la cara parece en bola. Y primero se queda recluida en su cuarto antes que dejarse ver así. Por eso será que ella y el marido duermen en camas separadas. Yo nunca. Mientras vivió Fernando dormimos siempre muy pegados, y así y todo, si por casualidad alguien ofreciera resucitármelo, le diría: «¿Sabés qué? Mejor no, gracias, si para vos no es problema». Los hombres son muy mandones aunque estén de mantenidos, como me pasó con él, que ganaba poco y se lo gastaba solo. De su plata no compraba ni los pandebonos del desayuno, ¡pero tenía un vozarrón para mandar! Es por eso que las viudas somos todas alegres.

Mi hermana empezó a roncar pasito de manera instantánea, como ha hecho siempre. Eso sí lo hace bien ella, dormir. Yo menos. A veces me despierto dos, tres de la mañana, y me demoro como cuatro minutos y medio en volver a quedar profunda. Mi tía Angélica se despertó, serían ya las once o algo así, dijo que le gustaría volver al Amazonas y se durmió otra vez. Yo ni siquiera sabía que alguna vez había estado allá. Me dormí en la silla. Abrí los ojos un segundo y vi la cama hospitalaria volar despacio a ras del piso en la escasa luz del cuarto. Un centímetro como máximo, casi tocando el suelo o tocándolo a veces. Iba a la puerta, volvía, iba a la ventana, volvía, sin ton ni son, como jugando, con la tía Angélica toda sonriente mirando para el techo. ¡Me alegré tanto! Me dormí otra vez y me despertó mi hermana para que me pasara al sofá. No quise comentar nada sobre el vuelo de la pesada cama hospitalaria, pues ella a esas cosas no les presta atención. Lo importante fue que segunda trombosis no hubo.

Jimena y yo nos quedamos con la tía Angélica en la clínica las primeras noches, por turnos, y las otras tías llegaban de vez en cuando, a no oírle ni entenderle nada. A la enfermera flaca se le derramó un día en el uniforme la sopa del almuerzo de la tía, como si la enfermera misma se lo hubiera echado de aposta encima, y se quemó, según dijo, pero no debió ser mucho, por aquello de que en esa clínica las sopas llegaban frías.

Después de dos semanas de terapias dieron a mi tía de alta, y mi hermana y yo la llevamos a ella y a Ramiro en mi carro hasta el terminal. Mi tía se hizo en la ventanilla del bus. El torcido de la cara le había mermado, cierto, y así y todo pensé que no le quedaba ya mucho tiempo de vida y que probablemente esta sería la última vez que la veríamos. Ramiro, a su lado, nos sonreía con sus dientes todos blancos y parejos.

—¡Mírenlo, lo bello que está! —dijo Jimena y me dio un codazo, pero no muy fuerte, en las costillas.

Y era cierto: a Ramiro se le veía contento y estaba muy buenmozo. Tenía gafas de sol y una camisa amplia, estampada con flores anaranjadas de san joaquín, que le lucía mucho. Definitivamente los que nacen bonitos siempre serán bonitos de alguna manera, pensé.

—Y no importa que tengan caja —comentó mi hermana, como si me hubiera leído el pensamiento.

A veces sueño con ellos y hasta charlamos los tres, pero de eso no he querido comentarle nada a Jimena, pues va y me sale con esos escepticismos suyos como tan cansores y nos agarramos. Va a ser muy duro cuando suene el teléfono y nos digan que se murió alguno de los dos. Ya van tres años desde que otra vez se fueron.

*OceanofPDF.com*

# **RESPLANDOR DE LOS RAMOS**

## **[2012]**

Fabio conoció a Claudia en uno de los partidos del campeonato nacional y supo que era la mujer de su vida. A su hermano, ingeniero químico como él, le habían regalado las entradas, y fueron al juego porque no tenían nada mejor que hacer, pues ninguno de los dos era aficionado al tenis. El hermano se olvidó pronto del asunto, pero Fabio siguió asistiendo a los partidos. Durante mucho tiempo se limitó a mirarla desde las tribunas, y a veces se quedaba de pie aplaudiendo cuando ya todos habían dejado de hacerlo.

Las flores que empezó a entregarle al final de los partidos no eran ostentosas, ni mucho menos, diez rosas rojas o un ramo de claveles, que ella recibía con un casi imperceptible gesto de desdén. Desde el primer ramo había sido muy claro para ella que él no era su tipo. Nariz demasiado grande, ojos casi anormales de lo grandes, y armazón estrecha, nada atlética. Fabio había jugado fútbol durante el bachillerato, algo de ajedrez en una época, y ahora vivía este súbito apasionamiento por verla jugar tenis. Tal era su historial deportivo.

Al tercer o cuarto ramo ella le dijo que no le llevara más, por favor, ¿sabés qué?, en realidad no es que me interese mucho tu admiración. Pero él se había trazado el rumbo y lo seguía sin desviarse. Se abstuvo de llevarle flores en dos partidos, y al siguiente, cuando ella empezaba a pensar que tal vez se había librado de él, allí estaba, en los vestuarios, todo peinado, metiéndole en los ojos un odioso ramo de claveles.

Lo que más le interesaba a ella en la vida era el tenis. «Para mí lo primero es el tenis, lo segundo es el tenis y lo tercero es el tenis», decía en las entrevistas. Y las cartas y llamadas que empezó a recibir le perjudicaban la concentración. De las cartas sólo leyó la primera, en la cual Fabio decía estar cien por ciento seguro de que iba a llegar el momento en que ella entendería que estaba escrito que fueran marido y

mujer. De allí en adelante Claudia se las entregó a su entrenador sin leerlas, habría preferido tirarlas a la basura, pero el entrenador habló con el abogado y los dos estuvieron de acuerdo en que era mejor guardarlas. En cuanto a las llamadas, el abogado se puso en contacto con Fabio y le dijo que si volvían a ocurrir lo demandarían.

Las llamadas cesaron durante un mes largo y luego volvieron a producirse, no con la misma frecuencia, pero sí con cierta regularidad: Fabio quería hacer acto de presencia y manifestarle que todavía estaba allí, firme, dispuesto a cumplir su promesa. Ella a veces le oía un poco, como hipnotizada, y después le decía «¿cuál promesa me hizo? ¿Usted es que es imbécil o qué?, no me moleste más, idiota», o le colgaba sin más. Dejaba de llamar durante un mes, mes y medio, hasta que un día cualquiera ella, distraída, contestaba el teléfono y volvía a oír su voz, que se le había hecho repugnante.

Pasaba malas noches, se mantenía de malhumor, bajaba la calidad de su juego. Se discutió el asunto en la familia, pero no lograban encontrarle solución. No podían hacer encarcelar a Fabio porque telefoneara cada mes, mes y medio, ni por plantarse en las tribunas con ramos de flores que ya nunca tenía la oportunidad de entregar, ni por escribir cartas, nada amenazantes, que sólo contenían consejos técnicos para mejorar el juego, siempre disparatados, y planes de vida que incluían la elección de colegios y universidades para los hijos futuros.

En una de esas reuniones familiares la hermana mayor dijo:

—¿Por qué no le comentamos el asunto a Mario? Yo no digo para que le haga nada ni nada, sino para que hable con él nada más, Claudia. Tal vez así pare de molestar.

Ella al principio se mostró aterrada.

—¡Mario! —respondió—. ¿Vos es que estás loca? ¿Cómo se te ocurre? ¡Nada más nos faltaba meterlo a él en este enredo!

Y aunque, llevada por la desesperación, más tarde cambiaría de idea, razones no le faltaban para mostrarse alarmada. Mario, hijo de un tío materno de Claudia que había sido gobernador del departamento, le había traído más de un problema y más de una vergüenza a la familia, no sólo por su afición a moverse por fuera de la ley, sino porque era francamente malvado. Hacer el mal era su vicio. Había violado, matado, torturado, y

todo el mundo sabía que las conexiones familiares lo sacaban siempre de la cárcel.

Mientras tanto Fabio seguía llamando y escribiendo cartas. En varias ocasiones ella creyó verlo en la calle, entre la multitud, siguiéndola. Reconocer la posibilidad de que se tratara de un error o una coincidencia no la tranquilizó demasiado. Y el día que con toda certeza lo vio, sufrió una crisis nerviosa en plena calle y entró a la casa, desconsolada, a vomitar. La imagen de Fabio era lo primero que le venía a la cabeza al despertar; entonces se escondía entre las cobijas y se ponía a llorar. Acordaron al fin hablar con el primo.

A Mario el asunto le pareció gracioso.

—Ese hijo de perra siempre es que está muy enamorado, ¿no? —dijo—. Deben ser esas falditas corticas que te ponés para jugar.

Ella trató de sonreír, pero no pudo. Más bien se puso a llorar, y Mario le quitó las lágrimas con los nudillos de la mano. Estaban presentes el padre, un hermano y el entrenador. Mario, de estatura mediana, sonrisa cálida, rostro agradable, no parecía tan malo como decían.

—Claro que sí, Claudita, claro que sí —respondió con su voz mesurada cuando ella le rogó que por favor se limitara a hablar con Fabio y asustarlo un poco—. Le mandamos a dar un par de golpecitos, para que no vaya a pensar que no hablamos en serio, y podés estar segura de que con eso va a dejar de molestar.

Claudia le dijo que no, que golpecitos no, Mario. Nada más hablás con él y le decís que pare de perseguirme.

A Mario le causó gracia la respuesta.

—Está bien. Golpes no. Una estrujada y listo.

Claudia dijo no, no, no, nada de estrujadas, Mario, no, no. Nada más hablar con él. Nada más hablar. ¿Me lo promete?

Mario se rio otra vez y se lo prometió, claro. Si ella no quería que lo tocaran, pues no lo tocaban. Eso decidió, y habría cumplido su promesa si no hubiera sido porque el tal Fabio resultó bastante alzado y se las quiso dar de gallito con ellos, que nada más habían querido conversar por las buenas y con toda la cordialidad que el gran hijo de puta no se merecía. Y no valió el bofetón que le dieron, porque siguió soliviantándose, e incluso ya todo aporreado y quebrado quería como

seguir insolentándose y dándoselas de valentón con ellos. En fin. Así es la vida, pensaba Mario.

Ni el entrenador, ni el hermano, ni el padre de Claudia quisieron decirle nada. Se acabaron las llamadas telefónicas, las cartas, los seguimientos por las calles. Ella recuperaba poco a poco la confianza en su juego. Pasaron dos meses, y ya iba recuperando también la alegría y olvidando su pesadilla cuando, casi por casualidad y por el mismo Mario, se enteró de lo que había pasado. Después de hablar de varias cosas, Mario le pidió disculpas por lo de Fabio. A Claudia se le aflojaron las piernas y tuvo que sentarse.

—¿Cómo así, Mario?

Él se dio cuenta de que había metido la pata, pero ya no había vuelta atrás y terminó por contarle, sin demasiados detalles, lo ocurrido.

—Eso fue, digamos, un accidente —resumió.

El juego de Claudia decayó mucho. Empezó a ver el ramo de flores en las graderías y al final decidió abandonar el tenis para siempre. El entrenador le dijo que no, cómo se le ocurre, fíjese que eso es completamente imposible, Claudita, el que se fue se fue, pero ella insistía en que estaba segura de haberlo visto con el ramo, todo narizón, en las tribunas.

—Coma, Claudia, que se va a enfermar —le rogó hasta el final la mamá, tan preocupada por lo que estaba pasando que hasta se lo mencionó al padre Arango, jesuita, su consejero espiritual, quien le dijo lo que tanto gustan de decir los curas, unas veces con unas palabras y otras con otras, esto es, que ningún mal dura cien años y que el tiempo sana todas las heridas.

No estaba equivocado el padre Arango. Fabio había sido siempre un creyente convencido —y en eso el tiempo le daría la razón— de que la persistencia en el amor termina siempre por unir a aquellos que nacieron para atravesar la eternidad en compañía mutua.



# FLOR DE AZALEA

## [2012]

*Como espuma que inerte lleva el caudaloso río, flor de azalea, la vida en  
su avalancha te arrastró.*

FLOR DE AZALEA, MANUEL ESPERÓN

Beatriz conoció al hombre más bello del mundo en Cartagena, en una fiesta a la que había asistido con Demetrio, que era entonces su marido. Allí Demetrio, bebido como siempre, había hablado de cuanto tema se le había ocurrido y nadie en realidad lo había escuchado.

«¿En qué quedaría, cuál sería el encanto de la caligrafía sin el temblor de la mano?», decía, y algunos lo miraban en silencio.

Del amor que Beatriz había sentido por él no quedaba casi nada. Lo respetaba y admiraba todavía, como todo el mundo, pero también empezaba a sufrir dificultades cada vez mayores para prestar atención a lo que decía. En la fiesta, Demetrio habló de los accidentes que embellecen las obras de arte —defectos, torpezas si se quería, y que eran como si Dios interviniera y diera el toque infinito a la pintura, a la cerámica— mientras ella admiraba los ojos claros de Nicolás, su piel como dorada y sus hombros esbeltos, y sonreía.

Beatriz había conocido muchas veces al hombre más bello del mundo. Cada uno de sus maridos o compañeros, que a sus cincuenta años de edad eran ya muchos, en algún momento lo habían sido. Incluso Demetrio fue el hombre más bello del mundo, pero en su caso la gente no había podido evitar sonreír. «Bueno, aquí sí estás exagerando un poquito, me parece», le decían.

Muy pronto estuvo sentada junto a Nicolás en uno de los sofás y se enteró de que estaba casado, recién casado, felizmente casado, y que tenía la afición de la música. Nicolás le señaló a una muchacha morena

que bailaba: su mujer. Hubo un silencio. Beatriz le contó que era aficionada al piano. Él dijo que era compositor en sus ratos libres y tocaba la guitarra y los timbales.

«Porque el tiempo es una ilusión», decía ahora Demetrio. «En lo que llaman la Creación, es decir, en la Mismidad del mundo, en realidad sólo ha habido un día y una noche. Y son simultáneos y son su espejo y su reverso mutuo», agregó con su fraseo rítmico, pero con voz que ya el alcohol hacía gangosa y monótona, mientras la noche de Cartagena entraba con todas sus luces por los ventanales y parecía darle la razón.

Como la mujer de Nicolás era casi una niña y él estaba muy enamorado, Beatriz decidió no dormir con él esa noche. Prefirió esperarlo y la espera duró casi dos años.

«El tiempo no existe», dijo Demetrio. «Sólo hay la luz y la oscuridad».

Volvieron a verse en una fiesta en Bogotá. Beatriz, ya separada de Demetrio, estaba saliendo con un pianista de pocas palabras y mucho talento, que cuando se emborrachaba se sentaba al piano aunque nadie se lo hubiera pedido, y si no había piano ni algún otro instrumento, tocaba por ahí, en alguna mesa o en el aire. Aquella vez dejó de tocar y se quedó dormido en una silla. Ya todo el mundo estaba borracho. Nicolás y Beatriz entraron a uno de los cuartos y se acostaron a dormir, tomados de la mano.

Nicolás había dejado el trabajo para dedicarse a la música y vivía de su mujer, que manejaba un jardín infantil en Cartagena. Aunque había empezado a consumir alcohol y cocaína en abundancia, era aún muy joven y las toxinas no le opacaban todavía la belleza. Seguía enamorado de su mujer, pero ella, cansada de alimentarlo y tener que aguantarse todos los días a sus amigos borrachos o drogados —todos ellos músicos, además, y algunos muy bullosos—, terminó por echarlo de la casa y se dispuso a criar a los dos hijos ella sola. Cuando Nicolás le pedía plata le daba algunos pesos, no muchos, pues sabía que se los gastaría en alcohol y demás vicios. Por esos días un grupo musical conocido grabó una de sus composiciones, que sonó durante algún tiempo en las discotecas y emisoras de todo el país.

Se fue a vivir a Bogotá. Alquiló con tres músicos un apartamento en el centro de la ciudad, donde mantenían vasos y platos en el lavaplatos y los lavaban a medida que se necesitaban o los usaban sin lavarlos si consideraban que no estaban demasiado sucios. Los éxitos como compositor —aunque modestos si se miraban con la debida perspectiva— y el exceso de cocaína lo convencían de su enorme talento. Y Beatriz, aunque siempre había sido estricta en asuntos de música, ayudaba también a convencerlo, pues, cada vez más enamorada, empezaba a no oír las pequeñas desafinaciones ni a prestarle atención a la ingenuidad de algunas de las composiciones que más lo enorgullecían. Para halagarlo y enamorarlo le decía que era genial, aunque le advertía que debía estudiar con disciplina y mostrar más rigor artístico, ya que aún le quedaba mucho por aprender. Y también lo mantenía, pues lo que él ganaba como músico no le habría alcanzado para seguir un tren de vida que los vicios hacían muy costoso.

Los siguientes dos años fueron felices y muy intensos. Beatriz gozaba de salud de hierro y se unió al tren de vicios sin que le hicieran mella. Las largas noches de cocaína y aguardiente eran maravillosas, y en las improvisaciones musicales en que participaban, él con guitarra, los amigos con trompetas y congas, y ella al piano, se alcanzaban instantes de inmenso brillo. Todo el brillo, así fuera tan fugaz como en este caso, que un puñado de primates es capaz de sacarle a un grupo de artefactos contruidos en madera, metal, cuero, alambres y resinas.

Aunque no le extrañó que todo el mundo desde el comienzo de su relación empezara a opinar sobre Nicolás —pues Beatriz era persona de puertas abiertas y sus relaciones sentimentales, a veces espectaculares, habían estado siempre a disposición de quien quisiera comentarlas—, sí le llamó la atención la intensidad de algunas opiniones.

Aparte de sus tres hijas, nadie la criticó porque lo estuviera sosteniendo. Al fin y al cabo no era el primer hombre al que sostenía. «Si quiero mantener a un tipo, lo mantengo y punto. Y lo hago porque me da la real gana y no tengo que rendirle cuentas a nadie, mucho menos a mis hijas, que son casi treintonas y viven a costillas mías». Y al afirmar que prefería sostener a sus hombres a que ellos la sostuvieran, pues le gustaba tenerlos bien agarrados de las bolas, se evidenciaba la mezcla de belleza

física, delicadeza maternal y lenguaje fuerte que explicaba la instantánea admiración que causaba entre los hombres.

Los amigos de Beatriz empezaron a quejarse de que no era posible mantener ni cinco minutos de conversación sin que él encontrara la manera de que ella, como esas madres que enseñan a los hijos a atosigar a las visitas con bailes o poemas, le pidiera que interpretara alguna de sus composiciones. «¡Lo que es el amor!», decían.

Si no les agradaba la persona de Nicolás, por vividor y porque abusaba de su propia belleza y simpatía, su música les gustaba todavía menos. La primera vez que oían las canciones, consideraban que eran simpáticas y hasta interesantes; a la cuarta o quinta vez empezaban a sentir repugnancia; a la novena o décima, desesperación. «Francamente que la música de tu Nicolás es una mierda», le decían a veces.

La sinceridad de sus amigos le causaba risa. La risa de Beatriz era franca y fuerte. Respondía que estaba de acuerdo en que Nicolás no era un virtuoso, pero que aquellos que sí sabían oír podían darse cuenta de que allí había un compositor de primer orden.

Nicolás viajaba por todo el país con el grupo que formó con sus amigos. Tocaban en matrimonios, en fiestas de juntas de acción comunal, tocaban en municipios remotos, y lo hacían sin ánimo de lucro, nada más por el placer de viajar, alegrar a la gente y beber el aguardiente que les daban.

Grabaron un disco de muestra, que no lograron vender a ninguna casa disquera. Él se dio a fumar bazuco y Beatriz a veces lo acompañaba. Nicolás empezó a perder el pelo y el brillo de los ojos. A veces dejaba de bañarse dos o tres días, pero eso a ella poco le importaba, ni tampoco que perdiera el pelo o el brillo de los ojos. A estas alturas bien hubiera podido perder los ojos mismos o contraer la lepra, y el amor de ella habría seguido igual. Era el hombre al que más había amado en la vida, decía.

El consumo de aguardiente y cocaína aumentaba a medida que aumentaban los fracasos artísticos. Tanto se emborrachaban y drogaban a veces los del grupo, que los echaban de las fiestas de las juntas de acción comunal o de los festivales de las parroquias. Y a ella la echaban con ellos, y ella cargaba, la más sobria, los instrumentos en la camioneta: su piano, en el que antes de dedicarse a la música tropical había tocado con

calidad casi profesional piezas de Stravinski o de Satie; las congas, que no se sabía de quién eran, pues el músico que había sido su dueño original había desaparecido sin dejar rastro, y la guitarra de él, siempre distinta, porque ahora se le quedaban las guitarras en los taxis, o se las robaban cuando se dormía en algún lote vacío, o las empeñaba.

Beatriz dejó el trabajo. En la casa había música las veinticuatro horas, colillas por todas partes, bruma de cigarrillo. De la cocina los alimentos desaparecían tan pronto llegaban. Las hijas protestaban y Beatriz les decía que, si les parecía mejor, podían irse. Que ella las quería mucho y prefería que se quedaran, pero que si le iban a criticar su vida íntima, lo mejor sería que buscaran casa, para que estuvieran más tranquilas. Y los amigos más antiguos sólo aparecían después de las doce del día, cuando había alguna posibilidad de que los músicos hubieran decidido dormir siesta antes de seguir bebiendo, y de que ella hubiera vaciado ceniceros y abierto ventanas y tuviera alguna tranquilidad para hablar con ellos.

También la piel de Beatriz empezó a apergaminarse. La estadía de casi dos meses en casa de una hermana suya que vivía en Lyon le ayudó a descansar de tanto amor y tantos excesos. Regresó con la piel como nueva, más bella que nunca, y con un deseo infinito por él, deseo que desde el aeropuerto de Lyon empezó a acometerle a ramalazos el vientre, y un deseo igual de infinito por un poco de aguardiente y cocaína. Lo amó otra vez como loca, se lanzó al vicio con avidez casi peor que la de él y muy pronto tuvo otra vez ojeras azules y la piel marchita.

El grupo musical se deshizo. La guitarra de Nicolás estaba rajada y sonaba a hojalata. A veces él desaparecía una semana o más, regresaba todo aporreado y fétido, se echaba a dormir en la cama de ella sin bañarse y se quedaba allí dos o tres días, casi inmóvil. Beatriz abría las ventanas, pero el olor permanecía. Las hijas protestaban. «Revise, mamá, si no fue que se murió y se está pudriendo. Cierre esa puerta, por favor, que usted nos va a matar con esa pestilencia».

Tres días después, cuando calculaba que él iba a despertarse, Beatriz alistaba la tina y las toallas, y lo bañaba y lo afeitaba y le ponía lociones, hasta dejarlo otra vez todo bello y perfumado, si bien algo huesudo y reseco, y le preparaba caldo de costilla —ella misma, no la muchacha del servicio— y papas y huevos, y le daba pan y queso y mantequilla, y le

dejaba en el baño el cepillo de dientes con la crema puesta y se acostaba otra vez con él a reírse, a sentirlo dentro de ella y ser feliz.

Pero las ausencias de Nicolás cada vez duraban más y cada vez regresaba más flaco y maloliente. Hasta que desapareció diez días seguidos y ella salió a buscarlo.

Lo encontró en un fumadero de bazuco en las estribaciones de los Cerros Orientales. Era una casa de ladrillo, grande y casi en ruinas, donde lo único que se hacía era fumar. Una docena de personas pasaban las veinticuatro horas del día fumando o pensando en la manera de conseguir algo de dinero para seguir fumando. Poco o nada se comía. El olor era muy fuerte. En los rincones respiraban los bultos de las personas que, después de tres o cuatro días de droga y alcohol, habían caído agotadas a dormir su noche de setenta y dos horas, de la que se levantarían para seguir fumando. Algunos, como si fueran de otra especie animal, tenían los labios muy hinchados y colorados por el efecto de la droga. Y todo producía la sensación de leprocomio.

Beatriz empezó a llevarles comida y a poner un mínimo de orden y limpieza en la casa. Y también a fumar, claro, porque le gustaba y sobre todo porque no la habrían dejado quedarse allí de otra manera. «Llegó la madre Teresa», decía alguno, y ella respondía que madre Teresa sería tu abuela. Y se mantenía atenta al momento en que iba a poder sacar a Nicolás de aquel lugar, para que fuera a dormir unos días a su casa y así, cuando estuviera sobrio, trataría de convencerlo de que se internara en una clínica de rehabilitación para salvarle la vida.

Nicolás jamás se internó en una clínica de rehabilitación. Desapareció tres meses y Beatriz nunca logró saber adónde había ido. Unos decían que estaba en Cartagena, otros que en el Amazonas. Beatriz viajó a Cartagena y lo buscó en vano, y estuvo a punto de viajar al Amazonas, pero los amigos la convencieron de que era una locura. Empezó a odiarlo. Se inscribió en un programa de desintoxicación que incluía gimnasio y lavado de colon. «Lo llaman colónico, al tal lavado, y te embuten un tanque de agua del tamaño de una pecera grande en las tripas. Peor que eso, un parto». Y dejó de beber y de fumar bazuco, por supuesto. Por un tiempo incluso fue vegetariana. Reverdeció y empezó a

salir con un profesor de Filosofía que había sido compañero de Demetrio en la universidad.

Una noche, casi un año después de la desaparición de Nicolás, Beatriz estaba en una fiesta en Bogotá. También estaba allí Demetrio, por supuesto, que se la pasaba siempre hablando y dando vueltas alrededor de su vida como una chapola. Entonces entró Nicolás y a ella el corazón le dio un vuelco.

Parecía recién bañado y tenía ropa limpia, pero le faltaban dientes, el pelo se le veía reseco y le colgaba como en hilachas, y estaba flaquísimo. De inmediato Beatriz reconoció lo mucho que aún lo amaba. Y no se acostó con él esa misma noche porque había ido a la fiesta con el profesor de Filosofía y no quería ofenderlo. Pero dos días después estaba en la cama con Nicolás, quien desfalleció muchas veces y al fin no pudo hacerle el amor, lo cual a ella la tuvo sin cuidado. Lo importante era que estuviera ahí, aunque pareciera un resucitado; que estuviera con ella, que se dejara cuidar, que la quisiera. Nicolás decía que no estaba fumando bazuco —obviamente seguía bebiendo—, y ella le creyó porque quería creerle. Lo llevó a una peluquería. «Para que te organicen mejor el poco pelito que te queda», dijo. Y un dentista amigo se ofreció a ponerle casi gratis los dientes que le faltaban.

Nicolás nunca se puso los dientes que le faltaban.

Volvió a desaparecer. Tres años después, Beatriz, que había dejado de salir con el profesor de Filosofía, venía en su carro con Demetrio y con su nuevo compañero, un economista vasco con quien sólo alcanzaría a vivir cuatro meses tediosos y desabridos.

«Con el relámpago de un solo pensamiento la mente desasosegada se calma», venía diciendo Demetrio. «Entonces los diez mil fenómenos del mundo se levantan, se sostienen un segundo en todo su esplendor, y después se vuelven humo».

Nicolás caminaba por una de las calles del centro de la ciudad. Tenía sólo un zapato. Se había orinado y defecado en la ropa, y la gente se encogía y parecía dejar de respirar al cruzarse con él o se cambiaba de acera nada más verlo.

Ella estuvo a punto de llamarlo.

«Cállate, ¿sí? ¡Cállate, maldita sea, aunque sea por un segundo!», le gritó a Demetrio, arrancándose casi los cabellos.

Todo entró en otra dimensión, en otro ámbito —ellos dos, los carros y buses, el sol, las nubes y la gente—, y se detuvo. Beatriz sabía que si lo llamaba se iba con él al fin del mundo.

Dejó que caminara y se alejara, que los segundos otra vez pasaran y él se fuera de su vida —y de la vida— para siempre.

*OceanofPDF.com*



## **MAR SIN ORILLAS**

### **[2016]**

Frente a nuestro hotel no es posible embarcar. El longo forma una especie de malecón natural contra el cual golpea el mar y no deja llegar las lanchas. El longo es una piedra gris oscura, carrasposa, tal vez coral muerto muy antiguo, y si uno camina encima de él y tiene la mala suerte de caerse, se despelleja muy hondo, y la herida duele mucho y se infecta fácil. El agua es verde oliva o verde esmeralda y la espuma se ve muy blanca contra la oscuridad de la piedra. Recién llegamos Felipe y yo, fuimos una mañana al café internet del pueblo sólo para buscar la palabra «longo», y aparecieron un novelista griego y un futbolista italiano. Nada de piedras de coral muerto.

Llegamos casi por casualidad a este sitio, nos enamoramos de él, compramos, nos quedamos. Yo sabía, claro, que la finca que había sido de mi tío, y también su tumba, estaban en esta misma costa, a dos horas en lancha hacia el sur —que podían ser tres y hasta cuatro con mar picado—, y cuando por primera vez vine, de turista, me pasé todo el tiempo como hipnotizada, mirando desde el avión las montañas que forman acantilados y bajan al mar y forman playas, y vuelven a subir del mar y a formar acantilados, uno después de otro, desde la desembocadura del río Atrato hasta Panamá. En una de esas playas estaba la tumba.

Mi tío había llegado por casualidad, como yo, se había enamorado de este mar, se había quedado.

Lo nuestro a duras penas puede llamarse hotel. Hospedaje Inés lo deberíamos llamar, para no decirnos mentiras. Hospedaje Inés y Felipe, dijo él cuando se lo mencioné, y al fin el sitio se quedó sin nombre, pues Felipe pesca día y noche, pero lo que es trabajar aquí, muy poco. Además los nombres no se necesitan demasiado por estos lados. Buena compañía sí es, Felipe, pues me hace reír, y junto con Victorio saca a pescar y a

pasear a los huéspedes, y todo es ayuda. Victorio es el lanchero con el que trabajamos.

Donde la Mona, lo llama la gente, por lo rubia que soy. Pero en todo caso no me quemo ni me bronceo, a pesar de que recibo el sol el día entero. Es una anomalía cutánea, me dijo una amiga médica. Cuando me da la risa me pongo demasiado roja, eso sí, y me quedo sin aire. La casa es de tres pisos, de madera, sin paredes, y los huéspedes, casi siempre personas jóvenes que llegan con morrales grandes, cuelgan hamacas en el primero y segundo pisos o arman carpas en el patio, debajo de las palmeras y los guanábanos que hay entre la casa y el camino, atrás. Mi marido y yo vivimos en el tercero. En la región se acostumbran estas casas sin paredes, que por obvias razones son muy frescas. Los huéspedes tienen derecho a usar la cocina, que está en una ramada aparte, también abierta, y el baño, por supuesto, con duchas al aire libre debajo de las palmas de coco. Lo único que tiene paredes es el inodoro. Como no hay lujos no se cobra mucho, pero con eso alcanzamos a vivir mi marido y yo. Suena raro eso de marido. Mi compañero y yo, digamos, Aquel y yo. Hay, sí, toallas de buena calidad, papel higiénico suficiente, y ollas y platos de colores distintos, pero también en cantidad suficiente y la mayoría sin desportillar. El paisaje es siempre espectacular y la vida para nosotros por lo general es bonita y amable.

Mi mamá me llamó un día y me dijo que pensaba visitar la tumba de su hermano y quería que yo la acompañara. Mi mamá no había sido capaz de superar aquella tragedia, que ocurrió cuando ella tenía veinte años y su hermano treinta y seis. Había llorado como todo el mundo, pero su llanto no le dio alivio como a los demás y el dolor se le había quedado allí, atascado. «Antes yo dormía bien. Desde que ocurrió aquello hasta ahora no he tenido una noche pasable», me dijo una vez. «Me despierto cada rato, alarmada. No, no pensando en él, pero como si algo horroroso estuviera a punto de pasar. Si alguien me preguntara por el punto preciso en que empecé a dormir mal en la vida... Fue ese».

—Claro que te acompaño —le dije—. Lo mejor es que te vengas y de aquí salimos en lancha. Victorio y Felipe nos llevan.

La otra opción habría sido tomar una lancha de Turbo, pero mi mamá no quería saber nada de aquel puerto feo donde se dieron muchas de las

borracheras de mi tío antes de su muerte. Llegar desde el norte al cementerio sería mucho menos sórdido.

Mi mamá quedó de llamar para confirmar el viaje, y lo hizo, sí, pero casi un año después, cuando yo no la esperaba. Y no llegó en el mejor momento para que ella emprendiera un viaje en lancha tan largo. Vino cuando se sintió con fuerzas para hacerlo, y eso fue justo en la temporada de lluvias. Pero era entonces o nunca, y «nunca» habría significado para ella envejecer y morir con aquello tan triste atravesado en el espíritu.

—Esto es tan bonito como me habías dicho —me dijo mientras íbamos del aeropuerto a la casa—. Claro que tiene su toque de... No sé. Es impresión mía, claro.

«Triste», «lúgubre» quiso decir y prefirió no expresarlo, pues sabía bien lo apegada que estaba yo al lugar. Mi mamá se había negado siempre a venir, a pesar de mi insistencia, y no estaba de acuerdo con que yo me quedara a vivir en estas lejanías. Así lo decía, pero lo que en realidad no aprobaba y la asustaba, pienso yo, era que me hubiera venido a vivir a la región de aquella tragedia, no sé, como si ella pensara que todo podía repetirse y de alguna manera estar yo también en peligro de muerte. El horror por lo de mi tío había hecho que, sin conocerlo, le tomara una especie de tirria al sitio, y por eso se lo imaginaba distinto de como era.

—Ni lloviendo se daña —dije—. Ni el calor lo daña.

—Es espeso, el calor.

—Es por la selva. Uno se acostumbra.

Esa noche la sentí moverse en la hamaca en el segundo piso, bajar a los baños varias veces, prender la linterna, leer, apagar la linterna y volver a moverse en la hamaca, sin lograr dormir. En el hotel sólo había una pareja de turistas canadienses, que dormían en su propia carpa entre los árboles. Eran hippies setentones, de la edad de mis tíos, es decir, de los primeros hippies, de los originales. Tampoco dormí muy bien que digamos. A eso de la medianoche dejó de llover. Casi al amanecer el cielo se despejó y apareció la luna llena, que alumbró las cosas como si ya hubiera amanecido. Nos dormimos por fin y muy pronto cantó Pedro, un gallo criollo grande que teníamos por esos días. Era elegante, de plumas brillantes, coloradas y negras, cresta como de coral rojo, y tenía

cuatro gallinas sin nombre, también altas, pero de pescuezo rojo pelado, que ponían huevos de mucho sabor y de cáscara azul claro o verde claro. En la selva aullaron los micos, la luz empezó a aparecer en el horizonte del mar y yo fui a la cocina a hacer el café.

Tres días después caminaba detrás de mi mamá por el sendero que llevaba a la ensenada de la que saldríamos, más o menos a una legua de la casa, y sentí lástima por el agobio que se le notaba en los hombros y en la espalda. Victorio y su bonita panga roja nos habían estado esperando allí desde muy temprano. Todo estaba en silencio, aparte del sonido tranquilo de las olas, pero muy rápido empezaron los ruidos del amanecer en la selva y también los de los pájaros playeros. El mar estaba lleno de niebla.

Mirando la bruma que las linternas alumbraban pensé que de aquella región no iba a querer irme nunca. Algún día me antojaré de conocer París o Nueva York, seguramente, pero a mis treinta años de edad decidí que mi lugar iba a ser este, y ya llevo aquí casi tres. Aquí voy a tener a mis hijos. Cuando voy a Bogotá a visitar a mi familia, muy pronto me llega la nostalgia por el ruido del mar contra el longo y por el olor de agua que trae el aire, y la alegría de ver el pueblo desde el avión de regreso es siempre grande.

Victorio habló y di por supuesto que había dicho que el tiempo iba a estar lluvioso. Victorio tiene alrededor de cincuenta años y como habla en voz muy baja y muy gruesa, y además se expresa con los dichos y expresiones de la zona, que a veces no entiendo, es sólo por los gestos y la situación, como en este caso, que me hago una idea de lo que está diciendo.

—Es que él no habla español, ¿cierto que no? —le digo en chiste a Felipe, que por alguna razón le entiende todo y hace de traductor.

A veces el lanchero, de por sí callado, me dice frases largas que no logro descifrar y a las que siempre contesto algo que seguramente nada tiene que ver con lo que dijo. Me da vergüenza con Victorio, tan respetable en todo sentido, pero nada que hacerle. Él se sonríe.

Empezamos a navegar entre la niebla. No nos veíamos ni las manos y el motor sonaba como si fuera el de otra lancha. Felipe trató de encender un cigarrillo y como la brisa le apagaba la llama del encendedor, la

escondió en el cuenco de las manos, se puso el poncho de hule sobre la cabeza y le dio la espalda al viento. Después de bregar mucho logró prenderlo, pero entonces la lancha golpeó una ola que nos mojó a todos y le dejó a Felipe el cigarrillo, mojado y apagado, colgando de la boca. Me puse a pensar en otra cosa, miré hacia otro lado, me mordí la mejilla, me enterré las uñas en la palma de la mano, y al fin logré contenerme. Felipe dice que a mí me da risa nerviosa, pero yo no le veo nada de nervioso a mi risa. Nervioso será él, yo no. La verdad es que pasan a veces cosas muy graciosas, punto.

Empezó a caer una lluvia fina que limpió el aire de niebla, pero no mejoró la visibilidad, cosa que para Victorio nunca ha sido problema. Él habla bajito y poco se le entiende, cierto, pero ve mucho. Ve hasta cuando no ve. No necesita ver, mejor dicho, y lo pueden mandar con los ojos vendados a La Miel, en Panamá, y a La Miel llega y de La Miel vuelve.

La lluvia nos emparamó muy rápido y comenzó el frío. Nunca en la vida he sentido más frío que ese día. Tiritábamos mi mamá y yo mientras nos caía el agua sobre las espaldas. Se nos emparamaron las sudaderas que nos habíamos puesto justamente para defendernos del frío de la madrugada, y tuvimos que seguir en vestido de baño. Me preocupaba el asma de Felipe, que iba en la proa. Si de repente le daba algún ataque íbamos a estar en líos graves. Le dije que se pusiera el encauchado grueso, a ver si le entraba menos el agua, pero yo misma sabía que con un aguacero así no había encauchados que valieran. El único que venía cómodo era Victorio, vestido con sólo su pantaloneta verde limón y su piel dura, café oscura, apenas un poco agachado sobre el timón, con un cigarrillo encendido dentro de la boca, para que no se le apagara con la lluvia. De vez en cuando el humo parecía salirle de la cabeza toda y creaba la ilusión de calor.

Llegamos al frente del cementerio dos horas después, helados hasta los huesos. Seguía lloviendo. Victorio dio con el lugar exacto sin dudar, como si viniera todos los días a ponerle flores a la tumba de mi tío. Y no era fácil ubicar el sitio, pues no estaba a la vista. Hacía ya varios años que el antiguo cementerio, donde primero lo habían enterrado, había sido tomado por el mar, y a los muertos habían tenido que llevárselos

doscientos metros tierra adentro, al terrenito que un hacendado donó o vendió para que pusieran el nuevo.

Mi mamá y yo desembarcamos y ellos anclaron como a seis metros de la orilla. Nos pusimos los tenis en una franjita estrecha de playa de arena gris oscura que se juntaba con un potrero en el que había unos veinte novillos de engorde, bonitos pero todavía flacos, que nos miraron con mucha curiosidad mientras caminábamos en vestido de baño por el pasto. Felipe y Victorio se quedaron en la lancha.

—Te puedes quedar si quieres —le dije a Felipe. Pero le advertí—: Ni se les vaya a ocurrir, eso sí, pescar mientras nosotras vamos.

Ellos siempre cargan sus carretes en la lancha, por lo que pueda pasar, según dicen, y casi siempre pasan cosas y llegan a la casa con algún mero o media docena de bonitos. Pero hubiera sido incluso un sacrilegio, en todo caso mucha falta de respeto hacia mi mamá, aprovechar para salir a pescar mientras nosotras íbamos a lo que íbamos.

Los novillos nos miraron pasar, y cuando llegamos al alambrado del segundo potrero perdieron el interés y siguieron pastando bajo la lluvia. En ese potrero había solamente un burro viejo, feo y quieto como una piedra. Yo no sabía si mi mamá ya iba llorando, pues nos chorreaba agua por todo el cuerpo y era difícil distinguirla de las lágrimas. Yo no. Yo no lloro muy fácil que digamos. De rabia lloro, sí, cuando me hacen enojar, pero a mí la tristeza me da de otra forma y no me gusta que me la vean. La gente es muy entrometida.

Al final del segundo potrero, a la derecha del burro, estaba el cementerio, encerrado en alambre de púas, seguramente para que el ganado no se comiera las poquitas flores que les ponían a las veinte o treinta tumbas que había. La de mi tío quedaba al fondo a la derecha y era muy bonita, así la hubiéramos encontrado tan sucia y descuidada. Otro tío la había mandado hacer, y consistía en una piedra sencilla de un metro por ochenta por cincuenta a la que había hecho grabar en cobre la firma de su hermano en la parte superior. Mi tío muerto había tenido una firma muy bella, hay gente que la tiene de por sí bonita, y ese era su caso. Mi mamá decía que ver su firma era como verlo a él.

Había cruces de piedra sobre tumbas en la tierra. Había cruces sencillas de cemento, que parecían acabadas de poner. Había de esas

bóvedas largas de cemento, tan largas como el muerto y que parecían tan viejas y desbaratadas como debía estar el muerto. Mi mamá agarró uno de los floreros vacíos de una de las tumbas, lo llenó con el agua de un bebedero que había cerca y comenzó a lavar la piedra, estregándola con la camiseta emparamada que se había quitado.

Una señora de cincuenta y pico de años, rubia como yo, mi mamá, con las espaldas agobiadas por la tristeza, estregaba bajo el aguacero la piedra debajo de la cual estaban los huesitos de su hermano mayor, asesinado no muy lejos de ahí, hacía treinta años. Y le quedó lindísima. El cobre de la firma, que al final frotó bien con arena, alumbraba. Por último recogió las malezas que yo había arrancado, las tiró al potrero por encima del alambrado, y desde lejos miró que todo en la tumba hubiera quedado como ella quería. Entonces se acercó, se persignó y empezó a rezar, o eso fue lo que me pareció al principio, pues era lo que yo había esperado que hiciera. Pero entonces vi que gesticulaba y movía las manos, y después de un momento de desconcierto caí en cuenta de que estaba hablando y no rezando. Estaba conversando, mejor dicho, y pensé que mejor la dejaba sola, para que hablara o hablaran en paz lo que tuvieran que decirse.

Caminé por el pastizal hasta donde estaba el burro. Lo tenían amarrado a una estaca grande clavada en la tierra, el lazo se había envuelto y el animal no podía moverse. Tampoco se movió cuando lo desenredé. Estaba quieto porque quería estar quieto, no porque se hubiera enredado. Lo obligué a dar dos pasos chuzándolo en el anca, no muy duro, con un palo. Al rato vi venir a mi mamá y preferí no mirarla, sino que empecé a caminar hacia el mar. Si yo hubiera sido ella, no habría querido que en ese momento me hicieran zalamerías, ni me miraran, ni que nadie me dijera nada. Pero yo no era ella, y hoy me mortifica pensar que mi mamá tal vez necesitaba el abrazo y todo lo demás, y que era yo la que prefería en ese momento sacarles el cuerpo a esas cosas. No sé. De todas maneras ya nada puede hacerse. Ya es mejor pensar que no era lo pertinente y que ninguna de las dos estaba para eso.

Caminamos hombro con hombro por el segundo potrero. El ganado volteó las cabezas con la misma curiosidad de antes, como si no nos

hubieran visto nunca. Y Victorio y Felipe nos estaban esperando, todos juiciosos, en la lancha. Me alegré de que Felipe no diera señales de asma.

Nos embarcamos y al momento no se veía nada por ninguna parte, sólo mar y lluvia. La lluvia nos pegaba ahora de frente y había que mantener agachada la cabeza, pues era molesto sentirla en la cara. Todos tiritábamos, menos Victorio, que sacaba humo por el pelo y las orejas. Yo lo miraba y me admiraba de su tranquilidad. De pronto abrió la boca, escupió al mar la colilla de su cigarrillo encendido, que voló como un cocuyo y cayó al agua, y dijo algo que no entendí. Felipe en la proa le contestó algo que tampoco entendí y ahí sí me agarró la risa, pues estaba segura de que Felipe tampoco le había entendido nada a Victorio, y Victorio nada a Felipe, y mi mamá y yo a ninguno de los dos.

No podía parar de reírme mientras el agua nos caía por todas partes. Era como si en la lancha llevaran a alguna loca. Sentía la cara caliente. Me dolía el estómago. Me tuve que agachar, terminé por hacerme pipí sobre la banca y sentí el calor de los orines en las nalgas. Cuando al fin logré controlarme agarré la totuma y me eché agua de mar en el vestido de baño y las piernas, para lavarlos, y me puse a achicar muy rápido, pues el agua ya casi nos cubría los pies y me daba vergüenza con los otros, así no fueran a enterarse nunca. Si hubiera llorado sin hacer ruido nadie se habría dado cuenta tampoco, pues la visibilidad era nula. Era como si estuviéramos muy lejos, mar adentro. Se veía uno mismo, y eso a duras penas, y se veía la lluvia, que ahora parecía convertirse otra vez en niebla.



## LA LUZ EN EL ALMENDRO

### [2012]

El monasterio queda a dos horas de Nueva York, en un valle encajonado por montañas no muy altas y cruzado por un río ancho, pando, pedregoso. Allí él pasó cuatro años de su vida, levantándose a las tres de la mañana, acostándose a las diez de la noche y alimentándose de verduras que le hacían retumbar las tripas en el salón de meditación. Dharma Hall se llamaba el salón. Los nombres se los había aprendido en inglés, pues fue en Nueva York donde se acercó al budismo, y le era difícil pensarlos en español. ¿El Salón de La Vía? ¿El Salón del Gran Orden? Aquello de *Dharma*, claro, tampoco era inglés sino sánscrito, como en sánscrito eran las retahílas rítmicas, sobrecogedoras, inhumanas, que se había aprendido de memoria y que los monjes empezaban a recitar mucho antes de que saliera el sol.

En el monasterio vivió experiencias extraordinarias, no lo negaba, pero nunca nada que no hubiera vivido ya antes. En un tren rumbo a Santa Marta, hacía más de treinta años, iluminado por una botella de aguardiente, había visto de repente la luna aparecer sobre las sabanas del Cesar y crear montes, árboles, ganado. «¡Miren lo fácil!», se admiró entonces. Y diez años atrás —a medianoche, sentado al borde de la piscina de un hotelito de Long Island, mientras bebía vodka puro que había estado en el congelador y caía en la copa, espeso como la miel— había visto los insectos que giraban alrededor de los faroles y se formaban, se deshacían y se volvían a formar entre la luz y las tinieblas. Las dos veces, con algo de alcohol pero sin meterse a monasterios, había estado muy cerca de tocar el origen del mundo. En ese sentido, bien podía decirse que aquellos cuatro años de mala comida, cero licor, ninguna mujer y poco sueño habían sido un fracaso.

Los primeros tres fueron intensos por la novedad de la vida que acababa de emprender y la enorme esperanza de lograr disolver de

manera permanente la separación que se había producido entre el mundo y su persona, separación que había dado origen a la soledad, a la soberbia y a todas las miserias. El último fue intenso también, pero por el rápido desgaste de la fe en su capacidad para lograrlo. De repente, y casi sin darse cuenta, comenzó a cansarse de la comida, empezaron a irritarlo los murmullos de pies descalzos por los corredores y a desagradarle incluso los cantos y golpes de maderos y campanas que al principio lo habían maravillado tanto. Lo hastiaban sus compañeros y hasta sus superiores, por quienes en algún momento había alcanzado a sentir admiración profunda. Gringos güevones, se sorprendía pensando, mientras oía a los monjes hacerse chistes inofensivos, según él dignos de boy scouts. ¡Tenían que salir con el budismo más insulso que ha aparecido jamás sobre la Tierra!

Totalmente injusto, él era el primero en reconocerlo. No eran todos estadounidenses, y quienes lo eran estaban lejos de ser idiotas. El abad, su maestro, era filipino y de apellido Fernández, nada menos; el jefe de disciplina, austriaco, y el cocinero principal, la persona más sabia que él había conocido nunca, era nacido y criado en Hartford, Connecticut.

Se trataba de la amargura creciente que se había venido instalando poco a poco en él, como un horrible musgo: la convicción de que no le iba a ser dado alcanzar lo que con tanto ahínco había venido buscando desde hacía tanto tiempo.

Aquello lo mortificaba y lo llevaba a menospreciarse. Cualquier hecho o pensamiento fortuito iniciaba una larga cadena de recriminaciones y burlas. Mírenme a mí, pensaba, ya ni siquiera soy joven y todavía me enorgullezco como un adolescente de atraer a las muchachas. Y era cierto. Que las atrajera y que en las mañanas a veces se mirara la cabeza en un espejito de bolsillo, y, sin siquiera darse cuenta, se viera de perfil para constatar que a él, a diferencia de otros monjes, muchos de ellos de cabeza plana, la rapadura le realzaba la belleza del cráneo. ¡Qué imbécil!, se decía, casi sonrojándose, cuando caía en cuenta de lo que había estado haciendo y pensando. ¡Todavía en estas, a estas alturas de la vida! Y se consolaba imaginándose que no era el único y que incluso el abad Fernández parecía consciente del garbo majestuoso con que sabía llevar sus vestiduras al entrar a officiar los ritos en el

Dharma Hall en las mañanas. Y otro de los monjes, un tal Unsho, originalmente Richard o Dick, de California, cantaba un poco más fuerte que los demás, aunque apenas un poco —y sólo alguien tan amargado como él podía notarlo—, pues se imaginaba que tenía bella voz, el muy cretino.

Se puso insoportable. Una noche, en una de las pequeñas charlas que sostenía con cada uno de los monjes después de la última sesión de meditación del día, el abad le dijo que había venido notando cierta irascibilidad de parte suya hacia los demás, y que él, el abad, era de la opinión de que en este punto convendría que se diera un descanso de la vida monacal. Quizás así sería capaz de tomar distancia, y era posible que de esa forma le regresara la fe que al parecer —y el abad lo venía notando desde hacía ya algún tiempo— había perdido.

No le quedó más remedio que estar de acuerdo.

Dejar el valle, dejar a los compañeros, dejar al abad y al cocinero le partió el corazón. Sabía que jamás volvería a verlos. Los abrazó, debió contenerse para no llorar, y se fue a pie, pues no quiso que lo llevaran en carro, a la estación de buses, que estaba a menos de una hora de camino. En Nueva York se quedó apenas tres días y se acostó un poco borracho cada noche en su cama de la ymca.

Borracho, aunque todavía no se le notara, se subió a un avión que cinco horas después salió de nubes espesas y voló a medianoche sobre la sabana de Bogotá. Dejó de beber para recuperarse, comió, durmió en una de las sillas del aeropuerto y poco después del amanecer siguió bebiendo con moderación y ritmo, como en sus viejas épocas. A las nueve de la mañana, después de desayunar, abordó el avión que lo dejó en el aeropuerto de Cali, donde tomó un taxi que lo llevó a la estación de buses. Allí compró una botella de aguardiente y se subió al bus que lo llevaría a la ciudad donde vivía la familia de su hermano mayor, que se dedicaba al cultivo industrial del algodón. En el viaje sintió el fuerte olor de la vegetación del borde de la carretera mezclado con el del insecticida, a la vez áspero y dulce, que las avionetas dejaban caer en amplios mantos sobre los cultivos. Felicidad del regreso. Añoré los colores del trópico.

Añoré el olor de esta maleza, pensó. Pero nunca imaginé que se pudiera añorar el perfume del Parathion.

En la estación de buses tomó un taxi. No le pidió al chofer que lo llevara a la finca de su hermano, sino a alguna casa de citas. El taxista dijo que mejor no fuera a la zona de tolerancia, jefe, donde le iban a pegar gonorrrea con sólo salir del carro, que él conocía un puteaderito muy bueno en la salida para La Victoria. Placer de oír y hablar el español. Todo era cristalino ahora, desde la idea más pequeña hasta el detalle más grande. Un universo total, no el sistema funcional de señales que para él había sido el inglés.

Pequeño barrio de casas modestas. Salvo por el bombillo rojo que colgaba en la entrada —encendido incluso ahora, bajo un sol de mediodía tan fuerte que el bombillo parecía apagado—, la casa se veía igual que las demás del vecindario. A cincuenta metros, cercado por unos árboles que se conocen como matarratones, y tan bien barrido como el barrio, había un cementerio en cuyas bóvedas se achicharraban en los floreros las margaritas y demás flores bajo el sol del trópico.

Abrieron la puerta y vio que adentro había oscuridad, frescura. Era como si allí estuviera, y además bien asentada, la presencia del Dai Bosatsu Zendo Kongo-ji, de las montañas Catskill, a tres horas de Manhattan. Recordar su monasterio, recordar la frescura de los salones mientras afuera ardía con todos sus insectos el verano, le hizo sentir un intenso apego por las formas del mundo. A la señora que le abrió se le veían las tiras del sostén bajo la camisa mal acomodada. Cuando lo vio, empezó a componérselas y a arreglarse el pelo.

—Bien pueda siga. Arréglense niñas, que llegó el arcángel san Gabriel.

Las muchachas, que a esa hora eran sólo dos, no necesitaban arreglarse demasiado. Por el olor de jabón y agua fría que llenaba la sala; por los cabellos, lacios los de una, los de la otra muy rizados, que brillaban en la penumbra, resultaba claro que acababan de ducharse. Y lo de niñas no estaba lejos de la verdad: la de pelo lacio y cara redonda tendría poco más de diecisiete años; la otra, si acaso veinte. El sol, con su luz teñida por el verdor de un almendro, alumbraba como loco en la

puerta que daba al patio, pero no avanzaba hacia el interior de la casa, se quedaba allí.

—¿Qué va a tomar? ¿Usted habla español? —preguntó la de pelo lacio y corto. Su piel era casi dorada; los ojos, color ámbar, eran oblicuos como los de las asiáticas, aunque grandes, y de escleróticas muy blancas que aún no habían empezado a ensuciar las largas noches de alcohol y nicotina. La voz, suave y llena, tenía un toque lejano de ronquera.

Como él se limitaba a sonreírle, preguntó:

—¿Hablar... español...?

Él le pidió por señas que se acercara y le dijo «uno poquito», muy hondo en el oído. No era la primera vez que lo tomaban por extranjero. Además era evidente que la ropa, desde la gorra que le protegía del sol la cabeza rapada hasta los zapatos, que había comprado hacía tres días en Kmart, era de otro país. La muchacha se dio cuenta de que le estaban tomando el pelo y se sintió halagada. La voz de él le había llegado al fondo del oído, se le había regado por los huesos y vuelto a salir por la piel. Sintió el escalofrío en la parte posterior de la nuca y en la espalda. Cruzó las piernas y dejó las manos en el regazo, para que le oprimieran suavemente el pubis.

—¿Cómo te llamás? —preguntó él.

—Adivine.

Intentó adivinar varias veces, sin lograrlo, y ella se lo dijo. Cielo se llamaba. Era su nombre real, no tenía nombre de batalla. Cielo qué, preguntó él. Cielo sola, dijo ella, ¿para qué quiere saber, a ver?

—Los dejo, niños —dijo la de cabello rizado y espaldas esbeltas y anchas—. Ya vi que se van a entender entre ustedes. Adiós, don Gabriel, papito.

Él habría querido seguir tomándose con calma la botella en aquella bruma fresca, seguir oyendo boleros, pero cada vez se besaban más y percibían menos lo que ocurría a su alrededor. Pasó un muchacho con una jarra de leche rumbo a la cocina, contoneándose, y ellos no lo vieron. Llevados por la corriente del deseo, se separaron poco a poco de la calma en que habían logrado mantenerse y se vieron arrastrados cada vez con menos lentitud hacia una región ancha, honda y alta, llena de agua, espuma y luz. Cielo se dejó llevar. Se moría por la belleza de los ojos de

él, por sus nalgas pequeñas y firmes. A su amiga le contaría después con todos los detalles lo que le había ocurrido esa tarde: «Hombres como él... Mejor dicho... ¡Ave María!».

Tomaron la botella y caminaron hacia el cuarto. Ella lo abrazaba por la cintura, él le pasaba el brazo por los hombros desnudos. La cabeza de Cielo llegaba a la altura del pecho de él, que se mecía un poco hacia atrás y hacia adelante, como un árbol, por la borrachera. La mesa de noche no tenía jarra con agua, tampoco rollo de papel higiénico ni nada que indicara el sitio en el que estaban. En las paredes no había nada. Acostado bocarriba, él dejó que Cielo lo envolviera por completo, como el agua. Y ya dentro de ella miró hacia la ventana, que daba al patio y estaba abierta, y vio la cortina de tela transparente que se llenaba y vaciaba con el aire, por fin, entre la luz.

# ARCÁNGEL

## [2012]

Debía su belleza a la manera liviana de gesticular con las manos y de reírse justo en el momento que hablaba. También la embellecía, y decía mucho de su sensibilidad, su habilidad para conversar con los extraños, don del que había disfrutado toda la vida y del que debió dejar de disfrutar después de casarse, pues Samuel no lo aprobaba, así como la forma delicada de ocuparse de las pequeñas cosas que la rodeaban: de las plantas de la casa, con flores y follajes perfectos, y de su mucha ropa en el armario, que tenía el tamaño de un baño o de una despensa. Allí cada prenda era mirada, admirada y colocada por ella misma como en una biblioteca: la ropa interior por colores y en hileras; las envueltas medias de nailon como estuches de ámbar; las camisas una sobre otra en ángulos muy rectos. Allí se sentía ella contenta, o por lo menos no tan desgraciada. Y en aquella particular actividad, aparte de Dios, nadie podía contemplarla, pues las muchachas del servicio de esto estaban excluidas y el clóset de ella era el único sitio de la casa al que él, por falta absoluta de interés, nunca entraba.

El encierro en que había terminado por convertirse su matrimonio, la falta de relaciones con el mundo y con la gente, empezaron a entristecerla. Todavía se reía, pero menos, y ya no porque estuviera contenta sino porque las personas que nacen con tendencia a la risa casi nunca la pierden del todo. Él no era infiel ni tampoco violento —no con ella, en todo caso—, pero creaba alrededor suyo un ámbito seco y anguloso que la fue abrumando. No le imponía la soledad, pues no le prohibía verse con nadie: se la creaba.

Ella no se sentía orgullosa de las razones por las cuales se había casado, y era la primera en no querer mencionarlas ni recordarlas. El amor no fue una de ellas. Ni siquiera el deseo. Se podrían mencionar la cobardía y la codicia —pues él era muy rico— si fuera de alguna manera

posible asociar semejantes palabras con alguien tan delicado y amoroso como ella. Al principio del matrimonio alcanzó a sentir algunos espasmos de placer y nacieron las mellizas. Después no volvió a sentir nada.

Menos mal que estaban las niñas.

Una amiga médica, que sabía de depresiones y estaba convencida de que había medicamentos para todo, le recetó antidepresivos, unas veces unos, otras veces otros, pero ninguno pareció ayudarle demasiado. La amiga le advirtió que uno de los efectos secundarios de algunos antidepresivos era la posible disminución de la libido, y ella, que varias veces se había sorprendido pensando en lo bueno que sería desaparecer de este planeta sin dejar rastro ni memoria, pensó que, total, libido ya no tenía, y que, suponiendo que la tuviera, perderla no sería mucho pagar por escapar del túnel brumoso en que se había convertido su vida.

Una mañana salieron las niñas para el colegio, salió Samuel, y ella tomó una de sus duchas muy calientes y tan largas que alarmaban a veces a las muchachas del servicio. Al día siguiente volvieron a salir las niñas para el colegio, salió otra vez Samuel, y ya ella se disponía a desvestirse en el baño, cuando bostezó muy fuerte y sintió el placer, que le llegó casi imaginario primero y se hizo cada vez más potente hasta que le estalló con violencia, la dobló en dos y la hizo rodar por las baldosas.

Se levantó y se mojó la cara. Pensó en dormir un poco, pero decidió en cambio tomarse un café cargado. Y ya iba a pedirselo a las muchachas, cuando aquella anunciación o visitación le estalló otra vez en el vientre, la sacudió de nuevo y la dejó ovillada mucho rato sobre el piso frío. Cuando se sintió libre fue a recostarse. No soñó nada. Se despertó media hora después y caminó con cautela por la habitación, atenta a cualquier señal, mirando con recelo y anticipación hacia el cielorraso o hacia los rincones oscuros, pues quería tener tiempo de sentarse si lo sentía llegar, de modo que no la tumbara con demasiada fuerza y la golpeará contra las paredes y los muebles. Pasó la mañana y no ocurrió nada. Vinieron las niñas a almorzar y no la encontraron jugando solitario en la mesa del comedor, como era su costumbre cuando estaba deprimida, sino leyendo en el sillón de su cuarto, muy arreglada y como



ausente, y sobre todo muy cariñosa. Las acompañó a almorzar y fue hasta la puerta a despedirlas.

Los espasmos empezaron a llegarle todos los días a lo largo de la mañana, no siempre tan fuertes como los de la primera vez, pero sí más extensos y frecuentes. Cuando Samuel salía, ella les decía a las muchachas del servicio que tenía cólicos y se quedaba toda la mañana en la cama, con las cortinas cerradas, esperando primero, luego asfixiándose casi de placer cuando llegaban. Durante esas semanas alcanzó a ponerse delgada y ojerosa. Después de las mañanas intensas ya no tenía alientos de hacer nada y si se sentaba a tejer o a leer era más bien para que Samuel no sospechara.

Luego, con los meses, aprendió a manejarlo y ya no tenía que encerrarse en el cuarto sino cerrar los ojos, en la sala o el comedor, donde estuviera, y tratar de que la respiración no se le entrecortara demasiado. Y si él preguntaba algo, ella le decía que se le había bajado un poco la presión, y les pedía un brandy a las muchachas. Recuperó así el peso normal y el buen semblante y terminó por dominar un arte que nunca nadie iría a saber que ella tenía.

## MUJER QUE SALE POR LA VENTANA

### [2016]

La mujer entró a la sala de urgencias en un descuido del guardia y empezó a pedir a gritos que le sacaran un zancarrón, que al parecer tenía en la región genital, pues no paraba de señalársela mientras esquivaba los intentos del guardia por agarrarla.

—Yo me encargo —dijo Gloria, la enfermera jefe, y el guardia dejó de perseguir a la mujer, que se quedó inmóvil aunque todavía señalando y gritando, pero menos fuerte y como si pusiera los gritos uno por uno en el aire, ya sin ganas y sólo por cumplir.

Al principio Gloria pensó que venía embarazada y que era eso lo que pedía que le sacaran. La miró mejor y vio que la hinchazón era floja y amorfa, de acumulación de líquido por ascitis, muy diferente del embarazo. No parecía grave ni urgente, pero era necesario examinarla, lo cual resultaba imposible en el estado de higiene en que había llegado.

—Nosotros le sacamos lo que sea, belleza —le dijo—, pero primero se tiene que dejar bañar.

Paró de gritar de inmediato, como si para calmarse del todo sólo hubiera necesitado saber que la iban a bañar, y se sentó. También se sentaron los mirones, lo más lejos posible de ella, por el olor, y otra vez hubo paz en la sala. Entonces llegó una auxiliar de enfermería con un niño en los brazos.

—Vea lo que nos dejaron, jefe Gloria.

—Es hijo mío y del ángel —dijo en voz baja la mujer del zancarrón, como contando un secreto—. Pero yo se lo regalo.

Lo habían abandonado debajo de una de las sillas de la sala de espera, envuelto en una cobija muy vieja y muy limpia, aprovechando que todo el mundo estaba distraído con la gritería. Por lo bien envuelto, por lo limpio, por las circunstancias de su aparición y por el gesto mismo de la mujer —como el de quien miente por jugar, sin importarle que los demás

se den cuenta—, era claro que el niño nada tenía que ver con ella. Gloria le pidió a la auxiliar que lo subiera a maternidad y lo acomodara en una de las cunas, mientras ella organizaba lo del baño.

—¿No será que vuelven por él? —preguntó la auxiliar.

—No. Aquí se nos quedó, me parece.

—El papá es un ángel de los malos. Mejor no le preguntemos.

—Usted tranquila ahí —dijo la auxiliar—. Ya nos vamos a bañar.

La mujer se empeñó en que sólo la jefe podía ayudarla a bañarse. Sin dudar mucho, Gloria se dispuso a hacerlo en el patiecito cerrado de la lavandería, con manguera, para no infectar los baños del hospital. Vestida con los calzoncillos y la camiseta que había dejado un paciente, y después desnuda, la mujer convirtió el baño en una especie de juego. Gritaba «¡ji, ji, ji, ji! ¡Je, je, je!», como si le estuvieran haciendo cosquillas, mientras Gloria, con gorro y overol de cirugía, guantes y tapabocas, la estregaba vigorosamente con una esponja. Una enfermerita recién llegada al hospital, muy joven, casi una niña, le pasaba a Gloria lo que iba necesitando.

La mujer traía de todo, piojos, pulgas, chinches, garrapatas, un microhábitat completo, menos ácaros y hongos cutáneos, y eso por algún milagro, teniendo en cuenta la vida que llevaba. Tampoco presentaba infecciones vaginales, lo cual indicaba un organismo naturalmente muy sano y capaz de defenderse. Esta no es persona debilucha ni del cuerpo ni del alma, pensó Gloria. Otra cosa era que estuviera loca y en ese caso sería la loca más aplomada que ella había conocido en su vida.

La bañó con un jabón desinfectante, la jugó y le pidió las tijeras de peluquería a la enfermera. Era tan abundante el pelo de la mujer y lo tenía tan mugroso y lleno de nudos, que a Gloria no le había sido posible desenredarlo y lavarlo bien, de modo que se lo dejó bien corto, y se vio entonces que tenía la cabeza muy plana.

—Échese jabón otra vez, pero ahora usted sola, que este ya es de rosas, para que quede perfumada y bonita. Jabónese bien la cabeza.

Gloria la jugó otra vez y pudieron por fin contemplarla en todo su esplendor.

—Quedó linda, usted. ¡Mucha fauna traía!

La barriga, templada, venosa, resaltaba mucho en su cuerpo largo y flaco. El ombligo parecía una bola de ping-pong. La parte de atrás de la cabeza continuaba el mismo plano de la espalda. Los ojos, por lo verdes y vivaces, eran lo único en ella que se podía llamar bonito.

—¿Y esta a qué horas apareció? Cada vez nos llegan más horribles, jefe —dijo, sin importarle que la mujer la oyera, la empleada que se encargaba de llevarle a ciertas horas el tinto al personal del hospital, y que era gorda, impertinente y bastante fea, por cierto.

—No se llama «esta» sino Rita, y no todas podemos ser tan bellas como usted. Y ahora no queremos café, gracias.

Como la mujer del zancarrón no había querido decirles su nombre, Gloria, que se encargaba de «bautizar» a los NN que llegaban, le había propuesto llamarla así, Rita, y la mujer estuvo conforme. Le pusieron la bata del hospital, pero con ella se veía aún más fea que desnuda, y Gloria fue por su billetera y mandó que le compraran una pijama y unas pantuflas, para que las estrenara junto con el nombre.

El médico principal, doctor Latorre, la examinó, ya toda limpia, peluqueada y vestida de pijama y pantuflas rosadas. Muy serio, con el respeto con el que trataba a todos sus pacientes, y sin oír lo que Rita decía sobre ángeles malvados que engendraban hijos aquí en la Tierra, se centró en la hinchazón de vientre y dio muy rápido el diagnóstico de ascitis. El doctor Latorre era mucho más joven de lo que se hubiera podido pensar. No le llevaba a Gloria más de cinco años, y ella no llegaba a los veinticinco.

—¿Es por enfermedad pulmonar crónica, doctor? —preguntó mientras el médico posaba el estetoscopio en la espalda blanca azulosa de Rita. La pregunta hizo que la mirara con cierta curiosidad.

—No. Por hepatitis crónica, me parece, pero hay que hacer los exámenes.

Esa misma mañana Gloria también le puso el nombre a Alvarito. El niño tenía dos años, máximo tres, pero estaba tan atrasado que parecía de uno o menos. Presentaba también hinchazón de vientre, pero en su caso se debía a la desnutrición, tan avanzada que ni siquiera lloraba ya, por la apatía que produce en los niños la debilidad extrema.

—Cualquier infección que agarre puede llevárselo en un santiamén —dijo el médico—. Con él no se sabe lo que pueda pasar. Empezar con suero y aumentarle gradualmente los nutrientes, para no lesionar el hígado. ¿El niño en realidad tiene algo que ver con aquella señora?

—Ella inventa fácil, doctor —explicó Gloria—. Nada que ver. Cada uno apareció por su lado.

El doctor Latorre no hacía mucho había llegado al hospital y Gloria y él apenas se estaban conociendo. Ella era muy joven y además bonita y sonriente, lo cual no disminuía para nada su capacidad de hacerse respetar. «Guante de seda en puño de hierro», le diría él después, como un elogio, cuando ya le tuvo un poco más de confianza, y Gloria no podría evitar sentirse halagada, aunque le pareció feo aquello del puño y el hierro.

La ascitis de Rita resultó ser por hepatitis, no por enfermedad pulmonar crónica, como había pensado Gloria. Al parecer el doctor Latorre rara vez fallaba. No se le encontró ningún zancarrón ni nada que se le pareciera, y Rita dejó de mencionarlo. Se había inventado aquello con el fin de hacerse internar, tal vez pensando que la barriga hinchada no sería suficiente para evitar que se la llevaran a alguna institución psiquiátrica.

—Reposo en cama y dieta hiposódica estricta —dijo el médico—. Y hay que traer al dentista. Esas muelas son foco de infección y le tienen que estar doliendo. Hay que sacarlas.

—Se las sacamos —dijo Gloria.

—Si ella se deja —dijo el doctor Latorre.

—Se deja si yo le digo, doctor. Mañana se las sacamos.

El hospital quedaba en un pueblo de unos cien mil habitantes y cubría un municipio de ciento cuarenta mil. Como el dentista residente estaba de viaje llamaron a uno del pueblo, quien, para sorpresa de Gloria, se negó a atender a Rita. Dijo que le daba miedo que le echara algún rezo o maldición, o que lo mordiera con esas muelas todas dañadas y le diera tal vez una infección o incluso hidrofobia.

—¡Ah mal dentista que es usted, señor! ¡Eso suyo sí que es errar la profesión, Virgen santa! —le dijo ella, pero al hombre su opinión lo tuvo sin cuidado. Quería ante todo irse, poner distancia entre él y Rita.

Consiguieron un segundo dentista, que no creía en hechizos ni en muñecos con alfileres, y le extrajo diez piezas dentales a tal velocidad que ella ni tiempo tuvo de negarse. Las atenazaba del trozo que hubiera, así fuera muy pequeño, y salían como por arte de magia. Cuando Rita dejó de sangrar, se vio lo mucho que mejoraba su apariencia sin las piezas podridas. La sonrisa se hizo menos oscura, porque en vez del negro de las muelas dañadas aparecía ahora el morado claro de las encías. Y para reírse y sonreírse le quedaban los colmillos superiores e inferiores y dos de los incisivos inferiores, todos ahora muy cepillados y blanqueados, como puntos de luz.

—Parezco una reina —comentó, mirándose en un espejito redondo que tenía siempre a mano y se había conseguido quién sabe dónde.

—La reina de la noche —le dijo Gloria, y Rita sonrió. Se había puesto flores de diente de león en el pelo. Los ojos le brillaban.

—¿Y usted de dónde sacó flores?

—Las traje volando hace un segundo.

Rita casi no dormía. Pasaba la noche con los ojos abiertos en lo oscuro, sentada en la cama, meciéndose con suavidad hacia adelante y hacia atrás. Se quedaba dormida una o dos horas antes del amanecer, y ya a las seis estaba esperando a las monjas, que se ocupaban de los pacientes temprano en la mañana.

—Anoche Alvarito estaba llorando —le dijo a Gloria un día—. Ya él sólo le recibe tetero a su merced. A nadie más.

«Su merced» era Gloria. Al parecer el niño había aprendido a distinguir sus pasos cuando entraba al hospital, y a partir de ese momento se ponía muy inquieto. Cuando Gloria supo que Alvarito la estaba esperando todos los días para que le diera el tetero y no quería recibírselo a las otras enfermeras, sintió ternura y miedo. A pesar de que sabía muy bien que el niño no iba a ser nunca normal —si se le ayudaba, probablemente iba a aprender a hablar y a ir al baño solo— su apego hacia él era cada vez más fuerte. Había empezado a considerar con seriedad la posibilidad de adoptarlo, pero era una decisión muy difícil y las inoportunas intervenciones de Rita se la complicaban todavía más.

A Rita el vientre no le drenó con la dieta hiposódica estricta, de modo que el doctor recetó espironolactona como diurético, fraccionada en tres

tomas. La cosa iba para largo, pues si eso no funcionaba, y Gloria tenía el presentimiento de que no iba a funcionar, tendrían que ensayar con una tiazida o un diurético de asa. También había la posibilidad de practicarle una paracentesis. A Gloria le gustaban esos términos médicos que a veces, como en este caso, parecían hablar de otra cosa, de filosofía o religión, no de una punción, una manguera y un recipiente para recibir el líquido. Y le habría encantado tener la oportunidad de decirle al médico «tal vez haya que hacerle una paracentesis, ¿no le parece a usted, doctor?», pero al fin no pudo, pues la barriga de Rita empezó a disminuir con el diurético.

Por sus excentricidades, entre ellas el hecho de que casi no durmiera o de que tuviera la capacidad de aparecerse de repente en cualquiera de las salas del hospital, y también por su afición a darle consejo a todo el mundo —a veces entrometiéndose en la vida ajena y averiguando cosas que no tenía cómo ni por qué saber—, muy pronto Rita se convirtió en una celebridad. Las personas iban a hablar con ella al escondido, pues Gloria y el doctor Latorre lo habían prohibido terminantemente, y le hacían preguntas sobre familiares desaparecidos o sobre la fidelidad de sus cónyuges. A veces contestaba disparates que las asustaban y que trataban de descifrar lo mejor posible; a veces respondía con precisión, como a la gorda de la cafetería, a quien le dio el número ganador del premio mayor de la Lotería de Boyacá. «La gorda le pegó al gordo», dijeron todos. Meses después —para entonces ya Rita se había ido del hospital y nadie sabía dónde estaba— a la mujer le secuestraron a uno de sus hijos y se lo mataron, a pesar de que ella les había pagado la plata que pedían, cantidad que, tal vez por coincidencia, fue exactamente la misma que le había llegado con la lotería. En cambio la enfermerita que aquella vez le ayudó a Gloria a bañarla, y que desde entonces se había encariñado con Rita, se ganó el carro que estaban rifando en un supermercado, y con él se quedó sin que nunca le pasara nada malo.

Una tarde llegó a urgencias una mujer joven con una herida en el cuello. En cualquier otra circunstancia esta herida habría sido mortal, y sin embargo la paciente no sangraba. Gloria y el doctor Latorre no se sentaron un rato en la oficina a debatir por qué no sangraba ni por qué la paciente seguía viva, sino que procedieron a operar con toda rapidez y la

salvaron. Estaban en Navidades, muy ocupados con los heridos de bala o arma cortopunzante y también con los niños quemados con pólvora, y no habían tenido tiempo de comentar el milagro. Al día siguiente Rita, con una sonrisa maliciosa, le preguntó a Gloria por la salud de la paciente.

—¿Y usted, Rita, cómo lo supo?

—Cómo le parece, jefe Gloria. ¡Si no es por mí, el animal ese la mata! Dígame si no.

Con su capacidad para moverse como el aire por el hospital, Rita probablemente había fisgoneado las hojas clínicas y encontrado la información pertinente a Isabel Mayorga, a quien el amante celoso había intentado matar de una puñalada. Si no fue así como se enteró, sino por algo más difícil de explicar, salvar esa vida sería el único caso en que Rita les ayudó de alguna manera. Lo demás fueron pronósticos de muerte o de vida para los pacientes que iban llegando, acertados algunas veces, y que a Gloria y al doctor Latorre los molestaron siempre; o información personal sobre los empleados del hospital, que Rita no tenía por qué conocer; o chismes de carácter al parecer sobrenatural, tan malintencionados como los chismes terrenos comunes y que creaban más malestar y hacían aún más daño que estos entre la gente. La recién difunta hermana de la nutricionista, por ejemplo, estaba bien enterada — y nada contenta, según Rita— de las demasiado prontas andanzas del marido viudo con su cuñada.

Hasta que un día el doctor Latorre terminó por cansarse de tanto enredo normal y paranormal como estaba creando Rita en su hospital y habló con ella. La conversación duró veinte minutos y esa misma tarde dejó de prestar consejerías y asesorías al gran público.

—¿Y usted qué le dijo? —le preguntó Gloria al médico.

—Le pedí el favor.

—¿Así nada más, doctor?

—Cómo le parece a usted.

La gente insistió durante algún tiempo en hacerle preguntas a Rita, en especial quienes iban detrás de las loterías y también personas que querían saber si la guerrilla tenía en su poder a algún familiar o si los paramilitares se los había matado, o, en caso negativo, averiguar dónde andaba, si era que estaba de sinvergüenza o qué, pero Rita, firme, se



quedaba en silencio. Eso demostró que no había sido por plata que Rita había prestado aquella especie de servicio comunitario, pero no libró al médico y a Gloria de sus intervenciones exasperantes, ya que dejar las profecías por encargo no significó abandonar las propias.

—El niño. Puede que se salve, puede que no. Estamos tratando de resolver —le gritó a Gloria una tarde desde lejos, cuando la vio doblar la esquina del corredor y caminar hacia ella.

—¡Qué resolver ni qué ocho cuartos! —dijo Gloria sin levantar la voz, muy mortificada, cuando pasó a su lado—. Si sigue con sus enredos, bellecita, hablamos con el médico para que la dé de alta.

—Si me echan me vuelo y si me agarran me vuelo.

Sin mirarla, Gloria empujó con fuerza las puertas batientes y desapareció.

—Resolvimos por fin —le dijo Rita cuando, media hora después, la vio aparecer de nuevo por el corredor—. El niño se salva.

Ella aparentó indiferencia y siguió caminando, como si no entendiera ni le interesara lo que le estaban diciendo, mientras el corazón le saltaba de alegría.

—Es hijo mío y del Ángel Retrechero, pero yo se lo entrego a usted, jefe, y no se afane, que él no es como el papá. Él problemas no le va a dar —le dijo, y Gloria otra vez se hizo la indiferente, mientras sentía no miedo sino mareo, como si caminara por el borde de un precipicio, aunque sin perder la serenidad.

Los diuréticos habían hecho efecto, así que el vientre monstruoso desapareció y a Rita le quedó el vientre abultado normal de una mujer de su edad, es decir, de una mujer que ya no era joven, pues la edad nunca la supieron y era muy difícil adivinarla. Quedó lo mejor que podía quedar, pensaba Gloria, y lo que convenía ahora era dejar de posponer el asunto, como desde hacía más de un mes venían haciéndolo, darla de alta y ver qué se hacía con ella. Últimamente se había estado comportando bien, pero Gloria sabía, todos sabían, que era sólo teatro para evitar que la internaran en alguna institución. Lo que Rita quería era la libertad, o sea la calle, y la quería lo más pronto posible.

Después de largas averiguaciones, la trabajadora social encontró por fin a la familia de Rita. Supieron entonces que se llamaba María

Cárdenas y que sus familiares no habían sabido nada de ella desde hacía casi seis meses. No se habían preocupado demasiado por su desaparición y no se alegraron cuando supieron dónde estaba. A lo largo de los años, Rita (o María) había desaparecido y vuelto a aparecer muchas veces, y hacía ya bastante tiempo que no vivía con ninguno de ellos, sino en la calle o en instituciones.

Ni modo de culparlos, pensó Gloria. Rita no era para vivir en casas de familia. Sus hermanos le contaron a la trabajadora social historias como para ponerlo a uno a pensar. Les había robado radios, máquinas de coser, plata y joyas para comprar aguardiente y mariguana y quién sabe qué más. Y tan cansados estaban de ella, que ahora se negaban a pagar los costos de la hospitalización.

—Ya sé que el niño va a quedar bien con usted, jefe —le decía a Gloria—. Así que yo mejor me voy.

Gloria le preguntaba que para dónde era que pensaba irse y Rita le decía que para donde pudiera subir y bajar en paz por el aire y por el agua. Eso está muy bien, le decía Gloria, para mantenerla apaciguada, pero el hospital no podía soltarla a la calle sin más ni más, como quería Rita, y los familiares se negaban a recibirla. De modo que el doctor Latorre y Gloria decidieron dejarla hospitalizada hasta que los familiares recapacitaran o Rita aceptara internarse.

Cuando por fin se dio cuenta de que la estaban reteniendo por la fuerza se puso muy difícil. Se peleó con las monjas y sabe Dios qué les dijo, pensaba Gloria, pues a las pobres mujeres se les veía el esfuerzo y el miedo cuando la atendían. Se peleó con todas las enfermeras y todas las auxiliares, que empezaron a tratarla con brusquedad, sin miramientos, como saben hacerlo muy bien las personas de esa profesión cuando se lo proponen. Los familiares sencillamente dejaron de venir al hospital. Y si no se peleó con Gloria, ni le buscó pleito, fue porque le tenía respeto o tal vez la quería.

El doctor Latorre se puso en contacto con una institución psiquiátrica que dirigía un excompañero suyo de la universidad, y por ese lado se presentó la posibilidad de resolver la situación. Pero Gloria sabía que iba a ser bastante complicado llevársela del hospital. Tendrían que sedarla o ponerle camisa de fuerza, y las dos cosas presentaban graves dificultades,

pues Rita tenía mucho vigor físico y no era fácil dominarla, y sobre todo tenía mucha astucia y, en efecto, dejó de tomarse los medicamentos cuando empezó a sospechar que en cualquier momento iban a querer dormirla o aturdira con ellos. Además se mantenía atenta a que el personal, jeringa en mano, no fuera de pronto a acorralarla en alguna esquina del corredor o en las escaleras.

Vinieron entonces las monjas una mañana y no la encontraron en la cama, ni debajo de la cama, ni en ninguna de las camas vecinas, ni en ninguna parte. Se alarmaron y llamaron al médico y a la enfermera jefe. Cuando subió Gloria, las sábanas estaban todavía tibias, o sea que no podía estar lejos. Fueron por segunda vez a buscarla a los baños y revisaron también el de hombres. Nada. Era muy difícil que Rita hubiera llegado al primer piso sin que la vieran o la detuvieran, pues debía pasar por dos mostradores. Con cierta ansiedad Gloria empezó a preguntarles por Rita a todas las personas con las que se encontraba en el piso, pero nadie la había visto. En aquel momento le pesó haberla admitido en lugar de haberle hecho poner camisa de fuerza cuando entró a la brava y gritando a la sala de espera, para que se la llevaran con todo y zancarrón a algún centro psiquiátrico.

—Vea, pues. Al fin me la hizo. Vea, pues —decía Gloria mientras iba de un lugar a otro.

Se le ocurrió revisar otra vez las ventanas del salón, y en efecto allá afuera estaba Rita, casi en la esquina del edificio, a caballo sobre el tubo de una de las lámparas exteriores. La enfermera que había revisado antes tenía que haber estado ciega para no verla. Al parecer Rita había caminado por el pequeño alero exterior de cemento, pegada a la pared, y se había caído cuando iba pasando al frente del tubo de la lámpara, del que logró agarrarse en un último esfuerzo. Y ahora se la veía muy contenta y tranquila, a horcajadas sobre el tubo, con una expresión parecida a la de los niños cuando montan en los caballitos de los carruseles. Le sonrió a Gloria con sus seis piezas dentales y sus encías moradas.

—He estado aquí en el aire. ¡Más bueno!

La lograron entrar por la ventana del cuarto que había frente a la lámpara, donde estaba hospitalizado un señor ya mayor a quien le habían

amputado una pierna por debajo de la rodilla, debido a una úlcera gangrenada, y que logró olvidarse por completo de su desgracia durante el rato que duraron en su cuarto las labores de rescate. Que no fueron muy aparatosas tampoco, pues Rita no opuso resistencia ni dijo nada, sólo sonreía.

La volvieron a acostar y le pusieron una ampolla de Largactil para dormirla. Tanta docilidad hizo sospechar un poco a Gloria, que le acomodó la sábana de manera que no pudiera salirse con facilidad de la cama, como se hace con los pacientes que vienen de cirugía para evitar que se levanten al despertar. Cuando el doctor Latorre hizo la ronda le dijo que para qué la había asegurado, si con el Largactil no había el más remoto riesgo de que se levantara. Muy rara vez el médico Latorre se impacientaba, pero seguramente el lío en que se habían metido con Rita lo empezaba a cansar y necesitaba desahogarse un poco.

—Del Largactil no sale antes de ocho horas ni aunque le toquen un merengue en la oreja con la trompeta del Juicio Final, señorita.

A Gloria le gustó mucho lo del merengue, chiste que jamás hubiera esperado de alguien en apariencia tan rígido como él, y le molestó que la llamara señorita y no «jefe Gloria», pero aquí no había manera de discutir. Desataron a Rita, la dejaron profundamente dormida y Gloria se olvidó del asunto hasta la ronda siguiente, cuando llegaron a su cama y la encontraron otra vez vacía.

—Eso fue que le tocaron el merengue —dijo Gloria para sacarse el clavo, a pesar de que en ese momento nadie estaba para tonterías. El doctor Latorre parecía desconcertado y fingió no oírla.

Gloria miró bien por la ventana, pero esta vez no había nadie a horcajadas en ninguna de las lámparas. Preguntaron por todas partes y nadie sabía nada, nadie la había visto caminar por los corredores, ni pasar por la recepción, ni dejar el hospital. Al parecer esta vez no había sufrido contratiempos al salir por la ventana y se había ido quién sabe para dónde, con su espejito y con la pijama rosada y las pantuflas rosadas de peluche que Gloria le había regalado. Se hicieron las pesquisas de rigor, pero cuando alguien se va de esa forma no hay nada que se pueda hacer, por más indagaciones que se adelanten, por más inspectores o policías que lleguen.

Sus familiares se habrían podido empeñar en acusarlos de negligencia, pero en lo único que se empeñaron fue en no pagar y más bien sintieron alivio y se pusieron contentos cuando supieron que Rita se había volado. También el médico Latorre se alegró en el fondo y sintió alivio, él, que era ecuánime y parecía no entristecerse ni alegrarse demasiado por nada. Las monjas sin duda se alegraron. Se alegró también Gloria, aunque por otras razones, y se alegró la misma Rita, por supuesto.

Volarse alegra siempre.

*OceanofPDF.com*

# **ESTO CONTABA ROBERTO MALDONADO PARNELL [2019]**

Cuando yo tenía diecinueve años me fui a estudiar posgrado en una universidad muy prestigiosa de Massachusetts. Yo era ingeniero mecánico, o de mecánica, más bien, pues el ingeniero no es el mecánico. La universidad me había ayudado a encontrar alojamiento, que resultaba ser en el cuarto que alquilaba una tal Ms. Mary O’Neal, por pura coincidencia irlandesa, igual que mi mamá, que era Parnell, como el patriota de ese país. Me iba a especializar en mecánica de suelos y cimentaciones. Yo soy Maldonado Parnell, cachaco hasta el tuétano.

Llegué de Bogotá en un vuelo directo a Boston, todo juventud, ojos, expectativas. Del vuelo no hay mucho que contar. Llegué a las diez de la mañana, después de un viaje tranquilo y tan quieto como si hubiera estado en la sala de mi casa. Ser admitido en esa universidad no era nada fácil, todavía es muy difícil, y de premio mi papá me había regalado el tiquete de avión en primera clase, así que dormí todo el viaje y, cuando llegamos, la azafata —bonita ella, como eran en esa bienaventurada época todas las azafatas—me despertó con una sonrisa de las que recibe uno cuando es todavía joven y bello. Toda la vida he dormido bien, pero a esa edad dormía peor de bien. Desaparecía del planeta y reaparecía ocho o diez horas después preparadísimo para lo que trajera el día.

Salí con mi gran maleta a agarrar el taxi que me iba a llevar a la casa de la señora Mary O’Neal. La chofer era pequeñita, un pite, vivaz, habladora, negra, una persona con mucho don de gentes. Si en Bogotá en ese tiempo había tres mujeres taxistas era mucho, en cambio aquí eran cosa común.

Hablamos de una cosa y de la otra y cuando menos pensé habíamos llegado.

—¿Es aquí donde se va a quedar?

—Aquí mismo.

—¡Mmmm!

—¿Qué pasa?

—Es la señora O’Neal.

—Correcto. ¿Y?

—Buena suerte en sus estudios, *young man*. Bienvenido.

Toqué el timbre y no contestó nadie. Miré por la ventana de la sala y no vi a nadie. Toqué con los nudillos. Le di la vuelta a la casa mirando por todas las ventanas y golpeando en ellas y tampoco vi a nadie. Tal vez la señora estaba en el segundo piso, pero habría tenido que subirme a los árboles para comprobarlo y yo no estaba para subir árboles pelados, sin hojas, y que parecían resbalosos y sobre todo fríos. Por aquellas latitudes los inviernos en lo que a frío se refiere se prolongan hasta bien entrada la primavera, y marzo a veces es el peor mes del año.

La puerta principal estaba sin seguro. No dudé en entrar, pues urgía estar en algún sitio caliente. Sin embargo, en el interior de la casa hacía un helaje peor que el de afuera. La sala era oscura, la cocina también, lo mismo que el baño al que entré a hacer pipí, pues venía que me reventaba. Al salir vi otra puerta. Era un cuarto bien arreglado —la jarrita de agua en la mesa de noche, la toalla muy bien doblada sobre la cama y sobre la toalla el jabón— y supuse que era el mío. El bombillo de la cocina era tan tenue como el del baño. Había un vaso de agua congelada. Al lado había otro con dos dedos de agua sin congelar, lo cual me pareció raro. Lo olí. Vodka.

Y la señora por ninguna parte. Salí al porche y entré la maleta. Saqué dos suéteres, me los puse sobre el que ya traía, y encima la chaqueta con la que había llegado. No me quité los guantes ni el gorro que me había tejido mi hermana para el viaje. Empecé a tiritar. La escalera estaba barnizada y olía a madera en la oscuridad. Encendí la luz tan pronto encontré el interruptor. Obviamente la señora prefería los bombillos tenues, la penumbra, pero se alcanzaba a ver para subir. Encontré también el interruptor de arriba y vi que todo estaba alfombrado de pared a pared con un tapete azul oscuro que agarraba casi toda la luz que salía de los tres apliques de pared y no la soltaba.

Tres cuartos en fila daban al pasamanos de un corredor que miraba a la sala, abajo. El primero era el consultorio de un médico, con su gran escritorio, su silla giratoria, la camilla para los exámenes físicos, el estetoscopio sobre la mesa y atrás los diplomas en la pared. James O'Neal se había graduado en una escuela de Medicina de Boston en 1940. Con razón los muebles del consultorio y hasta el estetoscopio tenían esa apariencia de antigüedad. No había fotos ni adornos. El sitio era adusto, casi monacal. En el segundo cuarto, alejándose del rellano de la escalera, había libros y revistas. Los libros eran de medicina y temas científicos, y estaban en estanterías de madera oscura que forraban las paredes hasta el cielorraso, y las revistas, apiladas con cuidado en el suelo en montones de unas cien cada uno, eran de moda y variedades. Eso era todo, aparte de dos sillones idénticos de cuero, cada uno con su idéntica lámpara de pie.

Y en la tercera habitación estaba ella.

Era evidentemente la alcoba matrimonial, a pesar de que la cama fuera sencilla. Aquí sí había fotos, en las mesas esquineras y también en las paredes, muchas fotos, pero no tuve tiempo de examinarlas demasiado porque la señora, sentada en una mecedora de mimbre, tenía la mandíbula hundida en el esternón y estaba muerta. Al lado había una mesita con una botella casi vacía de vodka Stolichnaya y un vaso con el líquido sin congelar. Se lo tomaba vivo, al parecer. Le toqué la mejilla y estaba fría. Fui a un baño y encontré un espejo con manguito, de los de maquillaje. Se lo puse debajo de la nariz, para ver si lo empañaba, pero nada. Le busqué el pulso y me pareció sentir algo. Le quité la cobija que la envolvía, le abrí el suéter, para poner el oído, y por allá debajo de un busto muy grande y gordo, monumental, ala, me pareció oír el corazón. El mío empezó a latir muy rápido. Yo era más bien delgado y liviano, sigo siéndolo, y semejante montaña me hizo sentir más liviano todavía.

Bajé las escaleras de dos en dos, encontré la puerta del sótano, encendí la luz tenue y me lancé otra vez escaleras abajo a buscar la caldera. En alguna parte tenía que estar. Los calentadores de arriba eran de los que funcionan con caldera. Efectivamente allá estaba, antigua, muy sólida y poderosa, de las de leña, muy bonita, y también estaba la pila de leños. Con periódicos y esos leños tan secos muy pronto puse a



rugir la dichosa caldera. Subí corriendo y ya los calentadores estaban traqueando y silbando y el aire empezó a calentarse.

—... un poco más conmigo todavía —dijo de repente la señora Mary.

—¿Cómo? —pregunté yo, todo erizado y en español, ala, mucha bestia, como si no hubiera entendido lo que ella había dicho.

—*What?* ¡Oh, mira, James! Ya tenemos a Robert con nosotros, qué maravilla. ¡Bienvenido! —dijo. Al principio pensé que había hablado dormida, pero lo que acababa de decir era ya de persona totalmente despierta—. Tu cuarto es abajo, al lado de la cocina. Tiene muy buenos clósets y la cama es nueva. Si se calienta demasiado por la calefacción, abre un poco las ventanas. Mi James murió hace muchos años, lo sé bien, que aquello no te vaya a perturbar. Yo no estoy loca, *kid*. Pero a veces viene, lo siento. Tú me oíste.

No tuve necesidad de preguntar a quién sentía.

—*Ah, okey* —dije. ¿Qué más podía decir?

—*Good kid*.

Me pidió entonces dos cosas. Que bajara rápido a aliviar la presión de la caldera o íbamos a volar por los aires como *ghosts* —creo que dijo, pero nunca estuve seguro—, y me explicó dónde estaba la válvula y cómo la debía manipular. Y también me dijo que, al subir, por favor trajera la botella de Rémy Martin que estaba en la despensa al lado de la nevera.

—Y tres copas de las de coñac, vaya.

## **LAS PALMAS DEL *GHETTO***

### **[2012]**

Ignacio entró al almacén a eso de las once y le dijo a Selene que necesitaban hablar, urgente.

—Sentate ahí si querés, que tengo una clienta —dijo ella.

Ignacio se sacudió la nieve y se sentó a esperar mientras Selene, parada al frente del vestuario, se mordía el labio inferior y se miraba la punta de los zapatos. Al rato salió la clienta con unos pantalones amarillos muy apretados que brillaban en las nalgas como soles y se paró frente al espejo.

—¿Qué tal se me ven, querida? —dijo.

Pasó por la ventana una familia de coreanos a punto de elevarse entre los copos de nieve. Pasó, agachándole la cabeza a la ventisca, el dueño de la Carnicería Medellín, donde Ignacio compraba fríjoles secos y harina para arepas. Durante algún tiempo había comprado allí también la carne, pero dejó de hacerlo después de que lo vio rascarse el ano y tasajear, muy nítidas y profesionales, unas tiras de tocino. Y pasó, también entre los copos de nieve, el carro de Danilo.

El almacén era de Araceli, la mujer de Nelson, y Selene llevaba trabajando en él casi dos meses. Ignacio sabía que Selene no estaba al tanto de muchas cosas, y había venido a contarle en lo que estaban metidos Nelson y el Gordo, a decirle quién era él (es decir, Ignacio), a contarle lo que ahora estaba pasando y a avisarle lo que en muy pocas horas pasaría.

A las doce Danilo seguía dando vueltas como un abejorro alrededor de la cuadra. La clienta se había ido por fin, e Ignacio había podido explicarle todo con calma a Selene. Ella se asustó mucho al principio, por supuesto, y empezó a llorar, pero al rato se calmó y se secó las lágrimas con un kleenex, apretándolas como a tinta con un secante, para no

correrse el maquillaje. No se pintaba mucho, apenas para hacer lucir al máximo sus ojos grandes, que tenían forma de almendra y mirada lenta, como de olas de mar.

—A mí por Nelson y por los otros no me importa. Pero qué pesar del Gordo —dijo.

Gerardo, el Gordo, no obstante vivir de lo que vivía, no obstante tener que verse involucrado de vez en cuando en una que otra muerte, era un hombre bueno. Dos cosas lo preocupaban en la vida: su familia y las grasas de la sangre. Se la pasaba haciéndose medir el colesterol y los triglicéridos, y acostumbraba imaginarse los bultos de colesterol que daban tumbos contra las arterias, se depositaban y empezaban a acogotar el corazón. Al negocio lo trataba con cierto desapego y hasta con repugnancia, pero era eficiente y en el fondo mucho más cauteloso que su hermano Nelson, que tanto gustaba de tecnologías, números y nombres en clave.

Selene era prima de Araceli, la esposa de Nelson. Araceli era bella y gustaba de hablar de las cosas que había comprado o pensaba comprar. «Estaban vendiendo en Saks unos zapatos de ataque, querida», decía, por ejemplo, «pero no tenían mi talla». Tenía pies grandes y tendía a comprar zapatos demasiado chicos, que le producían callos y juanetes. Debía visitar al podólogo con frecuencia. Cuando Araceli decía «adiviná lo que compré, querida», Selene, sin darse cuenta, comenzaba a exasperarse. Para ropa, podólogo y joyas, Araceli tenía que arrancarle la plata a Nelson, que había sido contador titulado antes de empezar el negocio y, quizás por eso mismo, era tacaño.

Al salir del almacén, Ignacio vio otra vez pasar el Honda del retardado de Danilo, que sin mirarlo le hizo una señal con el meñique. ¡Gafas de sol en semejante nevada!, pensó Ignacio.

A la una de la tarde entró al apartamento de Selene y guardó las cervezas en la nevera sin sacarlas de la canasta de cartón ni de la bolsa plástica. Destapó una cerveza y se sentó en el sofá a mirar la foto de los padres de Selene que había sobre el televisor, tomados de la mano en un antejardín de Cali. La madre, aún joven, tenía ojos moros como los de Selene; el papá cargaba tres bolígrafos en el bolsillo de la camisa.

Ignacio tenía que llamar a Paul, que estaba a cargo de la investigación.

«Yes», le dijo a Paul. «*It's there, yea. What do you mean? Of course I did. You think I am stupid? Yes. Yes. Yes. Okay*». Su inglés era muy fluido y muy fuerte; inglés de alguien de Medellín.

Colgó el teléfono y dijo «policías hijos de puta». Si se hubieran burlado de Nelson la vez que dejó escapar el par de nombres que ahora los hundían a todos, si hubieran mostrado alguna emoción, Ignacio no los habría despreciado tanto. Pero Paul, después de oír lo que dijo Nelson aquella vez, sólo había murmurado «los agarramos», e Ignacio lo vio quitarse las gafas de hipermetrope y los auriculares, poner al descubierto sus ojos duros como piedritas, acomodarse la repugnante corbata de misionero protestante y colocar en un sobre de manila las cintas grabadas que serían la perdición de Nelson y enredarían a muchos inocentes.

Danilo, que además de torpe era ignorante, lento, bruto y malvado, pasó frente al apartamento. Manejaba con el brazo afuera, para mostrar su reloj y su arrogancia. Hasta que un camión lo deje manco, pensó Ignacio mientras iba hasta la pared, se ponía en cuclillas y empezaba a rajarla cuidadosamente con una cuchilla. El temblor de las manos era apenas perceptible. Separó el trozo de pared y aparecieron los paquetes. Muchas veces había tratado de explicarle a su familia cómo se construían las casas en Estados Unidos. Que de ladrillos se olvidaran, les decía; las paredes estaban vacías por dentro. Clavaban láminas de yeso prensado sobre estructuras de madera o metal y se alcanzaban a oír todos los sonidos de un cuarto al otro. Y aunque todos se admiraban, él no creía que verdaderamente entendieran lo ilusorias que eran aquí las paredes, la vida. Parezco un ratón, una rata, pensó al mirar el roto por el que se veían los paquetes de billetes.

Volvió a colocar el trozo de pared, le puso cinta, masilló, pintó y secó la pintura con el secador de pelo. Salió a guardar tres paquetes en una de las casillas de la Greyhound, en Nueva Jersey. Era el dinero que se iba a llevar —no a robar, pues cuando todo estallara el enorme billeterío que movían el Gordo y Nelson quedaría por un instante en el aire, sin dueño—. Después fue al apartamento de Huevoduro, en Queens, a dejar allí otros dos paquetes de dinero. No a «inculparlo» —pues esa no era la

palabra en el caso de alguien como Huevoduro, que vivía en un sitio donde las bolsas de droga eran tantas, en las paredes, en el cielorraso, hasta en el horno, que uno terminaba por perderles el respeto y mirarlas como si fueran de harina de maíz para arepas—, sino para crear una cortina de humo sobre los dineros que Ignacio mismo se llevaría. Entonces, a eso de las seis, regresó al apartamento de Selene, a esperarla, y ahora sólo quien supiera lo que había estado haciendo habría notado el leve olor a pintura en el aire.

Selene era firme por todas partes, suave por todas partes; su amor envolvía por todas partes y todo lo llenaba. Entrar en ella era como entrar al paraíso terrenal.

A las siete y media de la noche Selene le dijo a la mesera que sólo quería un pedazo pequeño de morcilla con rodajas de tomate.

—Pero no me lo des demasiado pequeño tampoco, ¿oíste? —advirtió.

Ignacio pidió mondongo. Y mientras aspiraba el humo asfixiante de la sopa, se admiró de que las mujeres bellas se las arreglaran para comer sangre coagulada y arroz embutidos en duodeno de cerdo como si fueran frutas, fresas.

Selene había viajado a Nueva York con su padre después de terminar el bachillerato. Su padre dijo que Estados Unidos no era para ellos —es decir, para él y la madre de Selene, que se había quedado en Cali esperando a que su marido decidiera si Estados Unidos era o no para ellos— y se devolvió luego de seis meses. Selene decidió quedarse, pues ya se había inscrito en clases de inglés, y el Gordo y Nelson estaban consiguiéndole la tarjeta del seguro social.

—¿Tenés miedo? —preguntó Ignacio.

—Sí —dijo ella. Claro que tenía miedo.

—Lo malo es que ya no te podés ir. Hay que esperar a que se termine todo.

Sonó el despertador a las cinco de la mañana y a Ignacio le quedó intacto en la mente el sueño en que Selene, rencorosa, le acercaba la cara y le decía «¡sapo, sapo!». La dejó durmiendo y salió a encontrarse con Nelson en el parque de Flushing, de donde saldrían para las bodegas del aeropuerto a recoger más material. Nelson acostumbraba decir que

ciertos trabajos prefería hacerlos en persona, pues los empleados, por buenos que fueran, nunca les ponían el mismo empeño.

—¿Hablaste con L7? —preguntó—. Está lisa como jabón esta hija de puta carretera.

Ignacio sabía bien quién era L7. Para irritar a Nelson y sacudirse su propia irritación preguntó:

—¿Abigail? ¿Matarratas?

—No me digás que todavía no te sabés los hijueputas códigos —dijo Nelson—. Lo que pasa, hombre Ignacio, es que uno nunca sabe...

Y ya iba a soltar su parrafada sobre la importancia de mantener los códigos de manera estricta, así fuera para comunicarse desde lugares que al parecer no ofrecían riesgo alguno, cuando Ignacio lo interrumpió:

—No me vengás otra vez con eso, Nelson, ¿sí? Ese discursito ya me lo sé de memoria, ¿sabés?

—Bueno, pues entonces aplicalo, aplicalo —dijo Nelson con tono casi paternal, furioso en realidad.

Ignacio lo miró con sorna. No sabés lo rápido que te vas a empezar a podrir en la cárcel, pensó.

—Hablé. Hablé con Matarratas —dijo, y Nelson masculló algo que seguramente era un insulto. A los demás los maltrataba con ese estilo suyo cortante, frío, repleto de desprecio y engreimiento. Con Ignacio, que era o alguna vez había sido médico, se cuidaba: para Nelson los seres humanos una vez se titulaban, y más si era en Medicina, pasaban a una esfera superior de existencia.

A las siete y media de la mañana salieron del aeropuerto para donde Abigail Echeverri, alias Matarratas. Abigail vivía en uno de los apartamentos más alejados, en Queens, cerca de la última estación del subway. Todos los antejardines estaban cubiertos de nieve. En algunos había árboles de Navidad, muñecos de Papá Noel y tiros de alces.

—¿Qué más ha habido, galeno? —dijo Abigail—. Don Nelson, ¿cómo está?

Nelson no respondió.

—Qué más Abigailcito —dijo Ignacio.

—Andá Matarrratas, empezá a traer los talegos del carro, ¿sí? —dijo Nelson—. Pero mosqueate, ve, que vos a ratos parece que tuvieras plomo en el culo. ¡Claro! ¡Como se la pasan pajeados a toda hora...!

Nelson se refería a la afición que tenían los muchachos por la pornografía. Todos ellos, Abigail y Monumento, los dos Cerebros, Huevoduro y Pacho se habían enviciado a las películas de sexo. Por razones de seguridad, a fin de cortar de raíz la posibilidad de que los siguieran, los habían obligado a encerrarse durante varias semanas en los apartamentos donde se guardaba el material. Entonces el Gordo les había conseguido televisión por satélite para que no los matara el tedio. Y de las decenas de canales a su disposición habían optado por los de pornografía. Hasta Abigail y Danilo, únicos a quienes se les tenía permitido salir, y sólo para diligencias de trabajo, se habían enviciado. Al escuchar las con versaciones telefónicas interceptadas, Ignacio se distraía mirando la cara de desconcierto de Paul y los otros detectives cuando los muchachos empezaban a hablar sobre las películas que habían visto. Muy comentada, por ejemplo, había sido la de los tres que copulaban sobre un caballo.

—¿Y viste la estaca que le metía el de atrás a la muchacha? —preguntaba Monumento, que debía su apodo al tamaño de la nariz.

—Parecía un colino de plátano —respondía en la otra línea el menor de los dos hermanos Tamayo, a quienes por sus pocas luces apodaban los Cerebros.

Rob Martínez, uno de los detectives, era de familia chilena pero había olvidado mucho el español y no sabía lo que era «estaca», mucho menos «colino», e Ignacio tuvo que explicarle. A veces los comentarios de los muchachos eran tan retorcidos desde el punto de vista moral y psicológico, y tan barrocos desde el punto de vista lingüístico, que no había manera de explicarlos. Y resultaba siempre muy agradable ver la cara de frustración de Rob, con los audífonos puestos, esforzándose en dilucidar si la palabra «panocha», por ejemplo, que figuraba con tanta frecuencia en las conversaciones de los sujetos, era en este caso alguna clave que significara cocaína o kilo o envío.

A eso de las doce del día, Nelson e Ignacio habían hecho ya todo lo que tenían que hacer y viajaban en silencio para la casa del Gordo. Lo único que tenían en común eran los negocios, y en ese momento no había asuntos para tratar. Muy de vez en cuando, y sin demasiada convicción, Nelson intentaba decir algo, hacer algún comentario técnico sobre el estado de la calle o sobre el funcionamiento del carro, pero Ignacio no encontraba nada que decir y contestaba con monosílabos.

La casa del Gordo era el pandemónium en medio de las preparaciones para la Navidad. El Gordo, que por estas fechas nunca estaba demasiado sobrio y oía música casi constantemente, participaba en persona en la preparación de los tamales, se encargaba él mismo de los buñuelos y supervisaba la marcha general del asunto, cosa que agradecía su mujer, a quien poco agradaba la cocina. El Gordo comía todo el tiempo, chorizos, morcilla, trocitos de chicharrón para mantener bajo control el aguardiente, que a su vez parecía ayudarlo a olvidarse un poco de los triglicéridos.

Ignacio había tenido la esperanza de que allí estuviera Selene, y allí estaba. Mirá cómo late que late el corazón del sapo, pensó con odio hacia sí mismo, con saña, como alguien tratando de sacarse los ojos con las uñas. Selene lo vio entrar, se miraron, e Ignacio supo que no lo iba a denunciar, no iba a denunciar al denunciante, y su alegría fue intensa, no por el alivio del miedo —pues los del Gordo no torturaban, y de matarlo seguramente lo haría Abigail, que le caía bien y era buen tipo—, sino por ese deseo que sentía por ella, que absorbía toda la luz y todo lo avasallaba.

A eso de las cuatro de la tarde regresaron al apartamento de Selene, y protegidos por el placer flotaron otra vez, inermes, sobre la muerte y la aniquilación. Infinita la belleza del vientre, pensó él, del trazo de minúsculos vellos que van del pu bis al ombligo y se extienden como rizo de agua por el resto, visibles sólo para él, el primate macho elegido, el mandril más realizado. Ninguno de los dos había mencionado al Gordo, ni a Araceli ni a los hijos de Araceli, ni a la mujer del Gordo, ni a la mamá del Gordo, ni a los muchachos que cuidaban los apartamentos. Durmieron un rato, se levantaron casi a las seis de la tarde y prepararon



una especie de desayuno, con huevos y pan. Se bañaron y empezaron a arreglarse para la fiesta de Navidad.

—Otra vez se puso a nevar —dijo ella cuando miró por la ventana—. ¡Qué belleza!

Ignacio se acercó a Selene, que se maquillaba frente al lavamanos, le bajó los interiores y la tomó por los hombros, anchos, angulosos, mientras el cabello de ella se extendía muy negro sobre las llaves del agua, y los cepillos de dientes rodaban hacia el centro. Regresaron a la cama y durmieron mucho tiempo. Se levantaron casi a las diez, se bañaron otra vez y salieron para la casa del Gordo.

A las dos de la mañana ya muchos estaban borrachos. La música atronaba. A Ignacio casi se le había olvidado lo que iba a ocurrir, cuando tumbaron la puerta y en la confusión hirieron a Abigail en el hombro y mataron al Gordo de un disparo en la cabeza. Las mujeres gritaban. Los policías insultaban, pateaban, empujaban, ponían esposas. A Ignacio le dieron un culatazo en la coronilla y lo esposaron. Ya no nevaba. El suelo estaba espumoso y crujía cuando lo pisaban. El frío en la acera se había hecho cortante, picaba en las fosas nasales y quemaba las orejas. Ignacio vio cuando subían a Selene a una de las radiopatrullas. A las tres de la mañana pasadas, con una venda en la coronilla, Ignacio fue hasta la Greyhound, y a eso de las cuatro estaba con Selene en el hotel.

El hotel era de segunda, casi de tercera, y quedaba al lado de un lote vacío, cerca del aeropuerto. La policía no iba a pagarles un hotel de cinco estrellas. Se oía continuamente el ruido de las turbinas de los aviones que llegaban y salían de las pistas. Por la ventana aparecían las ramas desnudas de ese árbol de nadie, que nadie siembra y crece sin ayuda en los lotes, en los patios descuidados o abandonados, y que es frondoso en verano, hermoso y frondoso en primavera y en otoño, y despreciado siempre, por lo excesivamente fértil y resistente. *Ghetto palm* lo llaman.

Selene había estado llorando en el baño y se había acostado. Cuando él, luego de terminarse la media botella de aguardiente, se acostó y la buscó en la cama, ella dijo:

—Ahora no. ¿Cómo se te puede ocurrir? Ahora no.

E Ignacio nunca quiso averiguar si lo que dijo después con voz casi inaudible, «sapo, cochino», en realidad lo había dicho ella o lo había

imaginado él, lo había soñado.

*OceanofPDF.com*

## **EL FILO DE LA MEDIANOCHE**

### **[2012]**

Peor momento no podía escoger, pensó cuando supo que Miguel venía.

Su matrimonio estaba en ruinas; el malhumor lo atacaba desde muy temprano en la mañana y debía controlarlo el día entero, como a un perro bravo; y si bien era rico todavía, los negocios parecían irse deteriorando a la misma velocidad con que se le deterioraban la salud y el ánimo.

Por Adriana había empezado a sentir antipatía sin razón alguna. Trataba de que no se le notara, pero esas cosas no pueden ocultarse. Ella era de carácter fuerte, y a la actitud de él respondía con ironía y a veces con sarcasmos. La verdad, pensaba Óscar, era que había dejado de amarlo tanto como él a ella, y así y todo a Adriana le dolía que ya no la quisiera.

Fueron los dos a recibirlo.

Como siempre que se reunían, el primer impulso fue el de tomarse algunas copas, de modo que fueron a un bar en las afueras de la ciudad, por la carretera al aeropuerto. A Adriana le gustaba estar con ellos dos, pues cada uno ganaba cuando el otro estaba presente, y los tres se ponían especialmente eufóricos e ingeniosos. Además, la presencia de Miguel les permitiría descansar de la insoportable tirantez de un matrimonio que se iba a pique, en lo que sería la primera tregua de una guerra sin cuartel que ya duraba casi un año. Ahora incluso volvía a disfrutar del humor seco, algo negro, pero siempre acertado, de su marido, y a pensar que sus ojos, por lo incisivos y atentos, alcanzaban a ser bellos.

«No tomés tan rápido, fijate lo bien que estamos pasando, dale tiempo al cuerpo para que elimine», dijo Adriana, y él tuvo que hacer un esfuerzo para no responder de mala manera e iniciar una pelea. Sabía que ella se refería a lo difícil que a veces se ponía con los tragos, pero también a que el alcohol le hacía daño para la artritis. Y cualquier alusión a su enfermedad, así fuera remota o imaginaria, lo enfurecía. Muchas de

sus riñas concluían con el intercambio de tres o cuatro frases afiladas y después, el silencio. Otras, en cambio, se habían salido de cauce y habían hecho volar objetos; o él había terminado con el rostro arañado y ella con ojos morados o la cara hinchada. Óscar, que durante sus treinta y seis años de vida se había involucrado en algunas peleas con hombres, jamás pensó que pudiera alguna vez golpear a una mujer.

Hablaron de la muerte de Janis Joplin. Hablaron de libros recientes. Miguel propuso que salieran a comer, y decidieron ir a un restaurante italiano de las afueras. Ella se ofreció a manejar y tomó las llaves de la pickup. Óscar, con alguna brusquedad, se las arrebató de la mano.

Aunque la velocidad los hizo sentir felices, seguros de que no se iban a matar, ella le hizo señas a Miguel de que no pasara la botella. Él le sonrió y la pasó de todos modos. Por las ventanas entraba el aire cargado con olor a maleza de la carretera.

En el restaurante, Óscar se dio cuenta de que Adriana refrenaba el impulso de aconsejarle que no pidiera carne roja. Y hace bien en no decir nada, pensó. Ya cojearé mañana, si me da la gana, con la rodilla a punto de estallar y malgenio de alcohólico. Pero es mi puta rodilla, y es cosa mía si resuelvo suicidarme con ternera.

Del restaurante salieron para otro bar, en el centro de la ciudad, donde sólo ponían boleros. Óscar al fin decidió entregarle las llaves a Adriana. Bailó con ella y lo disfrutó, pues lo hacía bien aun estando borracho. También bailaron, muy juntos, Adriana y Miguel. Se produjo una discusión con alguien, tal vez con Miguel o con el dueño del bar, que terminó quién sabe cómo. Óscar nunca lo recordaría. Miguel y el muchacho del estacionamiento lo cargaron hasta la camioneta. En algún momento Adriana había desaparecido.

Se despertó, vio que estaba en su cama, vestido, encendió un cigarrillo sin prender la lámpara y se puso el cenicero sobre el esternón. Ni siquiera habían tenido la decencia de quitarle los zapatos, pensó. En la mesa de noche estaba la botella. Resoplaron los caballos en las pesebreras. Cantó un gallo. Dos tragos grandes le quitarían el dolor de la rodilla. Creyó oír las voces de Adriana y Miguel en alguna parte, pero el aguardiente lo envolvió de nuevo y se durmió con el cenicero subiendo y bajando sobre el pecho. Cuando se despertó, ya sin dolor, se tomó otro

trago, encendió un cigarrillo y trató de ubicar las manecillas fosforescentes de su reloj. Sonaron los gemidos de Adriana en el cuarto donde habían acomodado a Miguel. Se tomó otro trago, cantó un búho, resoplaron los caballos. Trató de poner la botella en la mesa, la puso en el aire, se cayó al piso y en el cuarto de Miguel se hizo el silencio.

Sonaron otra vez las voces.

La aflicción se le hundió como un hierro en pleno estómago y le tocó luego el borde del corazón, pero se quedó allí, no subió a la garganta ni a los ojos. Quería ponerse de pie, pero sabía que, con la borrachera, las piernas no lo sostendrían.

Su espíritu, muy lúcido, era una lámpara encendida en la neblina.

Aquí toqué fondo, pensó. De aquí hacia abajo ya no hay más.

*OceanofPDF.com*

# **HISTORIA DEL REY DEL HONKA-MONKA**

## **[1993]**

El negocio comenzó como un almacén de autopartes que al inicio dio sólo para un empleado, Alcides, a quien más tarde hubo que echar pues sentía fascinación enfermiza por los periódicos. Al principio la prensa no fue problema: los clientes eran escasos y el empleado podía apagar como quería sus ansias de noticias. Cuando William llegaba, Alcides, con ojos alucinados, le contaba historias largas que William oía sin entender, asintiendo a destiempo mientras revisaba los papeles y eructaba con discreción. «¡No me digás!», contemporizaba.

Era una gama amplia, un delirio. Mujeres violadas con crucetas, ancianos pedantes aceptando directorios políticos, amantes desesperados despeñándose por horrendos precipicios. Desde muy temprano Alcides se dejaba revolcar la cabeza por noticieros de radio que lo sacaban del sueño y lo atosigaban en la ducha. Después comía huevos mientras leía titulares. Y así seguía hasta la noche, cuando los periodistas parecían aflojar un poco la garra, como para no matarlo, y le permitían otra vez descansar en el manglar absurdo de sus sueños.

William y su socio eran alegres y preferían no tomárselo en serio. No eran gente para ver la angustia del que quiere impedir que la Historia se le escape entre los dedos. Le ponían apodos y hacían planes para emborracharlo y llevarlo a bailar y tal vez a los burdeles. Urdieron una confabulación compleja, que disfrutaron más en el momento de los planes que en el de los hechos, pues cuando por fin pudieron arrastrar a Alcides a una discoteca supieron que emborracharlo no era difícil —le gustaba más el aguardiente de lo que parecía—, que ponerlo a bailar resultaba imposible y que no era prudente llevarlo a los burdeles. Ya borracho, Alcides repitió cosas leídas, recitó poesías, se puso, en fin,

pesado y tuvieron que obligarlo a tomar rápido para que cayera cuanto antes.

A William y al socio no les caía mal la gente que con el trago se ponía trascendental o demasiado sentimental o demasiado poética. A William y al socio no les caía mal nadie, y tal vez por eso el negocio empezó a hacer progresos rápido. Pero de ser posible evitaban honduras. Preferían las fiestas en que se bailaba mucho y se hablaba poco. Y cuando, por ejemplo, iban a casas de citas, no iban precisamente a meter la cara en un escote y sobar muslos perfumados, sino a bailar y, de vez en cuando, pero como si fuera parte de lo mismo, a hacer lo que se hace en las casas de citas. Y cuando apretaban bailando no lo hacían con lujuria, sino de un modo casi profesional, digno, sin perder nunca el ritmo ni dejar aguar el espinazo.

Después de un año habían recuperado la inversión, duplicado existencias y contratado a una secretaria pequeñita y muy viva, que desde el principio odió a Alcides por lo lento y porque, según ella, olía a sudor viejo. Se llamaba Genoveva. El socio, que gozaba mucho viendo semejante cantidad de vida metida en semejante migaja de mujer, de vez en cuando la llamaba Genoveva de Bravante. Entonces Genoveva levantaba la cabeza y soltaba una carcajada nítida que casi hacía repicar los vasos en los entrepaños de la cocineta.

Alquilaron los dos locales contiguos y los integraron al negocio. Volvieron a duplicar existencias y empezaron a considerar la posibilidad de que uno de los socios dejara el empleo para dedicarse por completo al almacén. Los clientes llegaban como moscas. William y el socio no sabían qué hacer con Alcides, que seguía leyendo la prensa mientras los clientes llegaban como moscas. La esposa de William coincidía con Genoveva en que el hombre era inútil y olía a sudor viejo. Era bonita, por entonces tenía alrededor de treinta años, tenía buenos modales, leía libros y era cristiana, pero tampoco podía acostumbrarse a aquel hombre de uñas largas y manos tiznadas con tinta de periódico. Opinaba que lo mejor que podían hacer con él era liquidarlo. Con «liquidarlo» entendía, por supuesto, pagarle las cesantías y que se fuera a leer a otra parte.

Aunque William y el socio tenían buenos empleos, el del socio era mejor (gerente de una compañía de seguros), y fue William quien dejó el

suyo y se hizo cargo del almacén. Ya su familia estaba acostumbrada a un nivel de vida alto, y el sueldo tuvo que ser tan bueno como el que tenía. Pero el negocio iba tan bien que no se resintió por el nuevo gasto y siguió floreciendo y retoñando por todas partes.

Empezaron a considerar la posibilidad de adquirir un lote grande, detrás de los locales, y construir lo que ellos llamaban un Servicentro. Sería una especie de estación de gasolina elegante, atendida por muchachas en minifalda y por mecánicos con corbata y vestido azul de trabajo. El motorista podría encontrar allí lo que necesitara, gasolina, repuestos, adornitos para el carro y mecánicos expertos, todo bien presentado y vendido a precios altos pero todavía razonables. La idea era convertirlo en un sitio de moda. El sobrino de la esposa del socio acababa de terminar Arquitectura y se dejó llevar tanto por la novedad del asunto que el primer proyecto casi tuvo plataforma de helicópteros. Hubo que bajarle los humos y ponerlo a diseñar exuberancias realizables, cosa que empezó a hacer sintiendo que su imaginación estaba siendo mutilada.

Con un préstamo del banco compraron el lote donde iba a funcionar el Servicentro. Hasta ahora la familia de William había vivido en una buena casa, cómoda, en uno de los barrios tradicionales cerca del centro, todavía tranquilos aunque ya amenazados de lejos por un comercio caótico. Pero como los hijos necesitaban más espacio y como nunca sobraba mantenerlos lo más lejos posible del bochinche, William compró una casa en un barrio campestre a las afueras de la ciudad. Consiguieron un perro dálmata y dos guacamayas. Todo florecía y se bifurcaba. William fue elegido como miembro de la junta directiva del Club Campestre. William y su esposa fueron seleccionados como la mejor pareja en el baile de Año Nuevo. Flotaron bailando el vals. Salieron en los periódicos.

Como si le hubiera caído un rayo en la cabeza, Alcides recibía por esos días la notificación de despido. Minuciosamente ocupado con el horroroso desenvolvimiento de Los Hechos, el asunto lo tomó por sorpresa. Fue una carta formal, escrita en estilo legal y mecanografiada con alegría por Genoveva. Alcides parecía en problemas para desentrañar el contenido. Volvía a leerla y a releerla, la guardaba en el bolsillo, volvía a sacarla y a leerla. Se la llevó a William para preguntarle lo que



significaba y William le explicó lo que significaba. William miró por la ventana las acacias florecidas, al frente, metidas en la luz del mediodía. Alcides dijo que no tenía idea de que estuvieran descontentos con su trabajo, que le habría gustado que le hubieran dicho a tiempo lo que no les gustaba, para que él pudiera mejorar, pero que, así, todo era como tan... tan... Parecía a punto de llorar. William tuvo que decir que ellos no habían estado nunca descontentos con su trabajo, que no era eso ni mucho menos, que mejor empleado era difícil y que ellos le iban a dar todas las recomendaciones que pidiera. «Pero vos sabés, Alcides, que como ahora yo voy a estar al frente de las vainas no nos conviene pagar más sueldos de los que el negocio puede aguantar. ¿Me entendés?».

No parecía entender. Un grupo de pájaros cayó sobre las acacias, se quedó quieto un rato y se regó de nuevo por el cielo. Esa noche William, en una discoteca, bailó montunos, boleros, guaguancós. Bailó todo lo que tocaba la orquesta o el traganíquel, sudó la camisa, hizo reír a las muchachas, tomó algo de aguardiente y a la hora de cerrar había casi olvidado la cara de Alcides mirando la notificación de despido.

Después de liquidar a Alcides consiguieron otro empleado, Leonel, que era buen trabajador y no leía periódicos. Joven y metódico, no tenía novia porque todavía no tenía la plata para casarse. Estaba destinado a quedarse primero con la parte de William y después con el almacén entero. Sabía ahorrar, sabía esperar. Como un cura con mucha vocación, carecía de orgullo, carecía de apego por el resplandor mundano. Hablaba con moderación. Era desapegadamente cortés y muchísimo más inteligente de lo que parecía. Aceptó la autoridad de Genoveva como quien acepta, sin emocionarse, los calores o las lluvias. Trataba de congraciarse con ella y, por chiste, la llamaba «doña Genoveva» o «la Jefa».

Cualquier otra actitud a estas alturas habría sido suicidio. La autoridad de Genoveva había crecido a la velocidad del negocio y los socios la respetaban y querían. Aunque se había hecho imprescindible seguía carcajeándose con su risa alta cuando la llamaban Genoveva de Bravante, como si nunca se cansara del chiste y fuera inmune a la repetición y al tedio. Y se encargaba de todo en la oficina: recordaba citas con el médico, cumpleaños, hacía reír a los gerentes de los bancos,

redactaba cartas y mantenía café fresco en la cocina. El socio decía que era chiquita y completa, como una navaja suiza. Un día Genoveva abrió por la mañana y sintió que había alguien robando en las bodegas. No lo dudó un segundo, sacó un Colt casi tan grande como ella, que mantenían en una gaveta, fue al depósito, levantó el arma con las dos manos e hizo seis disparos que la dejaron aturdida. La gente la encontró gritando «¡le di!, ¡le di!» a la vez con pavor y alegría. Así era de completa. Y efectivamente le había dado. El rastro de sangre salía por la puerta de atrás, que había sido violentada, daba la vuelta a la esquina y desaparecía donde tal vez un carro se había llevado al herido.

Llegaron los buldóceres y empezaron a barrer maleza revuelta con pedazos de ladrillo, aclarando el terreno para la construcción del Servicentro. William y su esposa traían matrimonios amigos para que vieran el progreso de los trabajos. La admiración de los amigos no tenía límites. William conseguía plata como quien le mete candela a un reguero de pólvora. William iba tan rápido que la gente tendía a perdonarle todo. A las señoras les caía en gracia que supiera bailar como la plebe. Su mujer le hacía preparar caldos cuando llegaba tarde de las discotecas y amanecía con dolor de cabeza. Las hermanas de su mujer, altas, fértiles, con la belleza excesiva de las mujeres del Valle del Cauca, se reían cuando William, bromeando, les pedía el favor de que le mostraran los pechos aunque fuera por un segundo; su mujer se enojaba y se ponía distante por un rato, pero al final cedía a los chistes y halagos y terminaba otra vez abochornada y feliz. Eran jóvenes. Él por esos días todavía sabía hacerse perdonar con gracia.

Compraron una casa al frente del mar, en el Pacífico.

El Servicentro fue construido sin reparar en gastos. Las palmeras, ya adultas, las trajo un camión y las sembró una excavadora. Las veraneras llegaron florecidas. Para el día de la inauguración, los loros y papagayos se habían habituado a vivir en su jaula —grande, con un pequeño jardín de piedras y trapecios y columpios de colores— y parecían contentos. En la jaula de los micos uno de ellos había aprendido a masturbarse y fue necesario remplazarlo. La inauguración se hizo con globos, whisky, fuegos artificiales. Poco antes de la medianoche, a la esposa de William se le bajó la presión y quedó desmayada; William y el chofer la

llevaron a la casa y regresaron a la fiesta. Y ya casi al amanecer, entre gritos y aplausos, William bailó tango con la esposa de uno de sus amigos, que era abundante de carnes y usaba escotes amplios y faldas abiertas por el muslo.

Entre la inauguración del Servicentro y la inauguración de La Vía Láctea pasaron los años. A juzgar por las apariencias William se había vuelto por fin una persona seria. Ya no les pedía a las hermanas de su mujer que le mostraran nada, ya no bailaba tangos, había empezado a ir a misa los domingos y a usar corbata todo el tiempo. Fue un cambio más bien rápido y sin duda sorprendente. Nadie podía creerlo. Su mujer pensaba que había decidido al fin asumirse como la persona pudiente que era y aceptado el papel que le correspondía en la sociedad. Estaba contenta.

William no se mantenía mucho en la casa, pues por negocios cada rato tenía que viajar a Bogotá. Pero, mientras estaba, era una persona siempre rigurosa, a veces autoritaria. Los muchachos, ya adolescentes, tenían prohibido oír salsa, ir a discotecas, visitar los barrios populares. Y las prohibiciones se hacían cumplir a correazos. Cuando volvía de sus viajes había que informarlo de lo sucedido, día a día, durante su ausencia. Cualquier desviación de la rutina era vista como concesión al caos y castigada con rigor. Los muchachos le tenían miedo pero lo querían: William se había hecho serio, no tacaño, les daba lo que pidieran y todavía podía ser muy cariñoso.

La Vía Láctea, especie de barra bajo un bonito techo de palma, metida entre un jardín de helechos y palmas enanas, donde se vendían batidos de frutas, leches malteadas y helados, fue un éxito tan fulminante como lo había sido el Servicentro. Pero fue el último negocio que la sociedad alcanzó a montar antes de que William se fuera cuesta abajo.

Él y el socio estaban muy ricos y parecía imposible que algo pudiera fallarles. El socio sabía que William no iba tanto a Bogotá como lo hacía creer; sabía también que había conseguido una amante, Amparo, y que muchas veces pasaba la noche con ella. Pero como el socio había dejado de beber (lesión hepática diagnosticada a tiempo), no iba a las discotecas y no podía conocer la profundidad del asunto. Se hacía cómplice de

William, le cuidaba las espaldas, pero sólo sabía lo que William quisiera decirle.

Entretanto Leonel, sin hacer ruido, había ahorrado peso tras peso, metido en la firme, helada empresa de construir un capital que le abriera las puertas de la riqueza. Prestaba plata a interés y era tan implacable y eficaz en el cobro como un abogado. Si en su corazón había orgullo por el dinero que con tanta determinación había logrado meter a los bancos, el orgullo no alcanzaba a sobreaguar hasta sus ojos claros, de un verde sin fuerza. Los músculos de su cara seguían moviéndose con una amabilidad de gestos desdibujados e inescrutables, amabilidad que podía ser tomada equivocadamente como servilismo. Leonel intuyó primero que la apariencia de seriedad de William era sólo la fachada de algo; después le contaron que lo habían visto en una discoteca, camisa roja con boleros antillanos y pantalón blanco de bota campana, bailando con una morena espectacular. Otros hubieran pensado que se trataba de una calumnia inverosímil; Leonel, tras calcularlo un momento, supo que era cierto. Otros, una vez convencidos de que era cierto, se habrían reído tal vez, habrían despreciado o admirado a William; Leonel lo entendió y lo asimiló sin conmoverse, como quien se acostumbra a saber, sin nunca sentir la maravilla, que el sol se pierde por el occidente o que el agua de los ríos llega siempre al mar.

Amparo era morena pero no tan provocativa o espectacularmente hermosa como decían. Podía parecerlo cuando se vestía para ir a la discoteca, sin duda lo era cuando empezaba a bailar, pero en la vida corriente era una morena bien formada, como tantas otras, que podía quitarles el aliento a los hombres sólo cuando se dejaba mirar bajo cierta luz. Vivía con la mamá en una casita que a la señora le había regalado un viejo amante, en un barrio popular, sobre una calle sin asfaltar que los vecinos mantenían muy arborizada y barrida. La casa tenía varios avisos: «Se Hacen Ojales, Alforzas, Zigzags y Aplicaciones», «Se Venden Helados», «Se Cortan Modelos». De eso vivían. No tenían que pagar arriendo y no pasaban necesidades. Como Amparo diseñaba y cosía, sus vestidos de baile no le salían caros, a pesar de los brocados y el terciopelo, y no alcanzaban a desbalancear el presupuesto familiar.

La placidez de la mamá le venía tal vez de esa pobreza tan placentera, tal vez de la consciencia de no haberse negado muchos goces en la vida. Era todavía bella. Más negra y alta que la hija, con seguridad había sido más opulenta de carnes. Aún le resultaban novios, no siempre viejos, que disfrutaba como los había disfrutado siempre, sin complicarse con pudores extravagantes, y los dejaba ir como los había dejado ir siempre, sin echarse a morir de desconsuelo. En la parte de atrás de la casa tenían una lora verde de cabeza amarilla, que como tantas otras en esos barrios sabía cantar boleros y actuaba como si estuviera completamente chiflada y fuera feliz. También en el patio de atrás había un níspero del Japón que cuando florecía alcanzaba la suprema perfección. A medianoche giraban las constelaciones sobre el níspero; a mediodía todo se adormilaba como un paraíso tórrido inundado por el chillido amniótico de las cigarras.

No fue, pues, por azar que William se enamoró de la deslumbrante bailarina: empezó a visitar el Honka-Monka con frecuencia y terminó bailando con ella en los Shows de Medianoche. Al principio bailaban en la pista con todo el mundo, pero pronto se hizo obvio que resultaban una pareja extraordinaria. Ella era muy morena y él muy ojiazul. Eso atraía. Podían bailar apretados y deslizarse con la misma facilidad que cuando iban sueltos. Bailaban sueltos sin dejar de bailar juntos. Mantenían una sonrisa de alegría pagana y superficial e inventaban quiebres de ritmo, pasos, vueltas. Se soltaban, se recuperaban y volvían a soltarse para otra vez recuperarse. Las falditas de Amparo subían en un erotismo elemental y fulminante, y dejaban ver ropa interior incrustada con diamantes de fantasía. Las otras parejas dejaban de bailar para mirarlos. Y al final Amparo y William quedaban solos en la pista, felices, superándose bajo el estímulo de la atención unánime y conquistando aplausos cerrados que empezaron a abrirle paso a lo que sería la época más gloriosa de sus vidas.

Amparo diseñó para William un extenso guardarropa: chalecos apretados que dejaban escapar abundancias de mangas bombachas y cuellos pespunteados; pantalones negros con anchas fajas de satín blanco —o viceversa— apretando la cintura; flecos, boleros, mangas anchas; camisas rojas, camisas azules del azul que llamaban eléctrico, camisas con el verdor de las hojas del plátano, o amarillas rechinantes... todo

siguiendo pautas en las que el color recordaba al África y el diseño a los gitanos. El armario parecía un selvático cuerno de abundancia. Amparo le ayudó a escoger a William zapatos que, aunque de muchos colores — amarillo suave, negro charol, blanco cremoso o blanco nebuloso—, eran invariablemente livianos, flexibles y deslizantes. Y a base de lacas y fijadores él logró una discreta elaboración en su peinado, que le permitía mantener un aire profesional en la discoteca pero resultaba fácil de deshacer en el momento de colgarse la corbata y reasumir la vida de negocios.

William empezó a quedarse donde Amparo algunas noches. Le gustaba el barrio, la suegra, el níspero del Japón. Quería estar cerca de Amparo el mayor tiempo posible. Cuando se levantaba, se ponía una pantaloneta desteñida y unas pantuflas viejas y, sentado sin camisa en el pequeño corredor exterior, charlaba con los vecinos, tomaba jugo de lulo, miraba los árboles y recibía el viento fresco. Trajo una nevera que dispensaba el hielo automáticamente, trajo ventiladores de techo. Si Amparo se antojaba de una muñeca gitana repleta de enaguas, la compraba. Si la mamá describía lo último en máquinas industriales de coser, aparecía con ella. Para William la felicidad no tenía precio. La casa empezaba a parecer un pequeño barco tripulado por gente contenta y cargado con chucherías alegres y electrodomésticos. Aparte de las cosas que las mujeres querían, William trajo también lo que él quería (la nevera, los ventiladores), cosas que, sin él darse cuenta, con el correr de los años vinieron a formar una especie de duplicado o espejo popular de su hogar legal. Al principio se duplicó la cortina del baño, el color de las paredes. Después vino el hijo, a quien dieron el mismo nombre de uno de los otros y un segundo nombre muy sonoro, escogido por Amparo. Luis Mario en una casa, Luis Asdrúbal en la otra. Y por último la casa de campo en tierra fría, que tendría muchas de las cosas de la del Pacífico, incluidas unas sillas de lona que en aquel clima de neblinas resultaban algo absurdas. William llegaba de corbata y vestido oscuro, saludaba, se quitaba el vestido y la corbata y los colgaba en el ropero, se bañaba, se sentaba en pantaloneta a comerse lo que él mismo llamaba el mejor sancocho de gallina del mundo, dormía un rato, se despertaba, volvía a bañarse y se ponía la ropa con la que iba a bailar esa noche en el Honka-

Monka. Su popularidad crecía. Cuando Amparo no estaba con ánimo de participar en los shows, William bailaba solo. Su baile cambiaba entonces, ya no tenía la dulzura del baile en pareja y se hacía intrincado y en extremo selvático, elaborado en los pies sin perder la serenidad en los hombros, con lo que alcanzaba cierta majestad que la gente sabía apreciar. Se convirtió en el artista que siempre había sido. Ni siquiera Watusi, que era negro, podía superarlo. Los clientes pedían a coro que bailara. Le pasaban el brazo por el hombro y lo invitaban a tragos.

Entretanto, el mico que había aprendido a masturbarse salía de La Vía Láctea e iba a dar al patio, amarrado con una cadena muy larga al níspero del Japón. La mamá de Amparo lo adoptó, le quitó el vicio y le enseñó a coger nísperos y a tirárselos desde las ramas altas. Lo llamaron Rogelio y se convirtió, como todo lo que llegaba a esa casa, en una criatura feliz. Rogelio aprendió a manejar la cadena con maestría y con ella recorría la casa como si anduviera suelto. Rogelio orinaba en el inodoro, abría y cerraba las llaves del agua, dormía en una hamaca que William había colgado en el patio. Rogelio aprendió a gozar de las pocas aunque intensas ventajas de aquella civilización. Los vecinos le llevaban goma de mascar, que el animal desenvolvía con rapidez y precisión y masticaba entrecerrando los ojos mientras le rascaban la cabeza.

William bailaba los viernes y los sábados. Había diseñado una coreografía de colores fuertes, luces crudas y sombras negras como el espacio sideral. Lo anunciaban como el Rey de la Salsa, el Incomparable, el Sin Igual. Amparo le hacía de pareja en la parte inicial, con sus faldas cortas, su ropa interior decorada y sus escotes cundidos de lentejuelas; después bailaba solo, complicando poco a poco los pasos tradicionales hasta convertirlos en un malabarismo tropical que arrebatava al público. Sudoroso y feliz, William se despedía entre el griterío de sus fanáticos. Y entonces la rumba en el Honka-Monka agarraba más fuerza que nunca y alcanzaba un clímax pagano que metía al sitio en un pequeño delirio. A la hora de cerrar resultaba difícil calmar los ánimos exaltados y muchas veces se daba algún brote de rebeldía o violencia que los porteros tenían que apagar a pescozones.

El domingo por la mañana William, otra vez en pantaloneta, tomaba jugo de lulo mientras miraba al viento remover las ramas de los árboles.

La mamá conversaba con Rogelio y la lora en el patio de atrás y Amparo dormía desnuda bajo las sábanas. Los ventiladores volteaban, veloces, apacibles. Los hielos caían al depósito en las entrañas de la nevera con un sonido remoto y tranquilizador. Luis Asdrúbal y otros niños elevaban en la calle hojas de papel con colitas de tela, atadas a hilos casi invisibles de los que tiraban corriendo, levantando pequeñas polvaredas. La cometa más sencilla del mundo, pensaba William. A mediodía servían el sancocho de gallina más gustoso del planeta y otra vez caían todos dormidos, desnudos bajo las sábanas, envueltos en el aire apaciguador de los ventiladores. Soñaban con ríos, con peces, con barcos; la mamá soñaba que sabía manejar un carro; William, que bajaba flotando en un neumático de llanta por un río parecido al Cauca, aunque más verde y selvático.

Del tubo de la ducha caía otra vez el chorro de agua helada que bajaba de la cordillera. William, otra vez de corbata, salía de la casa de Amparo y tomaba un taxi. Y después de saludar a su mujer y a los muchachos decía que había visto en la carretera que viene del aeropuerto un camión patas arriba entre un reguero de leche que se iba por la cuneta: el chofer se había sentado en un barranco al lado del cañaduzal y miraba a los perros que lamían la leche del asfalto.

Compraron un Mercedes-Benz color banano que manejaba un chofer que se llamaba Arturo. Era un hombre todavía joven, pero muy lento y pesimista, que decía sin pudores que la vida ya lo había quemado y manejaba con la serenidad de quien sabe que el mundo está perdido. Excelente chofer. Fumaba cigarrillos mentolados. La mujer de William se eternizaba en los almacenes de zapatos y el chofer la esperaba fumando, recostado en algún cadmio florecido. Compraron una lancha grande para la casa del Pacífico, lancha que usaban muy poco y resultaba costosa de mantener. La pequeña casa campestre donde vivían fue cambiada por una casa campestre grande, con piscina y caballos, dos muchachas del servicio y un jardinero. William tenía un inmenso guardarropa y era considerado como un hombre elegante. Había hecho amigos importantes, políticos, dueños de ingenios azucareros, periodistas. No era de los que se les sube la plata a la cabeza, pero gozaba y estaba orgulloso de la que había conseguido. Sin darse cuenta, empezaba a tomar un ligero tono



paternal con sus empleados. Todo el mundo parecía quererlo, sus empleados, los dueños de los ingenios. Compraron otro carro, de modo que el Mercedes y el excelente chofer desilusionado de la vida estuvieran siempre al servicio de la mujer de William. Le cambiaron el baldosín a la piscina, que estaba amarillento. La mujer de William pasó tres meses en Europa, en los mejores hoteles, recorriendo las grandes capitales. La que más le gustó fue Barcelona. Vistieron con uniformes blancos a las muchachas del servicio.

Cuando se le preguntó si sabía que William era casado y si en tal caso había sentido celos, Amparo dijo que sí, que más o menos. «Sabía que él era casado, pero celos no me daban, ¿sabés?». Él era bastante mayor. Además ya para entonces, según ella, el corazón se le había endurecido. «Cuando uno es más joven, uno se enamora más fácil», dijo, «pero con los golpes uno se va curtiendo». Amparo se había casado a los quince años y separado a los diecisiete. A los veinte estaba viviendo con un hombre muy buenmozo y simpático que la había tratado como a un perro. «Esos simpáticos buenosmozos son una porquería», dijo. «Sonrisas para fuera y por dentro todo como podrido».

William llegaba con sus vestidos de corte inglés y sus corbatas elegantes y los colgaba en el ropero. Entonces se ponía la pantaloneta o la ropa de bailar y ella se olvidaba de dónde había venido. Y él también, al parecer, porque nunca mencionaba a la otra familia. Así vivieron mucho tiempo. Luis Asdrúbal empezó el bachillerato. A William el claro en la coronilla se le convirtió en franca calvicie, a pesar de los masajes de Amparo. A la mamá la operaron de las várices. Compraron un jeep rojo con el que subían los domingos a la finca en tierra fría. Hasta ahora William había corrido con suerte: cada rato la gente decía haber visto a su gemelo en la calle; pero como no sólo cambiaba de ropa sino también de carro y de actitud, a nadie se le pasaba por la cabeza que pudiera ser él, precisamente. Un hombre severo y bien vestido que oía con atención el interminable sermón de un cura no podía estar el domingo siguiente, vestido con una camisa anaranjada, manejando sonriente un Willis rojo con ventanillas enmarcadas por cortinitas doradas.

Llegó entonces el contador, como un mensajero de la desgracia, y le dijo que las cuentas no cuadraban. Durante los últimos años los gastos de

William habían sido enormes. Pocos saben lo que cuesta mantener a todo tren dos hogares. Hasta entonces William, hábil, había logrado tapar los rotos más visibles haciendo otros que tarde o temprano terminarían por descubrirse. A William nunca le había gustado ese contador con cara de ardilla que se las daba de hippie pero era tacaño hasta el delirio. Ahora le gustaba todavía menos. El contador expuso las malas noticias con excesiva eficiencia y cierta alegría. Cuando intentó filosofar sobre la manera de administrar la riqueza para evitar tales desastres, William le dijo:

—Limitate a los números, ¿quierés?

—Lo que diga, don William —dijo el contador, recobrando la cordura.

Había dos letras gordas que se debían pagar antes del fin de año. La plata para pagarlas debería estar ya ahí, pero no estaba. Los tres meses de su mujer en Europa salieron costosos, el Willis salió costoso. William había retirado esos dineros confiando en que, como en otras ocasiones, reaparecerían providencialmente. Pero esta vez la Divina Providencia se mostró tan mezquina como el contador con cara de ardilla. Ya estaban a finales de noviembre y había que hacer aparecer la plata de alguna parte. William se mantuvo calmado durante la entrevista y para terminar le aseguró al contador que no había por qué alarmarse ni mucho menos, que no valía la pena mencionarle el asunto a nadie, en especial al socio, y que en menos de ocho días haría el depósito en el banco.

Esa misma tarde Leonel dijo: «Por supuesto, don William, cuente conmigo para lo que necesite», y le prestó la plata a un interés de vampiro.

De ahí en adelante la de William fue una caída continua. Lo obvio, lo primero que cualquiera hubiera hecho, era reducir gastos al máximo y meter otra vez las finanzas en cintura. Vender lo superfluo, pagarle a Leonel lo más rápido posible y quitárselo de encima. Pero a estas alturas ya para William no había casi nada superfluo. Vender la lancha, por ejemplo, no significó esfuerzo, pues le tenía miedo al mar y se mareaba a bordo. Pero no tuvo corazón para desposeer del Willis a las dos mujeres y tampoco estuvo dispuesto a bajar de nivel de vida suprimiendo el

Mercedes o el chofer sin ilusiones. De modo que vendió la lancha y otro par de tonterías y siguió llevando la vida de siempre.

Traía chucherías costosas a la casa del níspero. Iba al Club Campestre con zapatos importados. Sábados por la noche los gozaba trabajando como Rey del Honka-Monka. A veces iban con Rogelio, a quien vestían con una especie de frac que Amparo le había diseñado. Aparecieron nuevos huecos en sus finanzas, rápidamente cubiertos por Leonel. Genoveva se reía con su risa alta de los chistes que a William se le venían con tanto goce de la vida. William era severo en el hogar, alegre en el trabajo. Cuando estaba en el almacén todo el mundo parecía contento, incluso Leonel, por lo general impermeable a la alegría. Era difícil saber, sin embargo, si en Leonel había algo de afecto o si era sólo la fría, impersonal burla hacia alguien que de modo tan estúpido profundizaba su ruina.

«No puede ser», dijo Genoveva, tapándose la boca con las manos.

Todo se había descubierto: los dos hogares, Luis Asdrúbal, el Honka-Monka, la mamá, Rogelio, las alforzas, zigzags y aplicaciones y, por supuesto, Amparo, a quien la gente alineada con la mujer de William empezó a llamar La Bailarina Esa.

A William la ruina le cayó de una vez y por todas partes, como un derrumbe. Tuvo que entregarle a Leonel su parte del almacén como pago de la deuda. Su esposa lo perdonaba con altivez cristiana, pero exigía que rompiera de inmediato con Amparo. William, incapaz de romper con Amparo, le escrituraba a su mujer lo poco que le iba quedando y se marchaba a vivir con las otras dos mujeres. Se perdió el Mercedes-Benz con chofer y todo, se perdió el Willis. Se perdió la casa en el Pacífico y la casa en tierra fría. Su mujer vendió los caballos para salvar la casa y liquidó al jardinero, vendió las perras, liquidó a una de las muchachas del servicio. William trataba de darse ánimo imaginando con desesperación pequeños negocios que crecían como tortas y lo volvían a colocar en la cresta de la ola.

Pero aun los pequeños negocios necesitan credibilidad y pequeños capitales, y nadie estaba dispuesto a confiarle dinero a quien ahora sólo era el bailarín fabuloso de una discoteca de medio pelo. Los amigos le volvían la espalda y aun al socio el olor de la sangre lo hacía morder y

arrancar ventajas. Los que habían sido sus iguales lo recibían en sus oficinas, lo dejaban hablar, fingían interesarse por sus proyectos y le decían que lo iban a llamar otra vez para estudiar el asunto con más detalle, pero nunca lo llamaban. Secretarias de ojos burlones le decían que los doctores estaban fuera de la ciudad o enfermos o en junta. De no ser por su sólida fama en el Honka-Monka, de no ser por la solidaridad de gente sin importancia práctica (Genoveva y el chofer desilusionado fueron a buscarlo a la casa de Amparo, siguieron llamándolo doctor y le ofrecieron sus servicios), William se habría convertido en un espectro.

Se le subió la tensión arterial y empezó a dolerle el brazo izquierdo. Nunca pensó que pudieran llegar a ser tan grandes su soledad, sus sufrimientos. Nunca pensó que la desdicha pudiera ser tan honda.

Lo envolvieron las tinieblas.

En julio del 84 se le ve reaparecer manejando una camioneta nueva, cargada con ollas, por una autopista del sur de la Florida.

La autopista serpenteaba bajo un cielo amplio, sombreado hacia el sur de rosado y amarillo como con tizas de colores y cruzado por todas partes por bandadas de patos migratorios, gaviotas y otros pájaros. Las ollas eran de lujo, pesadas, muy brillantes por fuera y recubiertas por dentro con un material oscuro que no dejaba pegar las comidas, conocido como teflón. William y Amparo vivían en una casa pequeña, siempre muy limpia, que tenía en el patio de atrás un ficus gigantesco donde a veces llegaban las cotorras. Luis Asdrúbal, alto y fornido, de bigote, llevaba el pelo corto con una colita por detrás, sobre la nuca, a la manera de los jóvenes latinos del vecindario.

William ganaba el veinte por ciento de la venta de las ollas y era muy hábil. Entraba a las cocinas de gente desconocida y freía huevos para demostrar las ventajas del teflón. A sus empleadores, a sus colegas, a quien quisiera oírlo les decía que lo esencial en un vendedor era estar convencido del producto. Con convicción y determinación William recorría los barrios casa por casa, les sonreía primero a los portones, después a las señoras, entraba a sus cocinas, encendía las estufas y vendía el producto.

Al principio, cuando todo era novedad, cuando todavía gozaba del placer de vivir y trabajar honradamente en una ciudad donde a nadie le

importaba su historia, terminaba su jornada y volvía a meterse con carro y ollas a la autopista mientras el sol más alegre del mundo caía con lentitud y arrebolaba las nubes que flotaban sobre el mar cercano. En el estéreo sonaban charangas, boleros, guaguancós, y William, a cien kilómetros por hora, seguía el ritmo con los hombros. Bandadas de pájaros se levantaban de los pastos y lagunas adyacentes a la autopista y cruzaban frente al sol rojo, que les arrancaba visos metálicos. William sentía el aire acondicionado en el cuello y las orejas y casi agradecía haberse ido en bancarrota y tener el privilegio de gozar la vida rápida y espaciosa que llevaba ahora.

En la casa Amparo confeccionaba puños de camisas para una compañía que los recogía semanalmente y los juntaba con otras piezas que habían confeccionado otras señoras. Cada mes Amparo alcanzaba a mandar un cheque a la mamá, que se había quedado en compañía de Rogelio y la lora, primero, y después en compañía de Rogelio, la lora y un inquilino solterón, muy aseado, que vivía de vender cortes de tela.

Cuando se le preguntó si no se había sentido rara tan lejos de lo que había sido su casa, su familia y sus amigos, Amparo dijo: «Sí, ¿sabés?, a uno siempre le pega duro estar por ahí tan lejos de las cosas de uno. Fijate que a mí al principio no me provocaba ni salir. Claro que William se daba cuenta y me sacaba a la playa los domingos. Y todos los fines de semana íbamos a bailar a las discotecas... casi siempre al Siboney».

Hicieron amistades. William se puso en contacto con un primo segundo, de quien había sido muy amigo en su juventud. Era diez años mayor que William y vivía en una casa grande, centro de reunión de su enorme familia. Todo el tiempo llegaban y salían de su casa carros cargados de yernos, hijas, nietos. Y los amigos de la familia entraban y salían día y noche. A nadie en la casa del primo le importó que Amparo fuera costurera y hubiera sido bailarina. Por el contrario, en la fiesta de Año Nuevo ella y William dieron un espectáculo parecido a los del Honka-Monka y fueron muy aplaudidos. Ella se vistió con falda de lentejuelas, abierta por el muslo, él con camisa de boleros. Después de la presentación, la fiesta se hizo aún más tumultuosa y alegre, y los vecinos hicieron venir a la policía. Se encendió entonces el aire acondicionado y se cerraron todas las puertas y ventanas de modo que la música y las risas

no se filtraran a las calles silenciosas, donde el azul del amanecer empezaba a meterse entre los frondosos árboles tropicales.

Durante mucho tiempo William se hizo la ilusión de que iba a terminar en la gerencia de la compañía. Ningún vendedor había vendido tanto durante el primer año de trabajo y su experiencia parecía situarlo en condiciones ventajosas frente a vendedores más jóvenes. Sabía usar los trucos del oficio. «Hay que tenerse fe», decía.

Durante los años de triunfo William había adquirido cierta manera paternal, demasiado amable, que ahora la gente podía tomar como condescendencia. Eso en parte explicaba su tremendo éxito como vendedor: las señoras, convencidas de que el gerente mismo de la compañía había ido hasta sus casas, sentían vergüenza de cerrarle la puerta en las narices. Eso explicaba también su escasa popularidad entre compañeros y superiores: sabía demasiado, ilustraba, enseñaba demasiado. Cuando empezaba a recordar triunfos pasados, los compañeros blanqueaban los ojos; cuando empezaba a enseñarles a vender, trataban de irse. Contra él personalmente no tenían nada, incluso lo respetaban y querían, lo invitaban a fiestas. Para evitar agresiones aprendieron a no oírlo cuando se ponía didáctico y paternal, pensaban en otra cosa mientras pasaba la crisis y al fin le palmeaban la espalda con el sincero afecto que alcanzaron a tenerle.

Era muy buen vendedor y no avanzaba; tenía amplia experiencia y no lo nombraban ni supervisor. Empezó a amargarse y a decir que la compañía era una mierda y que estaba en manos de incompetentes. Si supiera inglés iba donde el gerente y le decía cómo eran las cosas. No bajó el rendimiento, pues vendiendo se olvidaba de sus males, pero se sentía viejo, falto de alegría. Decía que trabajar para otro hijo de puta era lo peor del mundo.

Otra vez se dio a soñar con negocios propios. Los veía por todas partes. Pensaba que la gente tenía que estar ciega para no ver tantas fortunas esperando nada más a que alguien les echara mano. Se puso temperamental y explosivo. Un día la policía lo detuvo por exceso de velocidad y William los insultó y terminó esposado y en la cárcel. Visitaba la casa del primo y hablaba largo con la mamá y las muchachas. Se les quejaba. Les decía que no había nada peor que estar lejos del país

de uno, que allá uno podía estar pobre o lo que quisieran, pero estaba más contento. Las muchachas le daban cerveza, le daban almuerzo. Después del almuerzo William seguía conversando, sentado en una mecedora, hasta quedarse dormido en mitad de una frase. La mamá lo miraba dormir. A la mamá le caía bien Amparo, pero estaba contra cualquier separación de un matrimonio legítimo y pensaba que era la separación lo que lo había desgraciado; dura y compasiva —tenía que ser dura para que los sentimientos por el prójimo no le partieran el corazón—, opinaba que William se había dejado hundir por majadero. Las muchachas, aunque burlonas, eran también compasivas. Había una que sabía imitarlo cuando se dormía en la mitad de la conversación y roncaba en la mecedora; otra que repetía lo que William haría si estuviera al frente de la empresa. Las muchachas le pulían el bigote con unas tijeritas y le aconsejaban que se afeitara a diario, para que no pareciera un alcohólico. Y después de que se habían burlado de él y lo habían palmoteado y le habían pulido el bigote, William entraba otra vez a la autopista con su camioneta y sus ollas sintiendo la cabeza despejada y el corazón más liviano.

Ya para entonces Amparo, que seguía manteniendo la casita muy limpia, estaba aburrida. No con el país, ni siquiera con el barrio o con su casa, sino con William. A William se le había dañado mucho el genio. Un día trató de pegarle a Luis Asdrúbal con una correa y el muchacho se fue y sólo volvió después de tres días. Luis Asdrúbal y William se reconciliaron sin mucho esfuerzo, pero ella le dijo a William que si algo así volvía a pasar, lo abandonaba. Todo en la casa se había hecho triste y tenso, mucha televisión, pocas palabras. Cada ocho días iban al Siboney y bailaban. Reaparecían entonces las camisas de boleros, la ropa interior de fantasía, reaparecían las sonrisas paganas y las formas intrincadas, superficiales e íntimas. Pero era como regresar a un pasado que los hacía gozar por un momento y después volvía a abandonarlos. Muchas veces, ya de vuelta a la casa, había reproches y lágrimas. Amparo, no sin razón, se sentía encadenada a un hombre viejo y amargado.

Pasaron otros dos años. Amparo cosía puños de camisas y le enviaba el cheque a la mamá, quien seguía en compañía de Rogelio, la lora y el solterón aseado. Luis Asdrúbal terminó bachillerato y montó una pequeña empresa de corte de césped y poda de árboles. William, que le

veía futuro al muchacho, le ayudó con consejos para conseguir y conservar los clientes, y le insistió en la importancia de la propaganda, sea en volantes o en avisos en el periódico, y en la idea de que, no obstante, la mejor propaganda era prestar siempre un excelente servicio. Luis Asdrúbal tenía madera y ya había intuido los consejos de William por sí mismo, pero era lo que la mujer del primo llamaba un muchacho noble, y los recibía de buena fe y con agradecimiento. William no quiso trabajar con él, en parte porque el trabajo era muy duro durante el verano, pero también porque sentía que su vida estaba a punto de cambiar y ya pronto podría estar de regreso en su país.

Un día William se encontró pegándole a Amparo mientras en el ficus alborotaban las cotorras. La golpiza fue breve y desorganizada. Cuando se acabó, Amparo, sin lágrimas, fue donde la familia del primo y mostró los moretones. Las hijas del primo ya estaban enteradas de que Amparo tenía un amante —de quien sólo sabían que era «americano», buena gente y estaba muy enamorado— y que William la estaba maltratando. Pero era la primera vez que le pegaba y se pusieron furiosas. Lo calificaron de cobarde, de viejo malaclase, y le aconsejaron a Amparo que se fuera con el amante.

Esa misma tarde llegó William tan desbaratado y envejecido que a ellas se les encogió el corazón de sólo verlo y se tragaron los sarcasmos. William les contó que había golpeado a Amparo y que no sabía qué hacer con su vida. Era la primera vez que le pegaba a una mujer, dijo. Menos mal que Luis Asdrúbal ya estaba encarrilado, agregó después de mirar el tapete por un rato. «¿Pero usted la quiere?», preguntaron las muchachas, y él dijo que ya ni sabía, que entendía que ella era todavía muy joven y tenía derecho a su vida. «Pero uno tiene su orgullo», dijo. Y mientras miraba el tapete pensaba que Luis Asdrúbal estaba encarrilado, que para ella él era más bien un estorbo y que ahora él podía regresarse si le daba la gana o ahogarse en el mar.

Era el verano de 1988. William le escribió cartas sentimentales a su mujer e hijos legítimos, donde les decía que eran lo único que tenía y había tenido en su vida, y que ahora se daba cuenta de cuánto los quería. Hasta el momento las cartas a sus hijos habían sido sobrias, consejos secos sobre cómo triunfar en la vida y advertencias contra el alcohol y las



drogas; las cartas a su mujer, dignas, sobrias también y respetuosas. Cartas, en fin, para gente querida pero no necesaria, en las que si hablaba de él mismo era sólo para decir lo bien que estaba y las grandes posibilidades que tenía de recuperarse y volver a levantar su vida. Ahora su mujer y sus hijos se le aparecían como la tabla del náufrago, y el afecto por ellos adquiría una pasión de agonizante.

Su mujer contestó diciéndole que su casa era la de él, que cuando quisiera regresar las puertas estarían abiertas y que ella iba a ser siempre, «y espero que tú así lo consideres», su mejor amiga. Le mandaba un abrazo y un beso, tanto en nombre suyo como en el de sus hijos, y le repetía que su casa era la de él y que deseaba ser considerada sólo como su mejor amiga. Un abrazo en Cristo al final.

Luis Asdrúbal se fue a vivir con la novia a un apartamento pequeño, lujoso para el precio, no lejos de la playa. Amparo y William, cada uno por su lado, les llevaron artículos para el hogar. Amparo cosió cortinas, colchas; William les llevó el televisor más grande que pudo conseguir. La casa de Amparo y William se hizo aún más sola y triste. Ya ni siquiera iban a bailar al Siboney. Ella seguía viéndose con el amante, pero a William ya no le importaba. Dormían en camas separadas. En el árbol alborotaban las cotorras, cantaban los turpiales. William miraba las nubes acumulándose, miraba el cielo ennegrecerse, miraba caer los inmensos aguaceros. Amparo salía al atardecer y regresaba muy tarde.

Hasta que un día salió y ya no volvió más.

Para William el regreso a su país fue a la vez horroroso y muy bello. Había estado fuera demasiados años y la primera visión de montañas y valles le hizo comentar que aquel era el mejor país del mundo. La azafata le sonrió, le entregó el trago y siguió sonriendo y repartiendo tragos por el pasillo.

Mujer, hijos, yerno y nueras lo recibieron en el aeropuerto. Los cañaduzales inundados de sol se extendían a los la dos de la carretera. William vio marranos y gallinas en los pa tios de las casas, gallos de pelea amarrados a estacas en los antejardines. En la ciudad vio mangos verdes tasajeados y espolvoreados con sal, urnas de vidrio donde se mantenían las cristalinas tajadas de piña, cascos de coco embebidos en luz, sumergidos en el agua.

Su mujer vivía en un apartamento pequeño, que mantenía muy pulcro y olía a ambientador. Allí comenzó el horror. Los hijos se habían casado y ella vivía con la menor de las hijas, todavía soltera pero con un novio al que recibía todos los días en la sala. El muchacho, desagradable, de buena familia, manejaba un carro de llantas grandes, que al llegar y al irse producía un ruido demoniaco. A William lo acomodaron en el cuarto de la hija, quien aceptó el hecho con resignación, entre muñecas que perduraban a pesar de que la infancia y aun la adolescencia ya se habían ido, y cortinas color rosa que domesticaban y empalagaban la luz. La cama era demasiado blanda y tenía una almohada femenina y espumosa que ahogaba.

Aparte del ambientador, que amenazaba también con ahogarlo, al principio todo anduvo bien. Contenta en cierto modo de tenerlo de regreso, su mujer hacía que la muchacha del servicio le llevara café a la cama y le preparara desayunos especiales. William, caminando por el apartamento en levantadora y con un segundo pocillo de café en la mano, parecía la persona que alguna vez había sido. Se bañaba tarde, leía el periódico con calma, y a veces, viejo rito, se quedaba un rato en la sala con su mujer, comentando las noticias.

Pero fueron semanas fugaces. Era obvio que el apartamento resultaba estrecho, que no iban a vivir como marido y mujer y que él tenía que conseguir trabajo y buscar un sitio propio. Todo el mundo lo entendió rápido, especialmente William, quien empezó a madrugar para bañarse y abandonó las secciones placenteras del periódico para dedicarse a los clasificados. Empezó a salir de la casa con el pelo todavía mojado, para someterse a entrevistas y entregar currículos. Volvía ya de noche, silencioso y triste, y la gente lo sentía llegar y lo compadecía. Todo el mundo tenía que reconocer que William estaba haciendo lo que podía para no convertirse en una carga, pero todo el mundo lo empezó a sentir como una carga.

Encontrar trabajo para alguien de su edad no era fácil. Los días y las semanas pasaban y William cada mañana abría los ojos, veía las muñecas y sentía otra vez el rechazo del apartamento y sus objetos. Cada día madrugaba más y tenía menos sitios adonde ir. A veces, después de un par de entrevistas inútiles, le daban las once de la mañana sentado en un

café, con los clasificados leídos y releídos, y sin nada que hacer, como no fuera mirar con envidia el bullicioso mundo de la gente activa.

Crecía la exasperación general. El piso del apartamento era de madera y si acababa de ser encerado y brillado había que caminar usando un paño bajo cada zapato para no mancharlo. Cuando aparecía alguna mancha, la muchacha, a quien años duros habían traído una especie de maldad impotente aunque no siempre inofensiva, decía que era don William quien la había hecho. Su mujer no decía nada y se tragaba la exasperación con resignación cristiana. Todo el mundo estaba incómodo. Ver a su mujer con el aspersor de ambientador en la mano producía en William una tristeza inmensa, ganas de matarse, de irse otra vez para la calle, de ponerse a llorar. La hija quería a William, por supuesto, pero empezó a cansarse de dormir en el cuarto con la madre. El novio podía entrar con las botas embarradas y a nadie parecía importarle. A William dejaron de llevarle café a la cama y los huevos empezaron a llegarle con mucha sal o inundados de manteca. La muchacha decía que había gente que dejaba el lavamanos lleno de crema de afeitar. A William le habían dado llaves, pero después de las diez de la noche la puerta se aseguraba por dentro con una cadenita, y cuando su mujer le abría en levantadora él no podía evitar sentirse culpable. En esas condiciones ir al Honka-Monka resultaba imposible. A sus amigos músicos y bailarines tuvo que verlos de día, con la luz realzando calvicies, arrugas y barrigas. Una mañana se vio discutiendo con la muchacha a causa de unas medias mal lavadas y la muchacha le dijo que si las quería mejor lavadas tenía que hacerlo él mismo. William se quejó con su mujer y ella dijo que era la mejor muchacha que había tenido en años y que no quería perderla. «Fíjese William que no es fácil encontrar honradas. Tenga paciencia», dijo.

Llevado por la desesperación, William se tragó el orgullo y empezó a visitar a los que habían sido sus amigos adinerados. Les ofrecía sociedad en negocios que según él no tenían pierda, les hablaba de sus éxitos en el exterior, trataba de convencerlos de que estaba bien y lleno de posibilidades, y terminaba pidiéndoles plata prestada y recibiendo lo poco que quisieran darle.

«Dejate caer por aquí en un par de meses», decían al despedirse, «a ver qué te tenemos».

De vergüenza en vergüenza, de tumbo en tumbo, pasaron algunos meses. Y entonces, cuando visitó al que había sido su socio, visita que había pospuesto el mayor tiempo posible y que le dolía más que ninguna por el modo desleal como el socio se había portado durante su quiebra, lo sorprendió el ofrecimiento, sin interés, de un capital con el que realmente podía pensar en montar un negocio pequeño. Fue como un chorro de luz en medio de un aguacero denso. William dijo que no podía aceptar porque no sabía si alguna vez iba a estar en condiciones de pagarle, y el socio dijo que no se preocupara: «Si me podés pagar, bueno, si no me podés pagar, bueno también. Lo importante es que agarrés fuercita otra vez». «Lo pasado, pasado», dijeron, y se despidieron con un emotivo abrazo, apretado y algo torpe.

Ya para entonces William había ido adonde la mamá de Amparo, que vivía en compañía de Rogelio, anciano ya y un poco lacrimoso, y la lora, esplendorosamente verde, chiflada y al parecer inmortal. Menos inmortal, el vendedor de cortes de tela había perecido cuando se despeñó el bus en que viajaba con su mercancía rumbo a un pueblo de zona cafetera. La mamá de Amparo le había tomado cariño y lloraba contando la tragedia. «¡Era tan decente!», decía, y describía lo limpio y ordenado que había sido.

William la visitaba con frecuencia. Realizaba arreglos menores en la casa, cambiaba enchufes, remplazaba bombillos altos y abonaba el níspero del Japón. En cada visita miraba el cuarto que había sido suyo y de Amparo y pensaba en lo bueno que sería instalarse en él. Pero como no tenía manera de pagar el alquiler, ni de comer si se iba muy lejos de su mujer, ese sueño había sido hasta ahora irrealizable.

Lo primero que hizo William con la plata que le prestó el socio fue, pues, escapar del ambientador e irse a vivir con la mamá de Amparo.

«Ni más faltaba, por Dios, véngase cuando quiera», había dicho ella cuando él propuso alquilarle el cuarto.

Intenso el placer de despertarse y no ver las muñecas, delicioso oír el estrépito de la lora y el murmullo de la cadena de Rogelio, que se movía en el patio. Por un rato William miró el ventilador de techo y entonces sintió el olor a café y a fritanga. Después del desayuno se sentó en el corredor en pantaloneta a hacer la digestión y a mirar las acacias

florecidas, mientras en el patio de atrás la lora comía pan mojado en chocolate y se reía.

Lo segundo que hizo William fue poner una academia de baile.

«Yo tengo la casa, William», había dicho la mamá de Amparo cuando él le propuso sociedad. «Cuente con ella para lo que a bien tenga».

La Academia de Salsa Caribeña empezó a funcionar con las únicas inversiones del aviso en la casa y de una modesta pero constante propaganda en los periódicos. Después de la partida de Amparo habían dejado de venderse helados y hacerse alforzas, zigzags y aplicaciones, de modo que el aviso de la academia estaba solo y era muy visible. Aparecía el mar, la arena, el horizonte, dos palmeras, unas piernas de mulata y unas rodillas de negro apretando unos tambores.

De todos los negocios que intentó William de ahí en adelante este fue el que le dio menos plata y el que le trajo más satisfacciones. Funcionaba en la sala, con el equipo de sonido que William había comprado cuando era rico y con la colección de discos que habían reunido él y Amparo. Además de la mamá, que aportaba la casa, la otra socia era una de las bailarinas del Honka-Monka, ya madura, que aportaba su capacidad de baile y se iba a la cama con William de vez en cuando.

El impacto que causó la noticia de que William había montado una academia de salsa fue menor que el causado años atrás por la revelación de que era el Rey del Honka-Monka. Pero de todas formas fue un impacto. A los que habían sido sus amigos, a la gente del club, a Genoveva, al socio, a su mujer, a todo el mundo le cayó en gracia que hubiera puesto una escuela de baile. Al socio le dio risa y empezó a esperar a que se quebrara otra vez y otra vez apareciera a pedir plata; incluso tomó la resolución de volverle a prestar, advirtiéndole que esa ya sería la última vez. Su mujer dijo que a él era al único que se le ocurría semejante idea. Genoveva dijo: «¡Pero miren a ese don William!». Leonel, que se había quedado de un modo poco leal con la parte del almacén del socio también y estaba muy rico, no dijo nada pero lo trató mentalmente de viejo pendejo. A la gente del club le dio risa. Y a la familia del primo, en la Florida, también le dio risa, pero una risa especial, pues ninguno de ellos descartaba la posibilidad de que William

saliera adelante con la empresa. «Y pensar que tuvo tanta plata», dijo la mujer del primo en medio del alboroto que había causado la noticia.

La empresa ciertamente siguió adelante. Se abrieron las matrículas, aparecieron alumnos, se cerraron las matrículas. Comenzó la música, comenzó la instrucción todas las tardes. Contra pronósticos y burlas, la academia, mal que bien, resultó negocio. La mamá y la bailarina madura, que habían sido siempre pobres y sabían apreciar cualquier plata extra que llegara, estaban felices; William, que no se había hecho ilusiones, se alegró también y se sintió más tranquilo ahora que no debía descapitalizarse para comer. Incluso podía pensar con serenidad en un negocio serio. Y mientras ese negocio aparecía se dedicó a gozar de la academia.

William trató de darle al asunto un aire de profesionalismo y seriedad, pero después de cierto tiempo resultó inevitable que algunos alumnos aparecieran con botellas de licor y que las clases a veces se alargaran hasta convertirse en rumba franca. Alumnos y profesores se hicieron muy amigos y los fines de semana iban a bailar juntos al Honka-Monka. William no era el mismo bailarín deslumbrante de antes, aunque todavía era excelente, y en el Honka-Monka se le apreciaba. Lo que había perdido en elasticidad y brillo lo había ganado en serenidad y solvencia. Y como su estilo ya no era tan barroco e imprevisible, los alumnos podían ver cómo lo hacía e imitarlo. William y la bailarina madura empezaron a sacar bailarines buenos de gente que tenía tanta disposición natural para el baile como una nevera, y excelentes bailarines de gente con talento.

Para el segundo semestre aparecieron más alumnos de los que la academia estaba en disposición de recibir. William y la bailarina, que no querían matarse en un trabajo donde por más que se esforzaran no iban a enriquecerse, recibieron a los treinta que llegaron primero y cerraron las matrículas. La segunda tanda de alumnos resultó más dura de oídos y de piernas que la primera, pero así y todo la sacaron adelante. Parecía una gran familia, siempre en expansión. Los exalumnos seguían en contacto con la academia. Llamaban para averiguar cuándo iban a hacer fiesta en la casa y participaban en los paseos a los ríos, donde todo el mundo

bebía, se bañaba en el agua helada que bajaba de la cordillera y ayudaba a cocinar inmensos sancochos en las riberas pedregosas.

Por aquellos días William, muy bien vestido, entregó a su hija en matrimonio al muchacho de buena familia. La gente comentaba lo recuperado y joven que se veía William, lo elegante que estaba. Su mujer permaneció colgada de su brazo durante toda la ceremonia. Los padres del muchacho sabían que William vivía en casa de la mamá de su examante y que vivía de enseñarle salsa a la gente populachera. Pero eran personas de tacto y trataron de que la conversación durante la fiesta no rodara por terrenos peligrosos. Todo el mundo asistió a esa reunión, pero nadie, a excepción del socio, tuvo el coraje de hablar de negocios con William. Al socio, pues, le contó William cómo iba la academia, los planes que tenía, los negocios que había visto y descartado (una pequeña distribuidora de leche, un lavaseco, varias cafeterías). Le contó que a la mamá de Amparo se le facilitaba la lectura de la mano y que entonces, además de la academia, se había montado un servicio de consejería espiritual. William mismo había escrito la publicidad para emisoras y periódicos.

—¿Y es rentable? —preguntó el socio, con ojos brillantes y expresión seria. William se rio.

—La vaina da, ¿sabés? Da para la publicidad, en todo caso. Y a la mujer le ha dado para cosméticos, cortinas, carajadas.

Cuando el socio, con ojos todavía brillantes, dijo que estaba de acuerdo en que al principio era mejor reinvertir las ganancias, William volvió a reírse.

—Yo sé que vos ya no bailás, pero cuando querás andá y te leemos la mano, ¿oíste?

Poco después del matrimonio, el tan buscado negocio pareció llegar en la forma de una fábrica de dulces con la que un señor viudo y sin hijos, ya anciano, se ganaba la vida en uno de los pueblos por los que la gente de la academia, con ollas, plátanos verdes y gallinas todavía crudas, pasaba con frecuencia.

El viejo vivía y trabajaba en una casa grande de tapia, cerca de la plaza del pueblo, y preparaba los dulces en hornos que su padre había construido en el solar. Revolvía los almíbares con mecedores de madera

que parecían espátulas gigantes. La receta de los dulces la había heredado de su padre, que la había heredado de su abuela. En el solar, además de los hornos, había árboles de mango y naranjos. Las pailas eran sobrevoladas por avispas y abejas, y a veces las avispas y abejas caían en las pailas y los clientes las encontraban vitrificadas en los dulces. Pero no les importaba. Los dulces se vendían en una tienda montada en uno de los cuartos que daban a la calle, atendida por una mujer negra que mantenía el radio encendido todo el día. Y eran, por supuesto, los dulces más deliciosos del mundo.

William los probó, le pidió permiso al señor para entrar y mirar la fábrica y vio que era la oportunidad de su vida. Empezó a visitarlo con frecuencia y a hacerle las primeras insinuaciones de que él, William, se podía encargar de la distribución de los dulces por los pueblos del Valle del Cauca. William empezó a soñar con una fábrica moderna, propaganda, distribución a lo largo y ancho del territorio nacional y posibles exportaciones a Ecuador y Venezuela. Pero el viejo era muy desconfiado y William tuvo que controlarse. Lo que tenía entre manos era una mina, y la única dificultad sería antes de empezar a enriquecerse era ablandar la terquedad de un viejo mañoso. Tratando de conservar la calma, lo trabajó durante meses antes de que el viejo accediera a venderle un volumen suficiente para justificar la compra de una camioneta vieja pero bien cuidada en la que empezó a recorrer los pueblos ofreciendo los dulces.

De pueblo en pueblo, de tienda en tienda, vestido de guayabera y cargando un maletín de cuero, William entraba, se tomaba un par de aguardientes, le buscaba conversación al dueño y sacaba el muestrario. «Pruébelos nada más, para que vea lo que es bueno», decía.

Nunca en su vida había tenido entre manos un producto que saliera tan fácil. Empezaba a trabajar a las nueve de la mañana y a la una de la tarde ya tenía la camioneta vacía y pedidos suficientes para copar la producción quincenal que se le garantizaba. Regresaba entonces a la fábrica y trataba de convencer al viejo de que le triplicara el volumen. William se tenía confianza convenciendo a la gente, pero este era un caso especial.



«Y si se los vendo todos a usted, ¿qué vendo yo aquí?», decía el viejo. «Dígame». William le decía que no tenía necesidad para nada de matarse en la fábrica, que lo importante era modernizar, meter máquinas y dedicarse a rascarse la barriga. William se encargaría de levantar los préstamos y montar en seis meses una fábrica del carajo. William se encargaría de distribuir a todas partes, Bogotá, Medellín, Ecuador...

El viejo decía que no quería rascarse la barriga. William no se dejaba impacientar. Había que desgastar, tirar y aflojar, marear, tomarse todo el tiempo del mundo. Siguió distribuyendo los dulces que le daban y aprovechó para comprar un lote de ollas y peroles que vendía en los pueblos donde vendía los dulces.

«Y pensar que tuvo tanta plata», comentaban las señoras como en un coro lejano.

William trabajaba con alegría. No sólo le gustaba enseñar en la academia o meterse con su camioneta por entre los cañaduzales iluminados por el sol, entrar a los pueblos, parquearla bajo las ceibas y samanes y tomar aguardiente con los dueños de las tiendas, sino que trabajaba convencido de que era otra vez un hombre rico. Ponerle las manos encima a esa fortuna era sólo cuestión de paciencia. No había pierde. Al socio le habló del asunto y le dio a probar los dulces. El socio estuvo de acuerdo en que eran muy buenos y ofreció meter plata, la que se necesitara, en el asunto. «Vos nada más decime cuándo hablamos con el hombre», dijo, «y le empezamos a echar candela al asunto».

Al viejo le caía muy bien William. Con los años terminaría tratándolo como si fuera un hijo, y William conservaría siempre la ilusión de que algún día tendría que ceder. Ilusión vana. Después de mucho tiempo logró que le aumentara un poco el volumen, y eso fue todo.

Además de dulces y ollas, William, para aprovechar mejor la ruta, empezó a distribuir la imitación de un famoso perfume francés. No le decía a la gente que se trataba del mismo perfume, a pesar de que pudo haberlo hecho, pues el empaque era perfectamente igual; decía que era una imitación pero que era mejor que el original. Se lo daba a oler a las señoras y muchachas, y después les daba a oler el original y les preguntaba que cuál era el mejor. Ellas nunca sabían. El de William era diez veces más barato y lo vendía sin problemas.

—¡Don Bernardo, por Dios, usted no sabe el dineral que tenemos aquí! —le decía al viejo al menos dos veces por semana.

El viejo decía que mucha plata es un encarte y que «tenemos» era mucha gente.

—Entonces véndame la fórmula. Pídame un precio.

—¿Y que después te agarrés a vender y me dejés en la miseria?

William le decía que si le daba tanta desconfianza, que arrancaran como socios. Pero aquello era ya volver al principio, volver a empezar un diálogo que con el tiempo se convirtió en rito de amistad, casi en juego.

Además de la mano, la mamá de Amparo aprendió a leer la bola de cristal y el tarot, y se llamó Señora Denise. Frente a su casa se detenían carros lujosos de donde salían señoras angustiadas y ociosas que se hacían la ilusión de un futuro lleno de misterios y peligros. Como a la Señora Denise la clientela le aumentó demasiado, la academia debió trasladarse a un local, no lejos de la casa, donde antes había funcionado una panadería. Pero las fiestas se hacían todavía en la casa y a los paseos a los ríos iba la Señora Denise acompañada de sus clientes más queridos.

William, como un minero que se resigna a sembrar maíz al lado de una veta imposible, se acostumbró a vivir al borde de la riqueza. Don Bernardo consiguió un ayudante retardado, de ojos azules y mucha fuerza, y con él pudo aumentar la producción, sólo para que a William le fuera un poco mejor. Pero nunca quiso saber de máquinas, de Ecuador, de Venezuela, ni de campañas publicitarias.

William vendió dulces muchos años.

Vendió ollas y perfumes, artículos de oficina, relojes, papelería, juguetería y todo lo que encontrara por ahí, en fin, que pudiera ser comprado barato y vendido un poco más caro.

Vendía, bailaba, encendía la leña en los paseos. Bebía aguardiente con los dueños de las tiendas. Se sentía feliz cuando lograba, no demasiado a menudo, tomarle el pelo a don Bernardo. De vez en cuando la antigua ambición regresaba, como el dolor de una vieja herida, y lograba marchitarle el alma por un rato. Pero entonces había que bailar o cargar la camioneta, y se olvidaba de nuevo y seguía disfrutando de los asuntos de su vida.

Un día estaba Rogelio comiendo nísperos en las ramas altas del níspero del Japón. El calor se había hecho pesado y nubes grises y solemnes, color plomo, se habían apoderado del cielo. En los árboles los pájaros habían dejado de moverse y hacer bulla. Con ojos entrecerrados, ajeno a la inmensa tormenta que flotaba encima suyo, Rogelio masticaba un níspero maduro. La Señora Denise lo había vestido con un pequeño chaleco de gitano.

El rayo salió del nubarrón horrendo y aniquiló un sauce que por mucho tiempo se había mecido a dos cuabras de la casa.

El mico se desprendió del árbol con el corazón desbaratado y cayó como una fruta gigantesca. Se movió un poco el viento y empezaron a caer los goterones.

## MÁS ALLÁ

### [2016]

Mi papá hizo un negocio de unos terneros en compañía de un señor. Eran diez terneros cebús y mi papá los puso a engordar en un potrero que le alquilaban los Rivas, muy lejos, mucho más arriba de la recebera. Mi papá decía que yo le gustaba a ese señor. Él tenía una camioneta de platón muy bonita, y los dos me preguntaban que si quería casarme con él, y el señor y mi papá se reían. Cuando venía, yo me jor me iba para el cuarto, como me decía mi mamá, y me dormía, o me ponía a jugar con mis hermanitas, o a mirar alguna revista, o a cambiarme de peinados, y no salía. Entonces al señor, que era mafioso, lo metieron a la cárcel y los terneros quedaron todos de mi papá, porque el señor ya no iba a volver en mucho tiempo, porque había sido empleado de otro mafioso, y a los dos se los habían llevado para Estados Unidos a la cárcel. Mi papá dijo listo, engordamos esos terneros y los vendemos, y con la plata se compró un caballo para ir a emborracharse al pueblo, decía mi mamá. Mi papá tenía muchos más años que ella y siempre decía que le había tocado criarla y la gente dice que ella y nosotras —mis hermanas y yo— parecemos hermanas, porque mi papá era moreno y mi mamá blanca blanca blanca y mucho menor.

El caballo era anaranjado, una belleza. Lindo. Mi papá salía con él a cortar palos por ahí para leña para la cocina o a traer el café que cogíamos en las fincas. Aparte del caballo tenemos tres vacas que pastan en la carretera y una vez un señor le pegó un machetazo a una en el hocico porque metió la cabeza por entre el alambrado y se le comió una mata de flores que tenía. Mi papá fue a reclamar y el señor le dijo que si uno no tenía tierra no podía andar de ganadero y mi papá le dijo usted no sabe señor con quién se está metiendo. Ese señor le puso una demanda, porque después se le perdieron unas gallinas, y mi papá le puso a él también una demanda por calumnia. Mi papá tenía otra demanda que le

puso el señor que le vendió la finca donde vivimos, porque este señor decía que se la tenía que terminar de pagar, más los intereses por lo que le estaba debiendo, o nos teníamos que ir, y mi papá nada que le pagaba ni nada que nos íbamos, y más bien estaba pensando en ponerle una demanda al señor. Y que venga a sacarnos si es tan berraco, le decía a mi mamá, y verá cómo lo agarro a machete. Aquí hay menores de edad, decía, y tenemos posesión y además testigos de que le pagamos veinte millones y entonces cuál deuda. Pero cada que el señor venía, mi papá se escondía en el cafetal con machete y todo y cuando el señor se iba, salía riéndose y a todos nos causaba gracia. Le pusieron una demanda también unos señores que se encargan de que a los árboles no los tumben y que los gallineros de pollos de engorde no tiren tripas ni plumas por las cañadas. Esos vinieron a buscarlo, y se les escondió también, por la tumbada de los árboles al lado de la carretera que hizo mi papá con una motosierra que se consiguió, para venderles la madera a unos que vinieron por la noche en un camión y se la llevaron. La motosierra quedó de nosotros, porque mi papá dijo que se la había encontrado. Y decía que esos señores ladraban pero no mordían y que si se ponían muy atravesados les daba unos pesitos y listo, para eso eran empleados del Gobierno.

Nosotros íbamos mis tres hermanas con él y mi mamá a coger café al escondido y dejábamos amarrado el caballo en el monte, donde no se viera desde la carretera. Yo soy la mayor y la menor tiene ocho años y es una maquinita de coger café. A los perros de la finca de ese señor dizque pintor que se estaba quedando solo en la casa bonita allí arriba mi papá había pensado envenenarlos porque con la alharaca que hacían todo el mundo sabía que habíamos pasado los cinco con el caballo y los talegos de café. A esos no les hizo nada al fin porque a veces le prestaba plata y por eso el señor le caía bien. A otros más arriba sí los había envenenado por bullosos. El señor dueño de los envenenados le dijo que donde lo viera metido en su finca lo quebraba o que si jodía mucho iba y lo quebraba donde fuera, y mi papá a esa finca mejor no volvió a meterse a coger café y naranjas con nosotros, que es lo que casi siempre hay, pero uno coge lo que encuentra, guatilas si hay guatilas, aguacates, chachafrutos, lo que haya. La rectora del colegio dice que uno no debe

decir «haiga», como dice mi papá. La rectora, dicen por ahí, que se hizo un jacuzzi en el baño de su casa con una plata que el ministerio le mandó a la escuela y ella se quedó con ella.

Entonces mi papá puso una tienda en el planito que hay al lado de la carretera y empezó a tomar y a oír música hasta tarde en la noche todos los días con los clientes. La gente dice que ese fue su pierde, por tanta bebedera y fumadera y tanto trasnocho. Mi tío Tiberio, el hermano de él, dice que fue más bien por esa mano tan berraca de demandas que tenía. Yo mejor no iba mucho a la tienda porque mi papá se reía y les decía a esos señores que si les gusta la muchacha se las vendo. Por esos días vinieron los de Bienestar Familiar y me preguntaron muchas cosas, que si nos pegaban, que si me tocaban, y yo que no, que no, que no. A mi papá no le gustaba pegarnos porque después se arrepentía y se ponía a llorar cuando se emborrachaba. A mí me dio una vez con una correa, pero eso fue porque me puse a saltar con la canasta de los huevos y se me quebraron como diez de una tacada.

Mi papá se asustó con la venida de los señores de Bienestar y nos preguntó mucho que qué les habíamos contestado. Esa gente es jodida, le dijo a mi mamá, si ustedes la cagan y contestan lo que no es, se nos las llevan y ahí sí graves. Y no es que nos lleven nada más si nos pegan o no nos dan comida, sino por ejemplo si uno mete las patas y dice lo del café, a uno se lo llevan, o la vez que fuimos a ayudarlo a mover un poquito la cerca porque ese señor vecino que le puso la demanda se había ido para un viaje y nadie iba oír el martillo ni nada. A uno de pobre le toca ayudarse o camarón que se duerme se lo lleva la corriente, decía mi papá, y el día de la cerca llevamos aguadepanela en botellas, y le pasábamos las grapas y eso, y el martillo, y nos comimos la comida allá todos. ¡Pasamos más bueno! Había cocuyos.

Entonces, pum, el señor de los terneros que vuelve. Se les voló de Estados Unidos o lo largaron, quién sabe. Mi papá estaba muy callado y nada más hablaba con mi mamá hasta tarde en la noche porque no sabía lo que iba a hacer ahora con él. Cuando llegaba, lo invitaba a cerveza. El señor le dijo a mi papá que le diera el caballo, y él le dijo que el caballo ni riesgos. Yo estaba ahí porque mi papá me dijo que me tenía que sentar ahí un rato y yo le digo cuándo se puede ir. Pero ellos estaban todos

enojados alegando por lo del caballo y los tales terneros y ni siquiera me miraban. Yo tampoco miraba al señor ese, ¡más feo! Entonces mi papá le dijo ¿sabe qué?, deme quince días y le entrego sus terneros. Y el señor dijo que bueno, pero donde me incumpla, ya sabe hijueputa, y se fue todo bravo en la camioneta de platón que estaba embarrada con tanto barro que había en la carretera por el invierno. Ese día mi papá siguió tomando y oyendo música en la tienda hasta por la mañana. Y habló mucho por celular. Nosotras salimos para el colegio todas bañadas y nos llamó y a cada una nos dio veinte mil pesos para que compráramos papas fritas y gaseosa y eso. Estaba borracho y nos dijo júrenme que si me pasa algo ustedes, chinas, no se van a dejar sacar de aquí, y ahí estaba mi mamá y él le dijo júreme, hija, júreme, y ella también juró. Y era porque el señor que había sido dueño nos había puesto una demanda y quería que le devolviéramos la finca y que nos fuéramos, y adónde nos íbamos a ir, si nosotras no tenemos adónde irnos.

Cuando volvimos del colegio ya mi papá no estaba. Mi mamá dijo que se había ido unos días y que después volvía. En la casa las chiquitas estaban todas lloretas y necias, porque mi papá a toda hora nos hacía reír y todo, y les estaba haciendo falta. Y a los cuatro días yo que me despierto todavía de noche y que oigo que mi papá está bajando los terneros de dos camiones. Salí a mirar al escondido y los terneros estaban todos embarrados y los alumbraba con las linternas. Llegó el señor de los terneros en la camioneta, el que se les voló de Estados Unidos, con otros dos camiones y vuelta a meter los terneros en los otros camiones, pero no había diez sino como quince terneros o quién sabe cuántos. Muchos.

Se fueron los camiones y mi papá siguió tomando solo en la tienda y fumando y oyendo música a todo taco. Ya llevaba tres días sin dormir casi y mi mamá le llevó una sopa y no quiso tomársela. Y mi tío dice también que fue eso, beber sin comer y con esa fumadera tan hijueputa. El señor que a veces se queda muchos días solo en la finca bonita de arriba, pero que no es de él sino de don Tito Huertas, que se la alquila, me llamó cuando yo subía a buscar una vaca que se había soltado, con mis hermanitas, y me dijo que le dijera a mi papá que le bajara un poquito a la música, porque él venía aquí a estar en silencio y trabajar y estaba trabajando y no podía trabajar así con ese ruido. Es un pintor de

cuadros y lo vimos un día en la televisión del colegio. Mi papá dijo que esta gente si es que jode mucho que no pueden ver a un pobre contento y le bajó un poquito al volumen, pero después se lo volvió a subir. Entonces llegaron dos de los Rivas y le dijeron a mi papá que si había visto unos terneros de ellos, mejor dicho si se los había llevado, y él dijo que cómo se les ocurría, y ellos dijeron que todo terminaba por saberse y que si había sido él que se atuviera a las consecuencias. A la cárcel lo hacían meter o peor. Eran cinco terneros, los de los Rivas, con razón habían tantos en los camiones. Otra demanda, vida triste la mía, dijo mi papá cuando se fueron, y dijo me estoy sintiendo raro, niña, quédese ahí y me acompaña un rato, ¿quiere?

Y él que dice eso y que le da el ataque.

Yo nunca había visto un muerto. Mi papá al fin quedó haga de cuenta que estuviera dormido, claro que se le veían un poquito los dientes. Por la noche soñé que él había bajado por el caballo y los dos se habían devuelto montaña arriba. El caballo faltaba al otro día y la gente decía que se lo había llevado mi tío Tiberio, para venderlo y dejarnos sin esa plata. No creo, porque a mi tío le tocó pagar lo del entierro y eso. ¿Se imaginan llegar uno adonde san Pedro montado en ese caballo anaranjado de nosotros? Lindo. Yo les digo a mis hermanitas que a él lo dejaron entrar al cielo sin ningún problema, por la belleza de caballo en que venía, a ver si ya paran de joder y de hacer esas caras, y se ponen otra vez contentas. Mañana vamos a ir las cuatro a coger café a la finca de este señor que casi nunca está porque vive en Bogotá y tiene el cafetal arriba de los Narváez. A las chiquitas coger café les gusta mucho y yo sé que las va a distraer y se les va a olvidar la tristecita.



## **LAS COSAS MENOS PENSADAS**

### **[2012]**

El 16 de octubre le escribió a Emilia diciéndole que había recibido la carta de respuesta y que a decir verdad no le había sorprendido el contenido. Lo esperaba. «Sé cómo te sientes, pues para mí fue también una conmoción grande. No quería enamorarme más en la vida y esto me llegó como un rayo, de la manera menos pensada y de la persona más inesperada. Al fin y al cabo la última vez que te vi eras una niña». Tal vez había sido la sorpresa de ver la mujer en la que ella se había convertido, agregaba, la que había hecho que el mundo de él se desvencijara y amenazara con venirse a tierra. No se trataba de deseo. «Cuando pienso en ti pienso en tus ojos, en la luz de tus ojos. No soy ningún viejo obscuro. Y viejo sólo lo soy en comparación con tus años».

Tres días después ella le escribió diciéndole que seguramente se trataba de un momento de confusión por el que él pasaba, una crisis en la que ella sin querer se había visto involucrada. «¿Usted sí se da cuenta de lo que me está diciendo? ¿Le he dado algún motivo para que pueda pensar en mí de esa forma?».

Pasaron varios días. Él se fue para la finca que tenía a dos horas de la ciudad, en las montañas, donde se quedaba cuando debía descansar del trabajo y la rutina. Por la noche tomó cerveza en el corredor mientras oía el río, al fondo, que bajaba entre las piedras. Los colores de la televisión resplandecían contra las paredes en la sala de los cuidanderos. La finca era de recreo, pero producía naranjas, café y cacao. Él se entretenía logrando que la tierra pagara los gastos y hasta diera utilidades. Casi cuarenta y cinco años y todavía jugando, pensaba.

«Querida Emilia: No quería volver a escribirte e iba a dejar que nuestra relación se convirtiera en lo que tal vez debería ser: la puesta en escena, cada vez que nos vemos, de los diálogos y actitudes que se esperan de cada uno de nosotros. Pero no fui capaz. Pienso en ti día y

noche. Desde que abro los ojos hasta que los cierro. Y no quiero dejar de pensar en ti, suponiendo que pudiera».

No había terminado la segunda cerveza cuando fue a la sala por una botella de whisky, y siguió escribiendo. Por la mañana entró al sauna que su hijo mayor le había adaptado en uno de los baños, y sintió que gota a gota le salía el licor por los poros. Le dijo a la cuidandera que no quería desayunar y se puso a revisar lo que había escrito por la noche. Suprimió la frase que decía que no era cierto que sólo la luz de los ojos de ella lo atraía, que eso era mentira, que lo atraían además la boca, las nalgas, los hombros de adolescente, el vientre, pero que no pensaba en eso, pues la sola idea de que pudieran ser suyos hacía que le tambaleara la cordura.

Suprimió, por cursi, el párrafo que decía que ella tenía el alma más hermosa que él había conocido en su vida; que era por dentro igual de bella que por fuera y que era eso lo que lo estaba matando de amor. Había quedado media botella de whisky de la noche anterior. Se sirvió, y otra vez crujieron los hielos y repicaron contra el vaso. Pensó en dejar la frase que decía que cualquier mujer es siempre más madura que cualquier hombre. «Te llevo casi treinta años y a veces te siento como si fueras mi madre». Luego la suprimió también, pues ella podría pensar que estaba loco.

La respuesta tardó en llegar. Un día se encontraron en la casa de la abuela, y al pasar al lado de Emilia sintió él la fuerza que ejercía su cuerpo, su calor. En el comedor ella le pasó la canasta del pan, y sus manos se tocaron. En la mesa se habló de la exposición de alguien que hacía esculturas en bronce de pescadores de esponjas, deformes por la repetida inmersión en aguas muy profundas.

«¿Por qué?», había preguntado ella en la carta que le escribió después de muchos días, cuando ya él no la esperaba. «¿Por qué tenía que ser yo, precisamente? ¿Por qué yo?». Y después le explicaba quién era ella y cómo cualquier relación entre los dos ofendía al cielo.

¡Como si él no lo supiera!

Negaba entonces y volvía a negar que lo amara, y terminaba la carta negándolo. Y después se lo negaría en persona. Y aquello ocurriría para gloria de ellos y dolor de muchos, pues ya él no le creía.

## **BRILLO DE LA ALEGRÍA IMPREVISTA**

### **[2012]**

Él no iba a reconocer nunca, con palabras, que casarse con Ana había sido la mejor decisión de su vida. Y no porque no lo creyera así, sino porque no le gustaba hablar, ni de sus asuntos personales ni casi de ningún asunto. Era muy callado. Se había casado dos meses después de la muerte de su madre —con quien había vivido los cincuenta y dos años que entonces él tenía— en una ceremonia apropiada para la edad de los novios, esto es, ni demasiado grande ni demasiado sencilla, y durante la ceremonia y la fiesta habló apenas lo necesario para hacerles saber al cura y a todos que sí, que sí aceptaba.

Pasaron la luna de miel en la finca lechera de uno de los hermanos de él, muy arriba en la cordillera, en unas lomas muchas veces cubiertas de neblina, donde todavía no se oían disparos por las noches ni a nadie amenazaban de muerte ni mataban. Como en tierra fría el tiempo pasa tan despacio, llevó libros del Viejo Oeste, la guitarra, aguardiente, cigarrillos y un folio de partituras que pesaba casi dos kilos. Pero no tuvo muchas oportunidades de dedicarse a Albéniz ni a Rodrigo, ni de leer a Marcial Lafuente Estefanía y casi ni de fumar, pues Ana no les prestó atención al soplo ni demás trastornos cardiacos que decían que ella tenía, y se dedicó de lleno a la luna de miel.

Más que sorpresa, asombro. Ya de regreso, él habría querido comentarlo con los amigos, hablarles de lo diferentes que son las personas de lo que parecen y pedirles que le ayudaran a entender cómo ella —que había vivido treinta y seis años con el papá, seco y serio como un palo, y con sus hermanas, todas pálidas y delgadas como ella y, según se decía, de mal apetito y también con soplo en el corazón—, dónde y cómo, había aprendido tantas cosas. ¿Soplo? Ni la taquicardia había sido cierta, pues se habría muerto en alguna de sus maromas de la luna de miel, ni tampoco el mal apetito. ¡Qué tal la manera de desayunar!

Y lo habría comentado con ellos si se hubiera tratado de otra clase de amigos. Pero con esa gente era mejor no arriesgarse. Ya podía oír a alguno preguntar:

—¿Y cuántos soplos se echaron anoche, hombre Orlando?

Y a alguno de los otros agregar:

—Para un matrimonio por interés, esa ya es mucha resopladera.

Así que no les dijo nada. Al imaginar los chistes sonreía, claro, lo cual no quiere decir que habría hecho lo mismo si los hubiera oído de verdad. Al contrario. De sólo pensarlo, después de sonreírse, le hervía la sangre, a él, que en sus cincuenta y dos años de vida flemática nunca había logrado entender a los que se ponían frenéticos por el amor de una mujer y demás tonterías.

Volvieron de la luna de miel y ella empezó a guardar toda la ropa y artículos personales de la mamá de él, así como los muebles de la casa, en uno de los cuartos grandes del fondo. Reemplazó los muebles por otros modernos y de moda, lacados de negro y rojo vivo; las mesas de centro nuevas tenían forma de amiba, y todos, el comedor, los tocadores, los aparadores, las camas y hasta las mesas de noche, tenían patas cónicas terminadas en conitos de bronce.

Derrumbó hasta más allá de los cimientos, arrancó hasta más allá de las raíces lo que había sido el mundo de Orlando.

Él a nada se opuso. El ajetreo de Ana haciendo que sacaran y entraran muebles, que descuajaran las dalias del patio y sembraran azaleas, soltando los pájaros de las jaulas o contratando maestros de obra para que tumbaran unas paredes y levantaran otras le dejaba a Orlando otra vez tiempo para ocuparse en su cuarto de la guitarra y de su atril, así fuera en medio del polvo.

## **SOL SOBRE LOS CAFETALES**

### **[2012]**

Tres meses después de nacer su hijo mayor, sin enojarse pero con cierta terquedad, ella se empeñaba aún en no llevarlo donde el médico. El niño nunca lloraba, era demasiado tranquilo. Ni los amigos ni la familia comentaban nada, aunque era evidente que tenía la cabeza demasiado pequeña, los ojos muy rasgados. Lo cargaban, le cantaban, lo acariciaban, pues inspiraba un poderoso sentimiento de afecto, pero no hablaban de él. Un día el marido le dijo que definitivamente él creía que había algo raro con ese muchacho, y ella se puso a llorar como si la hubieran insultado.

Esa noche, al igual que muchas otras, él apagó la luz, puso la cabeza en la almohada y cubrió con su mano el pubis de ella, con naturalidad, como una hoja que se posa sobre otras en la tierra. A veces lo hacía sólo para dormir, a veces para empezar a acariciarla con más ímpetu.

Ella se la retiró sin brusquedad.

Al día siguiente salieron de la casa con el bebé, él muy serio, ella todavía con señales de lágrimas. Ella tenía veinte años. Él acababa de cumplir veintiséis, y por esos días se mantenía muy bien vestido: tenía cinco pares de zapatos en el armario y se cambiaba de camisa varias veces al día. De la herencia que recibió de su padre, cuantiosa, pues era hijo único, conservaba todavía la finca grande, que perdería muy poco después, la finca más pequeña, la casa donde vivían y cuatro locales en la plaza de los mayoristas. Aún no tenían el café-bar del que vivirían tantos años. Por los días en que llevaron el niño al médico vivían del cacao y el café que se cosechaban en las fincas, y sobre todo del arriendo de los locales.

—A este sí lo mantienen más arreglado que un pastelito —dijo el médico mientras examinaba al niño. Sus manos eran todavía muy hábiles, pero ya la vejez se las tenía algo huesudas y apergaminadas.

Llevaba tres meses esperándolos. Sabía lo que el niño tenía, por lo que le habían dicho, y ahora estaba allí, desnudo, plácido, mirándolo con esa expresión de dulzura que les dura para siempre. Puso el frío estetoscopio en el pecho del niño, que no lloró. «No presenta cardiopatía. Es leve», dijo como para sí mismo. «Tal vez vaya a aprender a leer y a escribir. Cuando es muy avanzado es mejor esconderlos donde a nadie asusten; cuando es leve son una belleza, como este. Dios es grande», dijo el médico. «Extraordinario en padres tan jóvenes como ustedes: uno en dos mil partos. Aquí está el linfedema de nuca, común en personas como él», dijo, palpándole la hinchazón en el cuello, «y ahí las manchitas, como granos de sal, en los ojos».

El médico suspiró como suspiran los ancianos. Tardó en hablar.

—Lo que tiene el niño es una cosa que llaman síndrome de Down —dijo al fin. Y como vio que ella había llorado lo que iba a llorar, explicó—: El muchacho es mongoloide.

Ella no tuvo ánimo ni para decirle que sabía muy bien lo que era el síndrome de Down. Se le oscureció la vista y le ardieron los ojos, pero las lágrimas no alcanzaron ya a salir.

—No les digo que lo siento porque aquí no hay nada que lamentar —dijo el médico—. Si en alguna criatura está la presencia de Dios es en las que son como él. Coeficientes intelectuales como los de ese señor que dizque es nuestro presidente seguramente son muy altos. ¿Y para qué? ¡Si lo único que hace es armar bandidos para que asesinen campesinos y gente inocente! ¿O ustedes qué dicen? Además el mongolismo de este joven es muy suave. A mi modo de ver, claro. Pero me parece que para quedar todos tranquilos lo mejor es buscar una segunda opinión.

Volvieron a la casa, cenaron sin hambre y trataron de dormir. Apareció la luz del amanecer y ella sintió otra vez el hondo calambre de tristeza en el estómago. Llevaba ya mucho tiempo despierta cuando él la besó en la mejilla y le dijo que era hora de arreglar al niño. En el Buick rojo 36 que entonces tenían bajaron por la carretera, curva tras curva, por entre los cafetales que tupían la cordillera.

Iban a la capital del departamento, a ver al especialista.

Este médico les dijo lo mismo que les había dicho el anciano, pero con gráficos de cromosomas y palabras rimbombantes. A las manchitas

de los ojos, por ejemplo, se las conocía como manchas de Brushfield. Les mencionó, además, «el amplio espacio interdigital que en estos niños presentan los pies entre los dedos primero y segundo, ¿me explico?, así como el surco plantar que se extiende hacia la parte posterior».

Otra vez viajaron por las montañas oscuras. La carretera daba curvas muy cerradas y la luz salía a veces de las nubes y llenaba de sol los cafetales.

Por la noche, ella se acostó de cara a la pared, y él, a su lado, miró el techo y cerró los ojos. Entonces se dio la vuelta, le pasó el brazo por la cintura —no trató de acariciarla—, se quedaron en silencio durante un rato largo y se durmieron.

## LA CASA EN LLAMAS

### [2016]

Timbraron en la portada y era un niño como de diez años. Le pregunté que cómo se llamaba y de dónde había venido y me dijo que se había volado de su casa y se llamaba Vladimiro. Que dónde quedaba la casa, le pregunté, y no dijo nada. Que cómo se llamaban los papás, y no dijo nada. Le pregunté que si tenía hambre, que si quería un sándwich, y dijo que bueno.

Vivo en las afueras de Bogotá en una casa campestre, con mi marido y mis hijas, de seis y siete años. Tenemos una perra gran danés, y se la pasa lamiéndoles la cara a las niñas, que se ponen felices. Una belleza. Cuando les presenté a Vladimiro, Manuela, la mayor, le dijo:

—Yo tengo una perra que me lambe la cara. ¿Y usted cómo se llama?

—Vladimiro.

—Ah.

Dicho y hecho. Llegó la perra y fue directo adonde estaba él, que cerró los ojos para que lo lamiera. ¡Las niñas gozaban!

Vladimiro dijo que quería un sándwich de jamón y queso con Milo caliente. Le hice el sándwich y batía mucho el Milo, para que le quedara bien espumoso. De vez en cuando le volvía a preguntar que dónde vivía, pero él no contestaba nada o contestaba otra cosa.

—A ver, otra vez. ¿Y usted dónde es que vive?

—Yo sé hacer cometas. Las que me quedan mejor son los faroles.

Cuando me levanté al día siguiente, les estaba haciendo a las niñas una cometa en forma de estrella. Había cortado hojas de cañabrava del cerco, y de la parte central de las hojas había sacado las varillas para la estructura. Las niñas le habían traído hilo, agujas, papel y pegante, y ahora lo miraban trabajar. Mi marido se levantó todo lagañoso y bonito y me preguntó que quién era «el tipo de la cometa». Le conté la historia y



él fue a saludarlo. «¿Qué más, hombre Vladimiro?», fue todo lo que le dijo, y se fue a bañar.

Las niñas estaban muy encariñadas con él. No quise llamar a la policía, porque ellos complican todo y me daba miedo que nos hicieran pasar un mal rato sin necesidad. Los apellidos nos los dijo Vladimiro el día siguiente: Semiónov Rodríguez. Con razón esos ojos verdes claros y esos pómulos altos, de ruso.

—¿Semio...?

—ónov.

—Semiónov.

—Ajá.

—¿Ese es el...?

—El apellido —dijo, como si fuera algo que le preguntaran con frecuencia—. Y después Rodríguez.

—¿Entonces su papá es ruso?

También eso se lo habían preguntado antes, pues contestó casi aburrido y como pensando en otra cosa.

—No. Es de Duitama. Duitama es en Boyacá.

—¡No me diga!

Los Semiónov de Duitama, claro, pensé, y no sonreí, para que él no se diera cuenta. El niño no quería ser ruso, pues le harían muy difícil la vida en el colegio. Son despiadados, los niños, los seres humanos. Las niñas, menos.

—Pero en Duitama no viven sus papás, ¿cierto?

—Yo soy el mejor de la clase, pero me perjudica la conducta.

Me la pasaba fascinada mirando a ese niño, oyéndolo hablar. Al día siguiente de su llegada se apersonó del asunto del desayuno y empezó a llevar las cosas a la mesa del comedor, la mermelada, la mantequilla, los cubiertos, como si hubiera desayunado con nosotros toda la vida. A Ciro, mi marido, que lo miraba de reojo, le brillaban los ojos como le pasa a él cuando algo lo divierte. Mi marido es la persona más tranquila que conozco. Nada lo sobresalta. Tiene una oficina de abogados en el norte de Bogotá, y trabaja mucho, pero no se le nota. Es de Tuluá. No me preguntó lo que pensaba hacer yo con Vladimiro ni hasta cuándo pensaba

tenerlo antes de ir a Bienestar Familiar o hablar con la policía. No me preguntó nada, mejor dicho. Lo que yo hiciera, fuera lo que fuera, a su juicio parecía estar bien.

—¿Bien todo, Vladimiro? —le preguntaba.

—¿Qué?

—¿Cómo vas?

—Bien todo.

Durante el tiempo que estuvo con nosotros, Vladimiro se encargó, prácticamente, de las niñas. Se la pasaban juntos todo el tiempo, y él las ponía a ayudar en los oficios de la casa, lo cual no estaba nada mal, teniendo en cuenta que la muchacha del servicio había tomado sus vacaciones y yo no había querido conseguir una provisional, pues tuve una crisis hace algunos meses y desde entonces me cansa mucho lidiar con personas nuevas. Pasaron dos días. Cada día tenía yo menos ganas de llamar a la policía o hacer más averiguaciones. No volví a pensar en eso, como si hacerme la desentendida pudiera evitar que las cosas siguieran su curso. Sólo imaginarme lo que podía pasar ahora me producía algo parecido a lo que habría sentido ante la posibilidad de perder a las niñas.

—Te estás apegando mucho, Laurita —me dijo Ciro—. Hay que tener cuidado, porque eso no te conviene. Acabás de salir de una muy difícil.

Esa misma tarde Vladimiro me dijo:

—Ocho seis dos, setenta y seis, cuarenta y dos.

Yo sabía muy bien lo que había dicho y a qué se refería, era un número telefónico, pero mi reflejo defensivo, mi instinto, fue el de no entender.

—¿Cómo, mi niño? —le pregunté, y él no quiso repetir. Parecía a punto de llorar.

Mi inquietud era mucha, pero trataba de que no se me notara, para no alarmar a Ciro, que ahora estaba llegando más temprano del trabajo y se ponía a charlar con Vladimiro y las niñas antes de irse a su escritorio a seguir trabajando. ¡Ciro es tan aburridor!, pienso a veces. No me gusta tenerle odio ni desprecio... No. No eso. No. Lo que pasa es que yo tenía la esperanza, remota, claro, de que Vladimiro no volviera a mencionar el número. Y era a mí a quien se lo iba a decir, pues yo era la mamá, no a él.

Ciro me dijo que me acordara de lo que yo había vivido no hacía ni dos meses, que lo tuviera muy presente. Me puse a llorar y él no trató de consolarme. Creo que ya estaba cansado. Estábamos cansados. El ambiente en la casa se puso tenso, maluco. Ciro se dio cuenta de que yo estaba tomando las pastillas que me habían recetado en el tratamiento anterior, y nada dijo. Ahora se la pasaba en la casa, como si algo pudiera ocurrir, aunque trabajando, claro. Él es capaz de trabajar en medio de un incendio.

—A ver, niño. ¿Y cómo es el número que me dijo el otro día? —le pregunté a Vladimiro después de esa discusión con mi marido, que a ratos fue intensa, y el niño me lo volvió a decir sin dudarlo. El deber era que yo llamara, no Ciro.

Saqué fuerzas de donde no las tenía, llamé y me contestó la muchacha del servicio. Que la señora no estaba, que la señora y el señor se habían ido a hacer una vuelta en la inspección de policía. Le pregunté que si ella conocía a un niño que se llamaba tal y tal y estaba vestido así y así. La muchacha se asustó y pensó que estaba muerto y yo le dije «no no no no, nosotros le compramos ropa, es que está aquí, donde pertenece». Ella se quedó callada mucho rato. «Aló», le dije, pues pensé que se había roto la comunicación. «Aló», dijo ella y colgué el teléfono.

Si el tal señor y la tal señora vivían en alguna de las casas campestres que había cerca del centro comercial Bima, Vladimiro tuvo que haber caminado mucho para llegar a la casa. Y había llegado como si nada. Sabía dónde estaba todo, y hasta encontró los Toblerones que mantengo escondidos en mi clóset, para que mi muchacha del servicio no vaya a antojarse.

A Ciro, que insistía en que llamáramos otra vez, no quise darle el teléfono. Si se lo consiguió no fue conmigo, y quién sabe cuándo y con qué mañas lo hizo. Llamó contra viento y marea, sin hacer caso de ruegos ni amenazas, y es por eso que estamos ahora en esta situación tan triste, tan azarosa. Ciro se defiende con un argumento y con otro, e incluso se enoja, él, que es tan sereno, pero todos son argumentos endebles. Hipocresía.

El hecho simple es que ahora el niño no va a contar con la persona que más lo conoce. Nadie va a saber guiarlo y mantenerlo en ese estado

de gracia del que gozan las personas como él, a quienes es nuestra obligación cuidar para que lo conserven y no se conviertan en adultos sólo bonitos y nada más. Abogados desangelados, horripilantes, horrorosos.

¡Quien veía a Ciro tan apacible, tan cálido, tan buena persona...!

Él me lo quitó.

Lo que me enfurece es sabernos engañadas las niñas y yo durante tantos años. Lo mejor es acabar con esta farsa de lo que es él y de lo que estamos haciendo en este mundo. No es llorar ni lamentarse lo que corresponde ahora, ya para qué, si nada puede remediarse. Lo mejor es que arda todo.

*OceanofPDF.com*

## **CIELO CON CUERVOS**

### **[2012]**

Lo primero que él sintió al despertar fueron el silencio y, como sobre un lienzo, los graznidos. Les prestó atención, inmóvil. En Suramérica sólo se los conoce por el nombre y por el cine, pensó. Allá los oímos chillar en las películas. La respiración de ella era tranquila, acompasada. Habían dormido dándose la espalda, sin tocarse. La pelea de la noche anterior había sido intensa.

¿Cómo puede dormir con tanta placidez después de aquello?

Habían llegado hacía dos meses y la erosión de su relación parecía haberse venido dibujando también con fuerza en el silencio.

Berlín.

En esta ciudad hay menos ruido que allá en los pueblos y en las veredas. De Bogotá ni hablar.

Atrás habían quedado el estrépito de carros y buses, los pregoneros del barrio, el gallo del estacionamiento, la música a todo volumen del vecino en la mañana.

Le dolió el corazón.

El grupo de cuervos levantó vuelo desde un árbol de la calle, dejó de sonar, y pasó, en cambio, una sirena. La calle se llamaba Kantstraße. Seis de la mañana. Domingo. Finales de octubre. El apartamento quedaba cerca de una estación de bomberos. Aún estaba oscuro. Se alejó la sirena y el silencio se hizo total. El pie de ella salía del edredón de plumas, lo demás estaba cubierto por completo. De haber sido todo como antes, lo habría acariciado. No ahora. Se le encogió otra vez el pecho, se levantó y caminó desnudo hasta el baño, evitando mirarse el cuerpo —delgado, saludable, aunque con la barriga propia de los cincuenta años, barriga de flaco— en el gran espejo de la sala.

Tampoco en el baño quiso mirarse. Orinó, se lavó las manos, cerró la tapa del inodoro, se sentó sobre ella y se lavó los dientes, mirando el

rollo de papel en su nicho, al frente.

A esto sólo queda contemplarlo, sin sentir consuelo. Mirar, sin parpadear, las cosas.

Se puso de pie, escupió la pasta dental en el lavamanos y vio que otra vez le estaban sangrando las encías. Cada cuatro meses visitaba a la periodoncista, que lo torturaba con ganchos y púas de ultrasonido. Tocaré buscar aquí otro verdugo, pensó. ¡Tanto dolor sólo para no quedarse mueco!

Regresó al cuarto y, así como había evitado antes los espejos, evitó mirarla a ella. Temía la enorme soledad que le esperaba.

Posiblemente hasta el final de mis días.

Había visto, sí, que ella se había sentado en la cama. Sabía que sus ojos negros, aunque ya sin rencor, serían fríos, duros; su mirada, tan amada por él, ahora escrutadora, evaluadora, siempre bella.

Tantos malentendidos nimios entendidos como deslealtades, traiciones. Tanta vanidad. Tanto egoísmo.

—Hola.

Se reconciliarían, seguirían juntos, días, meses tal vez, pensó, incluso se amarían. Pero en aquel momento la grieta para él fue tan visible como las que anuncian los derrumbes de los muros. En el estómago, el dolor: un puño oscuro.

Todo era irreversible, fatal, irremediable.

# LUZ DE LUNA SOBRE EL AGUA OSCURA [2016]

*Nadie diga que la luna solamente se refleja en aguas claras.*

LIN CHI CHUNG (1119)

Pilar y otros ocho integrantes del Grupo Ecológico de Caminantes regresaron de la sierra de la Macarena en un bimotor de Satena. Al descender hacia el aeropuerto, ya sobre la sabana de Bogotá, el avión se metió en una nube muy grande y llena de luz y empezó a sacudirse como si se fuera a desintegrar. Aterrada, Pilar tomó la mano de Antonio, uno de los miembros del grupo, que por casualidad viajaba a su lado. Él la abrazó, para tranquilizarla y también para tranquilizarse, y le ofreció whisky de una licorera de plata. Tres vacíos finales, tres aletazos horribles. El avión salió de la zona de turbulencia y de las nubes y siguió descendiendo sobre la ciudad. Aterrizaron con mucha suavidad y dos horas después ya estaban los nueve en la finca de las afueras, donde vivía Pilar.

Era su turno de invitar a la reunión que siempre hacían cuando regresaban de los viajes largos. En aquellas fiestas se hablaba del viaje, Antonio bebía, tocaba su guitarra, y todos cantaban y bebían. Aquella vez hablaron de la belleza de la sierra, de los colores espectaculares de Caño Cristales —no por nada era considerado el río más hermoso del mundo, dijeron—, del susto que en una de sus caminatas habían pasado por cuenta de la guerrilla y también del que acababan de pasar en el avión. Bebieron menos que otras veces, pues venían demasiado cansados, y a eso de las nueve de la noche empezaron a despedirse.

Antonio seguía sirviéndose whiskies y tocando guitarra, y no se iba. La gente no había estado con ánimos de cantar, de modo que tocó música

clásica, mientras algunos de los caminantes se alelaban y se quedaban dormidos en sus sillones, mirándole los dedos. Antonio había salido hacía dos meses de una clínica de recuperación para alcohólicos, y ya había vuelto a beber, pero se le veía todavía tan saludable como si acabara de salir del tratamiento. Hasta ahora había podido tomar con moderación, y la gente decía, especialmente las mujeres, que con algunos tragos se ponía encantador. Cuando se fueron todos, dijo:

—Pilar, ¿te parece bien si me quedo aquí esta noche? Si tienes cuarto de visitas, mejor, para no estorbar aquí en el sofá de la sala.

Ella fue al cuarto de las visitas y revisó que la cama tuviera suficientes cobijas.

Pasó un día, luego otro. Pilar cocinaba bien y Antonio, que sabía de vinos y de buena comida, lo disfrutaba. Nunca le había gustado tener muchachas del servicio, a Pilar, porque la robaban y andaban hablando de ella por ahí. Al tercer día Antonio le propuso que durmieran juntos y ella se quedó mucho tiempo inmóvil y en silencio. Entonces, sin mirarlo y en voz muy baja, dijo que bueno, que sí, que estaba bien. Cuando se acabó el whisky, Antonio le pidió prestado el carro para ir a comprar más, y ella le prestó la plata para el whisky y le prestó el carro.

—Los besos sí, pero eso de hacer el amor no es como tan bueno —le dijo a su hermana Clara la primera vez que hablaron de Antonio. Clara se alegró por ella y le respondió que con el tiempo uno le iba encontrando el chiste al asunto.

Aunque Antonio le caía bien, Clara se alarmó cuando días después supo que se había quedado a vivir con Pilar. Pero nada le dijo. En cambio las otras hermanas —eran cinco mujeres y cuatro hombres— pusieron el grito en el cielo y le aconsejaron que lo sacara de la casa a escobazos cuanto antes, pues ese lo que buscaba con su guitarrita y sus camisas Polo era que lo mantuvieran. Pilar no se enojó con ellas esta vez, pero tampoco lo sacó a escobazos. Para entonces ya le había encontrado la gracia al asunto, como decía Clara, se había enamorado y no quería que Antonio se fuera.

Pilar y Clara eran muy unidas y se mantenían pendientes la una de la otra. Cada una vivía en su propia casa, y Clara tenía marido e hijos, pero siempre estaba allí para aconsejarla, pues sabía que Pilar se precipitaba a



veces al tomar decisiones, y sabía también que de buen genio no era y que si la hacían enojar perdía el control y decía lo que la gente no quería oír. Era por eso que se metía en problemas. Una vez le pegaron dos gays dueños de un salón de belleza y le dejaron un ojo morado. Habían atendido a una señora antes que a ella, a pesar de que Pilar llegó primero. No pudo controlarse. Sabía decir las cosas con mucho filo, para que dolieran, y no tenía que pensarlas siquiera. Era como si algún demonio se las soplara al oído. Se le escapaban cuando menos pensaba y la gente se enojaba mucho. Claro que Pilar casi nunca se arrepentía de lo que decía. A veces sí. A veces ni siquiera se acordaba y era como si se emborrachara de rabia y perdiera la consciencia.

—¡Le entregaste el carro! —gritó su hermana Paula cuando supo que le había prestado el automóvil a Antonio, y Pilar nada le respondió. ¿Para qué?

Sabía que los ocho hermanos se habían reunido para hablar sobre su relación con Antonio y que estaban en desacuerdo. Unos decían que sí, que ella tenía derecho como todo el mundo, y otros que no, que él se estaba aprovechando. Antonio se inscribió otra vez en un programa de rehabilitación y parecía que se fuera a componer, dice Pilar, pues duró casi dos meses sin tocar el whisky. Fueron con los caminantes a río Claro y todos opinaron que hacían muy buena pareja. En el paseo Antonio le comentó que estaba pensando en poner un almacén de antigüedades en Chía y le pidió prestada la plata para montarlo. Él sabía mucho de eso, pues en la casa de sus padres tenían bellezas —cuadros atribuidos a Tiépolo, grabados posiblemente originales de Durero, cosas así— y el padre había comerciado con antigüedades y obras de arte toda la vida.

Por aquellos días Pilar tuvo la pelea con Constanza Osorio, su vecina de la finca grande de atrás, y se dio cuenta de que Antonio de verdad la quería y la respaldaba. Un día Pilar estaba acucillada con los niños del mayordomo en el jardín del frente y ellos le mostraban cómo hacían carros con escarabajos metidos en cajas vacías de fósforos. La cajita parecía moverse sola en el suelo, pero era el cucarrón el que la movía. «Mírenla a Pilar, lo bello que juega con los niños», dijo, toda condescendiente, Constanza, que estaba con Antonio tomando café en la mesa del jardín. A Pilar no le gustó para nada el tonito de la flaca esa,

que le caía mal porque se la pasaba hablando con Antonio cada vez que podía. Últimamente le había dado por entrar sin pedir permiso siquiera, como si Pilar estuviera pintada en la pared en su propia casa. Constanza era flaca, creída y rubia peliteñida. El marido era ejecutivo de una compañía de Brasil o Francia, Pilar no recuerda cuál, en todo caso nunca estaban juntos. Ella tenía un bmw y se creía Lady Di, y Pilar estaba segurísima de que andaba detrás de Antonio.

Se levantó y fue adonde estaban.

—Lárguese de mi casa, patiflaca inmunda. Usted a lo que viene es a comerse a Antonio, zorra puta —le dijo, o algo por el estilo, ya ni se acuerda.

Constanza se asustó y Antonio la acompañó hasta la portada y la despidió sin muchas cortesías. No se disculpó ni nada, piensa Pilar. Le aburría también esa visita y él a Pilar la respaldaba.

—Pero no se ponga así, lindura —le dijo cuando volvió de la portada—. Uno no se puede enojar tanto por cada tontería que los otros digan.

Pilar se quedó un rato en la mecedora del corredor, mirando los jardines, esperando a que le disminuyera la rabia, y al rato se oyó el suave pero intenso punteo de la guitarra de Antonio en la sala. Una mirla de patas anaranjadas se tragaba enteras las flores rojas de un árbol de feijoa.

Le prestó para el almacén de antigüedades. La familia de él es rica, pero sus familiares decían que se habían cansado de darle plata, pues volvía siempre a las mismas. Tacaños más bien, piensa Pilar. Antonio llevaba bastante tiempo sin tomar y vivieron unos meses muy tranquilos. Como la quería, a Pilar no le importaba ayudarle, ni a Clara le parecía mal que lo hiciera. El almacén funcionó muy bien durante casi tres meses y él ya no tuvo necesidad de pedirle plata para sus gastos personales. Antonio tenía habilidad para encontrar antigüedades muy bellas y únicas, que restauraba apenas un poco y vendía carísimas.

Como le estaba yendo tan bien, empezó a beber.

—Un whiskicito nada más, carita de luna —le decía—. Vas a ver que yo lo sé controlar.

¿Controlar? Terminó en el hospital después de una borrachera de veinte días. Al final ni siquiera tocaba la guitarra sino que se dedicaba a

tomar y a oír música en la sala, sin hablar. El carro se lo volvió un desastre. No por un choque grande sino porque le pegaba a la pared del garaje, o lo rayaba contra algún poste o algún alambrado. Parecía uno de esos carritos destartados que usan para ofrecer milhojas y merengones en las carreteras. Salía a comprar su whisky y, cuando volvía, el carro tenía otro golpe. De milagro no se mató ni lo agarró la policía. Al final de esa racha, el día antes de que lo hospitalizaran, se metió en sentido contrario en un peaje, y las púas que ponen para que los carros no pasen le reventaron las llantas. Le costó a Pilar esta vida y la otra hacerle componer tantos daños como le hizo. Su hermano José Darío le dijo que lo pusiera bonito y lo vendiera.

José Darío es el que se encarga de manejarle la plata que recibió de herencia de sus padres y también la que le llega por sus pinturas y cerámicas. A él le gusta leer novelas y poesías, y los negocios, dice Pilar. Vende los trabajos de ella en las galerías, aquí y en Europa, donde José Darío tiene su empresa, y luego le consigna. Cuando vio que estaba con Antonio no le dijo nada, pues se dio cuenta, como Clara, de que su relación era seria. Los otros hermanos a Antonio lo detestaban. Pero tan cierto era que la quería que cuando los gays le pegaron en ese salón de belleza, Antonio fue y le dio su buen puño a uno de ellos en un ojo, para que le quedara como el de ella, y el otro salió corriendo. El otro gay, no el otro ojo, dice Pilar, y sonrío. Antonio les puso una demanda y les dijo que iban a perder hasta las uñas postizas del negocio, pero entonces empezó con el whisky y no se volvió a acordar de la demanda, piensa Pilar, o no sabe si al fin la puso y perdieron las tales uñas, dice, y vuelve a sonreír.

Se la pasaba llamándola «amorcito», «lindura», «luz de mi vida», «carita de luna», cosas así. Dejó de comer bien y empezó a tocar guitarra todo el día. Casi no abría el almacén y cuando iba era para vender alguna cosa y comprar licor. Muy rara vez venían amigos a la casa, y eran siempre los de la época del colegio, amigos de toda la vida, muy decentes y bien educados, gerentes de compañías, algunos de ellos, que se preocupaban por Antonio y le aconsejaban, pero él no hacía caso. Pilar se sentaba con ellos a oírlo tocar.

Terminó otra vez en el hospital. Hernando, el hermano mayor de Pilar, que es médico, se consiguió un precio especial en un centro de rehabilitación para gente pudiente y pagó todo. A Antonio no lo podía ver ni en pintura, pero si algo le hubiera pasado en ese entonces quién sabe lo que ella hubiera hecho, llevada por el dolor, y a eso su hermano le temía.

La clínica quedaba en el campo. Algunos pacientes se alojaban, como él, en pequeñas casas independientes, distribuidas alrededor del edificio principal. Los jardines de las casitas eran todos muy parecidos entre ellos, como hechos en serie, cada uno con una buganvilia morada muy florecida y luminosa, y jardineras con poderosos helechos y agapantos. Después de mes y medio lo dieron de alta y salió gordo, dice Pilar, pues la comida era muy buena. Volvió a trabajar con juicio en el almacén y de vez en cuando se tomaba un whisky con hielo y mucha agua, pero eso era todo lo que se tomaba ese día.

Fueron con los caminantes a las cascadas del Fin del Mundo, en el Putumayo, y se comportó como el caballero que era. Bebió con moderación y cantó y tocó guitarra por las noches. La que no estuvo tan juiciosa que digamos fue ella, pues se disgustó con una de las caminantes. No recuerda bien el motivo. Le tocó llamar a Clara, que le aconsejó no hacerle caso a la mujer esa, ni mirarla siquiera. Las cascadas del Fin del Mundo también le parecieron bonitas, pero no tanto como Caño Cristales. Después fueron al Amazonas y ese ya fue el último viaje que hicieron Antonio y ella juntos.

El río le gustó, a quién no, dice, pero sintió lástima de ver en Leticia tantos plásticos y basuras en las orillas. Mientras estaban en la lancha aparecieron miles de golondrinas que formaron remolinos sobre el río, antes de que un aguacerazo les cayera a ellos encima y los emparamara. En Leticia hay nubes de motos y Antonio alquiló una y, ya borracho, se cayó y se despellejó todo y hubo que internarlo en el hospital. Volvieron a la finca y él siguió bebiendo así, vendado y moreteado. Pilar se estaba ya cansando de todo. ¡Qué cansancio! Un día Antonio le pidió plata y ella no se la quiso dar, y entonces él le pegó una cachetada y se la quitó a las malas. No la golpeó con fuerza, nada de eso, ni siquiera la insultó, pero Pilar sintió miedo. Clara le dijo que mejor se fuera de allí, que ella

se encargaba de sacar a Antonio, pues él estaba muy mal y la podía matar o algo.

Se fue a vivir a la casa que Rodrigo, otro de sus hermanos, tiene en Ráquira. Él no vive allá, sino que va a pasar fines de semana, y eso muy de vez en cuando. Es una casa antigua, a la salida del pueblo, muy bella, y Pilar estaba feliz, cocinando, trabajando en sus cosas y hablando con la gente, y contenta de no tener que bregar con Antonio. Al mes de estar allá la llamó por teléfono. Quién sabe dónde se conseguía sus números, pero siempre se los conseguía. Y cuando le empezó a decir otra vez «amorcito» y «luz de mi vida», lo más de sincero —¡sobre todo! ¡Ja!—, se dio cuenta de que Antonio le estaba haciendo falta y le dijo que se viniera para Ráquira, pero que sólo unos días. Su hermano Rodrigo la llamó apenas lo supo. Ella le aseguró que Antonio se iba a quedar solamente unos diitas, y él le dijo que estaba bien, que se podía quedar todo lo que quisiera, pero que si Pilar se sentía mal o si pasaba cualquier cosa, que lo llamara, que él venía por ella.

—¿Y él está tomando, Pili? —le preguntó.

Le dijo que ni una gota y Rodrigo dijo que cuando se tomara la primera, que inmediatamente lo llamara. Él iba a hablar con los mayordomos, dijo, para que estuvieran pendientes.

—¿Llamaste ya a Clara? —preguntó.

Pilar le dijo que sí.

—Oye, Pilar —dijo Rodrigo. Cuando él le dice «Pilar» y no «Pili» es porque está serio—: Voy a llamarla a usted cada rato, ¿me oye?, y también Clara va a estar llamándola. Manténgase pendiente siempre del teléfono.

Pedro y Milena, los mayordomos, estaban encantados con Antonio, que era un amor con ellos. Al principio todo estuvo muy bien, porque Pilar todavía no se había dado cuenta de que él estaba tomando al escondido. Se había enamorado toda otra vez, qué belleza, y no se daba cuenta de que Antonio se la pasaba masticando chicles o cardamomos para el tufo. Hasta que un día lo oyó hablando solo en el baño y se asustó. Milena sí le había dicho ya que el señor Antonio estaba raro y que ella creía que estaba tomando. Y entonces él se dio cuenta de que Pilar lo sabía y le dijo que si le veía la menor intención de dejarlo tirado otra vez

le daba una tunda de la que se iba a acordar toda la vida. Pilar no cree que él le hubiera dado la tal tunda, piensa que era por asustarla, pues no es persona de pegarles a las mujeres, pero ella se asustó, llamó a su hermano al escondido y se fue ese mismo día sin siquiera despedirse de Antonio, que se había dormido en la sala.

Pilar no supo cómo ni cuándo lo sacaron de esa casa. Con la policía, tal vez, o con los bomberos. Rodrigo y ella hablaron por teléfono al día siguiente como si nada hubiera pasado y ella no quiso preguntarle qué habían hecho con Antonio. Pilar se estaba quedando con Clara porque le daba miedo que él viniera a buscarla otra vez, y Antonio a Clara le tenía su respeto. Y no vino a buscarla, pero sí llamó como a los dos meses, muy educado y todo, y habló con Clara y no con ella. No estaba tomando, se había vuelto a internar en una clínica, quién sabe con qué plata, pero de todas formas pensaron otra vez que era mejor que Pilar cambiara de sitio. Entonces se vino para este pueblo y de aquí ya no piensa irse, pues le gusta el clima y la gente la estima y la respeta. Les da clases de pintura a los niños pobres, y de cerámica y pintura a las señoras ricas.

A ellas les cobra.

De que volviera Antonio no existía ya mucho riesgo, pues Pilar no había vuelto a saber de él desde hacía como dos años y no había querido averiguar dónde estaba ni qué hacía. No había interés de su parte. Entonces la llamó cuando menos pensaron, como si regresara del más allá, y siguió llamándola y hasta rogándole. Decía que se había curado. Estaba en el paso ocho de Alcohólicos Anónimos y había abierto un almacén de antigüedades en el centro de Bogotá. Decía que Pilar había sido la luz de su vida y que gracias a ella se había salvado. Estaba muy enamorado de ella, decía.

Vaya Pilar a saber.

Y aun suponiendo que sea cierto y esté tan enamorado, ¿ella qué puede hacer? Uno no manda en su propio corazón, dice y sonríe. Lo piensa un poco. Claro que uno nunca sabe lo que vaya a pasar con él, dice.

Con el corazón, quería decir, no con Antonio.

## MANGOS AMARGOS

### [2012]

La casa tenía techo de plancha de cemento, paredes de ladrillo sin revocar y ventanas con rejas de seguridad azules. Además de Luz Dari, vivían en ella la mamá, que era una especie de cero a la izquierda; Lucio, que había sido subteniente del ejército y ahora manejaba un taxi, y Carlos, a quien llamaban Chichí, que administraba una tomatera en las afueras de la ciudad. Los otros hijos se habían casado y vivían en otras partes.

Lucio había llegado y sin mediar palabra le había dado a Luz un bofetón.

—Maldita puta —le dijo.

Ella trató de defenderse, de pelear, abusivo, dijo, por qué me pegás, y él le respondió con un puñetazo que le hincharía mucho la mejilla.

—Andá metete a tu cuarto antes que te parta el pescuezo, maldita ramera —dijo Lucio, y Luz se fue llorando sin decir nada más, por miedo a que la matara.

Después llegó Chichí y también dijo esta maldita perra.

Luz los oyó hablar en la sala mientras la mamá lloraba en la cocina. Puso la oreja en la puerta y oyó que Lucio decía que lo mejor era que Chichí esperara en la esquina mientras él, Lucio, entraba al despacho del doctor y lo convencía de que fueran a hablar adonde pudieran quebrarlo.

—Vos no te dejás ver, pero te me quedás siempre por ahí cerquita, por si sospecha y brega a volársenos —dijo.

Luz sintió el hielo en el estómago y quiso gritar, pero prefirió callarse.

—No le peguen más. Y no la encierren, que yo no la dejo salir —dijo la mamá, pero ellos ni siquiera le contestaron y encerraron a Luz con candado en un cuarto de herramientas que había en el patio de atrás. No le pegaron más, pero sí la arrastraron y empujaron hasta el cuarto.

Pasaron las horas. La luz cambió de ángulos. La mejilla estaba muy hinchada. Luz Dari se cansó de llorar y durmió un rato en el suelo, con la cabeza apoyada en la almohada que la mamá había logrado embutir por entre los barrotes de hierro que había en la parte superior de la puerta. «Mamá, llame usted a la policía y dígales, por Dios, lo que van a hacer», le había dicho, pero la anciana, primero por el maltrato de su difunto marido, después por el de los hijos hombres y ahora por la misma ancianidad, había perdido la voluntad y era incapaz de tomar decisiones. Y menos esta, que enfurecería a los hijos y por eso le causaba tanto miedo.

Luz Dari se despertó y oyó a la lora murmurar en su travesaño del patio. Se empinó para mirarla por entre los barrotes y la vio comiéndose un mango rojo y amarillo que la mamá le había puesto en el plato. Luz Dari pensó en lo feliz que había sido con el doctor y se puso a llorar. Entonces llamó a la mamá, que seguía sentada al pie de la puerta, y le preguntó que si no habían vuelto. La mamá dijo que no, que todavía no, y Luz le dijo que por favor le avisara a la policía.

Pero esta vez no quiso insistir.

¿Para qué? A estas alturas ya habría acabado todo.

Anocheció y en el bar de la esquina empezaron a poner la horrible música.



## LUCIÉRNAGAS

### [2012]

Cuando a Jesús, que era escultor, le dieron una beca de seis meses para Florencia, Atilano y él llevaban ya dos años juntos. Le dieron la beca, ofreció una aparatosa fiesta de despedida y sin dignarse a pedir el consentimiento de nadie se fue para Italia.

Jesús era varonil, más bajo que Atilano, de cabello castaño claro y ojos color de miel. Atilano era trigueño, de estatura mediana, barba cerrada, ojos muy negros, pelo ensortijado muy negro y dientes blancos y parejos. A pesar de su evidente feminidad, a pesar de la relación con Jesús, sus hermanas negaban siempre que fuera homosexual. Lo negaban incluso con vehemencia, y sin embargo lo llamaban Niní.

—Cepillate, Niní —le decían—, que mirá que se te va a dañar toda esa dentadura tan bella que tenés.

Atilano había dejado de lavarse los dientes, por despecho, para vengarse de Jesús. Con un rictus amargo y sin mencionar para nada su nombre, respondía que no tenía a nadie para quién cuidarse la dentadura. Si la ingratitud fuera mierda ya nos habríamos ahogado todos, queridas, ¿o no?

—¡Oigan a este, lo expresivo!

La casa de Atilano y las hermanas quedaba en Queens, pero adentro se vivía en Medellín. La mesa del comedor tenía mantel de ganchillo en el centro y frutero con bananos; el Niño Jesús de Praga, en el aparador, tenía veladora y flores.

Atilano, que pintaba óleos y acuarelas de ángeles, se dio a pintarlos con furia y en abundancia. Eran morenos como él, de vello en el pecho como él, ojos grandes, cuerpo más recio que el de él, pelo ensortijado muy negro y sombra de barba. Su técnica era impecable y se vendían a buenos precios. Señoras ricas le compraban; homosexuales ricos, atraídos por el torso de los ángeles, compraban.

También se dio a beber y a los excesos.

—Eavemaría, Niní, usted sí que es. Mire las horas en que está apareciendo aquí todas las noches...

—¿Noches? ¡Las mañanas querrás decir, querida...! —corregía otra de las hermanas.

—Eso. Las mañanas. Y mire lo demacrado que se está poniendo.

Fue muy larga la espera por Jesús, muy dolorosa, y fueron muchos los excesos. Orgías de medianoche en el Central Park, entre los arbustos, en las que nadie sabía con quién ni cómo se acoplaba. Orgías de medianoche en los muelles del Hudson, en contenedores de carga vacíos y cerrados, alquilados para tal propósito, donde nadie sabía con quién o con quiénes se acoplaba ni qué cosas estaban ocurriendo, pues la oscuridad era total y los gritos y murmullos, muchos.

Se iba a cumplir el plazo de seis meses y Jesús no anunciaba su regreso.

Un día llamó por teléfono y las hermanas oyeron que la voz de Niní se ponía cortante y fría, y subía de volumen. Que se quedara lo que le diera la gana, decía Niní, que a él no le importaba. «¿Cómo? Ah, no, eso sí es cosa suya. Si le da la bendita gana de quedarse un año más, ¿qué puedo hacer yo, a ver? ¿Cómo? Ah, no, eso sí no. El que espera desespera, querido. ¿Qué? Y a mí qué me importa. ¿Obra? ¿Obra?», preguntó, sardónico. «Obra todos tenemos, ¿o no? Si te vas a quedar quedate pero no me vengás con obras ni qué ocho cuartos. No. No. ¿Cómo? No. Ah, bueno. Listo. Listo. Listo. ¿Sabés qué, Jesús? Te voy a colgar. No. No. No. Olvidate. No», dijo, colgó, se puso a llorar y las hermanas le trajeron una infusión aromática para que se calmara.

Si hasta ese momento Atilano había llevado una vida disipada, la que empezó a llevar después del anuncio de Jesús, en opinión de las hermanas, ya no tenía nombre. Cuando alguno de los muchos primos que las visitaban preguntaba si algo le pasaba a Atilano, que estaba tan cambiado, ellas no podían decir la verdad, pues les tocaría mencionar a Jesús y sentían terror de que se supiera que Niní era homosexual.

—Es que trabaja mucho —decían.

Para olvidar a Jesús, Atilano se dio a andar con delincuentes y drogadictos, y a veces llegaba golpeado a la casa y con la ropa rasgada. Y

como las hermanas no podían evitar darle sermones, decidió alquilar un apartamento, y sólo aparecía en la casa cuando ya estaba sobrio y bañado y se había curado las heridas y arañazos.

Cuando sonreía, aparecía ahora un brillo malsano, un destello de algas.

Las hermanas rogaban por el pronto regreso de Jesús y le encendían veladoras al Niño Jesús de Praga. Una noche tres adolescentes arrastraron a Atilano hasta una banca en el entablado de una playa solitaria de Nueva Jersey, le tumbaron dos dientes con un palo y le quebraron un brazo con un ladrillo. Fue el primer ensayo general de la que, poco después, sería su muerte verdadera. Lo salvó aquella vez una radiopatrulla providencial que llegó con las luces apagadas, haciendo murmurar con su peso el entablado. Uno de los adolescentes dijo a la policía que había sido culpa del mismo Atilano, pues había intentado seducirlos, y que además le olía muy mal la boca.

Aunque se mantenía tan bien vestido y elegante como siempre, cada vez estaba más decrepito y lleno de enfermedades, la mayoría reales, algunas imaginarias. Dejó de pintar. Las hermanas, que hasta entonces habían sido creyentes, pero no rezanderas, entonaban ahora rosarios por él, ofrecían misas. Cuando al año Jesús por fin llamó a decir que regresaba, en sus corazones apareció una luz de tranquilidad, una felicidad igual en intensidad a lo que habían sufrido.

—¡Es Jesús, Jesús, Jesús, de Italia, que quiere hablar con vos! —gritó una de ellas, y Atilano se contrajo como por una bofetada.

—¿Jesús? ¿Cuál Jesús? ¡Oigan a esta! Yo no conozco a ningún Jesús.

—¿Pues cuál va a ser, Niní, a ver, decime? Pasá ya, dejate de remilgos ¿sí?

—¡Atilano! —dijo, severa, otra de las hermanas.

—Ah, no —dijo él—. Yo no. ¿Por qué yo? Si querés hablá vos con él. Yo no tengo nada que decirle a ese hombre.

Al fin pasó al teléfono y se hizo rogar, lloró, se hizo rogar un poco más y volvió a llorar.

—Le va a valer una millonada la llamada al pobre Jesús —dijeron las hermanas.

«Ajá, ajá», decía Atilano, «ajá. No. ¡Ay, ni sé, ni sé!», decía, y otra vez se ponía a llorar. «Sí, sí, sí. Bueno, pues. ¿Cuándo? ¿Me promete que...? Bueno, pues. Bueno, pues. ¡Pero ya sabe...!», advirtió. Y dijo sí, sí, sí muchas veces, y por último empezó a reírse y a llorar. «¡Ay, usted siempre es que va a acabar conmigo!», dijo.

Al sentir que el regreso de Jesús se hacía verosímil, el paso del tiempo se hizo para Atilano menos accidentado y pedregoso. Empezó a trasnochar menos, a ser menos promiscuo y a lavarse otra vez los dientes. Visitó al odontólogo, a pesar del terror que le tenía, y se sometió a una limpieza profunda. Le implantaron los dientes que le habían tumbado —y que le tumbarían por segunda y última vez después de que definitivamente faltara Jesús— y le hicieron varios empastes. Le salió mucha basura de la boca. Los ganchos metálicos rasgaron la carne y escupió sarro por montones entre inundaciones de sangre.

Las hermanas se alegraron de verle otra vez la luz en la sonrisa.

—Quedaste de quince, Niní.

—«Donde el río se queda y la luna se va, donde nadie ha llegado ni puede llegar, donde juegan conmigo los besos en flor, tengo un nido de plumas y un canto de amor» —respondió cantando Atilano con su voz ronca.

Aquello fue a principios de la primavera del año 88, que llegó fría y muy lluviosa. Jesús sólo volvería de Florencia a finales de junio, pero tanto anticipaba Atilano el regreso a la felicidad, que habló incluso con la dueña de la finca que los dos habían ya alquilado un par de veces en años anteriores para la semana del 4 de julio en Susquehanna, Pensilvania, en una región de lecherías y maizales.

La finca tenía riachuelo con puente, estanque con carpas y bosque de alisos en cuyo piso nacían helechos de los que parecía brotar la luz. De día estaba llena de flores; de noche, de luciérnagas.

Pero Jesús no alcanzaría a pasar otra vez por los maizales, ni a contemplar con sus varoniles ojos color de miel las flores ni las carpas, ni a admirarse del verdor de los helechos ni de la aparición de las luciérnagas. En la ventana del avión de regreso el sol de la tarde dibujó en el horizonte una línea anaranjada que se fue poniendo roja oscura y recordaba las llamas de Bouguereau en el cuadro de *Dante y Virgilio en*

*el infierno*. Jesús pensó en lo mucho que Atilano admiraba al pintor y lo mucho que se parecían sus figuras a las del francés. Fue lo último que vio y pensó de manera serena. Sonó, tranquilizadora, la voz del capitán. Las auxiliares de vuelo, pálidas, dieron indicaciones con voz ahogada, trataron en vano de hacerse oír en medio de los gritos. Vértigo, horror, vértigo, horror, y al final un silencio tan hondo y definitivo como el que existe en el interior de las piedras.

Amalia encendió la televisión mientras Atilano cantaba y se arreglaba en el baño para ir al aeropuerto. Las consternadas hermanas convocaron a una reunión de emergencia, y sin mucho debate decidieron que Maritza, que era la más fuerte, se lo dijera.

Y ella se lo dijo. Y se lo dijo a su manera, esto es, con infinita compasión, pero sin demasiados preámbulos.

Después de algunos sollozos, Atilano se quedó en total silencio durante las primeras horas, pues se decía que podría haber sobrevivientes. Luego, en la turbulencia que seguiría a la confirmación de la muerte, sus gritos llenaron el comedor, la sala, los cuartos, los rincones, y alcanzaron a salir como búhos por puertas y ventanas.

Entonces se quedó mudo de nuevo, y esta vez por mucho tiempo.

En la sucesión de días oscuros en que, a partir de allí y hasta el final, se convirtió su vida, Atilano olvidó, por supuesto, que alguna vez habían alquilado la casa en Pensilvania.

Pero allá estaba la casa, y el 4 de julio llegó puntual, como ha llegado siempre.

A eso de las tres de la tarde, en el prado, frente a los vidrios de la sala, caminó un castor, que se levantó sobre las patas traseras, miró desde lo alto de su cuerpo y se internó de nuevo, sin prisa, entre los árboles.

Llegó también puntual el atardecer y empezaron a sonar los fuegos artificiales en Susquehanna y otros pueblos.

Aunque ya no estaban ellos dos en este mundo, nada faltaba.

Se encendieron una a una las luciérnagas y comenzaron a llenar de luces el prado, los arbustos, el cielo, la arboleda.

# LA ORQUESTA Y LA MONTAÑA

## [2019]

### *uno*

Consuelo y yo empezamos primaria juntas en el Marymount, juntas nos graduamos de bachillerato y juntas entramos al conservatorio. A veces nos queremos, a veces nos odiamos, y así ha sido desde siempre. Consuelo no duró en el conservatorio. Logró entrar por lo bonita, tal vez, pues en esa época todavía no se había engordado ni encorvado, como les pasa en la madurez a algunas personas demasiado altas. Era delgada y espigada. A mujeres de su belleza se les abrían hasta las puertas de los conservatorios. Habría podido ser reina de belleza si no hubiera sido por su obsesión con la música. La rebosaba la pasión y también la falta de talento. Amor sincero no correspondido. Y como además le faltaba oído, los profesores, desesperados, terminaron por olvidarse de su belleza y le hicieron la vida imposible. Recuerdo el chiste cruel aquel del niño que nació con una oreja grande en vez de cabeza. «Hijo mío, hijo mío», dijo la mamá cuando se lo llevaron, y la enfermera le dijo: «No le grite señora, que es sordo».

Yo tengo buena técnica, soy persistente a morir y soy caradura. Y no toco mal, sorda no soy. Me gusta mi trabajo de directora-administradora y me tengo confiancita, aunque se me vayan las luces de vez en cuando, como con el concierto este para los campesinos que me propuso Consuelo e iba empezando y terminando en desastre. Mi orquesta tiene dos violines, dos violas, un violonchelo y un contrabajo. Ni clave ni piano, menos mal. ¿Se imaginan la subida de un piano por ese empedrado y por el pantanero? ¡Si me enredé toda con mi viola! De nosotros los de la orquesta, el único que tiene talento de verdad, sin ser Paganini, es Julián, uno de los dos violinistas. Es buenmozo, además. El otro no tiene arrimadero. A la viola no la cuento, y no porque haya pasado a mejor vida, cosa que hizo la noche misma del concierto, sino

porque la clase de talento que ella tenía era peor que no tenerlo. El chelista se llama Arturo Sandoval, como el trompetista cubano, y es muy alto y flaco, de brazos largos, manos grandes y cabeza chiquita, y más o menos dotado. Menos que más. Y el contrabajista vive más pendiente de su colección de estampillas que del instrumento, que para él es su cruz.

Aparte del violinista bueno los demás flaqueamos todos, unos por un lado, otros por otro, pero lo que interpretamos es siempre sublime: Bach, Dvořák, Liszt, Mozart, Villa-Lobos y todos los demás de esa talla, a veces en adaptaciones para orquesta de cuerdas. Schubert, claro. *La muerte y la doncella* me pone a tragar como un pavo, así sea en interpretaciones medianas. Me conmueve la especie de angustioso galope del último movimiento. ¿Cómo se puede ser fúnebre y triunfal al mismo tiempo? A ellos, a los compositores grandes, las interpretaciones medio patojas no les hacen mella, y cuando son buenas se ponen más sublimes y más terribles todavía.

Consuelito se dedicó a cuidar la naturaleza y tal vez eso la ha salvado de llevar una vida amarga. Su historial sentimental es malo, como el de todo el mundo. Tres maridos, tres separaciones difíciles. Tal vez sea que las relaciones amorosas por su propia naturaleza siempre acaban mal. Algo parecido pasa con las mascotas, que terminan apachurradas por camiones, si son perros, o en las mandíbulas de perros horrorosos, en el caso de los loros. Y así y todo no vamos a dejar de nacer, ¿cierto?, ni tampoco de enamorarnos ni de darle a nuestro perro el nombre de Ventarrón o Campeador con mucho orgullo, así sepamos que va a tener un mal final. Loreta se llamaba una lorita verde de cabeza amarilla, muy habladora y contenta, que me mató un perro de esos de mandíbulas pavorosas. ¡Tanto que la quise! Le gustaba decir «¡ah, no, doña Ligia, ah, no!», haciéndose la enojada, y se erizaba de placer cuando uno le rascaba la cabeza. Le abría las alas a la lluvia y gritaba y silbaba. Gozaba con su vida, gozaba con el mundo. Qué pesar.

**dos**

Doña Consuelo le dijo a Misael:

—Misael, necesito que por favor vaya en su camioncito y me reparta estas tarjetas por todas las veredas.

Lo nombró, medio en chiste medio en serio, administrador del asunto del concierto en la montaña, y él hizo lo que pudo, como siempre. Se esfuerza demasiado, doña Consuelo, pensaba. Las tarjetas traían la imagen de un colibrí muy bien dibujado por ella misma, pero demasiado clarito, y casi no se veía. Algo habían hecho mal en la imprenta, pues en el original el colibrí, que sobrevolaba una flor roja de platanillo, estaba muy nítido, y también la flor. Le preocupaba a Misael que lo de ella nunca resultara del todo bien, a pesar de que trabajara y bregara tanto. Le daba lástima, la verdad. La estimaba bastante.

Misael transportaba follaje y flores. Tenía un camioncito Ford muy cumplidor y también una de esas busetas chinas casi desechables que habían empezado a llegar demasiado baratas y por montones. Había estudiado mecánica, era mecánico diplomado, le hacía buen mantenimiento y le había durado. De vez en cuando se la veía toda desbaratada frente a su casa, como si no fuera a rodar nunca jamás, pero Misael volvía a armarla, y rodar, rodaba. Se la manejaba entonces el Loco Peláez, que era incumplido, les cobraba demasiado a los clientes y manejaba mal, pero era buen amigo. Misael había pensado hasta entonces que era buen amigo. Por los días del concierto, la buseta estaba funcionando y Misael dividió en dos el gran arrume de volantes y le dio la mitad a Peláez. Después supo que había repartido unos pocos y los demás los había echado a la basura. Dijo que él no le iba a trabajar gratis a nadie. Misael se disgustó y, de ser el Loco menos gallina, quién sabe qué habría sucedido.

Por un motivo u otro Misael se la pasó echando chispas todo ese día. «No vuelvo a trabajar con usted, hijueputa», le dijo a Peláez, que lo miró con asombro. Misael no era aficionado a las malas palabras y en su opinión la gente que hijeputaba en todas partes y a toda hora era siempre porque sentía miedo de algo o de alguien y estaba disimulando. Misael había repartido hasta el último volante, así supiera que ni uno solo iba a servir para nada. «¿Y esto qué es, Misael?», le preguntaban, y cuando les decía lo que era, sabía que estaban pensando que a doña Consuelo le faltaba uno que otro tornillo, pero se cuidaban de hacer



comentarios. Se miraban entre ellos y algunos decían que iban a ir si les quedaba tiempo. Nunca llegaron.

—Este Loco marica es buen amigo, pero nada más a la hora de los tragos —le dijo a Mónica. Estaba todavía enojado por los volantes—. Que sea chistoso y simpático no hace a Peláez buena gente, en eso estabas en lo cierto, como dice el profesor Jirafales.

—¡Pero si usted nunca toma trago! —dijo Mónica, casi reprochándoselo, y en eso también estaba en lo cierto. Lo de Misael era el trabajo y la familia, y no le gustaba andar bobeando por ahí con trasnochos y borracheras. Además el aguardiente le afectaba la gastritis.

Habló con doña Ligia, la directora de la orquesta, que le cayó muy bien. Quedaron en que el bus de un amigo suyo los recogería en el pueblo y los subiría hasta la finca de doña Consuelo, que en la región se conocía como La Fundación. El nombre completo era Fundación Colibríes. La fundación buscaba que los campesinos levantaran sus cosechas de manera beneficiosa para el planeta. Los campesinos, al principio bastante interesados, se dieron cuenta muy pronto de que todo aquello salía mucho más caro que abonos químicos e insecticidas como el Apache, que acababan con las plagas y de paso con las mariposas y los cocuyos, pero les dejaban ganancias. Y no volvieron a las reuniones, a no ser tres o cuatro fulanos que aparecían porque ella les caía bien, pensaba Misael, o porque les brindaba té o vino y postres raros, copas de helado, y los tales dátiles, unas fruticas medio azucaradas que, según le dijo doña Consuelo, venían de las palmas del desierto. También unos pancitos envueltos, muy suaves, que traían almendras, pero él no recuerda el nombre. Sonaba como a *creolines*, pero no es *creolines*. Muy buenos, pensaba. Para resumir, postres de los que compran los ricos, vinos de ricos y té importados, Misael no sabe de dónde.

Mejor dicho por lambones, por sapos era que llegaban, pero él no quería desengañarla más y no le decía nada.

### ***tres***

Nos recogió frente a la Casa de la Cultura, donde tengo mi pequeña oficina de directora-administradora, la buseta más cuidada y «engallada»

que uno imaginarse pueda. Le brillaban los cromos y los espejos por todas partes bajo ese solazo que desgraciadamente no iba a durar. Misael me había advertido que había contratado otro bus, no el del amigo suyo, que estaba en los Llanos Orientales subiendo para Bogotá un cargamento de plátanos hartones —los que son buenos para patacón y que en los Llanos se dan muy bien—, y él no conocía mucho al señor que había conseguido para subirnos. Misael habría preferido que nos transportara su amigo, me dijo, pues con él nunca había tenido problemas. Lo conocía bien. Si se comprometía a llevarnos a la finca de Consuelo, allá llegaríamos, así le tocara subir cada músico al hombro.

Lástima, porque con el otro nos iría peor que pésimo.

—¿Un bus que sube un cargamento de plátanos? —le dije.

—Sí, señor, perdón, señora. Uno se tiene que defender lo mejor que pueda. Cuando hay gente, el hombre mueve gente, cuando hay plátanos, plátanos. Deja la silletería en el garaje y es mucho el plátano que le cabe en ese bus.

Casi tanto como la música, casi tanto como mi trabajo de directora-administradora, me gusta la cocina, y más que todas las anteriores, me gusta tirar, pero en eso mejor no ponerse a pensar ahora, porque me distraigo. Prefiero los patacones clásicos, los que se fríen unos minutos como tronco, se apachurran, se ponen unos segundos en agua con sal y unas gotas de limón y al final se fríen de verdad. Detesto la invención del patacón de plátano completo, apachurrado quién sabe cómo, y que termina con la forma, el tamaño y hasta la consistencia de una suela de zapato.

Lo primero que dijo el dueño de la buseta, que era también su chofer, fue que si íbamos a vomitar le pidiéramos con tiempo la bolsa, pues él no estaba en ánimo de limpiar las porquerías de nadie. Habíamos caído en las manos bastante agrias de un señor todo gordo y grande. Y fue tanta la sorpresa que me demoré en reaccionar. Las dos violas íbamos de vestido negro largo descotado. La otra era bastante joven, tenía los senos todavía levantados, iba sin sostén y traía un collarcito con perlas de imitación que parecían auténticas o que tal vez eran auténticas, pero tan cultivadas que parecían de imitación. Todos veníamos elegantísimos, y en eso insisto siempre: al público, sea el que sea, hay que respetarlo por igual. El

chelista flaco de cabeza chiquita y el violinista bonito venían de paño y corbatín, y también el feo, pero a ese de nada le servía. ¡Cómo así que vomitar!, le dije al chofer. ¿En un viaje de media hora? Límitese a respirar y a conducir, le dije, y él, o quedó desconcertado con la palabra conducir o se dio cuenta de que si se metía en una pelea conmigo podría terminar muy arañado y hasta sin ojos. Se quedó callado, por cobarde, pero se le veía que estaba furioso.

Lo de la otra viola seguramente tuvo que ver con las peripecias de ese día. El estrés. Mentiría si dijera que me caía bien. Además del collarcito de perlas traía unas sandalias inspiradas en la Grecia antigua, la muy boba, y yo no lograba entender la razón de que todo lo de ella me molestara tanto... O tal vez sí entendía. ¿Cómo podía tocar algunas piezas tan bien y otras tan mal? ¿Y cómo podía ser que tocara mal y le importara un comino? Cuando aquello pasaba me provocaba acabarla, pero eso no quiere decir que cuando interpretaba sus piezas favoritas me provocara abrazarla, tampoco. También me provocaba matarla, pues quién se creía ella para decidir sobre esas cosas. El *Don Juan* de Gluck le encantaba, lo mismo que a mí. En cambio *El cisne*, semejante preciosura, lo echaba a perder sin misericordia. En venganza yo fingía no haber logrado aprenderme su nombre, y unas veces le decía Valentina, otras Valeria, otras Verónica. Era Valentina. Y no quise ir a su entierro porque a lo que más desprecio le tengo en este mundo es a la hipocresía.

### **cuatro**

Misael llamó varias veces al dueño de la buseta que subía con la orquesta, pero al parecer no le dio la gana de contestar. Misael era tranquilo y las raras veces que perdía la calma le costaba trabajo volverse a serenar. Ya tenía cargado el camión y solamente estaba esperando hablar con el chofer de la buseta de la orquesta para salir con las cincuenta cajas de nardos y las cien de helechos con destino a una compañía buquetera de la sabana, que los exportaba en sus arreglos florales a Suiza y Alemania.

El buqué que Misael le llevaba a Mónica, su mujer, en el día del amor y la amistad era de los más grandes y lujosos en la categoría de ramos

nacionales. Las mejores flores y los helechos perfectos les llegaban, sin embargo, a las novias y esposas alemanas o suizas, mientras Mónica se debía conformar año tras año con ramos en los que conocedores como Misael alcanzaban a ver los problemas que los habían dejado por fuera de la exportación. Los europeos son muy exigentes y quieren lo más perfecto para sus esposas y novias, decía Misael. Pagan en euros contantes y sonantes, y aquí nos tenemos que resignar con lo que sobra.

El chofer de la buseta seguía, pues, sin responderle, y a Misael la rabia le fue aumentando, tanto que si en ese momento el hombre hubiera aparecido, algo serio podría haber pasado. Otra cosa muy distinta si hubiera contestado el celular, como era la elemental obligación profesional en su calidad de transportista, pensaba Misael, y hubiera tratado de disculparse, reconociendo su falta de respeto.

### ***cinco***

El chofer no me volvió a decir nada, ni a mí ni a nadie, pero maldecía entre dientes y a cada rato miraba hacia arriba por la ventanilla y también por el parabrisas con un gesto bastante teatral y elocuente. «Se nos va a venir un aguacero ni el hijueputa», parecía decir, y habría tenido razón, pero ya él a mí no me iba a dirigir la palabra y ni siquiera iba a volver a mirarme, por miedo de que lo apachurrara.

Entonces Valentina se puso a cantar como una alondra. No quiero decir que tenía buena voz, no *deseo* decirlo, pero la tenía. Muy suave, muy por el estilo de la soprano Kiri Te Kanawa, claro que sin el enorme talento de Kiri. Y de todo el repertorio tenía que escoger para cantar precisamente a Villa-Lobos y, de todo lo de él, una de las Bachianas brasileiras que tanto me han gustado siempre. Es decir, síntomas no se le vieron, y menos mal, porque lo único que nos habría faltado ese día horrible hubiera sido quedar con una difunta entre las manos. Yo ni siquiera sabía que cantaba, la infeliz. Toda sarcástica y falsa, estuve a punto de pedir una bolsa, pero se me adelantó el violinista feo, quien con toda sinceridad y con la voz ya estrangulada por el vómito pidió una bolsa.

Nunca me imaginé que de todos nosotros fuera el que se mareara y vomitara con mayor facilidad. Uno cree que porque carecen de gracia y son completamente faltos de armonía física, aguantan más. Qué va. Hay personas, sean atractivas o feas, que se ponen verdes desde que el chofer prende el carro e incluso desde que se sienta frente al timón. La verdad es que yo de feos no sé demasiado. Con ellos me pasa lo mismo que con los papas o con los santos, y es que no logro interesarme en sus personas ni en sus historias ni en sus historiales ni en sus prontuarios ni en su tipo de sangre. No logro retener la información. No logro oírla siquiera. Claro que esto no es para repetírselo a todo el mundo, pues me van a llamar fascista y con sobrada razón. Esas cosas no se dicen.

¡En mi vida había visto yo un cielo tan negro! El vómito del violinista feo olía a leche, y eso tampoco deseaba decirlo. El bus quedó pasado a olor a leche agria, como si se hubiera vomitado un ternero. A mí me critican mucho por las cosas que digo. «Ah, es que usted no tiene filtro», dicen y yo contesto que si acaso me vieron cara de motor de carro. Hay gente que se ríe y otra que se asusta de las cosas de las que soy capaz. Y eso precisamente es lo que ha mantenido la cohesión de la orquesta. Unos me obedecen por terror y otros porque se divierten. Me da lo mismo, el todo es que este asunto funcione.

El violinista no salpicó su vestido de paño ni su corbatincito de moño ni el vestido largo de nadie. Era feo, pero muy cuidadoso. Ahora se trataba de que cerrara urgentemente la bolsa, cosa que finalmente hizo con gesto de cadáver y sin la suficiente diligencia, a mi modo de ver. El olor, claro, se demoró todavía en irse del todo, pero ya no había manera de abrir las ventanillas porque un costado de la buseta pareció recibir en sus latas la descarga de una ametralladora.

Granizo.

Toda la vida me ha gustado el granizo, por lo alegre. Ese día me gustó menos, cómo me iba a gustar con todo lo que nos estaba pasando. No se necesitaban profetas para darse cuenta de lo que se venía. Si uno juntaba semejante aguacero a semejante montaña, a semejante chofer y a Consuelo empezaba a pisar terreno muy poco firme. Lo único bueno fue Misael. Él, bonito, bonito, no es. De cuerpo quiero decir, sin ser horroroso tampoco, pero de alma es bello, y mucho, y si no fuera porque

estaba toda enredada con la puta orquesta y porque no quería descarrilarlo demasiado, a una persona toda tranquila y contenta con su hijo y con su matrimonio, a la cama lo habría llevado. Me gustaba el cariño que le había tomado a Consuelo. Puede que ella sea intensa y lo que se quiera, pero es un alma generosa, digna de amor, así me exaspere muy de vez en cuando.

—Nos quedamos —dijo el chofer.

Desde que le había dicho lo de conducir no había abierto la boca para nada.

### ***seis***

El camión seguía cargado con los helechos y los nardos, y Misael no se atrevía a llevarlos a la buquetera, por lo que pudiera pasar con la orquesta. ¿Dónde andará esta gente? Por estar distraído con el modo de hablar de doña Ligia se había olvidado de pedirle el número de celular y de darle el suyo, así que el único modo de comunicarse con el bus era a través del chofer. Pasó la granizada, pero siguió lloviendo a tarros y los granizos se disolvieron como azúcar en los charcos.

A Misael lluvia o sol le daban casi lo mismo. Era capaz de salir a la pavimentada como fuera. Sabía manejar en los barriales. Le gustaba. Era aficionado a las cuestas faldudas y embarradas, y cuando aparecía alguna se bajaba del camioncito y sopesaba la situación. Subía la loma y la estudiaba. La bajaba y seguía estudiándola, así estuviera ya todo embarrado y emparamado. Buscaba las cosas que necesitaba. Dos o tres hojas secas de palma no dejaban que las llantas patinaran en algún tramo de la loma demasiado mojado y blandito. También buscaba piedras grandes, a veces en forma de cuña y a veces redondas, que ponía en ciertos puntos de las lomas y de las que las llantas se agarraban en los momentos complicados. Cuando tenía su loma como la quería, se subía al camión, reversaba para agarrar impulso, si había cómo, y lo lanzaba a toda marcha. Si no había espacio lo lanzaba sin reversar. Las piedras casi siempre se desencajaban y rodaban loma abajo, pero el camión quedaba firme arriba de ese tramo. Al final, cuando también las hojas de palma habían respondido bien y ya estaban casi arriba, hundía el acelerador

hasta el piso, coleaban, y arriba quedaban Misael, el camioncito, los helechos y las flores que hubieran estado llevando ese día.

Llegó al sitio donde estaba la buseta toda atascada, pero ya no había nadie, ni siquiera el chofer, que apareció después de unos minutos subiéndose los pantalones y con un rollo de papel higiénico en la mano. Por fin había escampado, pero el cielo seguía toldado. Misael se había demorado en encontrar la buseta. Había preguntado por un lado y por el otro, ya muy empalagado con el olor a nardo que se venía de atrás cuando paraban, y todo el mundo le dijo que buseta no habían visto, ni engallada ni sin engallar, pero sí una gente toda mojada que subía por el camino de piedra con bultos negros y grandes al hombro. Unas señoras.

### *siete*

Yo no entiendo los caminos de piedra. Este fue construido hace más de trescientos años para facilitar el paso de la humanidad, alejándola de las matas y del barro. ¿Qué otra cosa es un camino si no es eso? No. Este famoso camino real colonial de piedra no nos facilitó nada. La subida era bastante pronunciada y al empezar a caminar me di cuenta de que no podía pisar las piedras o me resbalaba y caía encima de ellas con todo y viola. Mejor que hubiera sido barro, como en la loma donde se quedó atascada la buseta, y así por lo menos no se golpeaba uno tan duro. A estas dichas piedras las recorría el agua en una capita delgada como papel celofán «¡Pise en las juntas, Abel!», le grité al contrabajista, que se acababa de resbalar con el estuche encima parecido a una cucaracha. Pobre. Es bueno con su instrumento, pero a duras penas. Lo que a él le gusta es la filatelia, y a mí misma me sorprendió que una persona normal alcanzara a reunir tal acopio de sellitos. Un día me mostró su colección, como si yo pudiera interesarme. Pobre. Estamos hablando de arriba de doscientas mil estampillitas de esas. El contrabajo le tenía sin cuidado e incluso me atrevería a decir que era su maldición, cosa muy clara y gráfica ahora que por no hacerme caso se había vuelto a resbalar con el estuche del contrabajo encima. Tocaba en nuestra orquesta por ser del pueblo y estar muy vinculado a la Casa de la Cultura, pero era miembro de la Orquesta Sinfónica Departamental y tenía un sueldo, nada

despreciable, de cuatro salarios mínimos. Esa era su maldición. Le había correspondido tocar el contrabajo en la vida, le gustara o no. Yo también tenía mi sueldo en calidad de directora de la orquesta y de eso y de lo que me dejaron mis papás vivía, mientras que los demás ganaban por presentación, que era de cero pesos en el caso del concierto de Consuelo, a pesar de la emparamada y los golpes y los resbalones.

Un seno pequeño y nada feo se le salió del escote a Valentina, que lo volvió a acomodar. Estaba llorando. Le dije que pisara en las junturas entre las piedras, como si fuera un consejo válido también para la salida de senos acompañada de tristeza. Le dije que se estuviera tranquila, que en menos de cinco minutos llegábamos. Entonces empezó a llover, esta vez en forma de una lluvia fina, que no emparamaba, pues ya todo el mundo estaba emparamado, pero molestaba.

## ***ocho***

Misael sabía que doña Ligia terminaría por llegar con su orquesta a la fundación. Mujeres como ella no había muchas. Misael estrujó un poco al chofer del bus, sin pegarle, para que aprendiera. Misael era más bien bajito, pero si había que estrujar a alguno, se le estrujaba, como en el caso de este señor, que era dos veces de su tamaño, y a duras penas opuso la resistencia de la inercia. No fue un estrujón largo y Misael no decía nada mientras lo empujaba, como si fueran amigos jugando brusco, pero se alegró cuando lo vio sentado y también callado en un charco que parecía café con leche.

Empezó a recorrer en su camión saturado a nardos las escuelas y los colegios, para convencer a las directoras de que dejaran ir a los niños al concierto. Sabía que ningún campesino asistiría, aparte de los lambones de siempre, y menos en semejante clima. Se necesitaba cuanto antes un público, la urgencia lo puso elocuente y las convenció a casi todas. A Misael se lo estimaba en aquellas montañas. Durante sus años de taxista nunca se negó a llevar a nadie, sin importar el clima ni lo lejano y empinado del lugar de destino. Si alguien sufría un ataque agudo de asma o una apoplejía a las tres de la mañana, Misael se ponía los bluyines sobre la piyama, para no perder valiosos segundos, iba adonde estuviera



el enfermo, no importaba lo lejos ni a lo trasmano, y lo llevaba al hospital de la cabecera municipal. A algunos les salvó la vida, ni más ni menos, pues a esa hora los otros taxistas ni siquiera tenían encendido el celular. Y entregaba paquetes, comida, medicamentos, cartas, sin cobrar casi nunca por el servicio. Misael era y se consideraba —orgullosamente, como dicen— un servidor público.

—Niños, atención niños —dijeron las profesoras—. Ahora, con mucho orden, vamos a asistir a un evento cultural que les va a gustar. Esperemos que se porten bien y sepan valorar lo que estamos brindándoles en el día de hoy.

—¡Yeeeeii! —gritaban los niños, contentos por escapar de las matemáticas y la geografía, y empezaban a subir en filas como de hormigas rumbo a la fundación, debajo de paraguas y ponchos de muchos colores, mientras las maestras conversaban entre ellas y vigilaban que los niños avanzaran en orden y no se molestaran mucho los unos a los otros.

Paró de llover. Apareció un arcoíris doble, mejor dicho dos arcoíris grandes, uno encima del otro. Parecían pintados con lápices de colores por los niños que caminaban por todas las lomas, y era como si se fueran a quedar los dos ahí ya del todo, esculturas descomunales hechas por ellos en colaboración con Dios, y como si cada arcoíris tuviera una pata muy bien puesta allí y la otra por allá, en el valle del Magdalena.

## ***nueve***

Salió el sol en pleno. De las casas a los dos lados del camino de piedra nos invitaban a entrar y descansarnos. «Miren lo emparamadas que vienen. Y ellos también. Y cargando esos... bultos. ¿Y ustedes qué es lo que llevan ahí, doñas? Y miren ellos». Pero yo iba vigilando todo para que mis músicos subieran en conjunto, acoplados, a buen ritmo, y no se fueran a quedar tomándose las aguadepanelas calientes que les ofrecían en las casas. Yo misma me vi al borde de flaquear de sólo imaginármelas casi hirviendo, con canela y un chorro no muy chiquito de aguardiente, pero había que llegar cuanto antes, pues yo quería empezar a la hora

exacta del inicio oficial de la programación. A mí los incumplimientos me crisan, así que ninguno se atrevió a abrir la boca y protestar.

Llegamos hechas unos mamarrachos, pero llegamos. Teníamos menos de diez minutos para salir al escenario, de modo que tuve que estar un poco brusca con Consuelo, que parecía no querer parar de abrazarme. Se le veía también cierta sonrisita boba, por mi facha, seguramente, que me molestó, pero la verdad yo no la culparía. Nada hay más horripilante que el maquillaje todo corrido por el agua, y más en mi caso, que lo aplico grueso y con ganas, sobre todo para realzar los ojos. Es el que uso en los conciertos, no en la vida civil, y aquel día me lo puse antes de salir, calculando que podríamos estar llegando apenas a tiempo, dada la cantidad de complicaciones que habían comenzado a aparecer desde el principio.

Yo soy tan capaz de llorar como cualquiera y eso fue lo que hice apenas me vi en el espejo. Un mamarracho pálido. Me lavé rápido y solamente quedó la mucha palidez y el bonito negro intenso de mis ojos. Eso y mi sonrisa maternal, pero sensual, es lo que me ha valido tanta conquista entre los velludos del sexo opuesto. A mí me critican algunas amigas porque me gustan peludos como orangutanes, y yo les digo: imagínense el horror que sería un mico sin pelo y se harán una idea de lo que es un hombre lampiño. Tengo mucho de árabe y soy velluda, pero he aprendido a controlar esa riqueza y, lo que es en el pubis, solamente me dejé un triangulito y una línea de vellos que me llega al ombligo. De resto nada. Y en las cejas, que son gruesas y se me juntan, no me he hecho nunca nada, pues me gustan así, a mí y a los hombres que me gustan, y realzan también mis ojos. Y aquí hay que decirlo: con el aspecto que traía cuando llegué a la Fundación de los Putos Colibríes ningún hombre, peludo o sin pelos, habría querido tener nada conmigo.

## ***diez***

Misael se admiró de los arreglos que doña Consuelo había hecho para recibir a la orquesta y acomodar a la gente. En una parte de la finca de topografía como pensada para eso había cuatro filas de bancas o graderías en la misma montaña y, abajo, el redondel de piedra donde iban

a tocar los músicos. Aquella es una región de piedras grandes, y la gente las parte con pólvora para sacar lajas, que venden a dos, tres mil pesos la unidad. Algunos las sacan con barras de hierro, pero ese es trabajo pesado y hay que saber o la persona se desgasta muy rápido, pensaba Misael. Con la pólvora el trabajo rinde mucho más, obviamente, pero también es más delicado, por la maña que tiene de reventar cuando le da la gana y volarles los brazos o dejar ciegos o tuertos a los operarios.

Cuando doña Consuelo compró la finca para la fundación había encontrado un arrume grande de esas lajas, arriba de mil, que no quería vender porque le gustaban, pero no sabía qué hacer con ellas. Además de las del redondel, encima de las bancas de las graderías doña Consuelo había hecho poner lajas, para asiento y espaldar, y ahora las usaba como escenario para música al aire libre, o teatro, títeres, lo que fuera. Cómodas no eran, pero sí muy bonitas por lo bien puestas y Misael lo encontró medio parecido a los teatros esos antiguos que había visto desenterrar en National Geographic.

Lleno total, y de niños casi todo. Parecían cotorras. Su hijo le hizo señas desde una de las graderías altas y Misael le contestó también por señas, como diciéndole: «¿Qué, güevoncito? ¿Qué pasa, a ver?». El niño sonrió y ahí mismo se olvidó de él para seguir conversando con los amigos.

Entonces salieron los músicos.

## ***once***

Al violinista feo le conseguimos un overol azul oscuro de los de trabajo, con el logotipo de la fundación en la espalda, que es un platanillo florecido y un colibrí. Me llamó la atención que se viera menos feo así que con el vestido de paño y el corbatín. Al bonito le conseguimos otro de los mismos, que le quedaba pequeño y gracias a eso se le veía el cuerpo tan bien proporcionado que tiene. Abel, el contrabajista de las estampillas, se veía muy cómodo con la camisa y el pantalón que le prestó el mayordomo de Consuelo, domingueros evidentemente, mientras que los zapatos, fuertes, charolados, también domingueros, daban la impresión de estar herrados o ser de hierro, y parecían mucho menos

cómodos que la camisa. Arturo Sandoval también tocó vestido con ropa del mayordomo, pero la suya no resultó tan dominguera como la del contrabajista y, además de estar remendada —por una artista del remiendo, eso sí—, le quedaba muy pequeña, de modo que se le veía aún más chiquita la cabecita que tiene y más grandes las manazas con las que lleva decenios tratando de hacer lo mejor que puede con su chelo. A Valentina y a mí, Consuelo nos prestó ropa de ella, que nos quedaba gigante. Los zapaticos delicados que traíamos se habían vuelto trizas en la subida por las piedras, así que dimos el concierto con pantalones y camisa arremangados y botas pantaneras. Valentina se quejó de frío y le prestaron una ruana café oscura que emanaba un delicioso olor a oveja. Hice enmarcar una de las fotos que nos tomó Consuelo, muy buena, una belleza de foto.

Las maestras pidieron silencio en todos los tonos y los niños arreciaron entonces con el ruido. Empezamos a afinar los instrumentos y los niños se fueron silenciando. La primera pieza fue el *Aria para la cuerda de sol*, de Bach, maravillosa por su mucha dulzura y que no ha envejecido ni un solo día en los últimos trescientos años. Aplausos. Seguimos con el tercer movimiento de la suite del ballet *Don Juan*, de Gluck, en la que uno «ve» con mucha claridad a los bailarines, que en mi versión serían de ballet moderno y no con mantillas, abanicos y demás regionalismos cansones. A estas alturas ya los niños estaban absolutamente silenciosos y encantados. Seguimos con piezas de Beethoven y de Mozart, y cuando los niños, iniciados por una maestra, gritaron como dementicos «¡otra, otra, otra!» terminamos con un arreglo para cuerdas de la *Gnossienne N°1*, de Satie.

Fue un concierto largo y de esos que bien habrían podido ser mucho más largos.

Ninguna otra presentación nuestra, antes o después, se puede comparar con la que dimos en la fundación de Consuelito. Ella nos grabó y medio se alcanza a oír la belleza de lo que hicimos esa tarde. Algunas maestras gritaron «bravo» y los niños armaron un pandemonio de bravos y aplausos. Y por la noche se murió Valentina, fácil, como yéndose por una rendija. Dormida dejó de respirar. Roncaba mucho. La mató la apnea. Hace poco me enteré de que era virgen. Me sorprendió hasta lo último,

pobre mujer. En este punto de la historia humana cosas así no tienen perdón de Dios, pues no era nada fea, todo lo contrario. Una locura.

Se fue ella y yo sigo intranquila.

De un tiempo para acá me despierta, tarde en la noche, el peso de no haber estado en el entierro. No quise o no fui capaz de ir, quién sabe, y ahora no puedo concentrarme bien en lo que hago. Es lo mejor, pienso yo. (¡Y sigo pensando!). Me inquieta que Valentina se hubiera dignado ese día a tocar por fin la viola como era tan capaz de tocarla y a pesar de eso yo no haya ido al entierro. La palabra virtuosismo ha sido demasiado manoseada, pero en este caso era tan real como las piedras del bonito camino real aquel del infierno que en mi opinión le acercaron el final. No sé. Así y todo eso no le daba a ella de ninguna manera el derecho a ser como era...

A veces yo misma no me entiendo.

*OceanofPDF.com*

# PERROS

## [2016]

*Trágala, perro.*

GOYA

Un hombre joven, obeso y mugriento caminaba por una carreterita pedregosa. A lado y lado estaban los cercos de alambre de púas de las fincas residenciales campestres, en las que había prados muy bien recortados, árboles de mango, soberbios perros de ricos, naranjos, guayabos y sauces frondosos e inútiles. La bola de carne molida que traía en el bolsillo le humedecía el muslo, pero no manchaba el pantalón, pues ya no había modo de manchar un pantalón tan sucio. El joven obeso dejaba al pasar un olor nauseabundo, parecido al que dejan los camiones de gallinaza o de curtiembres. Muchas veces se había secado su mugre bajo el sol y vuelto a empapar bajo la lluvia. Años en eso.

La carne era para un perro que lo había mordido y en él venía pensando. Vio entonces un mango maduro, medio oculto como un turpial entre el follaje, que le ocupó la mente por completo y desalojó la imagen del animal. Con el palo que llevaba para defenderse de los perros comenzó a golpear las ramas, y gran cantidad de mangos pequeños, verdes, algunos embrionarios, cayeron como granizada gruesa antes de que el mango maduro, reventado por el palazo en pleno vientre, viniera también a golpear la tierra. Ya iba a recogerlo, cuando un perro mediano —no en el que había venido pensando, que era mucho más grande, otro— apareció en silencio y quiso morderlo en silencio en una pierna. Él se movió con agilidad y precisión, le descargó un palazo en la cabeza y el perro rodó entre chillidos y escapó aún chillando, mareado, errático.

De la casa del perro golpeado empezaron a lanzarle gritos. Amenazaron primero con llamar a la policía y luego con echarle bala, pero él sabía que la policía nunca llegaba y que de esa casa nunca

echaban bala. Conocía las casas donde echaban bala. Sabía también dónde disparaban al aire —y era como si no hicieran nada y él robaba frutas en esas partes— y dónde había el riesgo de que le dispararan al cuerpo.

No hizo caso de la bulla y ni siquiera apresuró sus movimientos. Ya derrotado el perro, nadie estaba en capacidad de hacerle nada, y si no quiso comerse el mango allí mismo no fue por miedo, sino porque le gustaba acomodarse a la sombra de un mandarino que había más adelante, sobre el pasto parejo y mullido. No se tomó el trabajo de contestarles. Se alejó despacio y los de la casa nunca supieron que no se había ido por miedo a que le dispararan sino porque no le gustaba el sitio para comerse el mango.

El mandarino estaba en una de las fincas más grandes y menos vigiladas. El jugo del mango le bajaba por el cuello mientras, echado bocarriba, él veía pasar las nubes tras las ramas y oía aún chillar, lejos, el perro. Se acordó de las patas trabadas del animal cuando trataba de escapar todo mareado, y le dio risa.

«Mejor le hubiera dado otro palazo al hijueputa», dijo en voz baja. Imitó las amenazas que le habían hecho, imitó los chillidos del perro (que ahora se había silenciado) y volvió a reírse.

Cuando había cosecha le gustaba hacerse allí y comer mandarinas, y también venía a veces, como ahora, cuando no había cosecha. Terminó de roerse la fruta y le lanzó la pepa a un azulejo que se había posado frente a él, en el alambre de púas. Era hábil para matar pájaros y le acertó en el buche. El azulejo se sacudió en el piso con movimientos espasmódicos y él se acercó, le aplastó la cabeza con el zapato roto y sucio y siguió caminando. Ya no estaba lejos de su destino y de nuevo se acordó del perro, pero no del que había golpeado con el palo, sino del otro.

Esta vez no se rio.

El otro perro era de pecho amplio, pelambre rojiza y frondosa, cabeza grande y dientes muy blancos. Su ladrido era profundo, firme, de animal fuerte y joven, y aquella vez lo había mordido como con asco, o soberbia, o curiosidad, y se diría que sin rabia. Sintió el odio de nuevo. Miró la bola de carne que traía en el bolsillo: tiene mucho, pensó. Apenas, pensó, y siguió caminando después de meterla otra vez en el bolsillo.

Tres niños rubios, de unos diez años, salieron de detrás de un árbol en otra de las residencias campestres y le lanzaron tres naranjas podridas. Cada niño lanzó la suya y los tres se replegaron, corriendo y riéndose, y se refugiaron en la casa, al fondo. Una de ellas lo alcanzó en la pierna. Agarró en silencio una piedra de la carretera y la lanzó con fuerza, buscando quebrar uno de los ventanales, pero la casa estaba demasiado lejos de la cerca, metida detrás de un amplio jardín con árboles frutales y ornamentales —y cuatro perros con caras de bobos, pero enormes y con pintas negras y blancas, como de ternero— y la piedra rodó débil frente a la casa, por el prado.

Riquitos, pensó, hijueputicas. Siguió caminando y empezó a insultar a gritos. Los niños rubios contestaron algo y soltaron sus carcajadas.

«Hijueputicas», dijo él en voz baja.

Pasó la avioneta con la cinta de tela que le hacía propaganda a una marca de gaseosa y desalojó de su mente la imagen de los tres niños. Se quedó mirándola, sin dejar de caminar. Los domingos por la mañana ponían la cinta en el Club Hípico, no lejos de allí, sobre la cancha de polo, y él iba con frecuencia a ver la avioneta recogerla en pleno vuelo. Acostumbraba sentarse en un potrero, arriba del club, en la loma, alejado de los espectadores que miraban la maniobra desde más cerca, para que no lo molestaran y distrajeran gritándole que se hiciera lejos, cochino, gas, fo, y desde allí contemplaba el prado de la cancha, muy verde y parejo, como si fuera de plástico y emitiera luz. La avioneta casi siempre debía hacer varios intentos antes de remontarse con la cinta. Cuando fallaba, él solía decir o pensar —daba lo mismo con alguien como él— «no la agarró». Y cuando por fin la enganchaba, él decía o pensaba «la agarró», y se quedaba mirando aquello flotar contra el cielo azul o entre las nubes. Era su diversión máxima, aunque también le gustaba ver pasar la banda de guerra.

La avioneta se esfumó cuando él dejó de mirarla y apareció la casa entre los árboles.

Se quedó quieto, ubicando todo y tratando de pensar. El perro no estaba visible. Un pájaro negro como el carbón llegó a la rama de un guayabo y él no pudo evitar el impulso de lanzarle una piedra. Le pasó muy cerca y el pájaro levantó vuelo con lentitud y cierta rigidez, como si



fuera de cartón, sin alejarse mucho de la tierra. Miró otra vez hacia la casa y había aparecido una mujer de uniforme blanco. Limpiaba los vidrios de una ventana con una manotada de papel periódico que humedecía en un balde. Salió de la casa una señora gruesa, de cabeza blanca, y le habló a la mujer, que tenía algo de enfermera. La señora desapareció y quedó la mujer sola, limpiando los ventanales, que ondulaban como el agua. Todo estaba silencioso y quieto.

Pasó al otro lado de la cerca por entre los alambres de púas, a la vez obeso y ágil: un disparate, como si no tuviera solidez, peso ni forma. Con gestos lentos y sin dejar de mirar ni un segundo los movimientos de la sirvienta, que no lo veía, pues le daba la espalda, se encaminó hacia el árbol más tupido del jardín, que era un guanábano. Entonces oyó ladrar el perro, lejos, al otro extremo de la finca.

Y se subió al árbol.

Se sentó muy arriba en una rama, oculto entre el follaje, pero con visibilidad hacia la casa. Tenía ganas de orinar. Se meció suavemente y sintió una especie de dicha en el vientre. Desde allí podría seguir los movimientos de la mujer y espiar las carnes que dejara a la vista, mientras el perro llegaba.

Llegó el perro.

Venía jugando con un muchacho de unos doce años y trotaba con la lengua afuera, muy rosada, los blancos dientes al aire. Trotaba con soberbia e iba como riéndose de él —subido en el árbol— y complaciéndose en su propio bienestar. El muchacho lo acariciaba de tiempo en tiempo. A veces el animal iba hasta el alambrado y ladraba allí, a nadie, con voz poderosa. Era como si estuviera admirándose a sí mismo y haciendo alarde de toda la vitamina y de todo el calcio que llevaba en el organismo, y era también como si tuviera ganas de que pasara alguien por allí, para ladrarle, desafiarlo, tal vez morderlo. Él se quedó atento, arriba, suspendido en su nube de odio, en vilo.

El perro le buscaba juego al muchacho y le ladraba con cariño. Después trotaba un poco, mirando para todos lados, y volvía adonde estaba el niño. Arriba en el árbol, él seguía sus movimientos, sin parpadear. La mujer que limpiaba el ventanal dejó de hacerlo y llamó al muchacho. Libre de la atención que el niño le exigía, el perro se puso

entonces a olisquear por ahí, orinando aquí y allá con indolencia. El muchacho y la mujer entraron de repente a la casa. Al ver que el perro había quedado solo, él casi se orina de alegría, arriba, en el árbol. Cuando el animal por fin pasó por donde él quería que pasara, le lanzó con fuerza la carne, y algunas astillas del vidrio toscamente molido quedaron prendidas de la palma, chispeantes, pero no dolorosas todavía.

El perro sintió el olor en el aire y levantó la cabeza para orientarse. Luego empezó a buscar a ras de suelo el origen de la delicia. El corazón le golpeaba a él en las costillas, lo ahogaba, arriba, en su rama. Vio al perro describir círculos y acercarse cada vez más a la carne hasta que por fin dio con ella y se la tragó de un solo golpe.

Casi desvanecido, él cerró los ojos y empezó a calmarse.

Otra vez oyó los cantos de los pájaros, el murmullo de las hojas. Orinó con cuidado contra el tronco, para que el líquido bajara por la corteza y no hiciera ruido al caer sobre las hojas secas del suelo. Sintió de nuevo la dicha en el vientre, sintió la brisa seca y cálida en la cara. Empezó a respirar despacio y profundo, como si estuviera dormido, y siguió respirando cada vez más despacio hasta casi dejar de hacerlo. Cuando estaba así era capaz de mantenerse suspendido durante mucho tiempo entre el follaje de los árboles tupidos. No estaba ni dormido ni despierto. No era de aquí ni era de allá. Permanecía quieto, pero estaba en muchas partes. Era invisible como los espíritus malignos y era tan maligno como ellos.

## FLORES GUARDADAS

### [2012]

Luego de la muerte de Iván, el apartamento permaneció cerrado casi dos meses. Ella sabía que en algún momento tendría que entrar y encontrar, intacto, el instante último de su vida en común, pero sólo hasta ahora había tenido la fuerza para hacerlo.

«Vos no tenés que ir», le habían dicho sus hermanas. «¿Para qué? Nosotras vamos y empacamos. O, si querés, te acompañamos».

Les respondió que ciertas cosas nadie las podía hacer por otros ni con otros.

Entró a la sala. Estaba oscura. Abrió las pesadas persianas de madera de la ventana que daba a la terraza. En la mesa de centro estaban el florero con las rosas ya marchitas, el cenicero con dos colillas muy cortas de Pielroja y una de las revistas culturales que a ella le gustaban y él había siempre detestado.

Entró a la habitación. En la mesa de noche de él, *Viaje sin mapas*, señalado en la página ochenta y dos. En el agua de la jarra flotaba una película de polvo. También en la mesa de noche estaba el paquete de cigarrillos, y abajo, donde no se viera mucho, la eterna botella de aguardiente.

Empezó a poner en cajas de cartón los libros de la biblioteca. De vez en cuando miraba alguno, leía un párrafo: «El Tao dio nacimiento a Uno. El Tao dio nacimiento a Dos. El Tao dio nacimiento a Tres. Y el Tres dio nacimiento a la miríada de asuntos». Había conseguido cajas no demasiado grandes para los libros, de modo que no fuera difícil moverlas. Tomó otro al azar, leyó al azar: «Y tus sillas se quedaron vacías hasta que fuimos a enterrarlas con aquellos hombres alquilados, sudando por un peso ajeno, extraños a cualquier pena. Cerraron la sepultura con arena mojada, bajaron el cajón despacio, con la paciencia de su oficio, bajo el aire que les refrescaba su esfuerzo».

No con los cremados, pensó. Nada despacio hay en eso, pensó, como arguyendo con rabia contra lo que había leído. No le pareció extraño que los enterradores hubieran bajado el cajón después de cerrar la sepultura. A los cremados los despedimos de un golpe, pensó, en cuerpo y alma, y no hay ni el consuelo de irlos descendiendo.

Llamó por teléfono al hombre del camión y a la gente del depósito.

Abrió un álbum y se entretuvo mirando las fotos. Iván, feliz, un poco borracho, el día que volvieron del hospital con la niña recién nacida. Ella y él sonriéndole al fotógrafo ambulante en 1975, en plena calle Junín. Ella y él en la motocicleta, que él vendería muy poco después, por miedo de matarse con tragos, qué ironía.

Dobló las cobijas y las sábanas a medida que fue destendiéndolas. El olor de él se levantó de la ropa de cama como el de la tierra cuando caen los primeros goterones. Puso mantas, sábanas y almohadas en una caja de cartón que aún olía al Fab que había contenido. En una bolsa de basura puso los cepillos de dientes, los tubos de dentífrico, los peines y los cepillos de pelo.

Comenzó a llover y las gotas golpearon fuerte contra la claraboya del baño. En alguna radio lejana sonaba *Amada amante*. Ráfagas de viento se llevaban la lluvia de la claraboya, se hacía el silencio y de nuevo el agua repicaba como granizo contra el vidrio. En la cocina guardó en cajas las ollas, los platos y los pocos víveres que habían quedado en los estantes. Puso en una bolsa de basura el contenido de la nevera.

Volvió a la sala y miró por la ventana. El sol había salido.

Entonces, lo que no habían logrado ni las fotos, ni las tijeras con las que él se recortaba la barba, ni los cabellos gruesos, rubios rojizos, todavía en su cepillo, lo logró el esplendor de las flores de azalea mojadas de lluvia y llenas de luz, en la terraza.

«¡Maldita sea!», dijo.

Se secó rápido con el dorso de la mano las dos lágrimas, que dolieron como vidrio, y sin maldecir más soltó con fuerza y de un solo golpe las pesadas persianas de madera que cayeron como plomo y casi reventaron los cordajes.

## **LARGO ES EL ARTE DEL OLVIDO**

### **[2012]**

Mantiene la fotografía de Elsa en una de las muchas estanterías que hay en el estudio. No está en sitio destacado, pero como es la única foto que hay en el lugar, quienes lo visitan por vez primera casi siempre quieren saber quién es ella. Aunque ya está viejo, saben que no puede ser ni su hija ni su nieta, pues el corte de pelo y la blusa eran los que usaban las muy jóvenes en la época de los hippies, hace mucho tiempo. Es bellísima, dicen, y él responde que sí, que es muy hermosa.

Se casó a los veinte años, uno después de terminar sus estudios de Economía, uno antes de iniciar el posgrado en Matemáticas. Vivía aún en Santiago de Chile. Había conocido a Elsa hacía menos de un mes, pero se habían enamorado y no tenía sentido ponerle plazo a un matrimonio que era ya inevitable. Ella tenía veintiún años. De su familia, él alcanzó a saber muy poco: que la madre vivía en Asunción y que tenía un hermano mayor, militar, a quien Elsa no quería. Eso fue todo. Embebidos el uno en el otro, no habían tenido tiempo de hablar de los demás asuntos con detenimiento.

Viajaron de luna de miel a Checoslovaquia. Él siempre había sentido la necesidad de conocer el país del que provenía su familia, pero no había querido viajar solo. De sus parientes allí no quedaba nadie. De la persecución de los nazis sólo se habían salvado sus padres, que escaparon a Chile con él aún de brazos, y un tío materno, que emigró a Estados Unidos y murió en Nueva York a edad tan avanzada que él mismo alcanzó la ancianidad y el tío todavía vivía. Los demás fueron asesinados. Su madre murió de tristeza y del corazón poco después de llegar a Chile; su padre, diez años más tarde. De modo que sólo un familiar tuvo para darle la noticia, primero de su matrimonio y luego de la muerte de Elsa: el tío de Nueva York, a quien envió una tarjeta postal en cada ocasión. La segunda era una especie de negativo abisal de la primera.

Elsa murió en la acera de un hotel, de manera instantánea, el mismo día de la llegada. Él recuerda el nombre de la calle, Vlašská, pero no el nombre del hotel. El chofer del camión no venía borracho ni demasiado rápido; fue en parte imprudencia de ella y en parte mala suerte. «Te asombrarías si contaras el número de pequeños errores que uno comete durante las dieciocho horas del día en que actúa y está consciente», dice él. «Y cualquiera de ellos nos puede costar la vida». En los asuntos personales es claro y conciso y nunca se explaya; en los impersonales, de interés general, es claro también, pero se explaya a veces. Su voz es firme, y si uno no lo viera, si hablara con él por teléfono, podría pensar que es todavía joven.

Los empleados del hotel en Checoslovaquia, que tenía toallas pero no jabones, se mostraron amables, afectuosos incluso, y lo confortaron, le dieron de beber un licor fuertísimo que le quitó el temblor, y llamaron la ambulancia. Como los paramédicos tardaban demasiado en llegar, acostaron a Elsa en uno de los sofás de la antesala del hotel. No presentaba heridas. Los empleados le limpiaron el hilo de sangre que le manaba de la boca y él observó el hematoma que empezaba a extenderse por la sien.

Finalmente apareció la ambulancia, bullosa, aparatosa. Los paramédicos, que tanto habían tardado en llegar, la subieron como en una carrera contra el tiempo. Él viajó al hospital mirándola, sí, pero sin tomarla de la mano. No había tráfico y como en realidad tampoco había prisa, la sirena y la velocidad parecían doblemente innecesarias por las avenidas vacías. Una farsa, pensó. Y no sólo de los paramédicos. ¿Para qué tenía el médico que hablar con tanta solemnidad si de todas formas él no le entendía, si de todas formas, suponiendo que entendiera, nada le podría decir que él no supiera?

Se alojó en un hotel que quedaba cerca de la morgue e inició el procedimiento de la repatriación del cuerpo. Las autoridades eran amables, pero muchos funcionarios intervenían en su asunto y todos parecían complicar los trámites. Un empleado del consulado del Paraguay se apersonó de su caso y le enseñó a orientarse por el laberinto. También le ayudó a ubicar a la madre de ella en Asunción.

Los trámites resultaron más largos de lo que inicialmente había pensado. Se acumulaban los días, nada se resolvía, y él parecía haberse quedado detenido para siempre en ese hotel, cerca de Elsa, tomando cada mañana, una y otra vez, aquellos desayunos desabridos; mirando cada mañana, sin entender casi nada, aquellos periódicos densos, cuyas escasas fotografías, de dirigentes políticos, de niños sonrientes que recibían a dignatarios extranjeros, le producían algo parecido a la asfixia. Tan largo fue el proceso, que alcanzó a enterarse de las vidas de los empleados del hotel, por señas o por el inglés que ellos conocían. Sin proponérselo, incluso contra su voluntad, supo quién bebía, quién amaba al uno, quién desdeñaba al otro, quién odiaba a su familia política.

Entonces la nieve llegó en abundancia, y la ciudad, de por sí bella, se hizo aún más hermosa. Él pasó las Navidades con la familia del funcionario paraguayo. La esposa le recordaba a Elsa, aunque era, claro, bastante mayor; y las dos hijas, de nueve y diez años, también se la recordaron. Tenían la misma vivacidad, el mismo cabello negro oscuro, la misma piel trigueña. El funcionario, que se llamaba Carlos María, se emborrachó un poco y se puso muy afectuoso. Era un gran tipo, estuviera borracho o sobrio, y le dio esperanzas de viajar con ella antes del Día de Reyes. Le dijo que en su casa todos lo estimaban y empezó a llamarlo por el diminutivo. Toda la vida, incluso ahora que por la edad se le ha acentuado su manera brusca de hablar, quienes lo conocen acaban tomándole cariño y llamándolo por el diminutivo.

Era muy joven entonces, pero como tiene más de setenta años cuando cuenta una vez más su historia, quien lo oye termina por verlo, ya viejo, acompañando a seis cuerdas de distancia el cuerpo de una mujer que hubiera podido ser su nieta. Es una especie de error de perspectiva, de ilusión óptica. Además se tiende a pensar que incluso en aquellos días en que llevaba el pelo largo y camisas de diseño inspirado en el lsd, se vería ya que iba a ser una persona demasiado llevada de su parecer, un poco pesimista, escéptica y con tendencia creciente al malhumor.

Llegó el Día de Reyes y su asunto no se resolvía. Había aprendido a orientarse en la ciudad y a manejar el transporte público. Había hecho amigos, además, sin saber ni cómo, por ese don que lo ha acompañado toda la vida, no sólo de hacer amistades, sino de hacer amistades que le

durán para siempre. Al administrador del hotel, a quien ayudó a practicar el inglés durante todo ese tiempo, le escribe puntualmente una tarjeta postal de Navidad y Año Nuevo. Y a Tobías Gross, de su misma edad y físicamente parecido a él como si fueran hermanos, a quien conoció en un club de ajedrecistas, le envía también cada año una carta con dos o tres palabras soeces en español —idioma del que Tobías tiene algunos rudimentos—, y un problema, por lo general muy espinoso, de ajedrez.

La autorización de viajar lo tomó por sorpresa a comienzos de febrero. Había aprendido algunas frases en checo, empezado a explorar los museos y las bibliotecas, y en cierto modo lamentó tener que partir. Pero de quedarse, ni soñar. Así que fue por Elsa y supervisó los procedimientos de sacarla de la morgue, llevarla en la ambulancia para el aeropuerto y subirla al avión.

Asunción, desde el aire, y quizás por la inevitable comparación con la ciudad que acababa de dejar, parecía fea, pobre, chica. Abajo se distinguían, modestos hasta la ternura, lo que seguramente eran el palacio presidencial, la estación de trenes y un obelisco. El avión volvió a dejar el casco urbano y abajo se vieron naranjales y, más allá, cañaduzales. Apareció otra vez la ciudad y aterrizaron.

La madre, pequeña y de apariencia sufrida y lacrimosa, no se parecía a Elsa. El hermano se presentó vestido de civil, pero se le veía el uniforme por todas partes, en todo se le notaba el gusto por la autoridad y la fuerza. No por nada Elsa lo había detestado.

Los tres presenciaron el trámite de bajarla del avión y llevarla a un salón muy iluminado, recién pintado de blanco, donde la recibieron las autoridades locales. El hermano se hizo cargo. Tras un corto papeleo, las autoridades la entregaron, y el hermano y tres empleados de pompas fúnebres pusieron el cajón en una especie de carrito o camilla con ruedas y empezaron a moverlo hacia la puerta.

La madre caminó detrás.

Cuando Elsa se fue, la sombra de una paloma se dibujó con ruido de alas cerca del techo, en el vidrio esmerilado. Y en el salón lleno de luz, entre un olor tenue a pintura fresca, al fin cayó sobre él, como un derrumbe, aquella soledad que le duraría ya toda la vida, aquel peso en pleno corazón.





## **VIAJE INFINITO DE CAROLA DICKSON**

### **[1993]**

La señora Carola Dickson compró un barco seis años antes de que le llegara la edad de la jubilación. Medía veintitrés pies, estaba hecho de pino y había sido construido en 1940. Se lo vendieron por dos mil dólares y se lo entregaron pintado de un azul oscuro que parecía más oscuro que el mismo negro. La señora Dickson dejó el casco oscuro y pintó la cubierta de azul claro, pero el cambio apenas logró disminuirle cierta apariencia de pesadez y hasta de cansancio, apariencia que habría de aumentar cuando, poco antes de iniciar su viaje y con la idea de no empaparse al timón si el tiempo se hacía inclemente, le construyera una especie de cabina hecha con tablas que llevaban argamasa en las juntas.

Compró el velero, le pintó la cubierta, lo dejó fondeado en un muelle que olía un poco a aguas negras y siguió yendo a trabajar como si no hubiera comprado nada. El muelle quedaba en Sheepshead Bay, bahía pequeña a orillas de una de las ciudades más grandes del mundo. Veinte o treinta barcos, casi todos de recreación, casi todos veleros, permanecían amarrados a maderas que aunque descascaradas eran firmes todavía y aguantaban con facilidad los tirones que daban los barcos cuando los empujaba el viento. Además de los barcos de recreación, también fondeaban allí el Sonesta, el Enterprise y el Tampa II, pesqueros cuya tripulación limpiaba la pesca y tiraba las tripas en botes verdes de basura donde alcanzaban a podrirse antes de que pasaran a recogerlas.

Cada fin de semana la señora Dickson iba al muelle y se metía bajo cubierta a sentir el arrullo del mar y a descansar de los malhumores que le daban con frecuencia. El camarote, que tenía la misma forma de la proa, olía a madera y a resinas, y en el techo, dorso de la cubierta, las tablas sin pintar estaban curtidas por el tiempo. La señora Dickson todavía no pensaba salir —aún no sabía navegar— y, sin embargo,

adquirió un mapa que cubría la bahía en un radio de quinientos kilómetros y llegaba hasta A. City hacia el sur.

Compró una brújula y un sextante. A su hija Verónica, que vivía con su marido en la costa oeste y había venido por esos días a visitarla, le dijo que los había adquirido como adornos para la biblioteca. Verónica quedó convencida, pues las piezas eran casi antigüedades, y como tales, pensó, tendrían su valor. La señora Dickson las puso en la biblioteca y en la biblioteca quedaron hasta que Verónica se fue y la señora Dickson pudo llevarlas al barco. Para entonces tenía apenas la idea de la brújula que todos tenemos —la consciencia de un abstracto Polo Norte imantado—, y nunca había tenido necesidad de usar ninguna. Del sextante no conocía ni sus principios, y si diez días antes de comprar el barco hubiera visto alguno en una vitrina, sólo habría sabido admirar su belleza absurda y elusiva.

Por los días que siguieron a la adquisición del barco, la señora Dickson se sintió liviana y en paz, con ella misma y con la gente. Desapareció en su cara el trasfondo de crispación que había empezado a alarmar a quienes la conocían e incluso su apariencia volvió a hacerse más compuesta: otra vez tuvo paciencia para peinarse en las mañanas y arreglarse rápidamente el vestido ante el espejo. Y mucha gente al saludarla insistía en lo recuperada que se veía —como si alguna vez hubiera estado enferma— y le dirigía palabras de aliento.

A principios del verano de 1978 la señora Dickson volvió a pintar la cubierta de azul claro y subió una hornilla de gas de las que se usan para cocinar en los campamentos. Durante el verano siguió el curso de navegación que dan los guardacostas. La señora Dickson mostró entonces la extrema seriedad de las personas ya maduras cuando deben hacer de alumnos: tomó notas e hizo preguntas que el instructor siempre consideraba inteligentes. Después siguió un curso de navegación a vela que le permitió por fin salir y remontarse como una mariposa río arriba o dar vueltas en la bahía de Jamaica, donde la abundancia de islotes exigía cierta rapidez de maniobra que consideraba importante.

A veces dormía a bordo, especialmente si los problemas del trabajo se agravaban o si los periódicos traían algo que la sacaba de quicio. Llegaba a la bahía cuando ya estaba oscuro y calentaba fríjoles o

garbanzos en la hermosa llama azul de la hornilla nueva. Después de comer se acuclillaba en la cubierta y se mecía para adelante y para atrás sobre los talones y sobre el balanceo del barco, mientras despeñaba la mirada en la absoluta oscuridad del agua. El agua olía a aguas negras, a gasolina, a mar y a pescados podridos. Las recosidas y desteñidas velas viejas fueron remplazadas por velas nuevas color mandarina hechas con materiales extralivianos. La señora Dickson ahora mantenía a bordo sopas en lata, encurtidos, leche en polvo, café, velas, brandy, jabón, vendajes, Merthiolate, tetraciclina y vitaminas, en especial vitamina C, para prevenir el escorbuto.

En su casa recortaba periódicos y estudiaba mapas. Sus actividades se hicieron tan intensas que otra vez olvidaba arreglarse ante el espejo. La casa se mantenía en un desorden grande que ponía en evidencia los tremendos intereses que confluían en la vida de su dueña: libros por todas partes, paquetes sin abrir, hojas sueltas de papel llenas de ideas, en la cocina, en el baño, sobre las camas. En el espejo del baño había pegado la foto de un desnutrido niño hindú de unos ocho años, en un campamento de refugiados, abrazado a un mico encadenado. Era de la revista *Life*, con el barro y la miseria reproducidos a todo color, y niño y mico parecían huérfanos confortándose. Como la señora Dickson no estaba comiendo con regularidad, su apariencia menuda y dinámica se acentuó, espiritualizándose, y ahora recordaba un ambulante golpe de viento.

Sus superiores la convocaron a una reunión y se mostraron interesados en sus problemas familiares o de salud. Ella dijo que su salud estaba bien y su familia estaba bien. Sus superiores insinuaron que la señora Dickson debía cuidar mejor su apariencia física, dijeron que no era conveniente que siguiera usando zapatos tenis durante el trabajo, le aconsejaron que tomara una licencia de un par de meses para que se recuperara de las tensiones y le aconsejaron, en fin, que visitara al consejero especializado que podían proporcionarle. La señora Dickson preguntó si había alguna queja contra ella. Ellos dijeron que no se trataba de eso, que entendiera, que ellos sólo estaban interesados en el bien de la señora Dickson y en el buen funcionamiento de la comunidad escolar y que era su deber prevenir todo lo que de buena o mala fe pudiera

entorpecerlo. La señora Dickson dijo que no estaba dispuesta a dejar su trabajo ni por dos meses ni por dos días, que no veía la necesidad de consultar ningún reductor de cabezas, que no creía que hubiera leyes contra el uso de zapatos tenis en horas de trabajo, y que cuando tuvieran algo en verdad importante para decirle, que entonces la llamaran. De otro modo que la dejaran en paz, pues era una mujer extremadamente ocupada y no tenía tiempo para dedicarle a semejantes sandeces.

Para las Navidades de 1978 Verónica vino otra vez a visitarla. La señora Dickson quiso que encontrara la casa en orden y acomodó en las estanterías los libros de navegación y en el archivador las huracanadas notas y los pavorosos recortes de prensa que se habían acumulado por todas partes. Pero esta vez no ocultó la compra del barco: los libros y los mapas eran tantos que la ausencia de un barco hubiera parecido insensata. Verónica era dinámica, como la señora Dickson, pero mucho más feliz. Disfrutó del paseo que hicieron el seis de enero, primero por la bahía de Jamaica y después mar adentro, mientras su marido, que en tierra firme era plácido y sereno, se ponía cada vez más pálido, vomitaba en el mar y era invadido durante todo el viaje por un color angustioso parecido al del brócoli. El velero se deslizó impecable sobre aguas soleadas, empujado con moderada rapidez por los vientos limpios de ese invierno.

Compró sedales, anzuelos, bolsas de dormir. Compró un extinguidor de incendios. Consiguió una bicicleta vieja y cómoda con la que pedaleaba hasta el supermercado o hasta la estación del tren. Hizo una amiga en la bahía, una secretaria joven, solitaria, que vivía con tres gatos en un apartamento no demasiado limpio y ocupaba el tiempo libre recogiendo conchas y pegándolas en la pared, en forma de ballenas, sirenas y otras figuras marinas. Se llamaba Ruth. Con ella empezó a recorrer las playas, a veces recogiendo conchas, a veces latas y plásticos que metían en grandes bolsas y enterraban en la arena para darse el momentáneo placer de ver grandes secciones de playa libres de basuras y hediondes. La muchacha era dócil y se dejaba ilustrar y dirigir por la señora Dickson. A veces cocinaban juntas en su apartamento —no muy a menudo, pues el olor a estiércol de gato podía ser penetrante— y a veces

contemplaban la noche, sentadas en cubierta, conversando y comiendo ensaladas, nueces y carnes frías que traían de los supermercados.

Las ideas llegaban en abundancia y las notas no tardaban en acumularse, cubriendo todo como la ceniza de un volcán. Ruth iba dos veces por mes a la casa de la señora Dickson y le ayudaba a seleccionar, corregir, pasar en limpio y acomodar en los archivadores el material acumulado. Lo habría hecho gratis con gusto, pero no era rica ni mucho menos, quería ahorrar y la misma señora Dickson insistía en pagarle con relativa generosidad. No hablaban demasiado entonces. Cada una, en su esfera, sentía pasión por la eficiencia y sabía concentrarse en lo que tenía que hacer, sin dilaciones. Ruth, por supuesto, debía consultar con frecuencia, pues el material cubría intereses vastos que no siempre se dejaban re conocer y clasificar. Pero la señora Dickson recibía las interrupciones con tolerancia y no dejaba que la viveza de su temperamento la llevara a maltratar a una persona de carácter tan manso.

Ruth revisaba los papeles evitando meterse a fondo con el contenido. Lo desentrañaba de la escritura cuando la pasión lo hacía aparecer caótico, y lo ajustaba a una gramática básica. Pero cuando leía ciertas cosas no podía dejar de entender y lloraba un poco, de terror o de alegría, y cerraba los ojos para tratar de recomponerse. La señora Dickson, aunque no era dada a efusiones sentimentales y más bien aborrecía los contactos personales, compadecía a Ruth y la abrazaba. Le dedicó entonces una serie de poemas en los que le daba consejos sencillos que la podían ayudar a ser feliz:

121

Búscate la paz  
donde no falten las estrellas; escucha la verdad  
en el croar de las ranas en las lagunas  
en las noches claras.

122

Oye el agua correr por cauces claros;  
mira la luz traer el mundo hasta tus ojos;  
mira el sol golpear contra las piedras  
y descender la nieve a los nevados.

123

Considera tan bello un caracol como una estrella:

no es el mar más grande que el rocío ni es el sol mayor que las luciérnagas.

Interminables y monótonos como la lluvia. Ruth escogió los que más le gustaban y los pegó en las paredes de su casa, entre conchas que formaban arrecifes, Neptunos armados con tridentes —sentados en riscos submarinos, con las barbas mecidas por las mareas— o gaviotas volando entre nubes y palmeras. Los poemas fueron escritos más para Ruth en particular y para la gente en general que para la misma señora Dickson. La tremenda responsabilidad que se había echado auestas la separaba para siempre de la serenidad y felicidad personales. Y, quizás por eso mismo, al tiempo que consagraba noches enteras a la escritura de los poemas, en el trabajo se mostraba más irascible que nunca.

La señora Dickson fue declarada cesante en septiembre de 1979, cuando gente que no la quería supo dar a cierto incidente una importancia desproporcionada, iniciando un corto aunque estridente proceso que significó el fin de su carrera.

La señora Dickson sobrellevó todo con la dignidad de un animal grande entre la perrería mezquina: comparado con lo que tenía que hacer, aquello era sólo un estrépito vulgar que, visto con la debida perspectiva, carecía de importancia.

Empezó a vivir en el barco. Cada quince días llevaba a la casa los papeles acumulados y hacía la revisión y recorte de los periódicos de la quincena, al tiempo que Ruth se ocupaba del archivo. Empezó a construir la cabina de tablas mientras los tripulantes de los pesqueros la miraban intrigados.

Había llegado el otoño y los árboles en las riberas del río tomaron un intenso color de cobre. La señora Dickson se remontaba río arriba dos o tres veces por semana, cruzaba la ciudad ahumada y sucia, la dejaba atrás y empezaba a navegar entre los colores del otoño. Quería profundizarse en tierra, previendo las nostalgias de largos meses en alta mar. A veces iba sola, a veces con Ruth, quien se sentaba en la proa y cantaba en voz baja abrazándose las rodillas mientras miraba la quilla, que rompía las aguas. Y siempre calculaba el viaje de modo que al regreso pudieran ver el requemado sol hundiéndose en la requemada hojarasca de los árboles.

Cuando Verónica volvió, tuvo que ir al muelle a visitarla. De las cuerdas colgaba ropa y en la cubierta había bultos envueltos con lonas y asegurados con cuerdas. La bicicleta, fuerte y vieja, recordaba una vaca flaca y estaba amarrada en la proa con cadenas. Todavía sin terminar, la cabina parecía una cabaña medio desbaratada por el viento. La señora Dickson, con pañoleta roja en la cabeza, descalza, de bluyines, con un suéter grande de lana roto en los codos, raspaba una sección de pintura con la espátula. La sonrisa de Verónica fue la misma que durante tantos años y por motivos diversos, aunque siempre parecidos, le habían producido las cosas de su madre. Al abrazarla sintió que su olor se había hecho acre y salino. También sintió que sus músculos se habían hecho duros y sus tendones tirantes y metálicos. Verónica era fuerte, gorda, y no podía evitar estar siempre contenta. La señora Dickson, paradójicamente, parecía la criatura atormentada que descansaba por un momento en el seno abundante de la madre.

Como era imprudente e improbable que Verónica se acomodara a bordo, la señora Dickson dejó el muelle y regresó por ocho días a la casa. Ya sabría compensar el tiempo perdido. Y durante esos ocho días actuó como si no estuviera preparándose para nada, como si después de haber perdido el trabajo —hecho que su hija consideró afortunado, dada la tirantez de sus relaciones con colegas y superiores— se hubiera dedicado a finalizar tareas que nunca había completado por falta de tiempo, a montar en bicicleta, a una vida, en fin, de lecturas y deportes en su querido velero en la bahía.

Cuando Verónica habló de dar un paseo por el mar, la señora Dickson dijo que el tiempo estaba demasiado frío y el barco en reparaciones. Pensaba que si su hija permanecía demasiado tiempo a bordo podía sospechar algo y tratar de detenerla. A Verónica el invierno no le pareció mucho más fuerte que el del año anterior, cuando su marido se había mareado hasta casi dejar el alma en alta mar, y aparte de la pintura raspada y la cabina a medio levantar no notó reparaciones mayores en el barco, pero no quiso insistir, pues era complaciente y sabía por experiencia que las razones de su madre eran casi siempre inextricables.

Se fue Verónica y la señora Dickson regresó al velero. Cayeron entonces dos nevadas enormes, seguidas de un bajón en la temperatura



que mató a muchos desamparados en los parques y compactó la nieve hasta volverla como piedra. La señora Dickson, estoica, inflexible, resistió a bordo una de las semanas más frías que la ciudad haya conocido. De día, a pesar de vientos helados que le arrancaban lágrimas, tuvo el coraje de trabajar en la construcción de la cabina; de noche, envuelta en la luz fantástica de la estufa, dormía vestida, metida entre dos talegos de dormir, mientras el viento silbaba en el mástil y chillaba en las escotillas. Completó la cabina con cuatro tejas de zinc que pintó de rojo vivo. Cerca del timón colgó una hamaca pequeña, que pensaba usar cuando llegara a climas cálidos. «En invierno, cuando los días son soleados, uno descansa mirando el dorso de las alas de las gaviotas, que se hace cristalino y alumbra contra el cielo azul», escribió.

Para marzo de 1980 a la señora Dickson se le había hecho evidente que Ruth no estaba a la altura de la empresa. No la quiso arrancar de su corazón, pues entendía sus limitaciones, pero prescindió de sus servicios y la separó de cualquier posibilidad de información sobre el proyecto. Ruth iba casi todos los días al muelle y desde el entablado conversaba un rato con la señora Dickson, quien suspendía sus trabajos para concederle algunos minutos. Pero rara vez la dejaba subir, y sólo después de haber guardado mapas, notas y todo lo que pudiera hacer pensar que el viaje era inminente. Todavía quería a la muchacha. No como para salir con ella y remontarse río arriba —ya sólo movería el barco cuando llegara el momento—, pero sí para recorrer de vez en cuando las playas enterrando basuras, hablando de cosas sin importancia y recogiendo conchas y caracoles.

Dos policías vinieron a finales de marzo e hicieron muchas preguntas que la señora Dickson contestó con serenidad y dignidad. Pensaban que había algo raro, pues pidieron los papeles del barco y los examinaron con detenimiento. Todo estaba en orden. Mientras uno miraba los papeles otro golpeaba las maderas del casco con su garrote para ver si estaban podridas. No estaban podridas. Cuando intentaron subirse con sus zapatos duros y lustrosos, ella, sin mirarlos y sin subir la voz, preguntó si tenían orden judicial para el allanamiento. No la tenían. Sólo curiosidad, dijeron. «No pueden subir», dijo ella, y los policías parecieron sonreír. Y ya se iban, cuando uno de ellos se devolvió y dijo que la señora Dickson

haría bien en mantener el sitio en orden, pues gentes del vecindario se habían quejado diciendo que el lugar parecía una porqueriza flotante.

Tal como lo había planeado, la señora Dickson zarpó dos horas antes del amanecer del día 4 de mayo de 1980. Tal vez no oyó las predicciones del tiempo, tal vez las oyó pero no quiso creerlas: ya se le había mentido demasiado.

La noche estaba repleta de estrellas. El pequeño motor fuera de borda producía un ruido remoto y sedoso. Atrás iban quedando, amarrados al muelle, el Sonesta, el Enterprise y el Tampa II, donde la tripulación se movía atareada con los preparativos de la pesca. La señora Dickson navegaba con sólo una pequeña luz en la cabina. El ruido del motor y el ruido de la quilla en el agua hacían que las sirenas y los ruidos de los carros en la autopista que bordeaba la bahía se hicieran cada vez menos definidos, más lejanos.

El amanecer fue de modesta belleza. La señora Dickson había desplegado las velas y navegaba por un estrecho situado entre las playas del continente, repletas de edificios, y una isla rocosa y vacía que se extendía paralela a la costa y era larga y baja como un arrecife. De vez en cuando se veían en el agua latas de gaseosa, papeles y plásticos flotantes. Las sardinas saltaban frente al barco y relumbraban en el aire como un reguero de láminas.

El viento era débil y el barco avanzaba con lentitud por un mar completamente plano. Se veían embarcaciones deportivas que al parecer no se atrevían a alejarse de la costa y también barcos grandes, fúnebres y grises, que entraban con parsimonia al puerto inmenso y erizado de grúas, buscando cueva, como descomunales artrópodos.

Al mediodía el cielo empezó a llenarse de bruma, desapareció la costa con sus edificios tiznados y se hicieron humo los enormes puentes de hierro. La señora Dickson estaba ahora sola entre un cielo cada vez más pesado y gris y un mar también pesado que movía como sin ganas sus aguas verde oliva.

Almorzó frutas secas y frijoles fríos.

Pensaba que era la distancia, no la bruma, la que se había llevado la costa. Pero sabía que todavía no podía estar en mar abierto, pues aún se oían las campanas de las boyas que indicaban la entrada al puerto. Desde

uno de los trasatlánticos que llevan turistas a las Bahamas vieron el pequeño velero azul oscuro y azul claro. Sus velas mandarina en la bruma parecían color púrpura, la cabina de tejas de zinc era difícil de descifrar y la bicicleta y otros enseres también parecían confusos, amarrados en la proa. El capitán del trasatlántico dijo no acabar de asombrarse de lo que se podía ver flotando en el agua y dio el reporte a los guardacostas. Ella vio pasar el enorme barco, lujoso, inútil, y lo miró, sin afecto, perderse entre la bruma.

Llegó la primera noche y la señora Dickson arrió las velas, echó el ancla para no derivar y se fue a dormir bajo cubierta. Soñó con ratas blindadas que cruzaban por el cielo. Despertó, sintió el movimiento del mar, volvió a dormirse y soñó con esqueletos de caballos. Lloró en el sueño. Y cuando otra vez hubo luz, subió a cubierta y vio que las nubes se habían espesado. No eran vagas y grises como el día anterior sino compactas y casi negras. El agua estaba densa y quieta. Los rascacielos todavía podían verse al noroeste, muy grises y nítidos, muy pequeños y lejanos bajo los masivos nubarrones. Se orientó de nuevo: había dejado la entrada al puerto y estaba un poco hacia el sur, a unas treinta millas de la costa. Todo era verde oscuro. La bicicleta amarrada en la proa parecía inventada por una imaginación calenturienta. Se hizo evidente que una tempestad iba a desatarse.

En tales casos, había leído, si uno no puede regresar al muelle, cosa que la señora Dickson no estaba dispuesta a hacer por nada del mundo, debía tratar de colocarse a sotavento de la dirección de la tormenta, indicada por la dirección en que viajan las nubes, y anclar largando una extensión de por lo menos siete veces la profundidad del agua. Arriar las velas, asegurar todo equipo suelto y acomodarse bajo cubierta lo mejor posible para esperar el primer embate. También resultaba conveniente sumergir un balde atado por la popa a una cuerda de al menos veinticinco pies, con lo cual se disminuye la velocidad de la deriva. Si venteaba primero y después empezaban a caer los goterones, existía alguna posibilidad de que la tormenta no llegara demasiado fuerte y no durara demasiado; pero si empezaba a llover cuando todo estaba aún quieto, lo mejor era prepararse para un largo asedio.

Después de horas de calma completa, un viento suave empezó a soplar sobre un mar que ya había comenzado a inquietarse. La señora Dickson pensó que la tormenta la había sobrepasado y se iba a desatar tierra adentro, hacia el nordeste. El cielo sobre su cabeza había tomado un tono gris brillante, como si fuera a aclararse, mientras que por los lados de la costa estaba negro como el carbón. Levó el ancla, sacó el balde del agua, volvió a desplegar las velas y el barco empezó a avanzar por aguas picadas que parecían retenerlo.

Navegó casi una milla y otra vez se acabó el viento y las velas quedaron colgando como trapos. La selva gris de un aguacero colosal apareció de la nada, avanzando entre truenos y relámpagos, y el barco empezó a subir y a bajar, traqueando, por olas que cada vez eran más grandes. La señora Dickson se asomó por la borda a vomitar y cuando levantó la cabeza el ventarrón del aguacero estaba encima. No tuvo tiempo de volver a echar el balde o el ancla al agua, mucho menos de arriar y asegurar las velas.

El ventarrón llegó con agua y granizo y el granizo hizo sonar el barco como una maraca gigantesca. Las velas se hincharon monstruosamente e hicieron gemir el maderamen, pero por fortuna se rasgaron y se volvieron harapos antes de que echaran el barco a pique o arrancaran de raíz la arboladura. Una ola barrió la cubierta y se llevó la cabina. Las tejas rojas de zinc volaron y se perdieron como vampiros entre la grisura de la lluvia y el resplandor de los relámpagos. Al mar fueron a dar muchos bultos que habían sido amarrados en cubierta; al mar casi va a dar la señora Dickson, quien resistió abrazada a la base del mástil y empezó a arrastrarse hacia la escotilla.

El barco subió una ola alta como un cedro, se sostuvo un horripilante momento en la cresta y se dejó caer como si buscara el centro de la Tierra. Otra ola barrió la cubierta y le arrancó los zapatos a la señora Dickson, quien pudo sostenerse todavía, siguió arrastrándose y se dejó caer por la escotilla.

Cuando logró cerrar la compuerta ya había entrado mucha agua. En la penumbra se revolcaban cobijas, latas, frascos y papeles. La señora Dickson, despatarrada en el piso, exhausta, sentía el repugnante revoltijo de cosas blandas y duras, sopa helada que la envolvía golpeándola, casi

asfixiándola si el barco subía la ola, y la arrastraba, golpeándola, si se dejaba caer a los abismos. Se dio un golpe en la cabeza contra algo filudo y empezó a sangrar mientras el revoltijo volvía a empujarla por el piso hacia la popa. Regresó chapoteando, con una cobija helada y babosa envuelta en el cuello y, ya en la proa, logró aferrarse a las barandas de la litera. La cobija, las latas, las cuerdas, todas las criaturas que amenazaban con arrastrarla y ahogarla intentaron arrastrarla otra vez hacia la popa, pero la señora Dickson se pudo liberar y logró treparse a la litera. No podía oír el estruendo de la tormenta porque sus oídos estaban repletos del ruido de su propio corazón a punto de estallar. Ya no tenía nada para vomitar, pero su estómago seguía contrayéndose hasta ponerse sólido.

La luz de los relámpagos entraba por las claraboyas. La señora Dickson, que se había amarrado con una sábana por la cintura a las barandas de la litera, sentía que la náusea daba paso a un agotamiento ciego. Durmió o perdió la consciencia por un rato mientras el barco daba tumbos en el mar.

La luz de los relámpagos alumbraba la sangre que bajaba de la frente de la señora Dickson, único color en la lividez mercurial de a bordo. La señora Dickson recobró la consciencia y, acurrucada en la litera, oyó rugir la tormenta. El barco subía y bajaba, crujía y aguantaba. Si las olas lo agarraban de costado parecía como si hubiera llegado ya el fin, como si fuera a reventar en pedazos y convertirse en espuma. Pero siempre lograba enderezarse.

Llegó la segunda noche, y el rugido y el movimiento incesantes parecieron centuplicar la oscuridad. No se sabía dónde era arriba, dónde abajo. La señora Dickson sintió sed, pero como no quería desatarse, pues el movimiento podía matarla entre su barco, decidió aguantar hasta la madrugada, cuando llegara la luz. Tiritó la noche entera. «Caballos de mar, estrellas de mar, palmeras mecidas por el viento». El mundo era una interminable vorágine, un eterno entrevero de dolor y resistencia. «Cruz del Sur, luna dulce». El barco se volteó como si fuera a irse al fondo del mar y ella vio por la claraboya una estrella que brillaba en un pequeño boquete entre los nubarrones.

Amaneció y aún no se había ido a pique. El barco crujió, subió, bajó, fue zangoloteado todo el día y la siguiente noche entera. La señora

Dickson, lavada y relavada, pálida como una muerta, empezó a distinguir las cosas, dibujadas por un resplandor turbio que no parecía venir de ninguna parte. La sed era una gorda palpitación en la lengua y la garganta. Ya no sonaban truenos ni alumbraban relámpagos, pero el mar parecía tan enloquecido como antes: el viento ensordecía y los espumarajos se tragaban el barco y volvían a escupirlo.

La claridad del nuevo día se estabilizó en una grisura lechosa. Todo dolía, como si huesos y coyunturas se hubieran llenado de espinas. El garrafón de agua se había soltado y daba tumbos entre el amasijo. Dos veces trató de agarrarlo y dos veces volvió a escapársele. Tratando de cogerlo, la señora Dickson sentía la sábana tallándole el estómago y las costillas. El extintor de incendios la golpeó en el hombro. Por fin atrapó el garrafón y bebió con avidez mientras el movimiento del mar se lo alejaba y se lo volvía a acercar con violencia, golpeándole los dientes. Creyó oír un helicóptero.

Volvió a despertar y otra vez era de noche. El chillido del viento había disminuido pero el mar seguía tan agitado como antes. La voz de Ruth, que cantaba, resonó en alguna parte. La señora Dickson no sabía si el barco había hecho más agua ni por cuánto tiempo estaría en condiciones de resistir. Los hombres lagarto, aleteando con sus esmeraldinas alas de coleóptero, pasaron asquerosos por el cielo. Por las claraboyas entraban regueros de estrellas. La señora Dickson defecó en los pantalones y lloró un rato. «Dedos de mi mano, corazón en mi pecho». Y las gaviotas devoraban personas que se retorcían atadas a maderos que flotaban en el agua. El barco seguía enderezándose con dificultad cuando lo agarraban las olas de costado: flotaba de lado un rato y se movía lentamente, como si ya estuviera sumergido y girara con pesadez buscando el fondo del mar. Ruth, en alguna parte, empezó a dar alaridos.

Y otra vez se hizo de día —el quinto—.

Chorros de sol entraron por las claraboyas e hicieron brillar los detalles del desastre. El pito de un carguero sonó una vez, volvió a sonar, y la señora Dickson se desató de la litera y se arrastró hacia la escotilla.

El capitán del carguero declaró más tarde que había visto asomarse a la señora, sí, pero que el mar todavía estaba demasiado picado para

intentar un rescate. Le preguntaron si les había hecho señales o más bien parecía aterrorizada, y respondió que no podía decir si estaba aterrorizada, pues los barcos se encontraban demasiado lejos uno del otro y no se podía ver con detalle, pero que no había hecho señal alguna. Le preguntaron si él había pensado que el barco de la señora todavía podía resistir, y contestó que no, que el barco parecía querer irse a pique en cualquier momento.

Lejos, cerca de la costa, volvieron a pasar los helicópteros. La señora Dickson miró alejarse el carguero, grande y negro, navegando en olas coronadas de espuma que subían hasta casi unirse a nubes algodonosas que flotaban con lentitud en un cielo muy azul. Vinieron los helicópteros. La señora Dickson, todavía asomada en la escotilla, parpadeaba en la luz brillante sin ver o sin querer ver las escalerillas de aluminio que caían de los helicópteros y golpeaban contra el barco.

Un hombre vestido con chaqueta amarilla de nailon en la que relumbraba el sol empezó a bajar por una de las escalerillas y a gritar cosas que se desbarataban entre los ventarrones de las aspas y el movimiento del mar. La señora Dickson no quiso responderle. El hombre volvió a subir como un simio esplendoroso y se metió de nuevo al helicóptero.

«Parece que la vieja quiere hundirse con el barco, Jack», le dijo al piloto, quien hizo subir bruscamente el aparato, como para arrebatárselo a las olas. El viento de las aspas deshacía los espumeros rabiosos.

La señora Dickson no era vieja. Apenas llegaba a los cincuenta, pero como estaba desgredada y pálida, y como barco y helicóptero no permanecían quietos, era difícil calcularle los años. Los helicópteros se perdieron y ella se quedó en la escotilla como mirando el cielo. El barco navegaba de costado. Cuando alguna ola barría la cubierta, bañaba a la señora Dickson, quien ya no se preocupaba del frío o de que el barco pudiera hacer más agua.

Verónica, después de volar la noche entera, había insistido en subirse a la embarcación en la que iba a intentarse el rescate. Salieron de A. City. El casco de acero se les metía a las olas, las quebraba, las reventaba y desperdigaba sus añicos. Al mando iba un señor fuerte y calvo, de voz tranquila pero firme: el capitán Thad Allen del servicio de guardacostas.

Los helicópteros volaban en círculos e indicaban la ruta mientras Verónica miraba cómo la luz golpeaba la espuma que el barco levantaba.

De lejos el barco de la señora Dickson parecía una tortuga medio muerta mecida por olas muy verdes y altas; de cerca, una carcomida estructura que de lo podrida hubiera podido alcanzar la liviandad necesaria para flotar a la superficie. La bicicleta, amarrada a la proa, había resistido la tormenta y goteaba colgando de la cadena. También el mástil había aguantado y parecía un palillo de dientes clavado a un banano podrido.

«¡Jesús Cristo!», dijo Thad Allen.

Uno de los marineros, el oficial John Tolenjko, dijo más tarde: «La señora estaba asomada a la escotilla, muy pálida. Sus ojeras se explayaban en sus mejillas hundidas. Tenía una herida en la frente. Sus labios estaban blancos y los movía con dificultad, como si estuvieran adheridos a los dientes».

Si Verónica no hubiera estado presente, a la señora Dickson la habrían tenido que dejar hundir con su barco, o amarrar para salvarla. Tan pronto la subieron al guardacostas se sacudió a quienes la rescataban, como si le repugnara el contacto físico con ellos. Dejó caer la cobija con que la envolvieron y sólo quiso aceptarla cuando Verónica volvió a ponérsela. Tolenjko dijo que en el momento de sacarla del barco los había insultado. Thad Allen dijo que no cabía la menor duda de que le habían salvado la vida.

En la herida de la frente el hueso sin sangre aparecía blanco como el marfil.

El mar estaba tranquilo y el cielo poblado de gaviotas. El barco de la señora Dickson, inútil armazón de maderas, después de dejarse arrastrar a lo largo de dos millas empezó a hundirse con lentitud y desapareció de la superficie del mar.

En el muelle había policías, paramédicos y un par de periodistas. Cuando los periodistas le preguntaron por la razón de su viaje, la señora respondió que había querido ayudar a la gente.

No dijo más.

No hubiera dicho nada, pero quería dejar en claro que no la había movido ningún propósito publicitario, ningún ánimo de lucro, ninguna



búsqueda de gloria personal.

*OceanofPDF.com*

## VÍCTOR VIENE DE REGRESO

### [1993]

Me dijeron que caminara tres cuadras hacia el norte y que doblara a la izquierda. Que entonces caminara media cuadra y que del lado *east* de la calle y medio escondido por las ramas de una magnolia encontraría la señal de la parada del bus. A cada paso cascabeleaban en mi maleta las maracas del mico habanero de pilas que hace ya doce años le compré a la niña antes de salir de Nueva Orleans, donde viví casi tres. Y la magnolia y el aviso estaban ahí, en el centro de un círculo casi perfecto de flores caídas.

Cuando soplaban el viento el clima parecía frío, pero en realidad hacía calor y la piel se sentía pegajosa y se sudaba. Y en el calor los recuerdos empezaban a oler, como un perro muerto en un manglar al mediodía: «Maldito loco», había dicho ella con la sangre escurriéndole por la boca y las narices.

En el bus el aire acondicionado me secó las sienes y la espalda. «Seis o siete paradas», dijeron, «y se baja frente a un edificio grande, con dos chimeneas, que es la compañía eléctrica. Pregúntele al chofer. Ahí hay una estación de *subway*». Pero entonces me olvidé de preguntar y me pasé, y el chofer detuvo el bus y dijo que era la última parada. «Adónde quería ir», me preguntó, y yo se lo dije. «Mejor tome el tren», me dijo, y señaló hacia donde yo debía caminar. «Se puede devolver en bus pero de aquí salen cada hora los domingos», dijo, «mejor váyase en tren. Cuatro o cinco cuadras y allá iba a ver las carrileras elevadas». Caminé al lado de puestos de frutas que olían a melocotones y al lado de pescaderías de donde salía el olor a róbalo y a pulpos. En la maleta, que me colgaba del hombro y empezaba a cansarme los tendones del cuello, cascabeleaban con el ritmo de mis pasos las maracas. Y apareció el elevado del tren con el tren en el lomo, veloz como una lagartija, y en el fondo, entre una espesa hilera de edificios, apareció también el mar.

Mejor quedarse acá que en el aeropuerto, pensé, seis horas en un aeropuerto. Y después de ver el mar y mirar por un rato desde lejos las olas que reventaban contra las piedras del tajamar, caminé por el entablado hacia el sur, donde se veían dos montañas rusas y una rueda de Chicago. En las bancas del entablado infinito que se extendía a lo largo de la playa había ancianos de cuerpos musculosos y ancianas con sombreros anchos, que se cubrían el caballete de la nariz con cartones blancos para protegerse de un sol que, en ese momento, no había. Alguien llamó y, por un instante, pensé que me llamaban a mí, a Víctor. Pero no era a mí (gritaban en ruso) y entonces volví a mirar el mar, donde un velero se internaba precario, como si empezara un viaje al fin del mundo.

«Maldito loco», había dicho y se había encerrado en su cuarto a llorar. Hace quince años. Y entonces llamó a Saúl y le dijo que tenía miedo, que se habría separado hacía mucho tiempo pero que había sentido lástima por mí y por la niña, y que ahora tenía miedo porque yo podía matarla o algo. No, de milagro la niña no se había despertado, dijo. No, no creía que le hubiera quebrado la nariz, dijo, mientras afuera el mar del trópico golpeaba con fuerza el malecón.

Mar adentro la neblina se había tragado el velero y ahora deshacía el buque cisterna que cuando empecé mi trago apareció, sin forma y fúnebre, por las puertas del bar. Las puertas eran anchas, daban al entablado, daban después a la arena con gaviotas (casi dos cuabras de arena hasta el agua) y después al mar. El cantinero dijo que nunca habían conocido una primavera tan húmeda y caliente.

El mar del trópico golpeaba con fuerza el malecón. Y yo empecé a llamarla. Que no tuviera miedo, que ya la rabia se me había ido, le decía. Le decía nombres cariñosos por debajo de la puerta para que pudiera oírme. No lloraba y ya no hablaba por teléfono. Saúl y todos seguramente venían en camino. «¡Lárgate!», gritó desde el baño con una voz tranquila que helaba el corazón.

Las gaviotas revoloteaban sobre el entablado, caminaban en la arena, flotaban en el agua, cerca de la playa, y también volaban sobre el mar, entrando y saliendo de las brumas húmedas. Por un momento un chorro de sol se abrió sobre el agua, como si fuera a aparecer la mano de Dios,

pero volvió a cerrarse. Dejé la maleta en el bar y caminé por la arena, cerca del agua, donde vi conchas de almejas, de color metálico, que evité pisar para que no sonaran como cáscaras de huevo; caparazones del horrible cangrejo que aquí llaman cangrejo herradura, y vidrios de botellas ya sin filo, pulidos por el mar como esmeraldas.

En la arena, cerca de las piedras de uno de los rompeolas, había un triciclo cubierto de algas; y en el rompeolas, aferrados a las piedras, había almejas, cangrejos color de piedra y borrosos caracoles. En el aire había helicópteros, aviones.

Llegaron Saúl y todos, y ella abrió la puerta y salió del cuarto sollozando y mirándome. Yo no podía creer que todo estuviera ya perdido. Se encerró en el cuarto con los otros y yo me quedé en la sala con Saúl. Él es grande, y es de los que quieren estar siempre contentos. Y me dijo que no había nadie más dañino que una persona sin humor, nadie más aburridor que un romántico. Pero lo que me molestó fue que me llamara compadre.

«Lo que pasa, compadre», dijo, «es que uno no puede andar a toda hora...», y yo le dije que cuál compadre ni qué nada, que quién era él para ser condescendiente, maldita sea, él, que nunca había tenido los cojones para sentir, que se había casado con una imbécil por la plata, y que lo único que sabía hacer era mirar ganado, el de ella, y rascarse la barriga.

De vuelta al bar vi una sombra defecando bajo el entablado. «Cuatro y cuarenta y dos», me dijo el cantinero. Dos horas, pensé, salir cuando empiece a anochecer. Cerré los ojos y sentí el perfume de la ginebra del martini que me subía helado por los huesos de la cara. Alguien se sentó a mi lado en la barra, tapándome la vista al mar, y por un momento tuve el impulso de decirle alguna cosa. Pero pensé en lo que podía pasar si decidía no moverse y llevé mi copa al extremo de la barra, cerca de la puerta. Un albino de gruesos lentes color de rosa pasó por el entablado comiéndose un helado. Del puesto que funcionaba al lado del bar llegaba el olor a papas fritas y a grasientos camarones empanados.

Cuando volví a saber de mí, tenía en la mano la Estatua de la Libertad de bronce que el suegro nos había traído de uno de sus viajes. Todo el mundo me agarraba. Saúl cargaba una silla como un domador de circo, y

apenas vi la estatua la solté y dije que ya me podían soltar y me soltaron. Saúl puso la silla en su puesto en el comedor y se fue, y a mí Sofía, la hermana de Saúl, me llevó al baño y empezó a curarme la cortada de la ceja con agua oxigenada. Le pregunté por ella y Sofía dijo: «Está con la niña ahí y quiere que te vayas».

Caía la noche y era hora de salir. Pero como la luz se iba con mucha lentitud y hacía aún más grandes, al retirarse, los nubarrones negros que habían remplazado a la neblina húmeda, y como las gaviotas cada vez parecían ser más numerosas, decidí esperar media hora, hasta que hubiera noche completa. Un remolcador con todas las luces encendidas pasó frente al bar navegando, seguido por gaviotas que en aquella luz parecían más murciélagos que aves, en un agua en la que había ya más tinta negra que restos de luz.

«Vaya a la avenida», me dijo el cantinero, «pero no se vaya por allá», y señaló una calle que salía de la playa, paralela a una de las montañas rusas que estaba en ruinas y cubierta de maleza, «porque pueden atracarlo. Váyase por aquí, por entre los puestos de diversiones», dijo, y yo caminé con mi maleta por entre puestos repletos de luces y bulla, donde se anunciaban mujeres barbudas o caballos enanos argentinos, por entre puestos donde podía disparárseles a caras de payasos con rifles oxidados y ganarse conejos azules de ojos desorbitados, a veces más grandes que personas. Después de tomar la autopista, el taxista me preguntó por la hora de mi vuelo. «No hay problema», respondió cuando se lo dije.

Si alguien me preguntara para qué quiero volver, yo no podría señalar nada preciso: la niña, tal vez, los colores, la abundancia de alcatraces. Me gustaría entrar a algún pueblo donde los almendros poblados de chicharras aguanten la luz caliente al mediodía y ver ondear los colores de la bandera en la escuela, en la alcaldía, como el ala líquida de un guacamayo. Es como querer volver sin saber muy bien adónde; algo en la periferia del ojo, que desaparece cuando uno trata de enfocararlo.

Un día, ya después de mucho tiempo en Nueva Orleans, y mientras me quitaba las botas llenas de pegotes de cemento, me di cuenta de que lo que alguna vez había sido un desgarrón estaba aún ahí, como un roto perpetuo en el mar después de que el buque se va a pique. No había

podido olvidarla. Un rayo se multiplicó como las patas de un mangle tras uno de los puentes y el agua empezó a caer a chorros sobre el parabrisas.

Cambió los cerrojos de las puertas y me hizo arrestar una noche en que yo la había telefoneado, le había timbrado, les había tirado piedritas a los vidrios de las ventanas para que me abriera y habláramos. Al otro día, cuando se aseguró de que yo estaba sobrio, hizo que me soltaran. Pedí mis vacaciones y desaparecí entre los metederos del puerto.

Las plumillas no podían con el agua. Conté el poco dinero que tenía y le pregunté la hora al taxista, quien, con el estrépito de la lluvia, pareció no oírme. Qué más da, no hay nada que pueda hacerse, pensé y entonces, sin darme cuenta, le grité que se apurara y él dijo que no había nada que hacer, que el tráfico con la tormenta se ponía fuerte, jefe.

Y después debí escapar también de los metederos del puerto (soñaba con matarla) en el buque de un capitán que antes de entrar a Nueva Orleans me hizo emborrachar otra vez para que me pudiera acomodar sin pánico, como un faraón, dijo, en el espacio del tamaño de un ataúd que hizo abrir para mí en el centro del enorme cargamento de bananos. Y desembarqué pálido y sucio en los muelles desiertos, y entré a la ciudad como un espectro cuando ya la noche se había puesto azul y en las calles confluían las primeras personas que iban al trabajo y los últimos borrachos. El chofer dijo que un camión se había salido de uno de los puentes y se había ido al río. Tuvimos que buscar un desvío. Y mientras yo formaba la imagen del chofer del camión sentado en su cabina con los ojos muy abiertos y el cabello meciéndosele en el fondo del río, el taxi daba una curva rápida que me produjo un poco de náusea y abandonaba la autopista. Dos ambulancias se nos vinieron encima ululando y llenaron de luz el agua y el vapor de agua que se acumulaba en las ventanas.

Anduvimos rápido entre las calles de una zona industrial borrosa y oscura. Pasamos al lado de la enorme base de uno de los puentes colgantes y tomamos otra autopista que se disparó aérea sobre lo que parecía ser un cementerio grande como el mar, donde se apeñuscaban lápidas y bóvedas. El chofer me vio quitando el vapor de las ventanas con la manga de la camisa y dijo que era el cementerio más poblado del mundo. Volvimos a salir de la autopista, dimos tres o cuatro vueltas en

espiral y caímos a otra autopista elevada, donde los carros se adensaban otra vez como la gelatina.

Todo se había perdido de nuevo, pensé. Después de un rato se lo dije al taxista y él me dijo: «Puede que hayan retrasado el vuelo, jefe».

«Olvídese ya, lléveme adonde me recogió, ¿se acuerda?», dije, y en la primera oportunidad salimos, y el taxi, triunfal como una carroza entre la lluvia, pareció volar ahora por autopistas que en aquel sentido no tenían tráfico.

Me dejó al pie de la rampa y subí, acompañado del ruido de las maracas, cubriéndome con un periódico que me arrebató el viento apenas pisé el entablado. Para qué querer volver, si no se puede, pensé. El mar se despejaba y los nubarrones de la tormenta se alejaban hacia el sur. Un avión, iluminado como un palacio, cruzó por el cielo, y yo pensé que bien podía ser el mío.

La luz del bar formaba un rectángulo sobre el entablado y, más allá, en la oscuridad, uno alcanzaba a ver la espuma de las olas. La ginebra del martini me subió otra vez helada por los huesos de la cara.

«Hotel Shore», me dijeron, «no vaya al Surf, salga a la avenida y justo al frente de la entrada sur del parque de diversiones está el hotel. No será muy limpio pero tampoco es caro, y en todo caso no es peligroso».

La mañana siguiente llegó llena de sol y yo caminé liviano por la avenida y doblé a la izquierda para ir al mar. La humedad se había ido. En la acera una mierda de perro se dibujaba nítida en la luz cristalina y, más adelante, casi llegando a la montaña rusa en ruinas, una pluma de gaviota brillaba perfecta en el pavimento, cargada de rocío.

Por todos los rincones del esqueleto de la montaña rusa, cuyas maderas tenían la calidad de las de los barcos que han estado demasiado tiempo varados en las playas, subían enredaderas llenas de esas flores azules en forma de campana que sólo se abren por las mañanas.

Y que hay mucho allá también, pero que ya ni logro recordar cómo las llamábamos.

# EL EXPRESO DEL SOL

## [2016]

*En memoria de don Gabriel, esta historia formada con lo poco que conozco o recuerdo y lo infinito que he olvidado o ignoro.*

—Pasado mañana es tres —dijo la mamá.

—Noviembre ya —contestó Emma—. Voló este año.

Al día siguiente madre e hija sacaron la cama y demás muebles de la habitación que tenía vista a los mangos y a la tapia del patio, y que serviría de vagón, y pusieron allí dos filas de sillas. Quitaron los adornos y los cuadros de la sala, para convertirla así en sala de espera. Pusieron en un pasillo el escritorio, que sería taquilla primero y después mostrador de tienda, y sobre él la pila de cartulinas negras en las que, para no confundirse, y desde el segundo viaje, habían escrito en blanco, por orden de llegada, los nombres de las estaciones. En La Dorada harían la conexión con el Expreso del Sol.

Jesusita y don Rafael habían hecho el primero de estos viajes cuatro años atrás. Don Rafael —muy deteriorado, no del cuerpo, pues seguía flaco y fuerte como siempre, sino de la memoria y el entendimiento, que tenía casi en ruinas— llevaba ya mucho tiempo, meses, sentado en una silla en el patio o en una mecedora en la sala, sin hacer nada ni desatar palabra. Ni siquiera había sido necesario mantener con llave la puerta de la casa, como habían recomendado los médicos, para que él no se fuera a la calle y se extraviara, pues don Rafael no estaba interesado en el mundo exterior. Se vestía sin ayuda, se aseaba sin ayuda, comía sin ayuda, y pasaba las horas, quieto en la silla, solamente respirando y mirando hacia adelante. Hasta que una tarde Jesusita lo vio bajar la maleta de la parte alta del clóset y ponerse a empacar.

—¿Te vas? —le preguntó, y él le dijo que sí y le pidió que hiciera la maleta ella también, porque salían para Barranquilla. La madre cumplía



años, dijo don Rafael, y estaba allá esperándolos a todos para que se los celebraran. Jesusita agarró el asunto al vuelo y no tuvo necesidad de preguntarle que cómo pensaban viajar, pues don Rafael, desde la época en que trabajó como agente de la Singer, antes de vivir en Honda y de casarse con Jesusita y de abrir la ferretería y de perder el entendimiento, había sido muy aficionado al tren.

—Tu mamá se murió hace cinco años, Rafael, y el tren ya se acabó —le dijo aquella primera vez, pero él siguió empacando.

Jesusita hizo una pausa mientras estudiaba la situación.

—Listo. Nos vamos, entonces.

Como nadie estaba preparado, en ese primer viaje tuvieron problemas con la alimentación, con los nombres de las estaciones y también con el espacio para el vagón, que aquella vez Emma y Jesusita debieron improvisar rápidamente en el comedor. Aprendieron después a organizar las cosas, y la visita a la Costa se convirtió en un viaje de sueño, un viaje de placer, no importaba que sufrieran a ratos y se demoraran tantas horas, pues Barranquilla es lejos, y que ella tuviera cada año, al final de la estadía, el feo y consabido encontrón con el carácter imperioso de su difunta suegra.

Emma revisó que las cartulinas con los nombres de las estaciones estuvieran en estricto orden y puso la boletería en el cajón del escritorio.

—Este año voy a ofrecer quesillos —dijo.

Era la menor de ocho hijos y la única que aún vivía con ellos. El vestuario que mantenía para el viaje anual de su padre a la Costa era muy completo: vendedora de quesos, vendedora de almojábanas, vendedor de los que cargan un palo con dulces de colores, señora dormida en banca de estación, policía de bigote postizo y bolillo, hombre joven y solo que bebe aguardiente a pico de botella, y muchos otros.

—Y panelitas —dijo Jesusita.

Por la noche don Rafael hizo la maleta y ella se aseguró de que nada se le quedara. La última vez había llevado ocho calzoncillos y se había olvidado de las medias. Dos pares iba a necesitar, para los dos días que pasarían visitando a la familia de él en Barranquilla. Al final del viaje del año anterior, la madre de don Rafael, muerta hacía nueve años, a la edad de noventa y cinco y en plena posesión de sus facultades mentales —

demasiadas facultades y mucha posesión, opinaban algunos de sus nietos —, había insistido, igual que cada año pero con más vehemencia que nunca, en que don Rafael se quedara con ella, pues era una tontería hacer un viaje tan largo para una estadía tan corta. Cuando ya lo iba a convencer, casi a obligar, Jesusita debió intervenir en la conversación, disimulando el miedo y un poco a ciegas, pues no podía saber lo que la suegra decía, sólo lo que don Rafael le respondía. En todo caso, se dio mañas y al fin logró que le permitiera regresar.

Jesusita y don Rafael llegaron demasiado temprano a la estación, compraron el tiquete y se sentaron.

—Ojalá no venga atrasado otra vez —dijo ella, mirando el reloj redondo de la sala de espera.

—Estamos bien.

—Sí, ¿no?

Vestida de mujer que atiende un mostrador, Emma le vendió dos cafés al papá en el escritorio, que ahora hacía de tienda, y cuatro panelitas. A pesar del calor, don Rafael tomaba el pocillo con las dos manos, como si quisiera calentarse. Jesusita le había empacado un suéter de lana, pues por las noches incluso en Honda sufría de frío.

—Ya se lo oye —dijo al rato don Rafael.

Ella miró el reloj. Sólo veinte minutos tarde. El año pasado el retraso había sido casi de una hora, por un derrumbe en el Alto de la Mona, y habían estado a punto de perder la conexión. Le gustaban mucho los viajes a Jesusita, y más este, que podía durar de veinticinco a treinta y cinco horas y en el que pasaban tantas cosas. Se entregaba de tal manera a él, que alcanzaba a sentir y disfrutar más que nadie el olor de la vegetación que entraba por las ventanillas e incluso el acre olor del combustible diésel de la locomotora.

—Sí. Ya se lo oye.

El viaje a La Dorada no ofrecía muchas emociones, pues lo habían hecho demasiadas veces durante los años en que vivió allí el mayor de sus hijos. Jesusita se sabía el trayecto de memoria, y no se aburría, no, Jesusita nunca se aburría, pero el verdadero viaje para ella comenzaba en La Dorada. Se durmieron los dos durante todo el trayecto y al llegar a la estación los despertó la voz de Emma, que corría detrás de los vagones

ofreciendo uvas, ofreciendo tajadas de piña. Y corría tan bien, Emma, que don Rafael no sólo la vio a ella sino también a los grupos de niños y adolescentes que se habían volcado al andén con todos los productos del mundo. Salieron los dos del vagón entre el desorden de vendedores, fueron al baño y poco después se subieron al Expreso del Sol, que no hacía mucho había llegado y tardaría diez minutos en salir, según les informaron los mismos vendedores.

Jesusita se acomodó en su silla y, abanicándose, se asomó por la ventanilla, para ver dónde estaba Emma. En La Dorada se había afianzado ya el calor de la mañana y el abanico no lograba mitigarlo. Como pasaba siempre, los diez minutos se convirtieron en quince, en veinte, en media hora, hasta que por fin arrancaron y la brisa de los ventiladores refrescó el ambiente.

—Se siente el olor del río —dijo Jesusita.

Se durmieron poco después de salir de La Dorada, mecidos por el vaivén del vagón, y al despertar estaban pasando por Caño Alegre, población que no tenía estación propiamente dicha, sólo andén, y en la que el tren no paraba. Jesusita le entrecerró los ojos al viento. Se sentía, se palpaba casi, el olor de la maleza que había a lo largo de los rieles. Cinco horas de viaje habían pasado en menos de un parpadeo. De una canasta, Jesusita sacó sánduches, que la noche anterior había partido en triángulos, después de recortarles los bordes, y que tenían huevo, mortadela, tomate, lechuga y mayonesa. Del termo, que también venía en la canasta, sirvió limonada fría.

El día alcanzó su máximo brillo. Don Rafael vio los novillos que se protegían del sol bajo las ceibas y caracolíes en los potreros que el tren atravesaba, mientras las garzas que se les paraban en los lomos les quitaban las garrapatas o simplemente se quedaban allí, dueñas del mundo. Los parales de un puente de hierro cruzaron rápidos por la ventanilla, y abajo, en un pequeño río, don Rafael vio a Emma golpear ropa contra una piedra y levantar la mirada para verlos pasar. Ni él ni Jesusita tuvieron tiempo de responder a su saludo, pues la ventanilla fue tapada por un matorral veloz, y salieron otra vez a la amplitud de los pastizales con ganado.

Don Rafael observaba con sobrio afecto a su mujer, que llevaba ya un buen rato entrecerrándole los ojos al viento de nuevo. Él no era persona de disfrutar de brisas ni del olor de la vegetación, y tendía más a admirar asuntos prácticos, un cerco particularmente bien levantado y templado al lado de la carrilera o un majestuoso tendido de cables de alta tensión. Hasta que empezó a perder el entendimiento, don Rafael había trabajado en su ferretería y quizás por eso lo atraían las cosas de metal, fueran ellas pequeñas, como los mecanismos de los relojes, o grandes, como los puentes de hierro o el tendido del Ferrocarril de La Dorada. Su hermano Jaime estaba ahora a su lado y le hablaba de las veces que habían ido a pescar a la Ciénaga Grande. ¿A qué horas se había subido?

—Jaime está trabajando en Nare —dijo don Rafael.

Jesusita no quiso recordarle, pues él lo olvidaría de inmediato, que Jaime había trabajado muchos años en Cementos Nare, sí, pero se había jubilado hacía más de diez y ahora vivía en Barranquilla. Si a eso se le podía llamar vivir, pues estaba muy mal por el enfisema.

—¿Otra vez? —preguntó Jesusita—. Y bien poquito que le gustaba el puesto.

Don Rafael miró por la ventanilla y aguzó la vista.

—La cúpula de la iglesia de Puerto Nare.

—¿La alcanzas a ver?

—Una de la tarde en el reloj.

Jesusita no se tomó el trabajo de mirar el suyo. Esa sería la hora.

Don Rafael se durmió con la barbilla en el esternón y un mechón de pelo lacio, vigoroso, gris, sobre la frente, y Jesusita se levantó de la silla y fue a hablar con Emma, que tomaba café con pan, acodada en la mesa de la cocina. Emma había telefoneado a Flor, la hermana mayor, quien vivía en Armero y vendría a acompañarla durante la tarde y la noche. Con los demás sólo se podía contar para ciertas cosas, o en situaciones de urgencia, pues trabajaban demasiado y tenían hijos pequeños y obligaciones. Todos permanecían pendientes de las peripecias del viaje, eso sí, y cuando pasaban por la casa daban un vistazo al vagón y le dejaban a Emma almojobanas, chorizos o avena helada para la venta.

Poco antes de Puerto Berrío se desató un aguacero. Emma estaba en la estación, protegida por un poncho de hule, y les ofreció tajadas de

piña, uvas y mandarinas que cargaba en un canasto. La lluvia había ahuyentado a muchos de los vendedores, que escampaban precariamente bajo el alero del muro, al fondo del patio, tras los mangos.

—Nada que arrancamos —dijo Jesusita al rato, refrescándose con su abanico de rosas rosadas sobre fondo blanco. Emma había apagado los ventiladores.

—Voy al baño y a preguntar —dijo don Rafael, y al momento Jesusita lo oyó soltar el inodoro del baño del segundo piso, bajar, hablar con otras personas, probablemente otros viajeros o empleados del tren, y regresar al vagón—. No está lleno, pero hay gente —informó, como si fuera eso lo que había salido a averiguar.

Para el segundo viaje, Emma había recortado diez siluetas de cartón, de tamaño natural, que representaban pasajeros o vendedores o trabajadores de los ferrocarriles. Las guardaban en un clóset, junto con las luces navideñas, y las usaban año tras año. En este momento representaban vendedores y vendedoras a quienes la lluvia salpicaba los pantalones y las faldas. Al lado de los ruedos de pantalones y faldas, don Rafael alcanzaba a ver las canastas con bollos de maíz o con tamales, con quesos y dulces de guayaba, o con gallinas cocinadas, de color amarillo casi dorado, brillantes por la grasa, nada apetitosas para su gusto, y cuyas patas apuntaban hacia el cielo.

Don Rafael comía muy poco, y sus hijos y su mujer acostumbraban sermonearlo, preocupados de que pudiera enfermarse. Usaba guayaberas azules claras o amarillas claras, casi blancas, muy bien planchadas, y su delgadez física y corrección y pulcritud de lenguaje y de apariencia siempre habían inspirado respeto. Más de cincuenta años atrás, aquella dignidad y elegancia habían enamorado a Jesusita, que cursaba secundaria en Honda. Y seguía siendo, todavía y ante todo, un impecable caballero del Caribe, don Rafael, así tuviera la memoria hecha jirones.

Apenas una hora después de salir de Puerto Berrío, el tren se detuvo de nuevo. Había dejado de llover y don Rafael vio el sol relumbrar sobre los pastizales mojados.

—Deben estar trabajando en la vía —dijo Jesusita, que conocía muy bien a su marido. Él dijo entonces lo que en cada viaje anotaba en estas

mismas circunstancias, es decir, que tenía que ser uno negro para manejar el mazo bajo ese sol tan bárbaro. Jesusita estuvo de acuerdo.

—Es que mírales las espaldas —dijo.

La cuadrilla trabajaba delante de la máquina. No eran todos negros: había también dos blancos amarillentos, ventrudos, de brazos poderosos, pero los que ahora golpeaban los rieles eran negros los dos.

—¡Qué belleza de cuerpos los de estos negritos! —dijo Jesusita, comentario notable viniendo de alguien como ella, que seguía siendo muy agraciada a pesar de los años, pero era bajita y leve de apariencia, mientras que los dos colosos que manejaban los mazos eran poco o nada aptos para diminutivos. El tren se había detenido al lado de los matarratones del cerco de la hacienda que los rieles atravesaban. El olor a pasto era muy fuerte.

Se adormilaron en el calor húmedo mientras los hombres golpeaban los hierros, con ritmo, bajo el sol, y se despertaron cuando dejaron de hacerlo. Terminada la reparación, los cuatro trabajadores se quedaron a un lado de la vía, con los torsos cubiertos de sudor, y el tren arrancó despacio, las ruedas chillando suavemente en los rieles. El viento le refrescó la cara a Jesusita, que otra vez cerró los ojos. En el fondo de su placidez persistía, sin embargo, como una espina, la preocupación por la discusión inevitable con su suegra y los problemas que se podrían presentar para el regreso. Jesusita no quería ni siquiera pensar en la posibilidad de devolverle su marido a Dios, así hubiera perdido el entendimiento y fuera a regresar a la casa a no hacer nada y a permanecer en silencio durante meses.

Cuando llegó Flor con tamales y una canasta de gaseosas para la venta, llevaban ya un rato largo detenidos en la estación de Barranca, legendaria por su calor intenso y húmedo que persigue a las personas allí donde se escondan. Flor y Emma les ofrecieron los tamales, que Jesusita pagó y recibió por la ventanilla.

—¿Están seguras, niñas, de que están frescos?

—Si salen avinagrados tienen devolución —contestaron las vendedoras, riéndose.

—¿Ah, sí? ¿Y nos quedamos aguantando hambre?

—Excelente tamal —dijo al rato don Rafael, que definitivamente estaba locuaz. Los viajes parecían devolverle algo de su juventud.

—No hace tanto calor como otras veces, pero se siente la humedad. ¿Quieres ají?

Jesusita sacó la cabeza por la ventanilla para llamar a las vendedoras, que le pasaron un frasco delgado, y don Rafael salpicó de manera abundante su tamal de rojo vivo. Emma y Flor se protegían del sol debajo de un mismo paraguas amarillo, e iban y venían juntas, jugando y riéndose. ¡Como si se necesitaran dos personas para vender un par de tamales!, pensó Jesusita, severa. Ya están viejas para andar en esas. Flor tiene hijos en la universidad, figúrense, y está demasiado robusta para andar brincando por ahí. A don Rafael, en cambio, lo conmovió ver a las dos niñas vendedoras que trabajaban, jugando, en la estación, gorda la una y la otra flaquita y muy despierta.

El tren volvió a ponerse en marcha. Al atardecer Gonzalo, el menor de los hombres, vino a surtir a las vendedoras con empanadas y arepas de maíz rellenas de queso y aprovechó para ponerse el uniforme de supervisor y recorrer los vagones revisando los tiquetes de los pasajeros. Su amabilidad natural lo hacía muy eficiente para ese trabajo, que desempeñaba sin esfuerzo y siempre sonriente. Al momento de confeccionar el uniforme nadie había podido recordar cómo se vestían los supervisores, pues los trenes se habían acabado hacía mucho tiempo, y al final se decidieron por un traje azul oscuro, de paño; un quepis, donde decía fcn bordado en letras blancas por una de las hijas, y una corbata roja, que era el color preferido de Gonzalo para corbatas. La primera vez que lo vio, don Rafael se mostró extrañado y miró a su hijo con cierta curiosidad. Nada comentó, sin embargo, y se acostumbró pronto al hecho de que les hubieran cambiado el uniforme a los supervisores.

Habían llegado otros hijos y algunos nietos, y el ambiente en el comedor estaba alegre y ruidoso. A don Rafael los precios del vagón-restaurante le habían parecido siempre un abuso y casi nunca comió allí en la época de sus viajes de trabajo a la Costa. La vez que Jesusita lo acompañó en uno de esos viajes, todavía recién casados, almorzaron en el restaurante, pues don Rafael quería que lo conociera y se admirara. Ella

se mostró escandalizada por los precios y así le dio ese gusto a don Rafael, quien dijo que la comida sentaba mal si uno pensaba demasiado en lo que había costado.

La bulla seguía y Jesusita dijo que los restaurantes de los trenes deberían tener horarios que respetaran el sueño de los viajeros. Así y todo se durmieron. Al despertar vieron el disco grande de la luna que emergía muy solemne de la cordillera, detrás de la tapia, entre dos árboles de mango del solar. Se acordó, pensó Jesusita. Creí que por estar hablando en el comedor se le iba a olvidar. La luna era de papel de aluminio y Emma la subía con una vara de bambú y la alumbraba por debajo con una linterna. Cierta vez, en uno de los viajes apareció la luna verdadera por encima de los mangos y Jesusita sintió que le había robado el milagro de la linterna. El disco que Emma levantaba parecía un gran farol o uno de esos globos de papel de seda que remontan los niños en las noches de diciembre.

—Sigue Chiriguaná, ¿cierto?

—Sigue Gamarra —dijo don Rafael y pasó a recitarle todas las estaciones desde La Dorada hasta Ciénaga, subiendo un poco la voz cuando llegaba a Gamarra y Chiriguaná, para que el énfasis hiciera que a su mujer se le quedaran grabadas de una vez por todas las benditas estaciones. Jesusita sabía cuál era la siguiente, por supuesto, pues Emma ponía el cartel de cada estación donde ella pudiera verlo bien, pero quiso preguntar, para darle a don Rafael la oportunidad de lucirse.

En Gamarra el tren se quedó una hora.

—¿Cuál será el problema, señor? —le preguntó Jesusita al supervisor, y Gonzalo le dijo que la máquina había venido molestando desde Villeta, mucho antes de que ellos dos se subieran, y que había que tener paciencia, pues iba a ser un viaje de los largos. Lo bueno de viajar es que uno nunca sabe lo que va a pasar, pensó ella, conmovida por la belleza de la luna en el copo de la cordillera.

—Lo mejor es que se duerman y verán que así no se les va a hacer tan largo ni tan caliente —dijo Gonzalo—. A los dos, claro, pero sobre todo a él, que tiene más años —agregó, y Jesusita creyó distinguir un leve toque de reproche en sus palabras, como si hubiera sido de ella la idea de estos viajes con los cuales impedía, según su hijo, que don Rafael



llevara una vida pareja y tranquila. Imaginaciones mías, seguramente, pensó, y entonces lo pensó mejor: injustos que son los hijos.

De los pueblos calientes del Magdalena Medio, el de Gamarra es uno de los más calientes y menos favorecidos por el viento. Jesusita se abanicaba y don Rafael se enjuagaba el rostro largo y delgado con un pañuelo tan blanco como la luna que Emma había colgado sobre la tapia. Un viaje sin aguantar calor de vez en cuando no sería un viaje, pensaba Jesusita, como respondiendo a lo que, según ella, Gonzalo había insinuado. Para eso mejor se queda uno en la casa, entonces.

—No creo que tarde ya más de media hora —dijo don Rafael. En el bolsillo derecho de la guayabera traía otro pañuelo, humedecido con agua de Colonia y tan luminoso como el primero, y con él se refrescaba la cara, aplicándolo sobre la piel bien afeitada de las mejillas o en la frente, y de vez en cuando se lo ponía en la nariz y aspiraba el olor para que la frescura le llegara también a su inestable espíritu. Jesusita miró a Flor y le pidió con los ojos que encendiera los ventiladores.

En el radio de pilas que llevaba un pasajero en la parte de atrás del vagón sonaba la canción *Los sabanales*, de un conjunto musical muy famoso por esos días, llamado Los Corraleros de Majagual. A don Rafael no le gustaba el vallenato, por ser música demasiado populachera, y si le hubieran mencionado el grupo habría respondido que conocía Majagual, cómo no iba a conocer Majagual, pero que no sabía nada de ningunos corraleros. No le interesaban esas cancioncitas de moda. Jesusita, en cambio, a quien, todavía a sus setenta años le gustaba bailar, sin darse cuenta cerraba un poco los puños a la altura del pecho y los movía de forma casi imperceptible, igual que los hombros, al ritmo de la música.

Desde Gamarra, o un poco antes, y como haciendo énfasis en el hecho de que se oían otras voces y estaban ya en otro ámbito, las canciones vallenatas no dejarían de sonar:

*Vivo aquí  
pintando el paisaje sabanero  
porque allí  
es donde están todos mis recuerdos.*

De don Rafael, pensó Jesusita, bien se podía decir que en la Costa habían quedado todos sus recuerdos. Los demás los había perdido o los

estaba perdiendo, qué tristeza. ¡Linda letra, linda letra!, pensó. Don Rafael se quedó dormido otra vez y el tren se demoró más de lo que Jesusita y Emma tenían previsto. Ya más entrada la noche, él preguntó que dónde estaban, arrancaron los ventiladores y el tren volvió a ponerse en marcha.

En Chiriguaná acababa de llover y la temperatura era excepcionalmente fresca para un pueblo como aquel, en general tan caluroso. El tren se detuvo en la estación, y Emma, antes de ir al solar a cambiar un poco la ubicación de la luna, puso los ventiladores al mínimo de potencia. Eran dos aparatos de marca Sankey, color azul claro, y para los viajes se los situaba a cierta distancia de la puerta del vagón.

—Qué frío hace, mujer —dijo don Rafael, y ella le ayudó a ponerse el suéter.

En Chiriguaná se subieron dos señores conocidos de él, que Jesusita al principio no logró ubicar. A juzgar por el trato formal que don Rafael les daba, dedujo que habían sido personas no demasiado cercanas, amistades de la familia, tal vez, a las que había dejado de ver hacía mucho tiempo. Se le notaba que quería despedirse rápido de ellos, aunque sin dejar de mostrarse cortés, y cuando finalmente se fueron, Jesusita se abstuvo de preguntar, pues se dio cuenta de lo poco que su aparición lo había alegrado. Durante el trayecto hacia Aracataca no dejó de darle vueltas al incidente. Algo le decía que habían sido, o eran tal vez, conocidos de la madre de don Rafael, pero tuvo miedo de preguntar y terminó por olvidarlo.

Veinte horas de viaje. Con el cansancio, a Jesusita las estaciones empezaban a parecerle cada vez menos pintorescas y más difíciles de diferenciar. La luna era lo único que mantenía la fuerza de su brillo. Los vendedores estaban apaleados por el trasnocho, y los quesillos se agriaban en la oscuridad de las hojas de plátano. Se trataba del cansancio que llegaba con la noche profunda, cansancio que Jesusita conocía bien, y que en cierto momento parecía abrumar de manera definitiva a todo el mundo en los viajes largos.

Don Rafael se durmió y habló en sueños, según dedujo Jesusita, con los mismos señores que horas antes lo habían saludado en el vagón.

—Sí, sí, ajá. Bueno, está bien, pero antes prefiero consultarlo con ella —les dijo con claridad y como si fuera su última palabra antes de dormirse, ahora sí, profundamente.

Jesusita dejó de mirarlo y descansó los ojos en el cielorraso.

—¡Hay otra cosa, Ángel, espera un poco! —gritó don Rafael, abriendo de repente los ojos y sobresaltando a Jesusita, cuando los señores al parecer estaban llegando a la puerta que comunicaba con el siguiente vagón. En ese momento a ella se le ocurrió que podría tratarse de Ángel Oñate, un compañero de colegio de don Rafael, de quien se decía que había muerto demasiado joven, del frío y de la tristeza, cuando estudiaba Contaduría en Tunja—. ¿Y si ella dice que no?

El tren se detuvo bruscamente y la supervisora les dijo que habían estado a punto de arrollar una vaca que se había parado con su cría a rumiar en plena vía. A Emma le quedaba grande la ropa de Gonzalo, y Jesusita pensó que con las botas del pantalón dobladas parecía un niño vestido de adulto. Arrearon a la vaca fuera de la vía, se encendieron los ventiladores y el tren tomó velocidad de nuevo. Cuando entraron a la Zona Bananera, la velocidad y la abundancia del mundo que se extendía por las ventanillas hicieron que a Jesusita le regresara la euforia de la vida. Por supuesto que ella iba a decir que no. ¿Qué pensaban esos ingenuos? En lo que tenía que ver con don Rafael, ni Ángel Oñate ni ningún otro ángel o criatura alguna iba a ser capaz con ella.

Pasaron por la estación de Aracataca en ese instante totalizador y equívoco que está situado en el borde del amanecer y es a la vez día y noche, vida y muerte, vigilia y sueño. El tren se limitó a disminuir la marcha, pues a esa hora nadie llegaba ni salía del pueblo, que parecía abandonado. Dejaron las últimas calles, volvieron a tomar velocidad, y el amanecer apareció, ahora sí inequívoco, con garzas, nubes y go lon drinas.

Emma venía en una de las sillas de atrás, vestida de señor joven que viaja solo y ha estado bebiendo aguardiente con regularidad y moderación mientras pasa el mundo por la ventanilla. Otro de los viajeros encendió su radio de pilas, y un paseo vallenato comenzó a sonar, cadencioso y como saludando el día.

La canción decía que el tiempo que se iba no regresaba y que sólo quedaba el recuerdo de las cosas queridas, y a Jesusita se le ocurrió que a veces ni ese recuerdo quedaba. Todas las canciones parecían estar hablando de don Rafael, pensó, y de pronto sintió alarma. ¿Y quién dice que él no se acuerda?, se corrigió con calor y cierto pánico, pues alguien bien podía haber estado oyendo y tomando nota de lo que pensaba, aprovechándose así de su momentánea debilidad e imprudencia. De lo que pasó hace mucho tiempo, Rafa se acuerda, le argumentó Jesusita con calor a ese posible juez, u oidor, o tribunal o lo que fuera. Y, suponiendo que no se acordara, ¿qué me dicen cuando viaja, como ahora, o cuando le sirven su viudo de pescado, con el que goza tanto aunque se llene rápido, pues tiene estómago de pajarito? ¿Quién dice que eso no es importante? ¿Es que acaso tiene que salir por ahí a buscar puesto? No. Ya él trabajó, y bien que lo hizo y su plata que consiguió. Si hay alguien que se pueda dar el lujo de perder la memoria si le da la bendita gana es él. Y muy decente que seguía siendo don Rafa, a pesar de la memoria perdida, siguió argumentando Jesusita, y sinceramente afectuoso con las personas, aunque no las reconozca.

Era la misma discusión que tenía al final de la estadía de cada año con su suegra, quien, con la arrogancia de siempre, insistía en que no valía la pena quedarse en este mundo si era para no acordarse de nada. Fácil para ella decirlo, ¿cierto?, que es la que ya no está, pensó Jesusita, y ya no tiene nada que perder. Pero don Rafael estaba vivo y, para ciertas cosas, muy vivo. ¡Qué tal el gusto con que oía cantar a los turpiales! Y su suegra, ¿por qué tenía que entrometerse tanto en el matrimonio de ellos? Siempre ha sido así. ¡Qué mujer tan imperiosa!

—¿Sigue Fundación, Rafa? —le preguntó a su marido, que acababa de despertarse.

—¡Fundación ya la pasamos, mujer!

Si uno se acuerda de todas esas estaciones, entonces es que todavía se interesa por este mundo, arguyó con calor Jesusita. ¿Y por qué va uno a irse entonces, si lo disfruta? Don Rafael le hizo la lista de estaciones desde Gamarra hasta Ciénaga, subiendo el volumen de la voz al mencionar Fundación, Aracataca y Sevilla, y Jesusita se sonrió. No

quiso, por cierto pudor, pensar en la palabra amor. ¡Tanto que a veces le dura a uno el apego por la gente!, pensó en cambio.

—¿Y a qué horas pasamos Fundación, que no me di cuenta?

Ya entrada la mañana apareció ante Jesusita la Ciénaga Grande en toda su belleza. Las casas de palafito estaban suspendidas en la neblina, y la ciénaga se había transformado en vapor y sombras verdes. Ella recordó la letra de otra de esas canciones que no habían parado de sonar en el tren desde hacía algún tiempo. Era sobre una casa que volaba. Jesusita bien le habría podido pedir a Emma o a Gonzalo que les quitaran la música, quejarse ante los empleados del tren, mejor dicho, por esas canciones que ella no había pedido oír, pero lo cierto era que las disfrutaba, y mucho hubiera querido ponerse a cantar o a bailar en el pasillo del vagón, así fuera unos segundos.

En la estación de Sevilla vieron a Emma recorrer las ventanillas vendiendo huevos duros, pan y queso costeño, que Jesusita tanto disfrutaba. A veces apreciaba mucho más que el mismo don Rafael las cosas de esas tierras. La Kola Román, por ejemplo, a pesar de ser dulce como un jarabe, si se la tomaba fría, muy fría, con el queso costeño, que es seco y muy salado, y un pan redondo y dulzón, que sólo allá existía, era la gloria. Su color rubí, una belleza, alumbraba como neón. Don Rafael, por el contrario, detestaba la tal gaseosa, y del pan dulzón había acostumbrado decir, en épocas de mayor locuacidad, que las cosas aquellas redondas no eran pan ni eran nada. Y cuando Jesusita le mencionaba lo mucho que a ella le gustaba el canto agudo de las mariamulatas, él respondía, caballeroso como siempre, aunque algo displicente y suprimiendo las eses, como hacía la casi totalidad del género humano desde Barrancabermeja hasta Cayo Hueso:

—Ah, las avechucha esa.

Las mariamulatas sonaron en las palmas durante el tiempo que el tren permaneció en la estación. A Jesusita la felicidad le llegaba siempre como el viento, de forma imprevisible, fácil. Se juntaban dos o tres cosas, las palmas, el aire fresco y los pájaros, como ahora, y ahí estaba, no era más. Pero de ese mismo modo fácil se perdía. Hacía rato no pensaba en Ángel Oñate ni en la madre de don Rafael, y volvió a acordarse de ellos cuando los vagones se sacudieron, dieron un tirón y el tren se puso otra

vez en marcha. Si se lo llevan a él, a mí también me van a tener que llevar, infelices, pensó con emoción tal, que de pronto dejaron de oírse las aves, como si algún acontecimiento muy solemne o sagrado las hubiera silenciado. Entonces sintió el intenso frío del miedo en el vientre, pues llegaría el año —no este año, sobre eso que ni se hicieran ilusiones, pensó, pero llegaría— en que a don Rafael se le complicaría sin remedio el asunto del regreso.

—¡Cómo estaba de bonita la Ciénaga Grande! —dijo Jesusita para cambiar el curso de sus pensamientos.

—Óyeme, la ciénaga no se ve del tren.

—¿Estás seguro? —dijo Jesusita—. Me lo soñé, entonces. Linda estaba, en todo caso. Llena de niebla.

Cuando por fin se bajaron en la estación de Ciénaga, don Rafael se veía agotado por el viaje. Jesusita desistió de la idea de tomarse con calma un café y tener tiempo así de admirar y disfrutar un poco el edificio, con sus techos altos y frescos y celosías de madera, así que decidieron salir de una vez a tomar el bus para Barranquilla. Aunque las estaciones de tren le parecían todas bonitas, cada una a su manera, la de Ciénaga era la que más le gustaba. Hacía poco había visto en alguna parte una fotografía del edificio, pero tomada desde un ángulo que no lo favorecía, en la cual se veía derruido y como abandonado. Y si bien en la foto aparecían los techos altos de zinc, cualquiera habría dudado de que alguna vez hubiera tenido celosías.

—Ahí sí tienes la Ciénaga Grande —dijo don Rafael, ya en el bus que los llevaba a Barranquilla. El aire marino entraba a ráfagas. A un lado se veía el manglar con todo su esplendor y, al otro, el mar con todo el suyo.

—Bello —dijo Jesusita—. ¿Cierto?

—¿Qué cosa? Ah, sí —dijo distraído don Rafael, con la peculiar falta de sentimentalismo de los habitantes de la Costa en lo que se refiere al mar. En realidad parecía más emocionado con la visión de la ciénaga, tal vez porque le traía los colores y los olores de las muchas pesquerías que había hecho allí con sus hermanos.

En Barranquilla, Mercedes, la hermana menor de don Rafael, los recibió con un sancocho de pescado en su bonita casa, moderna pero

umbrosa, con persianas a medio cerrar por las que se asomaban las flores de los árboles de tulipán de los jardines. Mercedes tenía la pasión de la cocina, y su especialidad era la comida de la Costa. Ella era una de esas personas que sólo saben cocinar para quince o más comensales y para esos cocinan aunque hayan invitado a dos. Por fortuna casi siempre llegaban más de diez personas, pues la familia era grande y con muchos amigos, que con los años fueron ya familia. Cuando don Rafael y Jesusita llegaron, Mercedes, de rostro de gran belleza y ojos que alumbraban como soles sobre su armoniosa obesidad, dirigía desde su silla de la sala a las dos cocineras y a un muchacho que hacía de auxiliar de cocina y mandadero.

Al ser abrazada por su cuñada, Jesusita cayó en el centro de un eclipse cálido. La abundancia física y el poder de afecto de Mercedes, que en paz descansase, se manifestaban de manera muy especial con su menuda cuñada, a quien había querido tanto y tan voluminosamente como su madre la había desdeñado. Que la abundante Mercedes y don Rafael, de físico tan ascético, fueran hermanos y además se parecieran, la maravillaba, igual que la maravillaba el parecido entre Flor, tan robusta, y el flacucho y larguirucho de su padre.

Las dos mujeres lo vieron subir despacio las escaleras y cruzaron gestos de compasión, pues sabían que se dirigía al cuarto que su madre había ocupado durante los últimos años, cuarto que Emma había sabido arreglar y reproducir con mucho esmero para que pudieran conversar tranquilos. Poco después llegarían los demás hermanos y muchos de los sobrinos, y sonaría la música hasta tarde.

Ya en la cama, Jesusita se adormeció con aquel vaivén ilusorio que queda durante algún tiempo en quienes hacen viajes largos en tren o en barco, e incluso alcanzó a sentir, aunque más débil, el acre olor del acpm. Antes de dormirse pensó que Flor se había lucido este año en su papel de Mercedes. Tan bien había estado, que a Jesusita le había costado trabajo acordarse de que la hermana menor de don Rafael, muy robusta toda la vida, poco después de la muerte de la madre, también ella se había enfermado, adelgazado al punto de hacerse irreconocible y alcanzado una levedad extrema que terminó por llevársela.

A Barranquilla llegaron el viernes y el regreso a Honda sería el lunes. No tomaron el tren, como habían planeado inicialmente, y volvieron en avión, pues ni Emma ni don Rafael tenían ya la energía necesaria para el larguísimo viaje. Jesusita, en cambio, habría estado encantada de hacerlo.

Mientras veían pasar, abajo, techos minúsculos, vacas diminutas y nubes como motas de algodón sujetas al follaje de las montañas, Jesusita pensó en lo difícil que le había sido este año regresar con don Rafael, por la terquedad de su madre, por supuesto, y también por la presencia del entrometido ese, el tal Ángel Oñate, que había insistido, casi hasta llegar a la descortesía, en que esta vez don Rafael sí tenía que quedarse.

Jesusita admiró el nevado que había aparecido por la ventanilla. ¡Qué tal la sorpresa que les había tenido Emma! Cuando quedó atrás el espectáculo de la nieve, Jesusita volvió, obsesiva, al tema de las relaciones tan conflictivas que mantenía con su suegra. La discusión con ellos no la había dejado agotada, no, sino furiosa, pues sabía que a la larga se saldrían con la suya y ella tendría que ceder. Y ahora le hervía la sangre al recordar lo cerca que esta vez habían estado de quitárselo, simplemente porque les había dado la gana, sin ninguna razón convincente que echara por tierra los argumentos firmes que ella había expuesto.

¡Par de engreídos! Ya iba siendo hora de que supieran que aquello no sucedería cuando ellos lo quisieran, no, sino cuando ella, Jesusita, buenamente lo considerara apropiado. Durante la discusión con su suegra y con Ángel Oñate había llorado, lo reconocía, pero sin dejar de hacer sentir con tenacidad sus argumentos. Sólo por lo que respondía don Rafael había podido Jesusita inferir lo que le decían los otros dos, pero en todo caso les dejó claro, de manera categórica y de una vez por todas, que ella, su mujer desde hacía más de cincuenta años, sería la primera en saber cuándo don Rafael había dejado de disfrutar del canto de los turpiales, o de sus guayaberas de buen corte, o de sus dos luminosos y bien planchados pañuelos.

Entonces y sólo entonces, y no cuando a dos aparecidos les diera la gana de decir que había llegado la hora, iba a permitir ella, así se le partiera el corazón, que don Rafael dejara de tomar el avión o el tren o lo que fuera, y no volviera.





## NOTA DEL EDITOR

Los textos aquí reunidos fueron publicados originalmente en los siguientes volúmenes y según el orden que se muestra a continuación:

En *El rey del Honka-Monka* (Planeta, 1993): «Verdor», «Aguaceros de mayo», «Viaje infinito de Carola Dickson», «Víctor viene de regreso» e «Historia del rey del Honka-Monka».

En *El lejano amor de los extraños* (Alfaguara, 2012): «Luz de tus ojos», «Largo es el arte del olvido», «El lejano amor de los extraños», «Brillo de la alegría imprevista», «Luciérnagas», «Nostalgia por el mar ya visto», «La luz en el almendro», «Miel», «Cuarto menguante», «Resplandor de los ramos», «Flor de azalea», «Arcángel», «Cielo con cuervos», «Flores guardadas», «El filo de la medianoche», «Mangos amargos», «Los muchos recodos del río», «Sol sobre los cafetales», «Las cosas menos pensadas» y «Las palmas del *ghetto*».

En *El Expreso del Sol* (Seix Barral, 2016): «Flotar», «Mar sin orillas», «Luz de luna sobre el agua oscura», «Perros», «La casa en llamas», «Brisa, flores», «La playa silente», «Mujer que sale por la ventana», «Más allá» y «El Ex preso del Sol».

«Volver», «Esto contaba Roberto Maldonado Parnell» y «La orquesta y la montaña» eran cuentos hasta ahora inéditos y fueron incluidos especialmente en este libro.



Foto: © Camilo Rozo

## Tomás González

Nació en Medellín, Colombia, en 1950, y estudió Filosofía antes de convertirse en barman en un club nocturno de Bogotá, cuyo propietario publicó *Primero estaba el mar*, su primera novela, en 1983. González ha vivido en Miami y Nueva York, donde escribió algunos de sus libros mientras se ganaba la vida como traductor. Después de veinte años en Estados Unidos, regresó a Colombia. Su obra también incluye las novelas *Para antes del olvido* (1987), *La historia de Horacio* (2000), *Los caballitos del diablo* (2003), *Abraham entre bandidos* (2010), *La luz difícil* (2011), *Temporal* (2013), *Niebla al mediodía* (2015) y *Las noches todas* (2018); el poemario *Manglares* (1997); los libros de relatos *El rey del Honka-Monka* (1993), *El lejano amor de los extraños* (2012), *El Expreso del Sol* (2016), y su volumen de cuentos reunidos *La espinosa belleza del mundo* (2019). Libros suyos han sido traducidos al inglés, francés, alemán e italiano, entre otros idiomas.

Imagen de la cubierta: Lyda Naussán R.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

## Otros títulos del autor

**Primero estaba el mar**

**Para antes del olvido**

**El rey del Honka-Monka**

**La historia de Horacio**

**Los caballitos del diablo**

**Abraham entre bandidos**

**La luz difícil**

**Temporal**

**El Expreso del Sol**

**Manglares**

**Las noches todas**

*OceanofPDF.com*

## Tomás González

---

### La espinosa belleza del mundo

Este libro es un universo entero y está vivo. Pues el lector no sólo tiene entre manos los tres volúmenes de cuentos que Tomás González ha escrito hasta la fecha —*El rey del Honka-Monka*, *El lejano amor de los extraños* y *El Expreso del Sol*— junto a tres relatos nuevos, sino que encontrará todos esos textos en un orden también nuevo que busca poner de relieve correspondencias inéditas que revelen la esencia de la escritura de su autor: «La espinosa belleza del mundo», como él mismo la supo describir.

---

Aquí hay historias que sondean aguas profundas —la señora Dickson empeñada en navegar—, hay nostálgicas pérdidas de la memoria —un tren inicia su marcha una vez más—, hay madres inmortales —una mujer vuelve de un coma para demostrar que sigue siendo la misma—, hay destellos de iluminación, de gozo —después de un retiro espiritual, un hombre vive un intenso apego por las formas del mundo—, pero hay, sobre todo, una manera extraordinaria de traducir lo que estalla en el corazón humano.

---

«En estos cuentos de Tomás González aparecen sus temas recurrentes: la naturaleza desbordada, los otros que nos habitan, la decadencia, nuestra colombiana manera de ser, y también las virtudes que lo hacen un gran escritor: la palpitante claridad de su prosa, la precisión, la agudeza, la noesía»

sa p'rova, la p'cedura, la gaudia, la p'cedura.

Pilar Quintana



**Seix Barral** Biblioteca Breve

*OceanofPDF.com*